

DOS HÉROES

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

DBCL
A

DOS HÉROES

◦
ADMIRABLE VIDA

de los

PP. FRANCISCO DE JESUS y VICENTE DE SAN ANTONIO

AGUSTINOS RECOLETOS

Por el

P. GREGORIO OCHOA DEL CARMEN

de la misma orden.

||

ZARAGOZA

Industrias Gráficas: Uriarte. - Plaza del Pilar, 12

1934

+ 176984

Nihil obstat

Dr. Augustinus Gericó

Caesaraugustae 2 Februarii 1934

Imprimatur

Rigobertus, Archiepiscopus Caesaraugustanus

Al lector:

Ocultas en los anaqueles de los archivos y desperdigada en multitud de documentos antiguos de viejos legajos estaba la admirable vida de los PP. Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio, que ahora sale a la luz pública. No ha sido preciso más que extraer y coordinar esos amarillentos y carcomidos papeles, para que apareciesen nimbados de gloria esos DOS HEROES ante el asombro y la admiración universal.

Decir de ellos que fueron mártires reconocidos por la Iglesia, es ya decir que fueron santos; y decir que fueron santos es también afirmar que fueron héroes; porque el único heroísmo verdadero es la santidad, que conquista el trono inmortal de la gloria.

Esos otros héroes, esos otros mártires, que inmolan sus vidas en aras de un ideal idolátrico, reciben el título y el homenaje de muchos que, como ellos, nada ven más allá del sacrificio personal; pero no merecen el nombre de tales.

Martyrem non facit poena, sed causa; ha dicho el Aguila de los doctores, San Agustín: y sólo cuando la causa está limpia de toda mácula, la vida que acaba en la tierra es principio de una vida eternamente feliz en el cielo: sólo cuando tiene por objeto a Dios y su santa ley, el sacrificio lleva en sí por legítima conquista el título y los honores de mártir.

Pero, aun con ser la santidad la única que va marcada con el sello indeleble del heroísmo, hay tanta multitud y va-

riedad de vías para escalar su cima, que parece que Dios, al establecerlas, se ha complacido en hacerlas practicables a toda clase de personas; y éstas, al observarlas, han tenido el aliento generoso de recorrerlas durante la larga sucesión de los siglos.

En esa cumbre gloriosa se han encontrado todos: allí descansan sobre el trono de la suprema felicidad sin la inquietud de perderlo.

Sin embargo, a nuestra vista, unos aparecen con claridades de sol; otros, con esplendores de luna; y otros, con fulgores de estrellas.

Es que unos han subido por camino fácil; otros lo encontraron difícil; muchos tuvieron que superar grandes fragosidades; y no pocos lo hallaron tan abrupto, escabroso y erizado de obstáculos que sólo han podido vencerlo con un esfuerzo gigantesco y con una invencible voluntad.

En el mismo ejército victorioso de los mártires, se observa una gama de matices tan amplia y tan variada, que permite distinguir y calificar a simple vista los numerosos grados de su completa jerarquía.

Todos ellos han dado su sangre y su vida por Cristo: pero allí se ven soldados rasos, que sucumbieron sin lucha en el momento mismo en que sonaba el clarín que los lanzaba al combate. Se ven otros, que con las cicatrices gloriosas muestran brillantes insignias ganadas en luchas cien veces repetidas. Y se admiran no pocos condecorados con los blasones de los coros de los apóstoles, de los confesores y de las vírgenes, entrelazados con las preciosas gemas de la rutilante corona del martirio, conquistada en incontables y cruelísimas batallas.

A éstos se les ve formar el cuadro de honor en torno a su invencible Jefe Cristo Jesús, que es su galardón y su gloria.

Estos, más que ningún otro, merecen el nombre de héroes: y a este grupo pertenecen los bienaventurados PP. Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio.

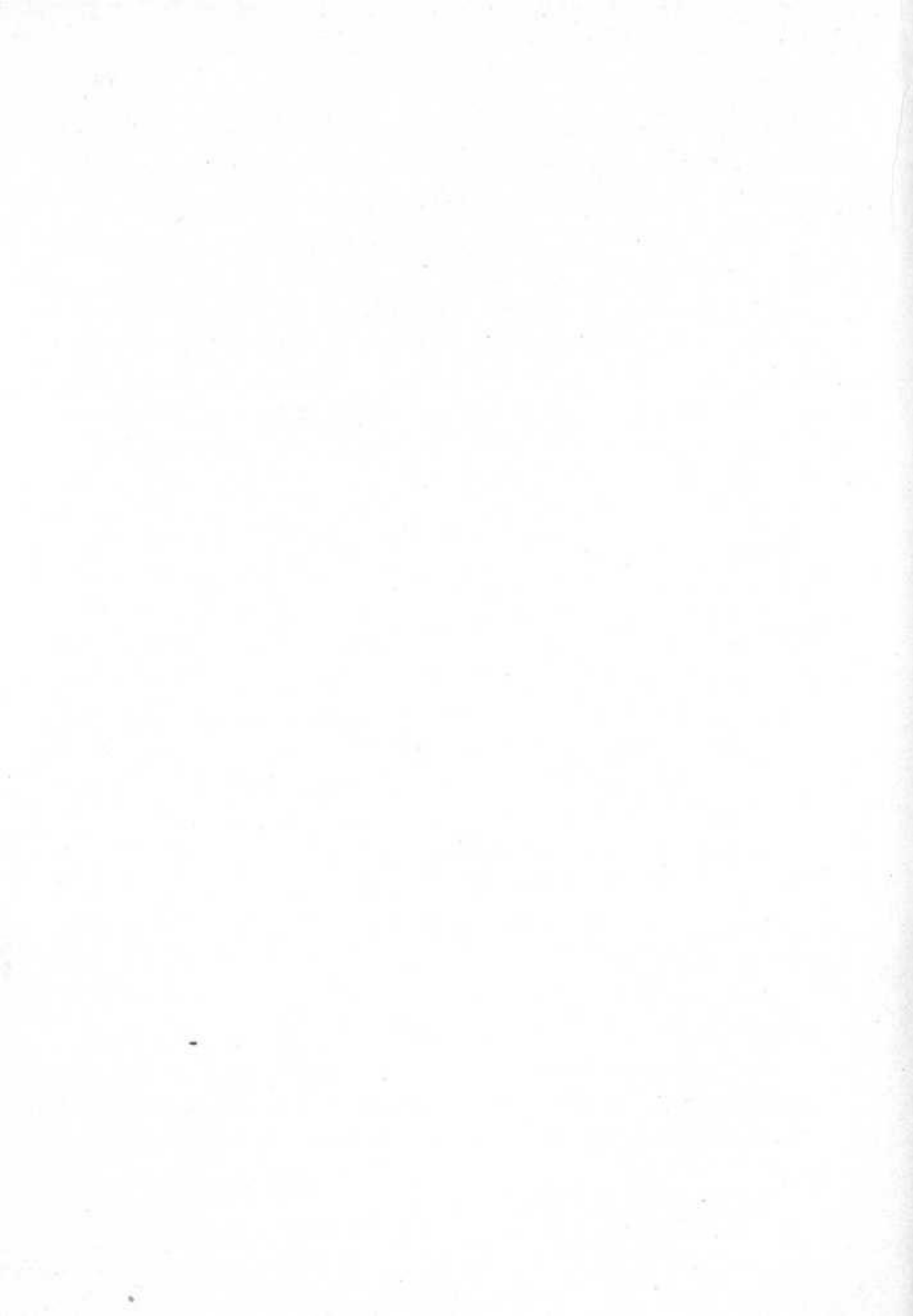
Nueve años en un país desconocido, idólatra y esclavo de todos los vicios en lucha tenaz y sin treguas con enemigos los más poderosos e implacables, ejerciendo el divino apostolado con indomable tesón, confesando a Cristo y predicando su ley santa en toda oportunidad, conservando impolutos e incólumes los tres votos de su profesión religiosa, derribando ídolos, destruyendo abominaciones, iluminando entendimientos, purificando conciencias, convirtiendo los corazones paganos en altares de la cruz redentora, regenerando aquella corrompida sociedad y colocándola en el camino de la verdadera dicha, y abriendo a millares y millares de almas las puertas del cielo; y todo esto a costa de indecibles privaciones y penalidades, enfermedades y dolores, persecuciones y sobresaltos, calumnias y ultrajes, cárceles y tormentos y, al fin, el completo holocausto de sus cuerpos; y todo ello sin exhalar una queja, sin perder la paz del alma, entre visibles manifestaciones de alegría y de más vivos anhelos de padecer; todo esto justifica plenamente su inscripción en el Estado Mayor del ejército de los mártires y la posesión del título de héroes, que aparece grabado en sus frentes con caracteres de luz y de gloria.

Por eso a esta narración de su admirable vida hemos puesto por título DOS HEROES. El lector, después de leer sus páginas, dirá si los PP. Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio lo merecen.

La publicación ahora de sus hazañas no es más que un pobre, pero ferviente homenaje de veneración, que en el Tercer Centenario de su glorioso martirio les ofrenda de rodillas

EL AUTOR.

3 septiembre 1932.





DOS HÉROES

CAPÍTULO I

El P. Francisco de Jesús

Sumario: *Sus padres.—Su patria.—Incertidumbre.—Su nacimiento.—Regocijo popular.—Su partida de bautismo.*

ERA la hora del crepúsculo vespertino del primer día de junio de 1590. En aquellos momentos en que las flores se cierran y las aves callan y la quieta placidez de la naturaleza invita al reposo, entre aquel augusto silencio, a la puerta de una gran casa de labranza del pueblo de Villamediana de Palencia se oyó el siguiente diálogo :

—Santas y buenas noches nos dé Dios,—dijo un joven labriego, sin apearse de la briosa mula en que cabalgaba.

—Buenas y santas,—contestó su hermano D. Cosme, joven sacerdote, que hacía rato le esperaba.

—¿Hace mucho que has llegado?—interrogó Pedro, apeándose.

—A las seis: y suponía encontrarte en casa, dado el estado de tu mujer y el aviso que me enviaste.

—Yo quería venir pronto: pero en esta época las labores del campo nos apremian; la siega está en toda marcha; y María me ha dicho que me fuese tranquilo. Por eso he salido antes del alba, y vuelvo empujado por la noche. El sol, al salir y al ponerse, me ha visto con la hoz en la mano.

—Que Dios bendiga tu trabajo.

—En El espero. ¿Y cómo está María? ¿La has visto?

—Sí: está tranquila y confiada: pero no me gusta su aspecto.

—Por desgracia, no tiene buena salud. Desde que, hace un mes, la sorprendió en el campo un aguacero con relámpagos y truenos, y un rayo partió el árbol bajo el cual se cobijó y chamuscó su falda y la dejó sin sentido, no ha tenido un día bueno.

—Supongo que la habrá visto el médico.

—Muchas veces.

—¿Y qué dice?

—Al principio decía que no era nada: pero van pasando los días sin mejorar; y ahora se ve aquejada de una tosecilla que me inspira cuidado, y me hace temer que sea el principio de un funesto desenlace. Veremos lo que dice ahora el médico. Dicho esto, despojó a la caballería de sus arreos y la llevó al pesebre, donde le preparó una abundante ración de forraje.

En estos momentos llegó el médico; el cual, después de saludarlos cariñosamente, dijo: —Voy a verla:—y subieron los tres a la habitación de la enferma.

Esta los recibió con amable sonrisa, que llenó de satisfacción a su marido, el cual le preguntó anhelante: ¿Cómo has pasado el día? ¿Te sientes mejor? ¿Te han servido bien los de casa?

—Muy bien,—contestó ella;—no me ha faltado nada; apenas he tosido en todo el día, y me encuentro mucho mejor que antes.

—¡Bendito sea Dios!—dijeron a la vez Pedro y su hermano.

—No os inquietéis, prosiguió María, afable y risueña, por mi salud: tengo el presentimiento de que Dios tiene predestinado el fruto de mis entrañas para grandes cosas, para que sea un instrumento de su gloria; y El se encargará de que eso se realice, aunque sea contra toda esperanza humana.

—¿Y en qué fundas ese presentimiento?—le preguntó D. Cosme.

—En la bondad de Dios. ¿Véis ese cuadro de la Virgen del Carmen? Pues todo el día he estado mirando al Niño y a su Madre, y he rezado mucho y les he pedido muchas cosas. El Niño y la Madre parece que me sonreían y me llenaban de bienestar. Pero ha habido un rato que me quedé traspuesta; y entonces parece que he oído la voz dulcísima de la Virgen que me decía:—Todo lo pides para tí y tu familia:

¿y no querrás ofrecer nada a mi Hijo Jesús, que dió su vida por todos?

Entonces yo le contesté: — Madre mía, para vuestro Hijo será todo, como lo es ahora: disponed de nuestra hacienda y de nuestras personas; disponed, sobre todo, del fruto de mis entrañas, que desde ahora os lo consagro, y luego disponed de mi vida, si así os place.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de Pedro, su joven y cariñoso marido, al oír las últimas palabras de María.

—Bien, bien;—interrumpió el galeno.—Ahora vamos a lo nuestro. Enseguida la auscultó, le hizo las preguntas necesarias para formular su diagnóstico, y después de animarla con frases de consuelo que denunciaban su optimismo con relación a su salud, pasaron los tres a otra habitación.

—Y bien, doctor, —inquirió, ansioso Pedro, —¿qué me decís de mi mujer?

—Que el alumbramiento vendra antes de diez o doce horas.

—¿Con qué resultado probable?

—Con éxito feliz para la criatura y para la madre, por ahora.

—Parece que habéis dicho *por ahora* con algo de retintín.....

—Sí; porque, aunque María ha mejorado mucho, esa función fisiológica podría debilitarla, y hasta producir consecuencias lamentables.

—Doctor,— repuso Pedro emocionado, — es preciso evitar toda desgracia a María; y si para ello es necesario hacer gastos extraordinarios, contad con toda mi hacienda, que no es poca: llamad al mejor médico de Palencia para que os ayude, y haced lo que mejor os parezca para salvarla.

—Nada de eso es necesario. Ahora conviene preparar todo para el caso inminente, y..... esperar.

—Espero y confío en Dios y en usted.

—Nada más. Hasta mañana, si Dios quiere.—Y se fué.

—Adios, doctor,—contestaron Pedro y D. Cosme.

A la mañana del día siguiente, que fué el 2 de junio de 1590, todo era regocijo y alborozo en la magnífica casa solariega de Pedro Terrero de Ortega y María Pérez del pueblo de Villamediana, en Castilla la Vieja, diócesis de Palencia.

La joven y piadosísima esposa de Pedro había dado a luz un robusto niño con toda felicidad, a las cuatro de la madrugada: y desde ese momento el ajeteo era constante, no sólo en la casa, si no en todo el pueblo; por el cual corrió la noticia como reguero de pólvora, despertando en los vecinos sentimientos de alegría, fundados en frecuentes motivos de gratitud y en la esperanza de algún nuevo beneficio.

Porque la casa de Terrero de Ortega, desde tiempo inmemorial, fué siempre el granero y la despensa de todos los vecinos de Villamediana. Sus puertas estuvieron siempre abiertas para socorrer toda necesidad y para enjugar las lágrimas de toda aflicción.

Afianzada sobre una extensa y productiva propiedad de tierras y ganadería, sus dueños fueron comunicando a sus sucesores el hábito de una activa laboriosidad, acompañada de profundos sentimientos cristianos, de una piedad sincera y de una caridad sin límites, que atraían en abundancia sobre sus bienes y sobre sus personas las bendiciones de Dios y la gratitud cordial y expansiva de todo el vecindario.

Los actuales señores conservaban fielmente en todos sus aspectos la tradición de sus ascendientes; y si Pedro no tenía a menos laborar las tierras con sus propias manos, María llevaba personalmente la dirección de la casa, ayudando a su marido en todas sus faenas.

Puesta su esperanza en Dios, miraban al porvenir con absoluta confianza: y ahora veían desvanecidos todos los recelos e inquietudes ante el nuevo vástago con que Dios bendecía su matrimonio.

Nada, pues, debe extrañar que en la casa reinase la alegría, y que el pueblo acogiese la noticia del suceso con vivas muestras de satisfacción.

—Ya está asegurada la casa, — decía un labriego en un grupo de hombres. — Hijo hacía falta, y Dios les ha dado hijo: que El se lo conserve para bien de todos.

—Bien lo merece esa santa mujer, — comentaba otra entre comadres. — ¿Qué sería del pueblo, si ella no tuviese las arcas llenas y las manos rotas?

—¿Cuándo es el bautizo? — inquirían varios.

—Esta tarde a las seis.

—Pues hay que ir. Debe ir todo el pueblo: y si no pueden ir los hombres por estar en el campo, debemos ir todas las mujeres. — Que vean los señores que nos alegramos con ellos y que sabemos ser agradecidos.

En este momento llegaba de fuera y pasaba junto a ellas un sacerdote llamado D. Blas Pérez, al que se acercaron atropelladamente las mujeres gritando:— Enhorabuena, D. Blas: Hijo, hijo es lo que ha tenido su hermana: lo que más necesitaba la casa para que siga como hasta ahora.

—¡Bendito sea Dios! Me alegro mucho,—replicó el hermano de María: y después de agradecerles su buena voluntad, se dirigió a la casa.

Desde la puerta observó el ajeteo de todos en los preparativos para celebrar, con el esplendor digno de la familia, la solemne ceremonia del bautismo del nuevo sobrino.

Saludó a todos con efusión, y pasó a felicitar a su hermana, a la que encontró rebosante de gozo: y después de contemplar al infante sano y robusto, preguntó a María:—¿Qué nombre le vais a poner?

—Yo deseo que se llame Francisco.

—¿Francisco? ¿Por qué?

—En recuerdo de nuestro buen padre, que esté en la gloria.

—¿Está conforme Pedro?

—No hemos hablado todavía sobre eso. Llámale.

Salió D. Blas, y al poco rato volvió con sus hermanos políticos Pedro y D. Cosme, que a la vez preguntaron:—¿Qué ocurre?

—¿Os parece bien que el nene se llame Francisco?
—interrogó ella.

—Si a tí te gusta, y así lo deseas, no hay más que decir;—dijo Pedro.

—Si lo dejas a mi elección, que se llame Francisco;—replicó María agradecida.

—Conformes,—añadieron todos.

* * *

Eran las siete de la tarde de aquel mismo día, cuando en la casa de Terrero de Ortega se veía entrar y salir una multitud de personas de todas clases, que acudían a dar el parabién a la familia por el fausto suceso.

En la iglesia parroquial de Santa Colomba acababa de ser bautizado solemnemente el hijo de la familia más querida del pueblo; y éste, que había asistido a la ceremonia, había regresado a la casa en alegre comitiva, para hacer llegar a la madre sus sinceros votos de felicidad.

En el interior de la casa se manifestaba la alegría de los visitantes en muy variadas formas, que eran agradecidas con agasajos de la más franca cordialidad.

En la calle, ante la puerta de la casa, era de ver una turba de chiquillos desharrapados, gritando sin

cesar: —¡Echen, echen,!— los cuales se agazapaban y reñían y forcejeaban y se herían y luchaban ferozmente por coger los confites variados, que en abundancia arrojaban desde el balcón D. Cosme y D. Blas: lucha que degeneraba en batalla campal cada vez que el mismo jefe de la familia lanzaba puñados de monedas de cobre con algunas de plata; porque en esos casos, repetidos con alguna frecuencia, se arrojaban las mujeres y hasta los mozos a la captura de la presa, formando un remolino y una polvareda semejantes a un cuerpo a cuerpo entre dos ejércitos enemigos.

En este combate les sorprendió la noche y todos se retiraron alegres a sus casas.

En libro de bautismos de la iglesia parroquial de Santa Colomba en Villamediana, dejó el párroco consignada la siguiente partida, tan lacónica como era costumbre en aquellos tiempos.

«En Villamediana, el 2 junio 1590, yo Diego Corral, párroco, he bautizado a Francisco, hijo de Pedro Terrero y de María Pérez».

Al margen de esta partida se lee escrito con distinta letra: *Mártir ilustre del Japón.*

Y más abajo en nota también marginal se lee: *Padeció el martirio y fué Religioso Agustino Descalzo.*

No hay que decir que ambas notas fueron escritas después de la muerte del que en la partida consta como recién bautizado.



CAPITULO II

Sumario: *Orfandad.—Nuevas nupcias.—Cualidades de Francisco.—Muerte de su padre.*

PEDRO Terrero de Ortega y María Pérez se consideraban felices con la compañía de su angelical hijo Francisco, para el cual todos los cuidados y mimos les parecían pocos.

Los dos cónyuges no cesaban de dar gracias a Dios por el favor recibido de su bondad, y ya empezaban a formar planes para el porvenir.

El niño iba creciendo poco a poco; y en proporción de su desarrollo corporal iba apuntando un carácter apacible y tranquilo, una risueña docilidad y una clara actividad de ingenio.

Apenas comenzó a balbucir alguna palabra, su buena madre tuvo empeño en que la primera que pronunciase íntegra y perfectamente fuese *Jesús*: y el niño no tardó en decirla y repetirla con alegre desembarazo, que hacía las delicias de su madre.

—*Francisco de Jesús*, has de ser, hijo mío — decía ella, dirigiéndose al pequeñuelo;—porque así me lo pidió la santísima Virgen, cuando la invoqué en mi trance más apurado, y porque entonces te ofrecí y te consagré a su divino Hijo Jesús.

A estas palabras parece que el niño asentía, acariciando con sus manecitas su rostro y enviándole deleitosas sonrisas.

La manifiesta precocidad del hijo estimulaba a la madre a tener en ejercicio constante la curiosa atención de aquél: y por ese procedimiento pedagógico, tan innato como eficaz en las madres, fué inculcándole poco a poco las primeras y más dulces oraciones del cristiano, que el pequeñuelo lograba repetir con agrado antes de contar los dos años de su existencia.

* * *

Plenamente satisfechos estaban Pedro y María, viendo a su hijito desarrollarse en condiciones que presagiaban un risueño porvenir.

Gozaba de plena y robusta salud; su carácter aparecía suave, dócil, pacífico y alegre: su inteligencia iba despertando y manifestándose con rasgos que hacían augurar un ingenio poderoso y fecundo. ¿Qué más podían desear sus padres? Con respecto al niño, nada.

Sin embargo, en la casa no era completa la alegría; más bien, dominaba la tristeza y la incertidumbre.

Hacia cuatro meses que María no se sentía bien. Hacendosa por temperamento, apenas emprendía alguna labor, desfallecían sus fuerzas; y aunque trataba de sacar energías de su propia flaqueza, muy pronto tenía que rendirse a la fatiga. Sus manos no podían dar movimiento por mucho rato a la aguja ni al ganchillo. Hasta el peso de su querido hijo, que hasta entonces había sido para ella como un par de alas que la ayudaban a zarandearlo y llevarlo a todas partes, resultaba ahora superior a su cariño, y la obligaba a depositarlo en brazos mercenarios.

El médico había agotado todos los recursos de la ciencia sin lograr contener el avance de la enfermedad: y como el interés por salvar a la enferma era tan grande como el cariño que profesaba a la familia, dijo a su marido:—Con harta pena me creo en el deber de manifestar a usted que el caso de María es grave: ese corazón no funciona bien: y, a pesar de todo mi empeño, no consigo normalizar sus movimientos.

—Lo temía;—contestó secamente Pedro.—¿Y no hay ningún recurso a la esperanza?

—Solamente uno: la consulta de médicos: que vengan otros más competentes y con más medios que yo, y ellos dirán la última palabra.

—Llame usted a los dos mejores de Palencia—dijo Pedro.

El médico cumplió inmediatamente el encargo; y algunas horas más tarde estaban los doctores en presencia de la enferma.

El examen fué detenido, escrupuloso, como lo exigía el caso.

Luego pasaron a otra habitación, donde los esperaba Pedro, al cual dieron cuenta detallada de cuanto habían observado en la paciente, concluyendo que la lesión del corazón era incurable y que la muerte podía llegar en cualquier momento.

Despidiéronse los médicos; y Pedro, sin poder ocultar en su rostro la amargura que inundaba su corazón, penetró en el cuarto de su mujer.

—No te aflijas, Pedro,—dijo, al verle, su esposa;—sin necesidad de médicos sé yo que mis horas están contadas. Sólo te pido que cuides mucho a nuestro hijo Francisco, y que me perdones, si en algo te he ofendido. Yo estoy en todo conforme con la voluntad de Dios, al cual he recibido esta mañana, poniéndome en sus manos. Ahora tráeme al niño.

Llamado por su padre, entró Francisquito alegre y gozoso y se fué corriendo a los brazos de su madre.

—Hijo mío,—díjole ésta emocionada:—Me llama Dios, y te dejo en el mundo bajo su amparo y el de tu padre: sé bueno: ya sé que lo serás; porque tengo el presentimiento de que has de dar mucha gloria a Dios en el mundo: Has de ser *Francisco de Jesús*.

Y dijo estas palabras con emoción tan intensa que paralizó su corazón.

Murió besando a su hijo.

Este sólo contaba dos años de edad.

* * *

Tan profunda fué la triste impresión que causó en el ánimo de Pedro la muerte de su esposa, que durante algún tiempo parecía ensimismado. Nada le consolaba, nada le distraía: entregado a un total abandono de sí mismo, todo lo miraba con imperturbable indiferencia, de la cual no lograban sacarle ni las reflexiones de sus amigos ni el empeño de sus próximos parientes.

Así pasaban las semanas y los meses; hasta que su hermano don Cosme, observando el visible quebranto de la hacienda, que Pedro no vigilaba ni dirigía personalmente, se resolvió a emplear su influencia, y le hizo ver en términos enérgicos las fatales consecuencias que podían sobrevenir de su permanencia en aquella actitud.

—Tienes razón—le dijo Pedro:—pero no soy ya el mismo de antes: las fuerzas físicas me abandonan; quiero y no puedo; el corazón a ratos me falla: creo que tengo la misma enfermedad de mi mujer, y que no he de vivir mucho tiempo. Y no lo siento por mí, sino por este hijo, a quien quiero más que a mi vida.

—No te preocupes del hijo, por ahora, sino de tí, de tu salud,—repuso don Cosme.—A tu hijo no le faltará nada. Blas y yo seremos tus servidores; y creo que puedes tener confianza en nosotros.

—Absoluta—replicó Pedro:—si no la tuviera, no os hubiera nombrado tutores legales, cumpliendo los deseos de mi mujer.

—En ese caso—añadió don Cosme—no hay que hablar más del hijo: lo que importa ahora es que tú hagas vida normal, la de antes, la de siempre.

—Eso no es tan fácil: falta la mujer que dirigía la casa.

—También ese obstáculo se puede vencer fácilmente: ¿acaso no se puede encontrar otra mujer que la dirija?

—Cosme, no me hables de eso. ¿Qué diría María desde el cielo? ¿Qué diría el pueblo entero?

—María se alegrará indudablemente de tu bienestar y del de su hijo en la tierra: y en cuanto al pueblo... ¿Sabes lo que me está diciendo el pueblo a todas horas y en todos los tonos?

—¿Qué dice?

—Que debes casarte cuanto antes; porque ya hace dos años que eres viudo, porque eres joven, y porque en esta casa hace falta una mujer buena, que cuide de su marido, de su hijo y de su hacienda.

—¿Eso dicen?

—Todos: y lo dicen porque te quieren como a verdadero padre; y temen que esta casa, que ha sido siempre la de ellos, se venga abajo, y se vean privados de tantos beneficios.

—Y a tí ¿qué te parece?

—Que tiene razón el pueblo.

—En ese caso tú resolverás: en tus manos queda el asunto.

* * *

Seis meses habían transcurrido desde que tuvo

lugar esta conversación entre los dos hermanos, y ya la casa de Terrero de Ortega presentaba el aspecto de sus mejores tiempos.

Una mujer virtuosísima, hacendosa, de gran capacidad intelectual, e impuesta en todas las labores femeninas, llamada Leonor Avendaño, gobernaba la casa y hacienda con el interés y competencia de una señora, y educaba y acariciaba al pequeñuelo Francisco con la ternura y efusión de madre.

Leonor Avendaño y Pedro Terrero de Ortega habían contraído matrimonio, con el beneplácito entusiasta de todo el vecindario de Villamediana, pero sin manifestaciones exteriores de regocijo, accediendo a la súplica de los contrayentes, por respeto al luto de la casa.

—El niño Francisco, ya por no haberse dado cuenta del cambio, ya por su índole natural, suave y pacífica, ya por la ternura afectuosa de Leonor, recibía con igual agrado las caricias de su madrastra que si fueran de su propia madre.

Obediente, dócil, sumiso, de ingenio claro y perspicaz, curioso y anhelante por saberlo todo, preguntaba el por qué de cuanto se presentaba a sus ojos, inquiría la razón de cuanto escuchaba, con no pequeño apuro de los interrogados, que muchas veces se veían precisados a hacer increíbles equilibrios mentales para dar una respuesta satisfactoria a tan inesperadas preguntas.

Persuadidos sus padres de que era necesario cultivar aquella tierna inteligencia, trataron de darle una

ocupación constante, que fuese alimento sano y nutritivo para aquella alma angelical: y fué la misma Leonor la que se constituyó en maestra del niño, enseñándole con tanto cariño como habilidad los rudimentos de lectura y escritura, que no tardó en aprender el aprovechado discípulo.

Alternando con estos ejercicios, le enseñaba la hábil maestra el catecismo; al cual cobró el niño tanta afición que, lejos de necesitar estímulo para aprenderlo, él mismo se dió prisa para leerlo con soltura y corrección y para fijarlo en su memoria y grabarlo en su corazón.

Cortas explicaciones necesitaba para comprenderlo y ninguna excitación, y menos amenaza, para practicarlo.

Dios le había dotado de una alma buena; y aquellas verdades de fe, tan sencillamente expuestas, y aquellas normas de conducta, tan conformes a la razón, la mejoraban y robustecían de tal modo que para él era tan repugnante obrar el mal como fácil y agradable practicar el bien.

En este sentido se puede afirmar que Francisco crecía en edad, sabiduría y gracia ante Dios y los hombres: atrayendo hacia sí de tal manera la estimación de propios y extraños que para él sólo había elogios y caricias.

Su padre se consideraba dichoso, y con razón, con la posesión de este hijo; y ya comenzaba a planear proyectos sobre el mismo, viendo en él un inmejorable administrador futuro de su casa y hacienda, un

excelente padre de familia y un modelo de honradez y de bondad para todos los vecinos del pueblo.

Pero ¡cuán diferentes son los juicios de Dios de los de los hombres!

El padre trazaba una senda, por la que pensaba conducir a su hijo hasta lograr la plenitud de sus deseos, hasta verle en un estado en el cual se sintiese feliz e hiciese felices a los demás. Proyecto digno de encomio, saturado de amor paternal, que sólo anhela la felicidad terrena; pero marcado con el sello del egoísmo: porque en él entraba en proporciones iguales el futuro bienestar del hijo y del padre. Y, en cambio, ni siquiera cruzó por la imaginación de éste el pensamiento de consultar la voluntad de aquél o de obrar en consonancia con su inclinación natural, claramente manifestada en sus obras y en sus gustos.

Pero Dios le había trazado otra senda en dirección opuesta a la anterior, por la cual le había de conducir al triunfo más glorioso, ayudándole a recorrerla sin desmayo; aunque la había de encontrar cuajada de zarzas y espinos, entre los cuales había de ir dejando, hechos girones, todos los afectos terrenos.

Una vez más se cumplió que el hombre propone y Dios dispone.

Una tarde del mes de julio de 1598 se retiró a casa Pedro, antes de lo acostumbrado, exhausto de fuerzas y agobiado por una opresión de pecho.

—Me siento mal—dijo a su esposa, al entrar.

—¿Qué tienes?—preguntó ésta.

—No sé: pero hace tres días que me fatigo por cualquier cosa: y aunque hago esfuerzos por sostenerme, hoy ya no puedo más. Es mejor que venga el médico.

Su mujer mandó llamarlo enseguida. Vino aquél y, después de examinar al paciente, le manifestó que tenía pulmonía doble.

—¿Y no hay remedio?—preguntó el enfermo.

—No sé qué decirle—contestó el médico:—ya sabe que haré el máximo esfuerzo para que lo haya: pero eso presenta mal cariz.

—Entonces,—dijo Pedro—que sea lo que Dios quiera.

Y haciéndose cargo de su situación, como buen cristiano, pidió que se le administrasen los santos sacramentos, que recibió con gran fervor, entre las lágrimas de los suyos y las manifestaciones de condolencia del vecindario, que acudió en masa.

Entretanto llegaron D. Cosme y D. Blas a fin de recibir las últimas disposiciones del enfermo, si éste no lograba vencer el peligro: y como este aumentaba, llamaron a Leonor, y en presencia de ésta quedó arreglado todo lo referente a los bienes muebles e inmuebles y a la situación de Francisco, su hijo.

A los cuatro días, después de una escena de honda amargura y de intenso dolor, Pedro expiró en el Señor con la muerte del justo. Francisco Terrero de Ortega y Pérez tenía entonces ocho años de edad.



CAPITULO III

Sumario: *Educación de Francisco.—Diálogo con su maestro.—Sus juegos infantiles.—Su primera comunión.*

DON Cosme y don Blas, tíos y tutores de Francisco, se hicieron cargo de éste, a la muerte de su padre, y se lo llevaron a su casa.

Algo extrañó el niño el cambio y, sobre todo, la falta de su padre: pero, como era de buena índole, y por otra parte, conocía bien a sus tíos y los quería con sincero afecto por los frecuentes agasajos y caricias que de ellos había recibido, pronto olvidó lo pasado y se adaptó de buen grado al nuevo género de vida.

Este no podía ser más conforme a sus gustos e inclinaciones.

Sus tíos, que los conocían muy bien, empezaron a desarrollar su plan preconcebido con tanta suavidad y dulzura que el niño rebosaba de alegría y gratitud,

Bajo la acertada dirección de don Cosme empezó a perfeccionarse en lectura y escritura, en las que hizo tan rápidos progresos que al poco tiempo leía con perfecto sentido todo cuanto se le presentaba, y escribía con soltura, presentando excelente carácter de letra.

Luego aprendió con gran provecho la gramática, la aritmética, la geografía, sin que jamás en sus lecciones mereciera una reprensión de su maestro.

Pero lo que estudiaba con verdadera avidez era la asignatura de religión, para la cual sólo tenía el texto del catecismo: pero el buen don Cosme se veía obligado a explicárselo con tanta amplitud que abarcaba las asignaturas de historia sagrada y eclesiástica, en las cuales el discípulo parece que encontraba especial placer; pues no se cansaba de hacer innumerables preguntas sobre cada tema propuesto.

Era entonces una época en que florecía con todo su esplendor en las Ordenes religiosas españolas el celo por la gloria de Dios mediante la conversión de las almas; y el buen tío refería a su sobrino las muchas expediciones de religiosos que salían de España con rumbo a América y a las islas Filipinas; y le exponía con gran lujo de detalles los muchos trabajos que allí sufrían los misioneros, por mar y tierra, y especialmente en su convivencia con aquellos indios salvajes: y tanta fuerza imprimían en su ánimo aquellas relaciones y tanto le agradaban, que un día dijo a su maestro:—Yo quisiera ser misionero.

—Eres muy niño todavía para pensar en eso — replicó su tío.

—Bien; cuando sea mayor. ¿Qué se necesita para eso?

—Tener vocación.

—¿Y qué es vocación?

—Llamamiento de Dios. La empresa del misionero es muy difícil y arriesgada; porque, como aquellos indios no quieren sujetarse a ningún extranjero y tienen leyes y costumbres muy crueles, el misionero expone a cada momento su vida y muchas veces la pierde.

—¿Y cómo llama Dios para ser misionero?

—A los que El escoge los llama, unas veces, por inspiración interior; otras, por medio de desengaños, de contrariedades y desgracias en la vida; y siempre, comunicándoles un verdadero deseo y preparándoles por mil medios el camino para llegar a serlo.

—¿Y a quién escoge Dios?

—A quien quiere. Lo mismo escoge entre los buenos que entre los malos, dando antes a éstos la gracia de la conversión. Pero ordinariamente escoge a los buenos, a los que le aman y sirven con fidelidad.

—Entonces, si yo soy bueno, ¿puedo ser llamado y escogido por Dios?

—Sin duda alguna.

—¿Se necesita saber mucho para convertir a los indios?

—No, querido. Para convertir a los indios, es decir, para hacerles cambiar su falsa religión por la única verdadera, que es la católica, y sus leyes crueles por leyes justas y suaves, y sus depravadas costumbres por otras morigeradas y conformes a la recta razón y a la dignidad humana, sólo se necesita conocer y saber explicar bien el catecismo.

—¿Sólo el catecismo?

—Con el puedes convertir no sólo a los indios, sino a todos los sabios del mundo rebeldes a Dios. Porque el catecismo responde satisfactoriamente a todas las cuestiones que interesan a la humanidad. El catecismo da solución plena a todas las preguntas sobre el origen del mundo, sobre el principio de la especie humana, sobre las diferentes razas, sobre el fin del hombre, sobre los medios para conseguir ese fin, sobre la vida eterna después de la muerte, y el destino de cada uno en esta y en la otra vida, sobre las relaciones del hombre con Dios, sobre los derechos del hombre sobre las criaturas y sobre los derechos y deberes recíprocos de unos hombres con otros: todo lo explica el catecismo. ¿No sabrías tú contestarme a estas preguntas?

—A todas: a todo lo que el hombre debe creer, debe orar, debe obrar y debe recibir para salvarse.

—De eso se trata; de salvar a aquellos infelices indios, y a todos los que no son indios, pero viven alejados de Dios.

—Pues eso ya lo sé yo.

—Pues ya tienes la ciencia suficiente para convertir infieles.

—¿Puedo ya ser misionero?

—Puedes serlo: y quizá lo seas. Ahora sólo falta que te hagas digno de ello ante Dios, para que El te ame y te escoja.

—¿Qué debo hacer?

—Ser bueno para con Dios, para con tus semejan-

tes y para contigo mismo. Ahora vete a jugar un rato con tus compañeros.

Francisco salió gozoso a encontrarse con sus amigos, que correteaban alegres por la plaza del pueblo. Con ellos tomaba parte en todos sus juegos y entretenimientos inocentes, equiparándose a todos en agilidad, ingenio, destreza y jovialidad. Era uno de tantos en las diversiones propias de su edad; y muchas veces él las animaba y las daba amenidad con sus ocurrencias y con su gracejo natural, con el cual se había captado las simpatías de todos.

Aceptaba y procuraba superar cualquier riesgo que se presentase en la contienda; y sentía el mismo estímulo que los demás para salir en ella victorioso.

Dos cosas no pudieron ver jamás en él sus compañeros: que se enfadase o riñese con ninguno de ellos, aun cuando ellos le diesen motivo con alguna trampa; o que tomase parte en alguna travesura punible, aunque fuera de poca importancia.

Si alguna vez se presentaba alguno de estos casos, tenía la rara habilidad de retirarse con cualquier pretexto, o de seguir entreteniéndolos con la narración de algún cuento.

Con estas narraciones cautivaba la atención de todos ellos: y eran muchas las veces que, dejando el juego, se acurrucaban en torno suyo y le instaban a que les refiriese alguna historieta. Y como él sólo sabía las muchas cosas buenas que había aprendido de su tío, alguna de estas era siempre el tema de su

charla, por medio de la cual ejercía, sin darse cuenta de ello, una especie de apostolado con aquellos rapazuelos, que, también sin pretenderlo, sentían depositarse en sus almas infantiles la buena semilla de la verdad y del bien.

Estas condiciones morales le habían elevado a un nivel muy superior, desde el cual procuraba utilizar su ascendiente sobre los demás para darles lecciones prácticas de cultura y piedad. Siempre que de los labios de sus compañeros brotaba alguna palabra soez o en pugna con las normas gramaticales o malsonante a los oídos piadosos, la corregía con tal donaire que el éxito de la corrección era completo.

No faltaron ocasiones en que aparecía en las calles del pueblo algún mendigo transeunte, que, por la mutilación de sus miembros, por sus andrajos y su aspecto miserable, excitaba la curiosidad de todos y la befa de los pícaros: pero apenas el más osado iniciaba su vil faena, él acudía rápido a impedirla y lograba anularla, depositando en manos del harapiento una moneda y un ósculo saturados de cariño.

Eso le había enseñado su tío don Cosme, al encargarle la distribución de la limosna a los pobres, que acudían a su casa todos los sábados; y con tanto placer y generosidad cumplía el encargo, que atraía sobre sí las bendiciones de Dios por boca de los agradecidos menesterosos.

Satisfecho estaba el tío de todos los procederes de su sobrino fuera de casa, y mucho más satisfecho de

su natural y sólida piedad, que él mismo había comprobado, observándole, sin ser visto, en multitud de actos religiosos, que parecían impropios de su corta edad, ya ante un altarcito que él había hecho en su casa y que adornaba con primoroso gusto, ya, sobre todo, ejerciendo el oficio de monaguillo y ayudándole a misa, en cuyo acto se conducía con tanto fervor y acatamiento que causaba admiración a cuantos le veían.

Viéndole ya preparado y dispuesto conforme a sus deseos, le dijo un día:—Francisco; he pensado en que hagas tu primera comunión: ya tienes doce años; y a esa edad es costumbre que la hagan todos los niños del pueblo. ¿Quiéres hacerla?

—Con mucho gusto, querido tío —replicó el niño rebosando de gozo.

—Hace mucho tiempo que no deseo otra cosa; pero esperaba que usted me lo ordenase.

—¿Has pensado bien en la importancia de ese acto?

—No he olvidado nada de cuanto usted me ha explicado: y todos los días, cuando le ayudo a usted a misa, le tengo mucha envidia, porque no puedo recibir a Jesús. ¿Cuándo será?

—El día de la Ascensión, que es el señalado para todos los niños y niñas.

—¡Cuánto deseo que llegue ese día!

—Ahora es preciso que te prepares bien y te hagas digno de que Dios descansa en tu corazón como en un trono de pureza y de amor.

—Bien quisiera yo ser como los ángeles: pero.....

—Dios te considerará como uno de ellos, si le recibes con el alma limpia de todo pecado, y con vivos deseos de amarle siempre sobre todas las cosas.

—Eso sí lo haré; se lo prometo.

Llegó el día de la Ascensión del Señor del año 1602. El sol esplendoroso inundaba de luz y de alegría las calles del pueblo, cuyos vecinos se agitaban a impulsos de un doble gozo espiritual, el de la festividad del día y el de la primera comunión de varios niños y niñas.

Reunidos éstos, a la hora designada, en el zaguán de la Casa de la Villa, y formados en dos grupos, se dirigieron a la iglesia, de dos en dos, y penetraron en ella entonando con todo el brío y entusiasmo de sus voces infantiles un enternecedor cántico eucarístico.

Cesaron las voces, y comenzó el santo sacrificio de la misa con toda la solemnidad propia del gran misterio que se celebraba. Alternando con el coro, don Cosme dirigía a los niños tiernos fervorines, que no solamente captaban su atención, sino que conmovían profundamente a todos los demás fieles, que llenaban la iglesia por completo.

Llegó el momento solemne; entre cánticos de amor fueron comulgando los niños y niñas y con ellos todos sus familiares. Francisco, atrayendo la atención de todos por su modestia y fervor, como la hubiera atraído un ángel, se postró de rodillas, después de comulgar, con las manos cruzadas sobre su pecho, y así permaneció hasta el final de la misa.

Cuando su tío don Cosme fué a recogerlo para llevarlo a casa, lo encontró como absorto; y, al tomarle del brazo, le oyó decir estas últimas palabras: —Jesús mío, quiero dar mi vida por Vos.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas del tío, que humedecieron las del sobrino, al juntarse en un beso de ternura que aquél estampó emocionado, mientras decía:—Dios te ayude, ángel mío, a cumplir tus santos deseos.





CAPITULO IV

Sumario: *Leonor Avendaño.—Nobles proyectos.—Solución provisional.—Contrariedades.—Administrador modelo.—Nuevo sondeo.—Resolución definitiva.*

Leonor Avendaño, segunda esposa de Pedro Terrero de Ortega, había quedado sin prole a la muerte de éste; y no queriendo contraer nuevas nupcias, reconcentró todo su cariño en Francisco, a quien amaba con afecto verdaderamente maternal. Para él eran todos sus mimos y todos sus obsequios; y su mayor alegría era tenerlo en su compañía como a su hijo.

Ella le había regalado el hermoso traje blanco de primera comunión, con su ancha banda de seda que cruzaba su pecho, su gran medalla de plata con la Virgen del Carmen, sujeta a la solapa izquierda, y su precioso crucifijo con cadena de plata pendiente del cuello, y el rizado cirio rodeado de rosas y azucenas; y así le había visto acercarse al altar, mientras le saltaba el corazón del pecho a impulsos de un deseo

vehementísimo de abrazar a aquel ángel en forma de niño.

—No hay otro como él—se decía a sí misma, llena de satisfacción.

—Si Dios quisiera conservármelo a mi lado mientras me dure la vida, sería la mujer más dichosa del mundo.

Y así se lo pedía al Señor cada día con toda el ansia de su corazón.

El niño, por su parte, le correspondía plenamente, la amaba con toda la efusión de su candorosa alma y la respetaba y obedecía como a verdadera madre.

Así crecía el huérfano sin sentir los efectos de su orfandad, y así había llegado a la edad de catorce años bien cumplidos, con una euforia a toda prueba y con un desarrollo físico superior al normal.

Su tío y su madrastra (que nada tenía de tal sino de buena madre), aparte cada uno y por su cuenta, viendo que el joven estaba en la época crítica de emprender el camino que le había de conducir a su elección de estado, habían planeado en su mente señalarle el rumbo que debía seguir, conforme a sus deseos, antes de investigar la tendencia de su voluntad, persuadidos de que su simple indicación sería un agradable mandato para el dócil huérfano. Pero antes les pareció a ambos muy natural y conveniente comunicarse mutuamente sus proyectos y ponerse de acuerdo sobre la ruta que le habían de indicar, ya que nin-

guno de ellos tenía derecho para imponer su plan, que podría parecer interesado.

Tomada esta resolución, Leonor se presentó en casa de don Cosme, y le dijo: —Vengo a hablar a usted de un asunto muy importante.

—Usted dirá:—dijo el sacerdote.—¿Ocurre algo grave?

—Se trata de Francisco.

—Supongo que no viene usted a denunciarlo por alguna picardía.

—¿Picardías en Francisco? ¡Si es un ángel!

—Y no permita Dios que se desvíe de ese camino que le hará feliz.

—Precisamente de eso se trata; de su porvenir.

—¿Tiene usted algún proyecto sobre él?

—El que le voy a explicar a usted. Francisco vá a cumplir quince años; está muy desarrollado, y ya no hace más que perder el tiempo.

—No pierde un minuto: se lo aseguro a usted.

—Quiero decir que lo aprovecharía mejor, si tuviera un empleo, una colocación fija, que fuese la base segura para resolver con seguridad de éxito el futuro problema de su vida.

—¿Y usted le proporciona esa colocación?

—Con la garantía de mi hacienda y de mi vida.

—Mucha garantía me parece. Explíquese usted.

—Usted sabe que Dios me ha favorecido con abundantes bienes de fortuna; que, en cambio, me ha privado de tener sucesión: que por este motivo todas mis fincas rústicas son laboreadas por jornaleros, que

no las hacen rendir el fruto que darían, si fueran cultivadas por mano interesada. Por otra parte, usted sabe, porque tiene abundantes pruebas de ello, que yo quiero a Francisco como su propia madre. Pues bien: yo le propongo a usted que Francisco venga a mi casa como verdadero hijo, con todos los derechos que le da este carácter; que se vaya imponiendo en todos los detalles de la administración de mi hacienda; y cuando llegue a la edad competente, o en el momento en que haya contraído matrimonio, él quedará constituido en condueño y administrador de todos mis bienes, los que pasarán a su exclusiva propiedad en virtud del testamento que haré a su favor para el momento de mi muerte. ¿Qué le parece a usted?

—El proyecto es inmejorable; y yo le agradezco a usted en lo mucho que vale su cariño y su generosidad para con mi sobrino. Pero me ocurre una pequeña dificultad.

—¿Cuál?

—Que el chico no quiera pasar a vivir en casa de usted; no por temor a recibir peor trato que en la mía, sino por no querer tomar el nuevo rumbo que en la suya se le señala.

—Por eso le expongo a usted mi plan; para que usted influya eficazmente en su ánimo y mueva su voluntad a aceptarlo.

—Permítame que le diga que, tratándose de un asunto tan trascendental, yo no le puedo obligar a que

acepte esa solución, en la que vá encerrado el porvenir de su vida.

—Pero es un porvenir risueño y halagador, que le asegura un bienestar completo para mientras viva: y usted no necesita imponerle su autoridad de tío y tutor, sino que basta que le haga ver y comprender las muchas ventajas exentas de inconvenientes de este plan, para que él lo reciba de buen grado.

—No tengo inconveniente en hacerlo. Pero hay otra duda que resolver. Usted supone como cierto que Francisco contraerá matrimonio: ¿y si no lo hiciera?

—¿Qué va a hacer el chico, cuando tenga edad, sino casarse? Es el más completo en cualidades físicas y morales, no sólo en el pueblo sino en cien leguas a la redonda: todos los vecinos lo alaban y admiran; todos tienen puestos sus ojos en él; y hasta de Palencia le han de llover proposiciones ventajosas para el caso.

—Nada de eso niego. Pero si, a pesar de todo, él no quiere casarse.....

—Aunque ahora no piense en ello, de los quince a los veinte años puede cambiar de opinión.

—¿Y si no cambia?

—Queda firme todo lo propuesto. Será durante su vida dueño de mi casa y hacienda: porque estoy segura de que nadie como él podrá administrarlas con mayor capacidad y honradez, aun después de mi muerte.

—En ese caso, nada tengo que objetar: quedaré

tranquilo en cuanto al porvenir de mi sobrino. Hoy mismo le hablaré. Pero antes, para que vea usted que nada le oculto, y a fin de que no reciba usted una posible ingrata sorpresa, debo manifestarle que nada me extrañaría que el chico se sintiese resueltamente inclinado a seguir la carrera de sus tíos, a ser sacerdote.

—¿Le ha dicho a usted algo en ese sentido?

—Nada, formalmente: pero, atendidas sus cualidades angelicales, a nadie puede extrañar que su corazón se dirija únicamente hacia Dios, y busque el modo de servirle uniéndose a El por los vínculos del sacerdocio.

—Tampoco a mí me extrañaría: pero usted no le hable de eso, sino de mi plan; y hágalo con mucho entusiasmo, que ya sabe usted que le quiero mucho. Adios, don Cosme. En usted confío.

—Vaya usted con Dios, Leonor.

* * *

Media hora había transcurrido desde que tuvo lugar esta conversación, cuando llegó a casa Francisco, y se presentó tan risueño y jovial como respetuoso a contar a su tío todas las peripecias de los juegos en que se había entretenido aquella tarde con los demás muchachos del pueblo.

Escuchole el tío, como siempre, complacido; pues en estas narraciones, que venían a ser una como cuenta de conciencia, veía siempre flotar el espíritu de

cándida sencillez y de rectitud y nobleza de corazón del sobrino.

Luego aprovechó la oportunidad que le deparaba el momento para hablarle de cuanto proyectaba su tía Leonor (así llamaba a su madrastra), con respecto a él; y le manifestó todo cuanto ésta había dicho.

Le hizo ver la importancia y trascendencia del plan, le explicó al detalle cada una de sus cláusulas, llevó a su mente la persuasión de un porvenir tan bien cimentado como brillante, en el que podría desplegar todos los buenos sentimientos de su corazón; y cuando creyó que no tenía más que decirle, le preguntó: —Qué te parece?

Francisco, que le había escuchado con suma atención, se sintió sorprendido por la pregunta. Hasta entonces nunca su tío le había preguntado nada: y él se consideraba feliz y dichoso obedeciéndole en todo y ejecutando con diligencia y presteza cualquiera insinuación suya. Por eso permaneció vacilante y sin saber qué contestar. Ante esta actitud le dijo su tío: —Quiero que sepas que en este asunto yo no te obligo a nada, no te mando nada, ni siquiera me propongo indicarte cuál es mi opinión: te dejo en absoluta libertad para que aceptes o rechaces lo propuesto: teniendo entendido que, lo mismo en un caso que en otro, nada perderás ante mi estimación; y sólo deseo que no te resuelvas por temor a mí ni a nadie, sino libremente por lo que sea más conforme a tu voluntad y a tus inclinaciones.

—¿A usted qué le parece?—preguntó el sobrino al tío.

—A mí, nada,—replicó vivamente el tío.

—¿Qué me aconseja usted?

—Nada: tú lo has de resolver con entera confianza y libertad. ¿Has pensado alguna vez en seguir alguna carrera o en aprender algún oficio?

—No, señor.

—¿Ni en ser sacerdote?—se le escapó al tío.

—Eso me gustaría mucho; pero es una cosa tan grande que no me atrevo a pensar en ello.

—Es verdad: eres joven: ahora puedes empezar a pensar en algo. La tía te deja en libertad para tu elección de estado; de modo que, cuando tú quieras, podrás aspirar a ser lo que más te agrade. Además, ya sabes que tu tía Leonor es para tí una verdadera madre.

—Lo sé; y como a tal la quiero. De modo que, si a usted no le disgusta, acepto su proposición.

—Muy bien. Que Dios te bendiga y te ayude a cumplir los deberes que te impones.

Al día siguiente por la mañana fué Leonor a casa de don Cosme, y sin apenas saludar, le preguntó ansiosa:—¿Qué hay?

—Todo está arreglado conforme a sus deseos—le contestó el sacerdote.

—¿De modo que el chico viene contento?

—Como a casa de su buena madre. Y yo le ruego a usted que lo sea siempre para él: porque tengo un presentimiento de que muy pronto le va a faltar su tío.

—¡Por Dios, don Cosme, no diga usted eso!

—Sí: el mal que me aqueja hace tiempo se me ha recrudecido; y hoy me siento muy mal. Veremos qué dice el médico, a quien he mandado llamar. Entretanto, mande trasladar a su casa todo lo de Francisco, del cual puede usted hacerse cargo desde este momento. En sus manos lo deposito con absoluta confianza y plena tranquilidad de conciencia. En Dios y en usted confío.

—Bien sabe usted que puede quedar tranquilo con respecto a Francisco: pero lo que me extraña es su pesimismo con respecto a la salud de usted.

—Yo sé lo mal que estoy. En cualquier evento todo lo tengo dispuesto y arreglado: no encontrará usted ningún entorpecimiento. Cúmplase en todo la voluntad de Dios.

Don Cosme llamó a su sobrino, se despidió de él con ternura de padre, y lo entregó a Leonor. Enseguida salieron estos para su casa, mientras don Cosme, siguiéndolos con la vista les decía:—Dios os bendiga.

Al poco rato llegó el médico; y, después de escuchar y examinar a don Cosme, le dijo:—No puedo ocultar a usted la verdad.

—Yo soy el que le suplico que no me la oculte, por amarga que sea,—replicó el enfermo.

—Pues bien; el caso es claro, y el remedio ha de ser urgentísimo: usted necesita sufrir una operación, que yo no puedo hacérsela por falta de medios. La antigua hernia se le ha estrangulado. Sin perder mi-

nuto nos ponemos en camino para ver si llegamos a tiempo. Yo le acompaño.

Y diciendo y haciendo, tomaron lo indispensable para el camino y emprendieron velozmente el viaje hacia la capital.

Cuatro días después regresó al pueblo el médico, trayendo la infausta noticia de la muerte de don Cosme, producida por la ineficacia de la operación.

—Ha muerto como un santo,—decía a Leonor y Francisco, al referirles los detalles y el resultado de la operación,—nombrándolos muchas veces, y encargándome que les diga que desde el cielo intercederá por los dos.

—¡Pobre don Cosme!—suspiró Leonor.

—¡Pobre tío!—dijo Francisco entre sollozos y lágrimas.

Lo primero que hicieron ambos, apenas se fué el doctor, fué escribir a don Blas Pérez, tío materno de Francisco, comunicándole la triste nueva e invitándole a los funerales que se iban a celebrar en sufragio del alma del difunto: pero hubieron de celebrarse sin su presencia; porque en contestación a la suya recibieron una carta firmada por aquél, pero escrita por mano ajena, en la que, después de lamentar la desgracia, manifestaba que le era imposible trasladarse al pueblo, a pesar de sus vehementes deseos, porque hacía tiempo que se hallaba postrado en cama, víctima de penosa enfermedad, que le hacía temer un próximo y fatal desenlace: y que por esta razón suplicaba encarecida-

mente a Leonor que cuidase a Francisco como a verdadero hijo, ya que estaba seguro de que éste le había de corresponder con cariño filial.

Acongojados quedaron al enterarse de esta misiva: pero su espíritu profundamente religioso se elevó hasta el trono de Dios, para ofrecerle con resignación tantas y tan graves contrariedades y pedirle una vez más su protección y ayuda para hacer frente sin claudicaciones a todos los embates de la vida.

Entonces fué cuando vió Francisco toda la amplitud y trascendencia de su situación: ante sus ojos se abrió el horizonte de su porvenir, nebuloso, incierto, lacrado con el sello de una incógnita imposible de descifrar por el momento, pero que él creyó poder llegar a despejarla muy pronto con su voluntad tesonera y su hombría de bien, dirigidas por su clara y poderosa inteligencia.

Hasta entonces la senda de la vida había sido para él un delicioso camino real bordeado de flores, formado por la obediencia ciega, pronta y alegre a las insinuaciones de sus padres y tutores: pero nunca éstos le habían señalado el hito hasta el cual debía llegar. Ahora se sentía dueño de sus destinos: pero se le había indicado una ruta inicial, que él voluntariamente y sin coacción alguna había prometido seguir, y en ella entró resuelto y confiado.

El aparcero y los gañanes de su tía Leonor no necesitaron mucho tiempo para rendirse a la simpatía, honradez y generosidad de Francisco, en cuya juven-

tud veían una sensatez viril y una facilidad extraordinaria para comprender la dificultad de cualquier asunto relacionado con la hacienda y para darle la mejor solución: y reconociendo estas dotes de inteligencia y de corazón, todos ellos acabaron por prestarle una ayuda sincera, positiva, eficaz; con la cual logró él en breve tiempo conocer todos los secretos y manejar todos los resortes de la dirección y administración que su tía le había encomendado.

Al influjo de sus certeras iniciativas iban aumentando en progresión ascendente los productos del campo y los ahorros y el bienestar de todos sus jornaleros, a los cuales aplicaba los mayores beneficios del trabajo.

Con ellos había logrado formar como una gran familia, a la cual, satisfecha en el orden material, había comunicado sin gran esfuerzo su espíritu religioso, que se manifestaba en una conducta ejemplar.

El pueblo entero, tranquilo y feliz, recordaba con gratitud los nombres de sus padres; pero, al establecer comparación con su hijo, llenaba a este de elogios y bendiciones, mostrándose siempre dispuesto a cualquier sacrificio en su favor.

Su tía Leonor rebosaba de gozo, al ver no solamente cómo prosperaba su hacienda, sino también cómo Francisco se había captado las simpatías de todos, cómo se desarrollaba con perfecta salud y, sobre todo, cómo cultivaba su espíritu, entregándose con el mayor fervor a las prácticas religiosas y huyendo en absoluto de las diversiones mundanas.

Una paz octaviana reinaba entre todos los vecinos, merced a los buenos oficios y a la pródiga generosidad de los que aquéllos llamaban sus señores: en casa de éstos abundaban los motivos de satisfacción y de alegría: ¿qué más podía desear Leonor? Sin embargo, sobre ese plano corrían veloces los días y los años; y hubo un momento en que ella se reconcentró en sí misma, y pensó:—Francisco ha cumplido ya los diecinueve años; está formado física y moralmente; alto, robusto, sin indicios de achaque alguno, simpático, de agudo ingenio, de nobilísimo corazón, de sentimientos religiosos profundamente arraigados, un perfecto caballero, el verdadero ideal para jefe de familia. ¿Se le habrá ocurrido pensar en elegir estado? Y si lo ha pensado, ¿se habrá decidido por el matrimonio? ¿Intentará ser sacerdote? ¿O querrá permanecer soltero, atento sólo a su tranquilidad y al bien de sus semejantes? ¡Es cosa rara! Su pecho, tan jovial y efusivo con todos y en todas las circunstancias de la vida, sólo permanece herméticamente cerrado cuando se hace relación a ese asunto tan importante. Es indudable que debe casarse. Un joven dotado de tan ricas prendas no puede hacer otra cosa. Además, ¡si parece que Dios le ha puesto en su camino la mujer que ha de ser su esposa! Inés, mi sobrina, la hija de mi difunto hermano, es la mujer ideal para él. Como guapa, es más bella que las tres hijas que tuvo el santo Job después de la prueba: ¡y eso que la sagrada Escritura afirma que no hubo mujeres más her-

mosas en toda la tierra! Es, además, muy inteligente, hacendosa, activa, impuesta en todos los menesteres de una casa, tiene la misma edad que él, y, sobre todo, es una santa que nunca se cansa de rezar en la iglesia. Lo malo es que ni de Inés, que viene todos los días a vernos, ni de ninguna otra muchacha hace caso alguno. De todos modos yo necesito introducir la sonda en ese corazón, que parece un lago tranquilo, a ver si encuentro en su fondo alguna resolución concreta. Y levantándose rápida, mandó a una de las sirvientas que fuese a casa de su hermana política y le dijese que quedaban invitadas a comer al día siguiente, domingo, y que viniesen sin falta ella y su hija Inés.

Ambas fueron gustosas, como lo hacían otras muchas veces: y llegado el momento, se sentaron a la mesa los cuatro con la confianza que les daba la familiaridad. Poco rato llevaban saboreando las viandas, cuando Leonor, previamente convenida con Gertrudis, madre de Inés, dijo, dirigiéndose a Francisco: — Corre por el pueblo el runrún de que te vas a casar.

—¿De veras?—dijo indiferente Francisco.

—Por varios conductos ha llegado a mis oídos: y añaden que será pronto.

—¡Hola!

—Y hasta dicen con quién.

—¡Caracoles! ¡Pues ya es saber!

—No lo disimules. ¿Quiéres que te diga el nombre de ella?

—Como usted quiera: de todos modos, ¡lo ha de decir! porque veo que para usted el rumor es un artículo de fe.

—No tanto: pero cuando el río suena, agua lleva.

—Cierto: pero el sonido del río llega a todo el que no es sordo: y hasta mí no ha llegado.

—Ya lo estás oyendo.

—Es verdad: y supongo que tendrán ustedes un fundamento sólido, como el agua que produce el ruido en el río, para dar alas al runrún.

—De verlo confirmado por el interesado se trata.

—En ese caso, ya puede usted llamar en otra puerta.

—No hay necesidad, porque es ya un secreto a voces. Se asegura que te casas, pronto, y con Inés.

—Primita, ahí llaman:—dijo, dirigiéndose a la que llamaba su prima.

Esta se puso roja como la amapola; y en su azoramiento se le escapó:—Yo no sé nada de eso.

—Ya ha oído usted lo que quería saber; la confirmación definitiva del rumor—dijo Francisco con relintín.

Silenciosa y profundamente contrariada quedó Leonor, al oír estas palabras; ya que veía desvanecidos para siempre sus más gratos proyectos e ilusiones: pero pronto quebrantó este silencio Francisco, diciendo:—Ya que ha salido esta cuestión, y puesto que estamos reunidos los de la familia, a fin de desvanecer por completo ese rumor y de impedir que circule ningún otro,

quiero hablarles con toda sinceridad y exponerles la resolución que he tomado. He decidido consagrarme a Dios y comenzar desde ahora a poner los medios para llegar a ser sacerdote. El mundo me hastía, me repugna: y en cambio, Dios me atrae hacia sí tan suave como irresistiblemente: su religión y su culto me seducen: quiero entregarme por completo al servicio de Dios: y para ello he resuelto trasladarme a Palencia para hacer los estudios necesarios.

Desconcertadas, atónitas quedaron las tres comensales, al escuchar esta determinación; pero, sobre todo, Leonor que, estallando en lágrimas y sollozos, le dijo:— Pero, hijo mío, ¿tan mal te he tratado? ¿Tienes alguna queja contra mí, para abandonarme ahora que eres más necesario que nunca y que te creía más seguro en la familia?

—No sólo no tengo queja alguna contra usted ni contra nadie,—respondió Francisco—sino que le estoy sumamente agradecido y que no olvidaré nunca que ha sido usted para mí una buena y santa madre: pero estará usted conforme conmigo en que es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres.

—Sin duda: pero ¿acaso no sirves a Dios y puedes seguir sirviéndole en esta casa? ¿Quién te lo impide?

—Nadie; es verdad: al contrario; ustedes son para mí un constante ejemplo y estímulo para servirle y amarle: pero Dios me llama y me manda dejar el mundo.

—¿Es que te has disgustado por la broma que me he permitido sobre tu matrimonio con Inés? Perdónamela, y cambia tu resolución.

—No le he dado importancia alguna: únicamente la he aprovechado como ocasión oportunísima para manifestarle mi plan, que vengo acariciando desde mi niñez y que he estado madurando desde la muerte de mi tío Cosme, durante cinco años. Ahora comprenderá usted que lo tengo bien pensado; y por eso voy a empezar a ejecutarlo en esta misma semana.

—¡Dios mío! ¡Que contrariedad tan grande!

—Es el único fruto que dá el mundo en abundancia aun a los más halagados por la fortuna. Ofrézcala con generosidad a Dios, que es el único que no falla, que no engaña, que nos dá siempre lo mejor para nuestra vida inmortal.

—Es verdad, — dijo resuelta Inés. — ¡Como que yo pienso hacer lo mismo que Francisco!

—¿Tú, monja?—preguntó angustiada su madre.

—Y muy pronto, con la ayuda de Dios — repuso Inés: y aprovecho también la oportunidad para comunicarle que todo lo tengo preparado, y que estoy ya admitida en el convento de Santa Teresa.

—¡Dios mío! ¡Eso me faltaba!—sollozó su madre.

—¡Sí que hemos hecho buen matrimonio!—concluyó Leonor.

Y sin más hablar, se levantaron de la mesa los cuatro comensales, entregado cada uno a sus propias impresiones.



Famosa Pagoda



CAPITULO V

Sumario: *A Palencia.—En las aulas.—Lucha constante.—A Valladolid.—Estudios superiores.—Triunfos escolares.—Su popularidad.—La Tuna Vallisoletana.—Su vida espiritual.*

ERA la última semana de septiembre, y todo quedaba ultimado: la recolección se había hecho con rapidez, y las trojes estaban ya repletas de cereales, y los silos, exuberantes de toda clase de productos del campo. Las viñas empezaban ya a pedir la mano del vendimiador, y los olivos mostraban ya en esperanza el fruto cierto.

Pero en medio de esta abundancia y ante la perspectiva de las ópimas cosechas pendientes, Leonor se sentía afligidísima, inconsolable, al verse privada de la compañía de Francisco. A ello contribuían los comentarios de la gente del pueblo, que, sin intentarlo, amargaban más su existencia; porque no había persona que no se acercase a ella con pretexto de consolarla, pero en realidad estimulada por su egoísmo, para empezar por sentir y lamentarse de la marcha de Fran-

cisco y terminar por poner de relieve su ingratitud para con ella.

Pero Leonor era demasiado buena para tolerar, ni aun en sus tristes circunstancias, que el buen nombre de Francisco quedase empañado ni aun por las apariencias de mancha culpable.—No, no:—decía a todos los que le hablaban del asunto,—no hay que reprocharle nada en su conducta: yo la esperaba siempre; y si ha desgarrado mi alma su separación, ha sido por lo mucho que le quería: pero comprendo que yo no era digna de tenerlo siempre a mi lado: era de Dios, y se ha ido para entregarse totalmente a Dios.

Así logró que se desvaneciese todo motivo de murmuración en las tertulias del pueblo y que todos siguiesen bendiciendo como antes el nombre de Francisco.

Este, después de arreglar todos sus asuntos con Leonor y de haber convenido con ella en el uso de su patrimonio, había partido para Palencia, a donde llegó aquella misma semana.

Allí sintió el desconsuelo, apenas llegado, de asistir a la muerte y funerales de su tío don Blas, que no pudo resistir más al rigor de su antigua dolencia: y este nuevo golpe descargado sobre su corazón, que le dejaba sin pariente alguno en el mundo, fué para él un nuevo acicate para realizar con más gusto su propósito.

Se instaló en un pensionado anejo a un colegio de la Compañía de Jesús, y se matriculó en éste para cursar las asignaturas de latín y humanidades.

El primer cuidado que tuvo fué el de buscar y escoger un buen director espiritual; y, después de varias pesquisas, investigaciones y experiencias, lo encontró, entre los muchos sacerdotes que había en Palencia, en un Padre de la Compañía de Jesús, docto y experimentado, al cual encomendó la dirección de su espíritu con voluntad ciega y plena confianza.

Comenzó sus estudios con el ahinco que le infundía la persuasión del cumplimiento de un deber fundamental: pues no ignoraba que la piedad y la ciencia, íntimamente enlazadas, constituyen el cimiento sólido sobre el cual descansa, se eleva y produce orientaciones y frutos de vida eterna el sacerdocio católico.

No tenía que esforzarse mucho para asimilarse las explicaciones que escuchaba en las aulas: pues con su ingenio claro y penetrante dominaba todas las dificultades; y como a esto añadía una labor de largas horas de estudio, sus triunfos se contaban por sus intervenciones en el palenque estudiantil. No había torneo escolar en que no fuese proclamado campeón.

Pero esto, que aumentaba el número de sus amigos y admiradores, fué el origen de una lucha constante, que se vió obligado a sostener contra todos ellos.

En Palencia, como en todas partes, entonces, como ahora y siempre, la vida estudiantil era un perpetuo holgorio. Los estudiantes, casi todos en aquella época jóvenes de dieciocho a veintidós años, limitaban su actuación escolar a la asistencia, poco frecuente, a las aulas. Lo restante del día y de la noche lo conside-

raban necesario para emplearlo en juegos, deportes, músicas, libaciones y otros excesillos más o menos culpables. De todos ellos huía Francisco con verdadera repugnancia, porque no veía en ellos la inocencia de los juegos infantiles: y de aquí la lucha heroica que se veía precisado a sostener, acaso entre burlas y menosprecios. El era siempre de los primeros invitados, y siempre su agudo ingenio le sugería un pretexto para quedar exento de la invitación. Pero no faltaban ocasiones en que algunos, émulos o perversos, se proponían corromperlo, intentando con astucia arrastrarlo hasta la tasca, para que su vida ejemplar no fuese un continuo reproche a sus excesos; y entonces, cuando no eran aceptadas sus excusas, salía victorioso por su energía de carácter, despreciando los denuestos con que salpicaban su honra y las ironías picarescas con que trataban de humillarlo.

No poca virtud se necesitaba para desligarse, im-poluto, de aquella turba de pícaros; pero él la tenía, adquirida desde su niñez, y procuraba conservarla y robustecerla, acudiendo con frecuencia a beber en el manantial de vida espiritual, Jesús sacramentado, y protegiéndose con el escudo de una tierna y acendrada devoción a la Santísima Virgen María.

Del lugar del peligro, y apenas había roto el lazo engañoso, corría anhelante al centro de su refugio, a la iglesia de la Compañía; y allí, depositando sus cuitas e incertidumbres a los pies de su director espiritual, sentía al momento reconfortado su espíritu, y salía con

el corazón enardecido para librar las más rudas batallas y con la firme esperanza de salir siempre triunfante de todas ellas.

Conociendo su director el fondo de aquella alma angelical, y enterado por el mismo Francisco de que aspiraba al sacerdocio, fué desde el principio dirigiendo su rumbo hacia el seno de la Compañía de Jesús, con ánimo de hacerlo miembro de la misma; bien persuadido de que aun en el mundo de las almas religiosas se dan muy pocas como aquella, de tan pura raigambre espiritual, de inocencia tan perfecta desde los mismos albores de su vida, de corazón tan saturado y anhelante a la vez de amores divinos, de sentimientos tan nobles y generosos en favor de todos sus semejantes, de disposiciones intelectuales poco comunes, de perfecta y sana contextura física y, sobre todo, de un anhelo tan constante como vehemente de llegar a ser sacerdote, para entregarse sin reservas a propagar la gloria de Dios mediante la conversión de las almas.

Todas estas cualidades reunidas en un sujeto bien merecían que el Padre jesuita desplegara todo su interés para que aquél figurase entre los hijos de San Ignacio, si así Dios lo disponía.

Con este fin tan plausible el buen Padre tenía frecuentes conferencias con Francisco, en las cuales le explicaba el fin y objeto de la Compañía, en todo conforme a sus aspiraciones, su régimen interior, su norma de vida, y todo lo que creía necesario para

que Francisco obrase en definitiva con pleno conocimiento de causa y plena libertad.

Francisco le escuchaba con tanta atención como complacencia; y cada vez se sentía más animado y decidido a trabajar por la gloria de Dios: y para asegurar más su resolución, en sus comuniones y en los ratos que en la iglesia dedicaba a la oración, su más ferviente súplica era:—Señor, dadme a conocer vuestra voluntad.

Entregado a este método de vida, llegó el año 1612, en el cual terminó los estudios de latín y humanidades con sobresaliente resultado.

El acababa de cumplir los veintidós años de edad; y todavía la incertidumbre lo mantenía perplejo e irresoluto con respecto a su elección. Las conferencias de su director no acababan de inclinar su voluntad; antes al contrario, cuanto más se esforzaba él por aceptar sus indicaciones, tanto menos le atraía la Compañía de Jesús.

En ese estado de duda, optó por lo más seguro, que fué aplazar su resolución; mientras con todo el fervor de su alma pedía a Dios, a la Virgen y a los santos de su devoción que desvaneciesen aquellas tinieblas y le iluminasen el camino por el cual debía dirigir sus pasos.

Puesta su confianza en el cielo, fué a despedirse de su director: y después de agradecerle lo mucho que había hecho por él durante los tres años, ayudándole eficazmente a triunfar en las luchas de la vida y a

conservarse incólume en medio de tantas y tan astutas emboscadas como le había preparado el enemigo infernal, le dijo:—Me voy a Valladolid, para empezar este mismo curso los estudios superiores: mientras los hago, tengo tiempo suficiente para pensar en mi asunto; y espero que Dios me ayudará.

—No me parece mal: pero no olvides nunca los consejos que te he dado—le dijo el Padre.

—Gracias a ellos he triunfado, y con ellos confío seguir triunfando.

—En cualquier caso, ya sabes que las puertas de este colegio están siempre abiertas para tí.

—Gracias, Padre.—Y besándole la mano, salió del colegio.

Al día siguiente emprendió el viaje a Valladolid, provisto de buenas cartas de recomendación, a donde llegó con ánimo jovial y esperanzado.

Allí ingresó en un pensionado de toda confianza, al cual había sido previamente recomendado por su director de Palencia, y enseguida comenzó a orientarse en la ciudad, a fin de fijar su método de vida.

Su corazón se dilató de gozo, al ver establecidos por toda la ciudad varios conventos de Ordenes religiosas, que le ofrecían gran facilidad para sus ejercicios de devoción y para fomentar sus fervorosas aspiraciones.

—¿Quién sabe—se decía a sí mismo—si Dios me llama a alguno de estos centros de virtud y ciencia, y en él acaban mis inquietudes?

Luego en tiempo oportuno fué a la Universidad y se matriculó en derecho canónico: y con el principio de curso comenzó su vida estudiantil con un interés siempre creciente por adquirir la ciencia necesaria para su ministerio.

Impulsado por la fuerza del deber, del cual tenía el concepto más riguroso y elevado, era asiduo a las aulas, en las cuales escuchaba con suma atención las explicaciones de los catedráticos, y tomaba abundantes notas, que luego rehacía y completaba en su tiempo de estudio; logrando así estar siempre preparado para cualquier evento en la clase.

Muy pronto se dió a conocer entre sus condiscípulos por sus raras dotes de ingenio, que le atraían la admiración de muchos y las simpatías de todos. Pero como al mismo tiempo su conducta era ejemplar fuera de las aulas por su vida devota y alejada de todas las diversiones mundanas, su nombre se hizo tan popular como respetado entre toda la turba estudiantil.

Extrañaba, sin embargo, a los estudiantes que, siendo de un carácter tan simpático y jovial, no perteneciese a ningún gremio o grupo escolar formado por ellos con fines exclusivamente recreativos; y no dejaron de intentar su adhesión.

La *Tuna Vallisoletana*, estudiantina famosa, integrada por unos cien alumnos provistos de instrumentos de cuerda, viento y percusión, recorría con frecuencia las calles de la población, llenando el ambiente de alegría, y daba agradables conciertos con aplauso ge-

neral, a fin de recaudar fondos con que subvenir a las necesidades de los estudiantes pobres; y apenas había persona que se resistiese a depositar su óbolo en el azafate que le presentaban con amable sonrisa.

¿Por qué Terrero de Ortega no había de pertenecer a la *Tuna*, cuando ella estaba formada, según ellos, por lo más selecto de la Universidad? Y un buen día le pasaron su invitación, acompañada de los mayores elogios a su persona, invocando sus sentimientos humanitarios y apelando a la reconocida generosidad de su corazón.

Francisco, que conocía las alegres aventuras de los *tunos*, se excusó alegando que no sabía música.

—No importa:—le replicaron aquellos—puedes formar en el grupo de los cantores, o tañer castañuelas o hie-rillos: que para eso no se necesita solfa.

—Os estropearía el ritmo.

—En último caso, puedes encargarte de un azafate.

—Sufriría la recaudación por mí poca maña.

—Pues ven, aunque sólo sea para formar número.

—Es que necesito el tiempo para otras cosas. Lo único que haré con gusto es daros una cuota mensual; y me dejáis en paz.

—¡Bien por Terrero de Ortega!—gritó el grupo, y se alejó.

Efectivamente, Francisco hubiera tenido como cargo de conciencia el emplear el tiempo en serenatas y frivolidades, cuando todo le parecía poco para dedicarlo al cultivo de su inteligencia y de su corazón.

Esclavo de su deber como estudiante, agotaba su capacidad intelectual no sólo en el estudio de las asignaturas que cursaba, hasta lograr dominarlas por completo, sino en la adquisición de toda clase de conocimientos divinos y humanos. Los libros eran sus amigos predilectos, con cuya ayuda formaba su caudal científico, que lo elevaba sobre todos sus condiscípulos y arrancaba a sus catedráticos cálidas frases de elogio.

Con la misma intensidad con que cultivaba las ciencias atendía a la formación y consolidación moral de su espíritu. Además de la frecuente recepción de los santos sacramentos de penitencia y eucaristía, aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para nutrir su espíritu con la palabra de Dios: y estas eran tantas que bien podía saciarse, acudiendo a las muchas iglesias de religiosos que había en la ciudad. Estas le atraían de una manera especial; y en ellas comenzó a sentir reposo, que él comenzó a interpretar como una inspiración del cielo, que en alguna de ellas le fijaba su destino.

Acariciando esa idea, procuró y logró fácilmente el trato familiar con los religiosos de las distintas comunidades: y a fin de informarse bien del espíritu y método de vida de cada una, se resolvió a frecuentarlas todas por separado; y una temporada iba solamente a los carmelitas, otra a los dominicos, después a los trinitarios, luego a los agustinos recoletos, después a los agustinos calzados, a los jerónimos, a los fran-

ciscanos, a todos los conventos. En ellos se informaba de su regla y constituciones, veía con sus propios ojos la observancia regular, observaba sus virtudes y sus defectos y se formaba cabal idea del estado moral y material de cada Orden religiosa.

Con este conocimiento se postraba luego a los pies de Jesús sacramentado y le pedía con fervor que le diese a conocer su voluntad.

Simultaneando sus estudios con su vida piadosa, en la cual lo que más le preocupaba era el conocimiento de la voluntad divina para resolverse a tomar uno de los varios caminos que se le presentaban, pasaron dos años completos. Durante los cursos de 1612-1614 había estudiado con extraordinario aprovechamiento y brillantéz la carrera de derecho canónico; y entonces creyó ya llegado el momento de consagrarse a Dios por medio de los votos religiosos.

Había terminado su carrera: y una fuerte emoción interior le empujaba hacia una Congregación religiosa con preferencia a las demás.

En esta había visto algo que no había en las otras, algo que se adaptaba mejor a su alma candorosa, a la humildad de su espíritu, al total desasimiento de las cosas del mundo; y todo esto era para él indicio cierto de que allí debía sufrir la última prueba, la del noviciado.

Si la superaba, estaba seguro de que allí le llamaba Dios.



Pagoda



CAPITULO VI

Sumario: *El convento de Agustinos Recoletos de Valladolid.—Despedida.—En el noviciado.—Prueba durísima.—Triunfo heroico.*

HABÍA en Valladolid, en la calle del Perú, un pequeño convento de Agustinos Recoletos, que tenía por titular al famoso taumaturgo San Nicolás de Tolentino, de pobre apariencia exterior, pero que guardaba en su interior riquísimos tesoros de todas las virtudes. Era a la sazón Prior del Convento el R. P. Fr. Valerio de la Concepción, y Maestro de novicios el Predicador mayor R. P. Fr. Luis de San Agustín; y completaban la comunidad doce religiosos sacerdotes, seis novicios y seis hermanos legos; haciendo un total de veintiseis religiosos.

Francisco conocía este convento y la vida de sus moradores desde la temporada que, en turno con otros conventos, había dedicado a sus observaciones, muy justificadas para resolver con acierto sobre su porvenir: y tal impresión produjo en su alma el modo de

ser de los agustinos recoletos, que, después de compararlo detenidamente con el de las demás Ordenes religiosas, lo prefirió al de todas sin más titubeos ni cavilaciones.

Desde ese momento el convento pequeño de San Nicolás le atraía como un poderoso imán; y a él volvió con satisfacción íntima, persuadido de que aquella atracción unida a la simultánea desaparición de sus dudas e incertidumbres era una señal clara de que Dios lo llamaba para servirle durante su vida en la Recolectión Agustiniiana.

Así lo manifestó al virtuoso P. Prior, al presentarse de nuevo a él con el corazón rebosante de alegría: pero el Prior, sin dejar de animarle a seguir en sus propósitos, le hizo ver la conveniencia de que antes observase por sí mismo las mortificaciones y penalidades de aquella vida que deseaba abrazar, para que después no se llamase a engaño.

No deseaba el aspirante otra cosa que esta autorización, no limitada como en la temporada anterior, para comenzar a vivir con el deseo la vida religiosa. Desde entonces comenzó a palpar con fruición el burdo sayal que constituía el hábito de los monjes; participó de su sobria y, a veces, poco apetecible comida; asistió a las largas horas de meditación y a los maitines de media noche; observó el continuo e imponente silencio que se guardaba; escuchó en las noches de los miércoles, viernes y sábados de cada semana desde la sacristía el espantoso ruido, semejante a una fuerte

granizada, que en la iglesia producían los canelones de las disciplinas al caer sobre las carnes de los monjes, mientras éstos entonaban un salmo de penitencia; vió la diligencia y solicitud con que, a la mañana siguiente de cada uno de esos tres días, el hermano sacristán iba limpiando con paños empapados de agua las grandes manchas de sangre que hallaba esparcidas por el pavimento de la iglesia, antes que la gente entrase en el templo; él mismo sorprendió, sin pretenderlo, a un religioso con unos alicates en la mano restaurando un gran cilicio de cintura cubierto de sangre ennegrecida; él admiró el ajuar de cada celda, que consistía en una cama, formada por dos banquillos de hierro, tres tablas, un jergón de paja, dos mantas de estameña y una almohada también de paja; una mesa con un crucifijo y algunos libros; una silla, un trípode de madera con su albornía, un cantarillo, una toalla de lino y un velón; él vió a los sacerdotes y a los novicios hacer el aseo de sus celdas y de los claustros, manejando la escoba con la misma alegría con que luego manejaban la pluma para escribir admirables conferencias y tratados; él asistió a sus recreaciones, en las que siempre observó que la más sana alegría se rezumaba de su interior en forma de amenas charlas y edificantes optimismos, no obstante la dureza de vida a que estaban sometidos. Y todo esto cautivó más y más su corazón profundamente humilde y abnegado.

—Con estos muros de defensa, se decía a sí mismo,

es imposible que el enemigo pueda abrir brecha para asaltar el castillo de los votos religiosos. Aquí el alma busca con afán las humillaciones: no puede rebelarse contra la autoridad. El cuerpo goza en atormentarse: no puede correr peligro la castidad. La privación y el desprecio de toda comodidad flotan en todo el ambiente como airón de gloria: está bien asegurada la pobreza. La alegría ilumina los rostros y brota en frases de cordial simpatía: la caridad reina con absoluto dominio. Aquí me llama Dios.

Libre de toda duda, y convencido de que con el auxilio divino tenía fuerzas suficientes para sobrellevar las asperezas de vida de los Agustinos Recoletos, se presentó al P. Prior, y con tanta humildad como anhelo le suplicó que se dignase admitirle para empezar el noviciado.

El P. Prior, que lo conocía no sólo por el trato que había tenido con él y por sus propias observaciones sino también por los informes que había adquirido de multitud de personas, le otorgó su consentimiento con visible satisfacción; porque en él veía un futuro religioso que había de dar mucho honor al hábito y mucha gloria a Dios.

Admitido como candidato por los Padres conventuales del Consejo, procedieron éstos a realizar las informaciones canónicas del caso, las cuales dieron el resultado más favorable; en vista del cual fué admitido por unanimidad para vestir el santo hábito.

Mientras la comunidad tramitaba estas diligencias,

él realizó las suyas, a fin de que todos sus asuntos quedasen plenamente solucionados.

Informó a su tía Leonor sobre esta su resolución definitiva por medio de un escrito que resumaba la alegría de su corazón, su gratitud sin límites a Dios y su reconocimiento por lo mucho que aquélla se había afanado en su favor: y al mismo tiempo ordenaba lo preciso para la disposición de sus bienes, dejando todo arreglado conforme a ley. Además le encargaba que se despidiese en nombre suyo de todos los del pueblo, y les pidiese oraciones para alcanzarle el don de la perseverancia en su nuevo estado, prometiéndoles en retorno las suyas, y aplazándolos a todos hasta el cielo.

Con lágrimas de cariñosa emoción leyó Leonor la carta; y le faltó tiempo para comunicarla a todos los vecinos. Y era de ver la impresión que causó y los comentarios que inspiró la noticia en todas las tertulias.

—¡Era un santo!—decían.—A nadie que lo haya tratado le puede extrañar que se haya hecho fraile. ¡A ese lo hemos de ver en los altares!

* * *

Hechos los preparativos del caso, llegó el día 10 de noviembre de 1614; y previo el toque de campana, se reunió la comunidad en el centro de la iglesia; y tras corta oración, apareció el P. Maestro de novicios Fr. Luis de San Agustín conduciendo a Francisco y cinco jóvenes más, todos los cuales pasaban de los

veinte años de edad, como era lo ordinario en aquellos tiempos. A una indicación del P. Maestro, se posttraron los seis ante el P. Prior Fr. Valerio de la Concepción, el cual les preguntó:—¿Qué pedís?

—La misericordia de Dios y vuestra compañía.—respondieron todos.

Entonces les dirigió una fervorosa exhortación, exponiéndoles las asperezas y dificultades de la vida religiosa y animándolos a perseverar en sus buenos propósitos y afianzarse en su vocación por su cooperación a la gracia divina.

Luego mandó despojarlos de la capa exterior que cubría su cuerpo y les fué vistiendo el santo hábito, mientras pronunciaba la fórmula ritual y los declaraba admitidos a la prueba de su vocación en el noviciado. (1).

Considerados desde aquel momento como miembros de la comunidad, el P. Prior les dijo que, ya que vestían como religiosos, debían también llamarse como tales; para lo cual les invitó a que escogiesen y manifestasen el nombre con que querían llamarse.

El más antiguo, andaluz, dijo que quería llamarse Fray Lesmes de las Angustias. Francisco Terrero de

(1) Según la partida de bautismo, nació Francisco el 2 de junio de 1590: según una relación autobiográfica escrita por el mismo P. Francisco, cuya copia se conserva en nuestro archivo de Manilla, formando parte del expediente de beatificación realizado en Macao el año 1632, vistió el hábito de Agustino Recolecto en Valladolid el día 10 de noviembre de 1614; y según la partida de profesión religiosa firmada por él mismo, profesó el 11 de noviembre de 1615. Es, pues, evidente que tomó el hábito a los 24 años y profesó a los 25 de edad; y que, por tanto, están equivocadas las lecciones históricas del Breviario, que afirman que ingresó en la Orden a los 17 años de edad.

Ortega quiso denominarse Fray Francisco de Jesús: y así continuaron los demás manifestando su nombre de religión.

Con ese acto solemne comenzó para ellos el noviciado; es decir, el aprendizaje teórico-práctico del ejercicio de todas las virtudes para aspirar a la perfección, y la prueba y experimento de fuerzas físicas y morales para merecer ser inscritos definitivamente como miembros de la Recolectión Agustiniiana.

Tan animoso y esforzado se sintió fray Francisco desde el primer momento, que no solamente no encontraba dificultad en el cumplimiento exacto de todo cuanto preceptuaban la regla y constituciones, sino que todo le parecía poco a su deseo de hacer mucho y de subir con rapidez los peldaños de la perfección.

Acostumbrado a obedecer con alegría a sus educadores y maestros desde la infancia, la más leve insinuación era ahora para él un verdadero mandato, que se adelantaba a cumplir gozoso.

El despego de todo lo superfluo y aun de muchas cosas útiles y convenientes en su época de libertad, le hacía ahora agradable el verse privado aun de lo más necesario.

La vigilante precaución con que procuró siempre que ni el vaho de una mirada, de una lectura, de una conversación o de un chiste empañase el brillo coruscante de su pureza, le facilitaba ahora su custodia tranquila con la defensa de la modestia dominadora de

sus sentidos y con la ayuda eficaz de la mortificación corporal, de la cual se sentía insaciable.

El mejor condimento de su escasa comida era disminuirla, dejando lo más sabroso de ella para los pobres.

El ayuno trisemanal de todo el año hubiera querido él ampliarlo para sí sólo a diario, como lo hacía la comunidad en cuaresma y adviento, si no fuera por evitar singularizarse y porque no quería ni debía llamar la atención de sus connovicios en las horas de refección.

A las disciplinas señaladas por la ley añadía él otras cruentas; y ceñía su cuerpo de áspero cilicio; aunque esto lo hacía siempre con la venia del P. Maestro y por consejo y con la limitación impuesta por su confesor.

Se holgaba en llevar el hábito más viejo y pobre, que él mismo se cuidaba de remendar, y en ejercitarse en los menesteres más viles y despreciables que exigían el aseo y la higiene del convento.

Este implacable rigor con su cuerpo procedía del vil concepto que tenía de todo su ser; con el cual lograba dominar todas las sublevaciones de su amor propio y derruir por completo desde sus cimientos el castillo del orgullo con los repetidos y formidables arietazos de la paciencia, de la humildad, de la mansedumbre y de la caridad: y precisamente por esa razón, cuanto más riguroso era consigo mismo, tanto

más afable, benigno, generoso y servicial era con los demás.

Jamás la adversidad o la prueba pudieron borrar de su rostro la dulce serenidad, indicio cierto de la quietud de su espíritu.

El P. Maestro veía con íntima complacencia estas manifestaciones de vocación cierta de Fr. Francisco; y más de una vez alabó su conducta ante los demás novicios; pero más que para proponerlo como modelo, para probar la solidez de aquellas virtudes que aparecían tan arraigadas.

Como maestro experimentado, lo sometió a muchas, muy variadas y muy duras pruebas; y de todas ellas sacó la convicción de que aquella floración espléndida y precoz había de dar ubérrimos frutos de virtud y santidad.

Pero una de las pruebas, acaso la más hiriente, la decisiva por su continuidad no interrumpida, a que se halló sometido contra la voluntad del P. Maestro y sólo por permisión divina, fué la de contar entre sus connovicios a fray Lesmes de las Angustias.

Era este joven de carácter violento, orgulloso, pendenciero, corto de ingenio y largo de ambición, desprovisto de preparación intelectual y moral, que, sin duda, en un momento de alucinación o de arrebató se resolvió a probar la vida religiosa.

En ésta encontró, como los demás, todos los medios para destruir esas cualidades nada honrosas y para convertirlas en preseas de honor y de gloria;

pero no prestó a esos medios su indispensable cooperación, y su reforma interior fué nula, con sólo las apariencias de observancia exterior.

Poco le preocupaban los demás connovicios: pero como fray Francisco era su verdadera antítesis, no podía tolerar que éste le superase ni en los lances de ingenio ni en los actos de virtud ni mucho menos en el desempeño de cualquier oficio con visos de honorífico, que se le confiase.

La envidia había nacido desde el principio en su corazón; y, en vez de destruirla, la fué alimentando hasta alcanzar lamentables proporciones.

Cualquier pretexto le servía para presentar en secreto al P. Maestro una denuncia contra fray Francisco; y cuando no hallaba pretexto, lo inventaba.

Las denuncias llovían; y llovían también las reprobaciones ásperas y las penitencias del P. Maestro sobre el denunciado; el cual las aceptaba y cumplía humildemente sin desplegar sus labios en defensa propia.

De este medio se servía el P. Maestro para acrisolar la virtud de su ejemplar novicio: pero después de probada ésta, volvía siempre por el buen nombre del humillado, para que los demás no se escandalizaran teniendo como ciertas las faltas a él atribuidas, y siempre le preguntaba ante todos:—¿Es cierto, Fr. Francisco, que ha cometido esa falta? Y el aludido, hincándose de rodillas, contestaba con candorosa sinceridad:—No, padre.

La intención del denunciante aparecía entonces, ante

todos, en toda su repugnante desnudez, como un monitor que reclamaba cautela para no caer en la sima de la envidia, en que se hallaba el falso acusador.

El P. Maestro, lamentando la triste y perniciosa cualidad de éste, apuraba todos los medios para destruirla: pero ni sus amorosas exhortaciones ni sus reconvenciones enérgicas ni los remedios más eficaces podían curar aquella lepra del alma.

Fr. Francisco, por su parte, no había dado importancia alguna a nada de cuanto le sucedía; y mucho menos había pasado por su mente suponer en su connovicio inquina contra él. En esta persuasión le trataba con la misma cordial afabilidad que a los demás, y con él alternaba en las inocentes recreaciones, con la sencillez que le caracterizaba, y en las discusiones anodinas que suscitaba la casualidad.

En éstas, sin embargo, tenía que ceder siempre y rendirse al criterio de Fr. Lesmes; porque éste jamás consintió en aparecer vencido, aunque su derrota era evidente en todos los casos.

Pero un día Fr. Francisco, olvidándose por aquel momento del carácter irascible de su contrincante, y poseído de la certeza de lo que defendía, sostuvo con ingenua convicción que la traducción al castellano que él hacía de un pasaje de Cicerón era exacta, propia, verdadera, conforme a todas las leyes gramaticales; y que, por consiguiente, la que había hecho el otro era incorrecta y defectuosa.

Se agrió Fr. Lesmes, defendiendo su opinión en forma descompuesta.

Replicó Fr. Francisco con suma dulzura, manteniendo la suya.

Apeló aquel al juicio de los demás, que le fué adverso.

Y entonces Fr. Lesmes, en un ímpetu de ira, descargó sobre el rostro de Fr. Francisco una gran bofetada.

Rápido como un relámpago y sereno como un ángel, Fr. Francisco se hincó de rodillas y ofreció a su agresor la otra mejilla para que repitiese el golpe.

Fr. Lesmes, corrido de vergüenza, bajó la cabeza.

Entonces se levantó Fr. Francisco y le dió un fuerte abrazo, al mismo tiempo que imprimía dos besos de ángel en las dos mejillas de su agresor.

—«¡Oh caso maravilloso y digno de toda ponderación!»—exclama aquí el autor de la crónica, de la cual tomamos los datos de esta historia—(1)—«Acción fué ésta que causó general admiración a todos, y que causa hoy confusión a los que a ella se hallaron presentes; que aún viven algunos, cuando esto se escribe».

El P. Maestro, que vigilaba a los novicios sin ser visto por ellos, y que escuchaba la discusión, recibió un amarguísimo disgusto al presenciar los efectos de la ira de un novicio: pero fué intensamente compen-

(1) Arch. Prov. Carp. 14—leg. 3.

sado por la honda satisfacción que le produjo el desagravio de Fr. Francisco, que con tanta perfección había practicado la doctrina del divino Maestro Jesús.

Pocos días después el P. Maestro llamaba a Fray Lesmes de las Angustias a su celda; y después de exhortarle a no olvidar lo mucho y bueno que había aprendido en el noviciado y a ser un buen cristiano, le despojó del hábito religioso y le vistió el traje de seglar, diciéndole conmovido:—Toma lo que es tuyo y vete de nuestra compañía. Que Dios te ayude y te bendiga.

La salida de Lesmes fué un nuevo motivo para que los novicios redoblasen su fervor y practicasen con mayor rigidez la observancia religiosa. Y nadie como Fr. Francisco sintió el despido de aquél; porque su ausencia le privaba de ejercitarse constantemente en muchas virtudes y de atesorar méritos de vida eterna.





Orando en un cementerio japonés



CAPITULO VII

Sumario: *Ultima prueba.—Su profesión religiosa.—Acta de la misma.—Júbilo espiritual.*

CON la expulsión del novicio sin vocación ni enmienda quedó el noviciado tranquilo. Ya no tenían los novicios enemigo visible con quien luchar; porque nunca habían ellos provocado la lucha, sino que más bien la habían rehuido: pero no por eso aflojaron en la aplicación de los medios para adquirir la costumbre de practicar todas las virtudes.

Por su parte el P. Maestro, al faltarle el inconsciente ejecutor de pruebas, no se descuidó en seguir haciéndolas por sí mismo con todos ellos, y en especial con Fr. Francisco, en el cual veía algo extraño, algo como dispuesto y predestinado por Dios para edificar al mundo con sus ejemplos.

Aprovechó la circunstancia de la salida del novicio como ocasión oportuna para enfervorizar su espíritu; y tomando como tema aquellas palabras del divino Maestro «*Muchos son los llamados, pero pocos los esco-*

gidos», les dirigió una plática emocionante, capaz de sacudir con vibraciones intensas todas las fibras de su corazón.

Los novicios la escucharon con tanto recogimiento como agrado, mientras experimentaban en su interior una fuerza poderosa, que les daba bríos más que suficientes para llevar a cabo la obra emprendida.

El P. Maestro terminó su instrucción con esta pregunta:—¿Están todos resueltos a vivir sin desmayos esta vida de sacrificio?

—Sí, Padre—contestaron todos.

—Fr. Francisco,—añadió, dirigiéndose a éste;—¿se cree con méritos suficientes para hacer entre nosotros su profesión religiosa?

—Quisiera tenerlos—respondió éste, hincándose de rodillas.

—¿Reconoce, pues, que no los tiene?

—Lo reconozco: pero estoy dispuesto a hacer todo lo que me mande la obediencia para hacerme digno de la profesión.

—¿Y si la obediencia le manda que deje el hábito y se vuelva a su casa?

—Cumpliré ciegamente el mandato.

—¿Y se irá tan tranquilo a vivir con su familia?

—Con la tranquilidad que dá la obediencia.

—Eso demuestra el poco cariño que tiene al hábito y el ningún interés por ser profeso de nuestra Congregación.

—Estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio por vivir y morir siendo Agustino Recoleta.

—¿Pues cómo dice que se iría tan tranquilo, si lo despidiesen?

—Porque Dios haría que volviese a ser admitido.

—¿Y si Dios no lo hiciese?

—El dispondría de mí. Yo no quiero hacer sino su santa voluntad.

El P. Maestro, lleno de gozo interior, acabó de convencerse de que aquella alma era escogida por Dios para servirle en la religión, y tal vez predestinada para ser instrumento de su gloria.

Entre tanto, había llegado el tiempo prescrito por el derecho canónico para tratar decisivamente de la admisión o dimisión de los novicios en orden a la profesión religiosa; y a fin de cumplir las disposiciones legales, el P. Prior Fr. Valerio de la Concepción expidió un decreto, autorizando al P. Maestro y Predicador mayor Fr. Luis de San Agustín, para que, en nombre de aquél y con todas las facultades requeridas para el caso, fuese a la villa de Villamediana y en ella hiciese información acerca de las costumbres, vida y linaje del novicio Fr. Francisco de Jesús, que quería profesar; y ordenándole que dicha información se ajustase en todo a lo dispuesto por el sagrado concilio de Trento, los sagrados cánones y las constituciones de la Orden, examinando los testigos que fuesen necesarios y deponiendo todo afecto de odio, amor, interés o súplica.

En virtud de este decreto, fechado en el convento de San Nicolás de Tolentino de Agustinos Recoletos de la ciudad de Valladolid a 20 de octubre de 1615, salió el P. Luis a ejecutar su comisión y se presentó en Villamediana.

Enterado allí de cuáles eran las personas que mejor habían conocido a su familia, escogió tres de ellas para que le facilitasen los informes necesarios, y procedió a la información canónica.

El día 25 del mismo mes, previamente convocados, se presentaron a él como testigos Alonso Terrero, Juan Barba y Alonso González, vecinos de Villamediana; y después de haberles leído un interrogatorio que constaba de ocho preguntas, contestaron a ellas satisfactoriamente, manifestando los tres que habían conocido muy bien a Francisco Terrero de Ortega y Pérez, así como a sus padres Pedro y María y a sus abuelos, todos los cuales descendían de limpio linaje; que Francisco era hijo legítimo de legítimo matrimonio, que no conocían en él ningún defecto físico o moral y que su conducta había sido siempre intachable.

Cumplida su comisión, el P. Luis regresó a Valladolid, y presentó al P. Prior su información escrita, que, examinada por él mismo y por los PP. José de San Agustín y Francisco de San Nicolás, fué aprobada por encontrarla hecha conforme a derecho.

Reuniéronse después todos los Padres que formaban el Capítulo conventual, y después de escuchar los grandes elogios que hizo el P. Maestro de novicios

de Fr. Francisco de Jesús, fué este admitido con unánime alegría a la profesión religiosa.

Llegó el día 11 de noviembre del año 1615, y ya desde muy temprano se notaba en el convento el ajetreo de preparativos para una gran solemnidad. En el centro de la capilla mayor se había colocado una alfombra con una almohada de estameña, y en el fondo, mirando al altar, una mesa sobre la cual se veían el ceremonial, las constituciones, el libro de los evangelios y el de profesiones, más el recado de escribir.

A la hora competente, tres toques de la campana del claustro interior convocó a la comunidad, la cual, reunida en la sacristía, salió formando dos filas y se dirigió a ocupar sus asientos preparados en la capilla. Hecha una breve oración, apareció el P. Maestro de novicios y detrás de él Fr. Francisco de Jesús, mostrando en su misma modestia angelical el placer místico que embargaba todo su ser. Fué derecho hacia la mesa ocupada por el P. Prior, y allí postrado en tierra pidió con tanta humildad como anhelo la misericordia de Dios y la admisión definitiva en la Recolección Agustiniana.

El P. Prior le contestó que indudablemente la misericordia de Dios había descendido sobre él, puesto que había superado con facilidad durante un año todas las asperezas, mortificaciones y pruebas de la vida religiosa; y que, en vista de ello, la comunidad experimentaba suma complacencia en admitirlo como miembro de la misma, si por su parte no había im-

pedimento alguno que lo estorbare. Entonces le mandó poner su mano diestra sobre los evangelios y le sometió al interrogatorio legal, al cual contestó satisfactoriamente el novicio bajo juramento. Y llegó el momento emocionante. Fr. Francisco, puesta su mano diestra sobre el libro de los evangelios e hincado de rodillas, leyó con voz velada por la emoción el acta de profesión en latín, que pueden ver los lectores en fotografía aparte, tomada de su original, y que aquí ponemos en castellano: es como sigue:

»En el nombre de nuestro Señor Jesucristo bendito: Amén.

*»El año de la natividad de Nuestro Señor mil
»seiscientos quince, el día once del mes de noviem-
»bre, yo, Fray Francisco de Jesús, hijo legítimo de
»Pedro Terrero de Ortega y de María Pérez su le-
»gítima consorte, natural de la villa de Villamediana,
»de la parroquia de Santa Columba, de la diócesis
»de Palencia, hago solemne, libre y espontánea pro-
»fesión, y prometo obediencia a Dios omnipotente y
»a la bienaventurada siempre Virgen María y a nues-
»tro bienaventurado Padre Agustín, y a tí reverendo
»Padre Fray Valerio de la Concepción, Prior de
»este convento de San Nicolás de Tolentino de la
»Orden de los Descalzos de nuestro Padre San
»Agustín, en nombre y representación de nuestro re-
»verendísimo Padre Nicolás del Santo Angel, Prior
»General de toda la Orden de nuestro Padre San
»Agustín y de sus sucesores canónicamente estable-*

»cidos, y vivir sin cosa propia y en castidad hasta
»la muerte, según la regla de nuestro Padre San
»Agustín. En fe de todo lo cual suscribí mi nombre.—
»Francisco de Jesús. (Rubricado).—Fr. Valerio de la
»Concepción, Prior. (Rubricado).—Fr. Luis de San
»Agustín, Predicador Mayor y Maestro de novicios.
»(Rubricado).»

Firmada el acta, Fr. Francisco, conducido por el P. Maestro, fué al centro de la capilla, y tendido sobre la alfombra con los brazos en cruz y el rostro apoyado sobre la almohada, permaneció dando gracias a Dios por aquel singular beneficio, mientras toda la comunidad, puesta en pie, cantaba con entusiasmo el *Te Deum laudamus*, entre torrentes de armonía, que el órgano desgranaba llenando toda la amplitud del templo.

Terminado el cántico de acción de gracias, invocó solemnemente el P. Prior las bendiciones del cielo sobre el nuevo profeso, y entre la emoción y las lágrimas de los concurrentes le dió un abrazo fraternal, abrazo que fué recibiendo de todos y cada uno de los religiosos de la comunidad, mientras el órgano acompañaba estas manifestaciones de alegría con melodías que indicaban el gozo que por este acto reinaba en los cielos.

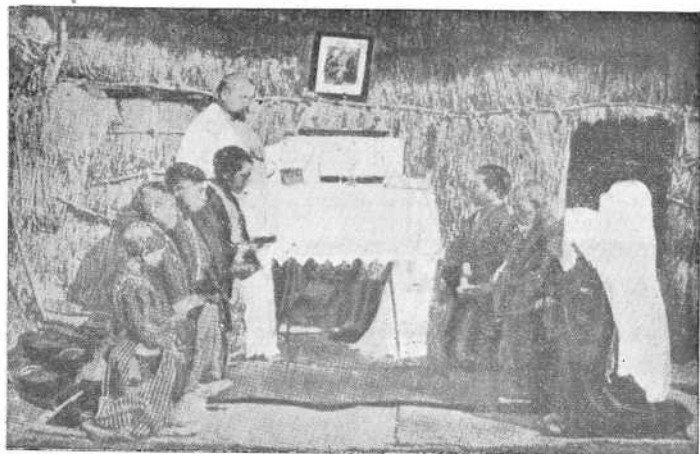
Cesó el órgano; y a una señal del P. Prior salió la comunidad de la iglesia. Los novicios se dirigieron al oratorio del noviciado con el P. Maestro y el nuevo profeso, y allí cantaron el himno *Magne Pater Augus-*

ine, terminándolo con las preces y oración de costumbre.

Luego el P. Maestro tomó del altar una corona de flores naturales y la colocó sobre la cabeza del recién profesado arrodillado, diciéndole: *Recibe esta corona como presagio de la corona de gloria, con que te ha de coronar el Señor, por convertir en flores de méritos de vida eterna las espinas de las tribulaciones de la vida, que encontrarás en la salvación de las almas.*

Resonaron enseguida efusivos parabienes entre fraternales abrazos, y Fr. Francisco de Jesús salió del noviciado conducido por el P. Maestro para ocupar su celda entre los profesos.





Capilla japonesa



CAPITULO VIII

Sumario: *Satisfacción interior.—Tierno monólogo.—Estudia en Pedrosa.—Pasa a Nava del Rey.—Se ordena de sacerdote.—Graves escrúpulos—Celebra su primera misa.*

DESDE el momento de su profesión religiosa no sabía Fr. Francisco cómo dar gracias a Dios por aquel favor tan extraordinario. Ya se habían disipado todas las nubes de sus dudas e incertidumbres; ya no tenía necesidad de preguntar cuál era la vereda que debía tomar para llegar al término de su viaje; ya no sentía aquellas inquietudes que le turbaron durante tantos años por el deseo de acertar en su elección de estado; ya sentía en su corazón el gozo inefable de ver colmadamente satisfechos los anhelos de toda su vida; ya era de Dios. A Dios había consagrado todo su ser; a El se había unido con el triple vínculo de los votos de obediencia, pobreza y castidad; y ahora del fondo de su corazón brotaba un nuevo motivo, para él acaso más poderoso que todos los demás, el de la gratitud, que le impelía con tan dulce como irresistible

violencia a cultivar en el campo inmenso de su espíritu la semilla de todas las virtudes, para ofrendarlas a Dios como diadema de perlas luminosas, como guirnalda de inmarchitables flores.

Ahora sabía él algo de las nitideces del alma pura, en que se albergaba la castidad como en corola de fragante azucena, cuyos aromas ascienden, como desde rico pebetero, hasta mezclarse con el ambiente que satura las mansiones celestiales. Ahora experimentaba él algo de las harturas del corazón henchido de los efluvios de la pobreza evangélica, desdeñosa de todos los bienes terrenos, que en su desprecio lleva la carencia de toda necesidad. Ahora saboreaba él los goces de una voluntad saciada y satisfecha en todos sus anhelos, que con libertad libérrima había escogido la ruta segura y recta de la obediencia, por la cual se camina con estimulante suavidad y se llega sin fatiga y con gloria a la cumbre del inmortal destino.

La observación natural le había enseñado que cuanto más alto es un edificio tanto más profundos cimientos necesita; que para que una semilla produzca agradables flores o sabrosos frutos, necesita antes pudrirse bajo la tierra; que el artista no presenta a la admiración de los demás una estatua primorosa, sin que antes haya sometido el bloque de mármol o de madera a los duros y repetidos golpes del buril o del cincel, que lo desbastan y perfeccionan; que los más exquisitos perfumes no se obtienen sino sometiendo las delicadas flores a los extremados rigores del alambique;

que el rosario que llevaba pendiente de su correa y el cilicio que ocultaba bajo su hábito no los había hecho tan perfectos sino después de retorcer y cortar muchas veces el alambre y de aprisionar una a una sus cuentas. Todo en la naturaleza le decía que, para ser perfecto, debe sufrir antes el hiriente ataque del instrumento que lo despoje de su imperfección.

Tenía además muy presente que el P. Maestro les había explicado muchas veces que lo que sucede en el orden de la naturaleza se realiza igualmente en el de la gracia; y que en éste más que en aquél tiene que estar el alma siempre vigilante, y frenando los ímpetus violentos de las pasiones, que tienden a despeñarse velozmente hasta el abismo por los derrumbaderos de los instintos viciados.

Sobre todo esto, tenía los ojos de su espíritu siempre fijos en el divino modelo Cristo Jesús, a quien por tantos años había buscado con afán, y al cual se había consagrado con tanto placer; y estaba resuelto a cumplir fielmente su palabra. A sus divinos pies crucificados se abrazaba temblando de amorosa emoción, para pedirle que le quitase la vida antes que manchase su alma con la nota de perjurio.

—No, Jesús mío, no lo permitais—le decía en fervoroso monólogo.—Me habeis otorgado el privilegio incomparable de la profesión religiosa, de este segundo bautismo que ha dejado mi alma limpia y coruscante como la gracia: no permitais que la empañe el vaho de la más ligera infidelidad. Me habeis admitido en

vuestra gloriosa milicia, vistiéndome con la librea de vuestros aguerridos soldados: haced que nunca me arredre el temor de pelear vuestras batallas y de mantener siempre immaculado vuestro nombre, defendiendo hasta morir vuestros derechos sacrosantos.

Con este temple de alma y con estos propósitos, forjados a fuego de amor divino en su corazón, salió del noviciado y comenzó la nueva vida de los profesos. Jamás pudo pensar que su profesión religiosa y la seguridad que esta le daba de no poder ser despedido fácilmente de la comunidad despertasen en él anhelos de libertad perjudiciales a la observancia religiosa. Si en el noviciado se creía obligado a demostrar con obras su vocación, en el coristado le urgía el deber ineludible de confirmar su elección.

Sería refinada hipocresía,—pensaba él—y repugnante vileza y grave cargo de conciencia hacer hincapié en la profesión religiosa para abrir brecha en los votos y en la observancia regular, dejando rienda libre a los malos instintos, hipócritamente aprisionados durante un año. Eso sería burlarse de Dios y aparecer en su divina presencia como reo del más infamante perjurio. No: eso no podía suceder más que en seres dementados.

Con esta convicción íntima dedicó todos sus esfuerzos a cultivar la semilla de todas las virtudes, que con tanto cariño había depositado durante el noviciado en el bien preparado agro de su alma: pero dos de aquellas cultivaba con singular esmero y marcada pre-

dilección: la humildad y la mortificación. El había observado en propia experiencia que, si la primera se asienta sobre un cimiento profundo y sólido, todas las demás van brotando con exuberante profusión y descansan incommovibles y se elevan como árboles gigantes cargados de frescas y aromáticas flores y de sabrosos y deleitables frutos: y había comprendido que, siendo el cuerpo uno de los mayores enemigos del alma, el mejor modo de prepararle una resurrección gloriosa era tenerlo sometido a perpetua servidumbre, impidiendo que se convirtiese en director el que había sido formado de vil y corruptible materia.

La humildad y la mortificación tanto interior como exterior venían a constituir el alimento de su alma, con el cual nutría a la vez y conservaba en toda su pomposa lozanía a la obediencia, la pobreza, la castidad, la paciencia, la mansedumbre, la caridad y las demás virtudes en todas sus múltiples formas y manifestaciones: ambas eran para él como dos alas poderosísimas con las cuales se despegaba de la tierra y, sacudiendo las salpicaduras de los afectos mundanos, se elevaba hasta los vergeles paradisiacos del reino de Dios.

* * *

En el mes de diciembre de 1615, al mes de haber hecho su profesión religiosa, recibió orden de sus superiores de trasladarse al convento de Pedrosa, pe-

queña villa de la provincia de Valladolid, para que allí empezase los estudios de la carrera eclesiástica.

Con el mismo gozo con que había vivido en la casa-noviciado salió de ella y entró en el diminuto convento de Pedrosa. Era la obediencia la que lo disponía, y a Dios hay que servirle siempre con alegría.

Comenzó a estudiar artes con sus connovicios, ya profesos: pero como su grado de instrucción estaba a un nivel mucho más alto que el de éstos, por haber cursado latín y humanidades en el colegio de Palencia, pronto los dejó atrás en su carrera; y en menos de ocho meses de repaso de asignaturas quedó en disposición de pasar a estudios superiores.

Nueve meses estuvo en el pequeño convento de Pedrosa, sirviendo de poderoso estímulo a sus compañeros para el estudio y la observancia regular con sus edificantes ejemplos, y siendo para todos el ángel de paz.

En septiembre de 1616 fué destinado al colegio de Nava del Rey, populosa villa de la provincia de Valladolid, con objeto de dedicarse al estudio de la sagrada teología y demás ciencias que debe saber todo sacerdote: y si en todas las cosas ponía su mayor ahinco para su exacto cumplimiento, porque así se lo mandaba la dulce e irresistible voz del deber, en el estudio de las ciencias eclesiásticas desplegó un interés extraordinario y una labor sin medida; porque en ellas encontraba nuevas satisfacciones a su espíritu,

más amplios y risueños horizontes a su inteligencia, más ardientes focos de vida amorosa a su corazón.

Con este amor al estudio, unido a su gran capacidad intelectual, obtenía fácilmente el dominio de las asignaturas, que su mente buscaba y perseguía con impetuosa avidez: y a ese dominio, demostrado en justas literarias y disertaciones científicas, se agregaba naturalmente, como espontáneo galardón, la gloria de los elogios que profesores y condiscípulos le ofrecían como ofrenda de admiración, que él sepultaba al instante bajo el cimiento de la humildad, mientras su corazón lo ofrecía íntegro a la suma bondad de Dios.

Mientras él se entregaba por completo a la adquisición de las ciencias y al ejercicio práctico de todas las virtudes, llegó el tiempo que los superiores consideraron oportuno para que Fr. Francisco de Jesús recibiese el sagrado orden del presbiterado; y previo examen de suficiencia y de vida y costumbres, en que fué aprobado por unanimidad y elogiado por jueces y capitulares, fué presentado al ilustrísimo Sr. Obispo de Valladolid don Francisco Sobrino, que había anunciado Ordenes mayores.

Eran las témporas de la Santísima Trinidad del año 1618, y Fr. Francisco acababa de cumplir veintiocho años de edad. Con él se reunieron en Valladolid, procedentes de distintos conventos, veintidós aspirantes al sacerdocio; parte de ellos, Agustinos Recoletos; y los demás, Carmelitas Observantes. El día anterior a la ordenación se presentaron todos en el

palacio episcopal para sufrir el examen de suficiencia: los Agustinos Recoletos fueron presentados al señor Obispo por el P. Prior del Convento de Valladolid Fr. Benito del Espíritu Santo, a quien acompañaba el P. Diego de San José; y los Carmelitas, por el Padre Maestro Avendaño. Pero el prelado, que sabía por experiencia que los religiosos que solicitaban recibir órdenes sagrados iban siempre perfectamente instruidos en las ciencias que exigen las disposiciones eclesiásticas, no quiso examinarlos por sí mismo, sino que en un rasgo de delicadeza mandó al P. Agustino Recoleta Fr. Benito del Espíritu Santo que examinase a los religiosos carmelitas; y al Carmelita P. Avendaño que examinase a los agustinos recoletos. El resultado del examen lo declara Fr. Francisco de Jesús en una de sus cartas con la ingenuidad infantil que siempre le caracterizó, diciendo textualmente: *«Por lo cual, como el examen fuese de tafetán, todos salimos aprobados»*. Suave como la seda, de que está formado el tafetán, le pareció el examen a él, que estaba muy bien preparado para sufrirlo muy riguroso.

Ordenado de sacerdote, regresó al convento de Nava del Rey, donde no pensó en otra cosa que en prepararse para celebrar su primera misa.

Oración prolongada, disciplinas, ayunos, cilicios, mortificación de todos los sentidos y actos de profunda humillación propia, por él mismo preparados, fueron los peldaños por los cuales quiso subir hasta el trono del altar, para ofrecer por primera vez el incruento sacrificio.

En estos preparativos llegó el día deseado, que era el segundo domingo de junio. La iluminación espléndida de un sol sin celajes, la temperatura primaveral tibia y suave, el ambiente saturado del perfume de innumerables flores, la algarabía bulliciosa y regocijante de las canoras aves, la canción rítmica y emocionante del volteo de las campanas del convento de Agustinos Recoletos, todos estos elementos parece que se habían concertado aquella mañana para solemnizar el gran misterio y para saludar al nuevo ministro del Señor; todos ellos parece que invitaban jubilosos a los vecinos de Nava del Rey a participar de la alegría de aquella fiesta religiosa. Y al convento acudieron endomingados y gozosos, como acuden los hijos al gran festín del padre de familias.

Momentos antes de la hora prefijada, el P. Prior del convento, que iba a ser su padrino en tan solemne acto, fué a la celda del P. Francisco para bajar con él a la sacristía. Llamó a la puerta, y no escuchó respuesta. Abrió suavemente y se encontró al nuevo sacerdote arrodillado al pie de la mesa con los codos apoyados sobre ella y sus manos sobre sus sienes, ante un devoto crucifijo, derramando abundantes lágrimas y diciendo entre sollozos: — ¡No soy digno! ¡No soy digno!

—P. Francisco,—le dijo el P. Prior,—vamos, que ya es la hora.

—P. Prior,—contestó aquél de rodillas y enjugándose las lágrimas,—yo no puedo celebrar la santa misa.

—¿Por qué?

—Porque no soy digno.

—Nadie hay en el mundo que sea digno de tan augusto misterio: el único verdaderamente digno es Jesucristo: pero El instituyó el sacerdocio, y dispuso que sus ministros hiciesen y administrasen ese divino sacramento.

—Los demás sacerdotes pueden hacerlo; pero yo.....

—¿Vuestra reverencia cree de corazón que no es digno?

—¡Absolutamente!

—Pues yo le digo que, ante Dios, aquel es menos indigno que se considera a sí mismo más indigno.

—Pero yo estaría más tranquilo pasando a ser hermano de obediencia.

—Sacerdotes y legos, somos todos hermanos e hijos de la obediencia: y ahora ésta le manda celebrar su primera misa.

Apenas el P. Francisco oyó la voz de la obediencia, se levantó rápido y, adquiriendo repentinamente su serenidad y su sonrisa habituales, bajó con el Padre Prior a revestirse de los ornamentos sagrados.

Llegado a las gradas del altar con sus ministros, comenzó la solemne ceremonia con majestad soberana; y desde aquel momento su rostro aparecía como transfigurado, absorto y abstraído de todo lo terreno y atento únicamente a la ejecución de las sagradas ceremonias y al espíritu de las preces que iba recitando. El fervor del nuevo celebrante, que semejaba algo

así como una adoración angélica, fué prendiendo como fuego divino en el corazón de todos los concurrentes. Los ministros se sintieron dominados por la más santa emoción: los fieles fijaban en él sus ojos, como atraídos por un halo de luz que penetraba en sus almas purificando todos sus afectos: el mismo coro, hondamente afectado por aquel dejo de su entonación inefable, contestaba a la voz de sus oraciones litúrgicas con matices de perfecta armonía espiritual.

Llegó el momento solemne: tomó entre sus manos la hostia bendita; y él, que temblaba antes de espanto por considerarse el más indigno, ahora, sereno, tranquilo, como contando con la ayuda visible de un ejército invisible de innumerables ángeles, pronunció las palabras de la consagración, mientras su rostro aparecía transfigurado por los fulgores apacibles de la pureza y por el carmín abrasado del amor.

Reconcentrado en sí mismo y envuelto en una placidez angelical continuó las ceremonias del gran sacrificio; y al llegar a su consumación, recitó las palabras *Señor, no soy digno* con tanta intensidad y tan profunda convicción que las lágrimas de sus ojos cayeron sobre los corporales, como si salieran del alma después de haberla lavado de la más ligera mancha.

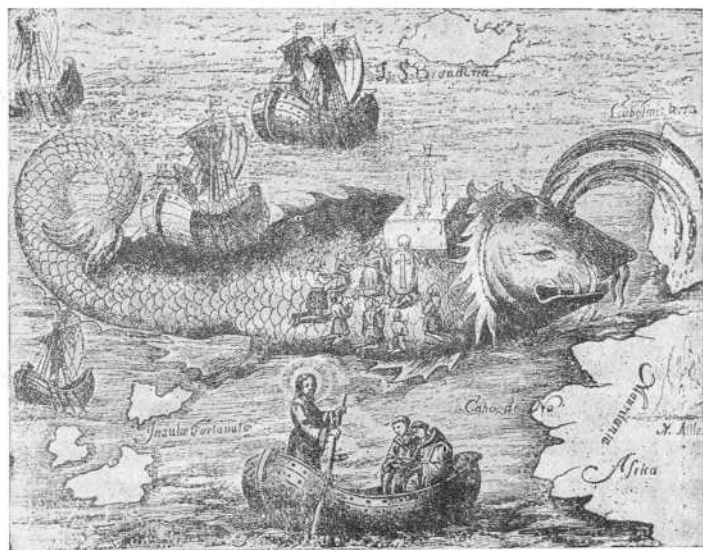
Recibió a Dios que, a su humilde voz, se dignó descender por vez primera a la hostia santa; y con tan amorosa fuerza se unió a El, que desde entonces nada le movía sino su amor y su gloria.

Terminado el augusto sacrificio, descendió con los ministros hasta las gradas del presbiterio; y mientras el coro cantaba con entusiasmo el magnífico himno de acción de gracias, la muchedumbre se acercó a besar sus manos unguidas y a dedicarle sinceras frases de felicitación.

Sólo una mujer no pudo articular palabra. Llegó la última, besó sus manos, depositó en ellas dos gruesas lágrimas ardientes de cariño, y se retiró entre suspiros y sollozos de la más pura emoción, sostenida por algunas señoras de Villamediana.

Era su tía Leonor.





Alegoría misional



CAPITULO IX

Sumario: *Anhelos de misionero.—Pasa a Salamanca.—Se alista para Filipinas.—Su viaje a Cádiz.—Su vida en el mar.—En Méjico.—Su llegada a Manila.—Misionero en Zambales.—Subprior y Maestro de novicios en Manila.—Es designado para ir al Japón.*

Su majestad católica el rey Felipe III había otorgado una real cédula, fechada en Valladolid a 3 de abril de 1605, a petición del venerable P. Provincial Fray Juan de San Jerónimo, por la cual autorizaba a los PP. Agustinos Recoletos para pasar a las Islas Filipinas, fundar allí conventos y dedicarse a la evangelización y conversión de aquellos indígenas.

Esta autorización suscitó entre todos los religiosos de los conventos de España vehementes deseos de pasar a las misiones de ultramar; pero no todos se sentían con fuerzas físicas suficientes para comenzar la vida de misionero, que entonces, tanto o más que ahora, era vida de continuo sacrificio: y entre los que se ofrecían voluntariamente, por estar dotados de to-

das las condiciones físicas y morales, se hacía una escrupulosa selección, designando únicamente a los que habían dado pruebas inequívocas de poseer una verdadera vocación misionera.

Así escogidos, fueron saliendo de España para las misiones filipinas, desde el mismo año de 1605, varios religiosos procedentes de distintos conventos.

Los misioneros, situados ya en su campo de acción, enviaban a sus compañeros de España detalladas relaciones de su vida apostólica, fundadas en los hechos que les suministraba su propia experiencia, y los animaban a seguir su ejemplo, porque la mies era mucha y los operarios muy pocos.

Pero para animarlos a tan ardua empresa no trataban de engañarlos con risueñas perspectivas, sino que describían en sus cartas todo lo que sus ojos veían, todo lo que la realidad les presentaba: y ésta no era otra cosa que una serie no interrumpida de privaciones, de disgustos, de incomodidades, de desprecios y persecuciones, de todo lo que puede saturar de mortificación la vida de un hombre; pero, eso sí, todo conllevado, sostenido y dulcificado por la bondad infinita y la ayuda eficaz de Dios, que no los desamparaba un momento y que inundaba sus corazones de alegría cada vez que lograban una conquista espiritual, aunque no fuera más que la de bautizar a un infante o a un adulto moribundo, a los cuales abrían las puertas del cielo.

—Que vengan,—decían al final de sus cartas—que

vengan, si puede ser, muchos a ayudarnos; pero que vengan los valientes, los abnegados, los héroes. Los cobardes, los comodones, los egoístas no tienen lugar en las misiones: que se queden ahí y que rueguen por nosotros.

Estas cartas eran esperadas en los conventos de España con acuciadora avidez y leídas con honda emoción; y sus copias pasaban de unas comunidades a otras como circulares de máxima importancia.

Desde que el P. Francisco de Jesús oyó la primera lectura de ellas, sintió que nacía en su corazón un vivo deseo de trabajar en aquella remota porción de la viña del Señor, y comenzó a examinarse a sí mismo, sometiendo sus propias fuerzas a la más alta tensión del rigor.

Su cuerpo no le amenazaba con rendirse a los repetidos y duros trances de la lucha, porque lo tenía totalmente sometido a servidumbre. La comida, poca, desabrida o nula, no le había de producir enervante anemia hasta hacerle desmayar, porque ese era su banquete diario, con el cual se mantenía tan enjuto como fuerte. La carencia de comodidades y de enseres útiles y aun necesarios en la vida ordinaria no sería capaz de desmedrarlo ni abatirlo, porque lo tenía acostumbrado a toda incomodidad y privación. Las fatigas del trabajo y los rigores de la persecución no podrían mellar su serenidad y fortaleza, porque día y noche estaba bajo la áspera presión de los instrumentos de mortificación voluntaria. Su cuerpo, pues,

no había de rehusar ni aun extrañar la nueva vida de abnegación y sacrificio.

¿Y su espíritu? ¿Arrostraría con calma y sin desmayo los furiosos ataques de la envidia, de la maledicencia, de la injuria, del ultraje, de la calumnia, de la deshonra y humillación en todas sus formas?

Para luchar con estos enemigos había manejado él con tanto valor como destreza unas armas, que siempre le habían dado la victoria y en las cuales confiaba para lo porvenir, y que él designaba con los nombres de humildad, paciencia, mansedumbre y caridad. ¿Por qué, manejadas siempre con el mismo tesón y acierto, no le habían de llevar al triunfo?

Para ello contaba siempre con la ayuda divina, que imploraba día y noche, postrado ante el sagrario de la iglesia o ante el devoto crucifijo de su celda, de donde le parecía que escuchaba siempre voces de aprobación, de aliento y de victoria.

Y para seguir las normas de la prudencia en asunto tan trascendental, expuso sus deseos y sus dudas a su confesor y director espiritual, rogándole que le manifestase en conciencia su parecer.

—¿Lo ha pensado bien?—le preguntó su director.

—Hace tres años que lo vengo pensando,—repuso el P. Francisco:—desde el mismo día que hice mi profesión religiosa he sentido deseos de hacerlo.

—¿Lo ha consultado con Dios?

—Todos los días le pido humildemente que me dé a conocer su voluntad.

—¿Y se siente inclinado a ello?

—Decidido, resuelto, anhelante.

—Entre el fervor de la vida del claustro es muy fácil creerse capaz de llevar a cabo cualquier empresa; pero las cartas que de allí se reciben declaran que hay muy grandes obstáculos que vencer.

—No me asustan; más bien me atraen esos obstáculos.

—No olvide que de allí piden héroes.

—Yo no soy héroe; pero creo que podré hacer lo que ellos hacen.

—Es que hay que ir allí dispuesto al sacrificio. Ya sabe que, al año de llegar allí nuestros primeros misioneros, o sea, el año 1607, el P. Miguel Bombau de la Madre de Dios, zaragozano, estando en Mari-veles predicando a los salvajes *aetas*, estos le atacaron furiosos arrojando contra él un torbellino de piedras, como a San Esteban, muriendo muy pronto a causa de las heridas. Y sabe también que, el año 1612, el P. Alonso de San Agustín, gaditano, murió en Masínloc de un terrible golpe de machete que le dió en el cuello un indio zambaleño, mientras el Padre catequizaba a los indios de Cigayán. Dos mártires en cinco años.

—Sí; lo tengo muy presente, y les envidio la suerte.

—¿De manera que está dispuesto a dar su vida por aquellos indios?

—El día de mi primera comunión ofrecí al divino

Jesús mi vida entera. Ahora la daría muy a gusto por la salvación del alma de un sólo indio.

—Dios le bendiga, P. Francisco. Pida, pida a los superiores que le manden a misiones. Dios le ha escogido para misionero.

Besó humilde y agradecido el P. Francisco la mano de su director, y se retiró a su celda rebosando de gozo, dispuesto a solicitar ser incluido en la primera lista de misioneros para Filipinas.

Pero los superiores, que tenían abundantes pruebas de sus excelentes cualidades, habían formado, sin duda, sobre él muy distintos proyectos: y en septiembre del año 1618 le dieron orden de que se trasladase al convento de Salamanca, para perfeccionarse en la teología y ampliar sus estudios de derecho canónico.

Obediente y dócil a la voz de la obediencia, salió tranquilo y sereno de Nava del Rey para su nuevo destino; y comenzó el curso con el mismo afán e interés que si se tratara del principio de su carrera.

Comprendió, sin embargo, que el exacto cumplimiento de la orden recibida no era obstáculo para presentar su solicitud a los superiores, en súplica de que le autorizasen pasar a misiones, acompañada de las muchas razones que su encendido corazón, más que su clara inteligencia, le inspiraba; y así lo hizo.

Había llegado por entonces al convento de Salamanca la carta-circular que enviaba a España el Padre superior de Filipinas, refrendada con el visto bueno

del reverendísimo P. Vicario General de la Congregación, que tenía por objeto hacer la leva de religiosos para aquellas misiones ultramarinas.

Los que se sentían con vocación para ello se inscribían voluntariamente; y la lista, así integrada por religiosos de todas las casas de España, era presentada para su aprobación al Rvmo. P. Vicario General, el cual la confirmaba o la modificaba, según los informes secretos que recibía de los superiores locales sobre cada uno de los inscritos.

El P. Francisco de Jesús firmó el documento el primero con pulso firme y sincero gozo de su alma.

Corrió la lista de mano en mano; y, al enterarse todos de que aquel religioso ejemplar se trasladaba a tan lejanas tierras, nadie pudo oponer un pero a su resolución; pero se manifestó enseguida un sentimiento general de pena por la separación del hermano, a quien todos distinguan con frases de la más alta estimación.

Pronto, sin embargo, renació la placidez de espíritu, impuesta por una convicción íntima, que salía de todos los labios como condensada en estas palabras:—Dejadle que vaya. Ese ha de brillar como héroe en el cielo del cristianismo. Lleva en sus venas sangre de mártir.

Obtenida la necesaria autorización, comenzó el Padre Francisco a hacer sus preparativos de viaje: y como no sentía afecto alguno a las cosas materiales, se preocupó únicamente de fortificar su espíritu con las

armas de una más intensa y prolongada oración y de una más dura y constante mortificación y penitencia.

Acostumbrado ya a manejar esas armas invencibles y tan necesarias para triunfar en los combates que le esperaban, salió radiante de gozo del convento de Salamanca el día 19 de abril de 1619 con dirección a Madrid, para continuar desde allí a Sevilla y Cádiz, en cuyo puerto debía embarcar para Filipinas.

En aquella época el traslado personal a grandes distancias era un problema erizado de dificultades y molestias, que apenas se puede comprender, sobre todo, si se compara con los abundantes, rápidos y cómodos medios de locomoción y transporte que existen en la actualidad.

Por caminos sin apisonar, surcados de baches y estriados por las llantas, pasaban al ritmo lento del paso de las caballerías de tiro entoldados carros y galeras, o corrían más veloces encascabeladas mulillas arrastrando una diligencia, abarrotados aquellos y esta de personas, cestas y hatos, y envueltos todos por nubes de polvo o aguantando los rigores de la lluvia o de la nieve.

A largos trechos se encontraban a la vera del camino amplios mesones, que servían para reparar las fuerzas de los viajeros, dejar unos, tomar otros, y cambiar de tiro para continuar el viaje.

Las jornadas en esa forma eran largas y fatigosas en extremo, pero ineludibles, si se había de establecer contacto entre personas o lugares distantes.

Veintitrés días tardó el P. Francisco en su viaje de Salamanca a Sevilla, a donde llegó el día doce de mayo.

En Sevilla se reunieron todos los demás religiosos agustinos recoletos que, entre los muchos ofrecidos, habían sido designados para ir a las misiones, y que completaban el número de dieciocho.

Se detuvieron allí el tiempo necesario para que en la oficina de contratación los inscribiesen en la lista oficial de expedicionarios de ultramar, después de consignar sus nombres, los de sus padres, pueblo de origen, edad, estatura del cuerpo, color y demás datos necesarios para identificar en cualquier caso sus personas; requisito exigido por su majestad el Rey, porque él contribuía con una importante cantidad a sufragar los gastos del viaje marítimo de los misioneros.

Cumplido ese requisito, se trasladaron a Cádiz; y el día 24 de mayo de 1619 se embarcaron los dieciocho en aquel puerto, presididos hasta Méjico por el P. Comisario Fr. Cristóbal de San Agustín (a) de la Peña.

Dos días estuvieron en aguas del puerto embarcados en la nave, mientras en esta se hacían las provisiones necesarias para tan largo viaje: y el día veintiseis el galeón se hizo a la vela con tiempo bonancible.

Los hombres de ciencia no habían soñado siquiera todavía en separar los continentes de Asia y Africa, unidos por el istmo de Suez, y en convertir este en

canal navegable que uniese el Mediterráneo con el mar Rojo: por eso el viaje de España a Filipinas se realizaba atravesando el océano Atlántico, Méjico y el gran océano Pacífico.

Viéndose el P. Francisco en medio del Atlántico, no sabía cómo alabar a Dios, a quien reconocía en la soberana inmensidad del mar, en el fragor de las olas. en el rugido de las tormentas, en el fulgor de los relámpagos, en el ímpetu del huracán, en el vaivén de la nave, en la serenidad de la calma chicha, en el espejo terso del agua, en la infinita variedad de las ondas, en las bellísimas irisaciones de la luz, en la multitud y diversidad de formas de los peces, y en el grandioso espectáculo de ver al sol emerger de las aguas y sumergirse en su abismo insondable.

Ante tanta magnificencia su espíritu se remontaba hasta el trono de Dios para adorarle de rodillas, y de allí descendía luego resuelto a comunicar a los demás el fervor que encendía su corazón.

No contento con seguir a la comunidad en todos los actos (que ésta practicaba con el mayor rigor lo mismo que en los conventos, cuando el tiempo y el mar lo permitían), él se mezclaba entre los pasajeros, que eran muchos y de muy distintas ideas e inclinaciones, y sobre ellos derramaba en amenas charlas y disertaciones la semilla de la verdad y del bien, con tanto éxito que aun a los más reacios veía rendirse a su simpatía y a sus razones y cumplir fervorosos sus deberes de cristianos.

Pero había otros en la nave que le atraían acaso con más fuerza; eran los que formaban la tripulación, los grumetes, los galeotes, todos aquellos que estaban sometidos a una labor constante y ruda, a un trabajo tan duro como mal remunerado, que a veces les obligaba a maldecir de su destino.

A estos se acercaba con cariño fraternal, con efusiones de padre; y les hablaba y los animaba y los obsequiaba con regalos que él pedía a los pasajeros y con viandas que él recogía o se quitaba de su boca.

En los días de completa calma, en aquellas mortales horas en que faltaba en absoluto el viento que hinchase las velas y empujase la nave, él descendía al antro de los galeotes, y sustituía en el manejo del remo a los más fatigados o los más rebeldes, mientras vertía sobre ellos el bálsamo de la resignación cristiana y lograba que brillase en sus mentes la luz de la doctrina evangélica.

Desde los primeros días del viaje se propuso establecer la catequesis entre los grumetes y no tardó mucho tiempo en conseguir su objeto.

Los domingos, en los ratos libres de servicio, los convocaba y les dirigía sabrosas y amenas pláticas, que al mismo tiempo ilustraban sus inteligencias y enternecían sus corazones. Al principio hubo muchos que se resistieron a acudir a su invitación y no pocos que despreciaban sus enseñanzas: pero tenía tal donosura en la exposición de la divina palabra y

tanta simpatía en su trato, que poco a poco logró ver reunidos a todos: y al final del viaje fueron ellos, todos, los que le buscaban para que los instruyese, para hacer con él una dolorosa confesión de sus pecados y para lamentar su próxima separación; sentimiento que expresaron colectivamente el último día, haciéndole objeto de una tierna manifestación de despedida.

Después de serios contratiempos, de largas calmas, de horribles tormentas y de graves averías, ancló la nave en el puerto de Veracruz el día 24 de agosto del mismo año, a los tres meses justos de haber embarcado en Cádiz los pasajeros.

En Veracruz desembarcaron todos: y mientras los mercaderes se dedicaban afanosos a colocar su anqueta, los misioneros acudieron solícitos al templo para dar gracias a Dios por haberlos librado de todo mal durante tan penosa y larga navegación.

Después de descansar unos días, continuaron la ruta de su destino, y llegaron a la ciudad de Méjico el día 12 de septiembre del mismo año.

Como la navegación directa de Méjico a Filipinas era entonces tan rara que apenas la hacían uno o dos barcos al año, todos los que habían de atravesar el océano Pacífico se veían precisados a esperar en Méjico la oportunidad de embarque.

Por esta razón el P. Francisco y sus compañeros tuvieron que permanecer en Méjico cerca de siete meses: tiempo que él aprovechó para enfervorizar más

y más su espíritu, para evangelizar a los indígenas con su palabra y con su ejemplo y para prepararse mejor para la campaña que en otras regiones le esperaba.

Como los Agustinos Recoletos no tenían todavía allí convento donde aposentarse (ya que fundaron la Casa-Hospicio de Méjico el año 1637), fueron cariñosamente recibidos y fraternalmente hospedados en el convento de los Agustinos Calzados; los cuales apreciaron muy pronto en el P. Francisco el gran tesoro de virtudes, que él conservaba entre asombrosas penitencias.

Malinalco, primero, y después Ocuila fueron testigos del ardiente celo por él desplegado en la salvación de las almas. La predicación a los adultos, la catequesis a los niños, las visitas a los enfermos, las limosnas a los pobres, la ayuda personal a los desamparados ancianos, eran los medios de que se valía para establecer en todas partes el reinado de Cristo: y luego, cuando la voz de la obediencia le obligaba a volver al convento después de una labor incesante y ruda, daba por reposo a su espíritu la quietud de una larga oración, y a su cuerpo el consuelo de la más hiriente mortificación, unida al más exacto cumplimiento de la observancia regular.

No es extraño, en vista de esto, que aquellos fervorosos Padres Agustinos Calzados se honrasen y gozasen con su huésped, que lo distinguiesen con su efusivo cariño y santa admiración, y que la fama de

sus virtudes perdurase entre ellos y entre todos los seculares por muchos años, después de su partida, como un vivo despertador de sus piadosos anhelos.

Cuando más entretenido estaba en su ajeteo apostólico, recibió orden de agregarse a los demás misioneros y de ponerse en ruta para continuar el viaje.

Llegaron pronto a Acapulco, que era el puerto de embarque, pero no todos; porque de los dieciocho que salieron de España, cinco quedaron en Méjico por disposición de los superiores, con encargo de fundar conventos de la Orden en Nueva España; y cuatro estaban impedidos por el rigor de grave enfermedad.

Reuniéronse, pues, en Acapulco nueve religiosos bajo la presidencia del P. Fr. Onofre de la Madre de Dios; y el día 9 de abril de 1620 se embarcaron con rumbo a las islas Filipinas.

Durante la travesía volvió a ejercer el P. Francisco su apostolado entre los pasajeros y entre todos los individuos de la tripulación con edificante abnegación propia y con abundante fruto espiritual.

El viaje a través del mar Pacífico, sobre un galión pequeño y desprovisto de toda comodidad, fué fecundo en averías, calmas, tempestades y contratiempos de toda clase. No parece sino que todos los elementos se habían confabulado contra aquel insignificante navío, perdido en la inmensidad del mar, para impedir que llegase a su destino.

Entretanto el P. Francisco, fuerte e impertérrito

como un cantil, acudía con solicitud de madre a los que yacían sobre sus literas sujetos por la garra del mareo, de la fiebre o de cualquiera otra afección maligna.

Verdadero artífice espiritual, él ponía paz en las contiendas, luz en las dudas, seguridad de triunfo en los peligros, esperanza en las incertidumbres, valor en los decaimientos, alegría en las nostalgias, dinamismo en las indolencias y calor y salubridad en todas las manifestaciones de la vida de a bordo. El contribuía eficazmente con su amorosa actividad a borrar la monotonía de tan larga y penosa navegación.

Entre tantas molestias e inquietudes, por fin, la nave fondeó en el puerto de Manila el día 16 de agosto del mismo año, después de cuatro meses y una semana de incierta y agitada travesía.

El galeón lanzó al viento la señal de su llegada, y pronto salieron del muelle lorchas y botes llevando a las autoridades de la ciudad, que habían de autorizar el desembarco, y a buen número de españoles y de indios, que iban, los unos para abrazar a sus amigos, y estos para desembarcar el equipaje y la carga del navío.

Apenas vió el P. Francisco a los indios legítimos, tal como él se los había figurado en sus ratos de meditación, casi desprovistos de vestidos, tostados por el sol, con sus facciones típicas y con todo su aspecto semisalvaje, se le fueron los ojos, el corazón y las piernas tras ellos, y comenzó a acariciarlos y

hasta intentó dar principio a su conquista con las primeras palabras del catecismo. Pero la palabra *ambut*, (no sé), repetida por todos ellos con marcada indiferencia, le dejó frío y le convenció de que necesitaba aprender su dialecto para no perder el tiempo.

Saltaron todos a tierra y se dirigieron al convento de San Nicolás de Tolentino de Agustinos Recoletos, donde, acompañados de la comunidad, dieron gracias a Dios públicamente por el feliz éxito del viaje.

Un mes llevaba en el convento el P. Francisco, entregado a sus austeridades y al estudio del tagalo, cuando recibió orden de trasladarse a Cavite Puerto; a donde pasó el 16 de septiembre, sin duda, para descansar y reponer sus fuerzas debilitadas por la aclimatación.

Pero como su único anhelo era la conversión de las almas, pidió con insistencia a los superiores que le enviasen a un centro de misiones vivas; y como las más difíciles y peligrosas eran entonces las de Zambales por el carácter fiero de los indios zambalesños, por su vida montaraz, por el apego a sus depravadas costumbres, por el fervor a su vergonzosa idolatría, por su oposición a todo trato con blancos, por el amor a su independencia salvaje y por el furor bélico contra cualquier extraño, estas fueron expresamente designadas en su petición: y a ella accedieron de buen grado los superiores, que conocían muy bien las dotes de misionero que adornaban al humilde súbdito.

No había terminado septiembre, cuando ya se trasladó a Masínlog, que era como el cuartel general de los misioneros, desde el cual salían a hacer sus correrías de investigación por las selvas y los montes.

Con el Padre misionero de Masínlog estudió el dialecto regional, al mismo tiempo que de aquel recibía, como preparación necesaria para su ministerio, informes detallados acerca de la vida, carácter, usos y costumbres de los zambaleños, y prudentes normas y consejos sabios para poder acercarse y convivir con ellos.

A los tres meses ya estaba en disposición de entenderse con los indios; y a fines de diciembre del mismo año 1620 fué destinado a Bolinao, donde comenzó su vida activa de misionero.

Haciéndose todo para todos, no se daba punto de reposo en la evangelización de aquellos infieles, en busca de los cuales penetraba en las más enmarañadas fragosidades de los bosques, hasta que lograba su contacto en misérrimas madrigueras. Su presencia en estas era frecuentemente recibida con visible hostilidad, manifestada en el brillo de afilados *bolos* y *campilanes* que blandían expertas manos en actitud hosca y recelosa: pero su rostro risueño y atrayente, su atuendo humilde y sencillo y su voz dulce y persuasiva embotaban el filo de aquellas armas, paralizaban los músculos de aquellos brazos y trocaban aquellos instintos de agresión en quietudes de calma sedante y curiosa, que le facilitaban el camino para establecer

una mutua corriente de simpatía, por la cual dejaba caer en abundancia la semilla de la verdad y del bien.

No le faltaban ocasiones en que todos sus recursos e invenciones se estrellaban contra la roca de la superstición fanática de algún *dios-dios* erigido en sumo sacerdote, o de la bárbara tiranía de algún reyezuelo de tribu o jefe de *aetas*. Insumisos e irreductibles estos ante todas las apariencias del bien que les ofrecía el misionero, le daban a entender con feroces gestos y amenazadores ademanes que sólo con la huída podía salvar su cabeza. Pero él, impertérrito y sereno, llevando hasta el último límite la prueba de resistencia, insistía en proponerles la aceptación de unas verdades sencillas, que llevaban aneja la práctica de unas costumbres más suaves y provechosas, y de una vida más confortable y feliz: y cuando él halagaba la idea de que la convicción empezaba a posarse sobre aquellos ásperos cerebros, se sentía acometido y obligado a huir en rápida carrera, dejando entre las breñas y el bosquej girones de su vestido y salpicaduras de su sangre, al mismo tiempo que su corazón palpitaba violento y anhelante por la fatiga y oprimido y doliente por el fracaso de su labor.

Como ciervo acosado por la jauría, buscaba refugio en su humilde choza de caña y nipa; que no otra cosa era su convento de Bolinao; y allí, jadeante y extenuado, sin cuidarse de sí mismo ni de reparar sus fuerzas, se postraba de hinojos ante la imagen de Jesús crucificado, y con la frente apoyada sobre

el suelo, elevaba su pensamiento y su corazón hasta el trono de Dios, pidiéndole en oración ferviente que ablandase con su gracia aquellos empedernidos corazones; y luego con prolongadas y sangrientas disciplinas imploraba que descendiese sobre aquellos ciegos infelices la luz esplendorosa de la fé.

De la oración y de la penitencia y, sobre todo, del santo sacrificio de la misa, que celebraba todos los días con fervor seráfico, acompañado de abundantes y tiernas lágrimas, salía tan robustecido y resuelto para la lucha que, encoraginado por las mismas derrotas recibidas por él del enemigo infernal, iba de nuevo a su mismo campo a provocarle al combate.

Pero ahora su ingeniosa caridad le había sugerido, como a buen pescador de almas, atraer a estas con cebo: y unos abalorios, unos rosarios y unas cintas de colorines chillones, distribuidos a los montaraces rapazuelos, despertaron la codicia de sus madres, y acabaron por captar la curiosidad y luego la benevolencia de aquellos hombres indómitos; a los que, poco a poco, y con rasgos incesantes de abnegación y generosidad fué atrayendo al redil de Jesucristo.

Lo que no habían logrado otras Ordenes religiosas, como las de los jesuitas y dominicos, que se habían visto obligados a abandonar los campos zambaleños por su absoluto fracaso, lo consiguió el P. Francisco con su caridad inagotable y con su labor abnegada y perseverante; dejando el camino expedito para que sus sucesores y hermanos del mismo temple misionero que

él, los PP. Agustinos Recoletos, convirtiesen aquel erial en amenísimo jardín de virtudes cristianas.

Nunca pueden olvidar los hijos de Bolinao la gratísima memoria del P. Francisco de Jesús, a quien reconocen como el fundador de su hoy floreciente civilización.

Afanado se hallaba en tan fructuosa y noble empresa, cuando recibió orden de sus superiores de trasladarse a Manila: y aunque él sentía en el progreso espiritual de aquella viña del Señor una esperanza cierta de la total conversión de aquellos indios, rendido a la voz de la obediencia, salió de Bolinao para la capital del archipiélago el día 2 de septiembre de 1622.

Demacrado, denegrado, extenuado por el trabajo y las privaciones le vieron llegar al convento de San Nicolás de Manila los superiores: y comprendiendo que necesitaba descanso para reponer sus fuerzas, le eximieron de obligaciones penosas, a fin de utilizarlo luego en beneficio de la comunidad. Pero él, que consideraba el trabajo y la mortificación como alimento, no acertaba a usar de la exención; y, sin darse cuenta, seguía a los demás religiosos en todas las prácticas conventuales.

Honda satisfacción producía en los superiores el proceder del P. Francisco, a quien calificaban de modelo perfecto de religiosos: y con esta convicción, sin tener en cuenta que apenas llevaba cuatro años de sacerdote, porque sus virtudes le daban el valor de

larga y edificante edad, determinaron ponerlo sobre el candelabro, para que la luz de sus santos ejemplos iluminase a todos sus hermanos: y con fecha 21 de octubre de 1622 fué nombrado Subprior del Convento de San Nicolás de Manila y Maestro de novicios.

Asombrado de tal designación, opuso a ella todas las armas de su humildad; pero ante el ímpetu arrollador de la obediencia se vió obligado a ceder, y a aceptar tan honroso cargo: y muy pronto se vió que el honor recibido, lejos de aflojar los resortes de su espíritu, cimentó más sólida y profundamente sus virtudes características, su humildad, su penitencia, su abnegación y su laboriosidad.

Incansable en el ejercicio de los más viles menesteres, él era el primero con su acción personal en la limpieza del convento, sin excluir los lugares comunes, en la reforma y decoración de las oficinas, en la restauración de todo lo averiado, en el uso propio de lo más abyecto, en la privación de lo más necesario para sí mismo, y, al mismo tiempo, en el desprendimiento más amplio y generoso para con los demás.

Todo esto lo razonaba con las caricias de un áspero cilicio y con el ropaje de una modestia tan ejemplar como risueña y atractiva, que arrastraba dulcemente a todos a seguir sus huellas.

Su descanso, más que el sueño, que él lo hacía corto y mortificador, era la oración; en la cual reconcentraba su espíritu con tanta fuerza que parecía un cuerpo inerte. De ella salía como rejuvenecido y con

bríos poderosos para el ejercicio incesante de todas las virtudes. De ella se trasladaba al altar a celebrar el santo sacrificio de la misa; y aquí era, en cambio, donde su espíritu salía al exterior en manifestaciones de abundantes y ardientes lágrimas, en espontáneos y fervorosos suspiros y en pausas de tan sensible intensidad amorosa que comunicaba la emoción a todos los circunstantes.

Entre ese ajeteo de actos de virtud, una idea fija era la obsesión de su mente, uno sólo era el deseo de su corazón: la conversión de los pecadores, la salvación de las almas. Todos sus actos no tenían otro objeto que procurar hacerse digno ante Dios de que le concediese la gracia de ir como apóstol a las misiones más difíciles: y Dios escuchó sus plegarias.

Cuatro meses no cumplidos llevaba en el convento de Manila como Subprior y Maestro de novicios, llenando el ambiente con el perfume de sus heroicas virtudes, cuando el P. Provincial Fr. Andrés del Espíritu Santo, accediendo a sus reiteradas súplicas, le autorizó para ir a las misiones del Japón, donde se desarrollaba entonces la más feroz persecución contra la religión cristiana.

Desde ese momento se dedicó totalmente a dar gracias a Dios por favor tan señalado y a prepararse con vida más austera y mortificada, para sostener con valor las formidables luchas que le esperaban entre los idólatras japoneses.

Y mientras llega el momento de su partida, dejémosle en Manila, para presentar a su compañero de misión el P. Fr. Vicente de San Antonio.



Idolo japonés



CAPITULO X

El P. Vicente de San Antonio

Sumario: *Su patria.—Sus padres.—Su nacimiento.—Era español.—Su carácter.—Conflictos domésticos.*

LA parte más meridional de la república portuguesa está formada en toda su anchura por la provincia de Algarbe, que es la más pequeña de las ocho en que se divide el territorio portugués.

Algarbe es una modificación del nombre árabe *El Gharb*, que significa *País de Poniente*, y que le fué impuesto por los árabes durante su larga dominación del territorio desde el siglo octavo hasta el décimotercero.

El reino moro se extendió hasta el litoral marroquí, con los nombres de *Algarbe Alem-mar* y *Algarbe Aquem-mar*, correspondientes a la costa de Europa y a la de Africa: y por eso se usó también a veces el plural *Algarbes*.

Durante el siglo xv tuvo extraordinaria importancia, por haberse establecido el infante don Enrique en Sa-

gres, desde donde preparó aquellas famosas expediciones ultramarinas, que dieron a Portugal tanta gloria como provecho. Por eso, sin duda, el heredero de la corona de Portugal llevaba el nombre de Príncipe de los Algarbes.

En el límite meridional de la provincia de Algarbe, situado en la misma costa marítima, hay un pueblo limpio y coquetón, que semeja con sus casas una bandada de blancas palomas, posadas como vigías del horizonte, y arrulladas por la sinfonía, a veces grata y a veces salvaje, de las olas y del viento.

Ese pueblo es *Albufeira*; bella población marítima de unos seis mil habitantes que dista unos treinta kilómetros al ONO de Faro, que es la sede episcopal y la capital de la provincia. Tiene estación de ferrocarril en la línea de Lisboa a Faro, y una amplia rada, que es un buen fondeadero. Por aquella parte del mar abundan los atunes, de los cuales se hace gran pesca con no poco provecho para los habitantes del pueblo, que en ello tienen una fuente de riqueza.

Por los años de 1590 vivía en Albufeira un matrimonio, que llevaba fama de ser el más rico del pueblo, y que era indudablemente el más querido y respetado por todos sus habitantes.

Poco más de dos años hacía que había llegado allí el arrogante y gallardo joven Antonio Simoens, después de terminar brillantemente su carrera de medicina en la Universidad de Lisboa, presentando al

alcalde el título de licenciado en medicina y el nombramiento de médico titular del pueblo.

Su prestancia personal, su carácter jovial y simpático, su don de gentes, su afecto a los humildes y, sobre todo, su ojo clínico y su infalible acierto en el diagnóstico y en la curación de las enfermedades, que demostró muy pronto en varios casos de manifiesta gravedad, le captaron la admiración y el cariño de todos los vecinos.

Uno de esos casos fué la curación rápida y completa de Catalina Pereyra, joven de veinticinco años, hija única de la casa más principal y aristocrática, que no encontraba remedio a su dolencia. Y este éxito fijó definitivamente el rumbo de su vida.

Los padres de Catalina y, sobre todo, esta no sabían cómo agradecer a Antonio el beneficio de la felicidad completa que él había llevado a la familia; y las relaciones familiares, que desde aquel fausto suceso se establecieron entre ellos, no tardaron en vincular los apellidos Simoens y Pereyra con el lazo indisoluble del sacramento del matrimonio.

El esplendor de la casa Pereyra se acrecentó por medio de esa unión sagrada con la aportación del título de nobleza y de la cuantiosa dote matrimonial de Antonio Simoens: y como, entre otras muchas bellas cualidades que poseían, los nuevos cónyuges estaban adornados de una acrisolada virtud y, sobre todo, de una pródiga generosidad con los menesterosos, el pue-

blo entero les rendía continuo homenaje de gratitud y los envolvía en frases de sincero cariño.

Estas manifestaciones populares constituían para los jóvenes esposos el galardón que más henchía de gozo sus almas y que les servía de acicate para fomentar la gran obra de misericordia de socorrer al prójimo por Dios. Y Dios, que se complacía en la rectitud y pureza de intención del ejercicio de aquellas virtudes, quiso aumentar sus alegrías bendiciendo sus santos amores.

El día 5 de abril de 1590, entre los alegres cánticos de las aves que en la risueña y apacible alborada saludaban al espléndido sol del nuevo día, Antonio y Catalina tuvieron la dicha de contemplar con emoción sagrada el primer fruto de su matrimonio: y, como buenos cristianos, aquella misma tarde lo llevaron al templo y lo ofrecieron a Dios; en ofrenda al cual fué bautizado en la parroquia de la Concepción de Albufeira, con el nombre de Vicente Simoens y Pereyra.

Como se ve, Vicente nació y fué bautizado en Albufeira, Portugal. Pero por una de tantas vicisitudes de la vida de las naciones, de que la historia nos ofrece innumerables ejemplos, Portugal entonces pertenecía a España, y todas sus ocho provincias eran otras tantas provincias de España, como, por ejemplo, la de Zaragoza, y, por consiguiente, Vicente Simoens y Pereyra fué español: con la notable circunstancia de que, mientras éste vivió, o sea, desde diez años antes que

naciese y hasta ocho años después de su muerte, Portugal fué español.

Porque, como es sabido, el año 1580, Felipe II, rey de España, se apoderó del reino de Portugal por derecho de conquista; derecho entonces universalmente reconocido: y mantuvo sobre él su imperio con pleno ejercicio de sus derechos por medio de representantes suyos, que gobernaban sus provincias; por medio del ejército, que defendía el honor de la bandera española; y por medio de auxiliares burocráticos que conservaban expedita y normal la vida civil de las nuevas provincias.

Fueron reyes de España y Portugal a la vez Felipe II, Felipe III y Felipe IV, con los nombres respectivamente de I-II y III de Portugal.

La nación portuguesa, pues, fué española durante el reinado de estos tres monarcas, o sea, por espacio de sesenta años; hasta el año 1640, en que los portugueses se sublevaron contra España; y, sin que esta pusiese empeño en conservar su soberanía, aquellos recobraron su independencia, y proclamaron su rey al duque de Braganza, que reinó con el nombre de Juan IV.

No hay, pues duda de que Vicente, que nació en 1590 y murió en 1632, fué verdaderamente español, de la provincia española de Algarbe.

¡Bien se notó después en su juventud su convivencia con los españoles!

Enriquecidos sus padres con este nuevo vástago,

se consideraban dichosos al verlo crecer tan robusto de cuerpo como despierto de inteligencia.

No tenía aún cuatro años, cuando ya se mostraba inquieto, revoltoso, alegre, emprendedor. En sus juegos infantiles se veía su habilidad y destreza; en sus preguntas, su insaciable curiosidad; en sus respuestas, su rápida comprensión; y en todas sus actividades, una extraordinaria precocidad de ingenio.

Pero en medio de tanto movimiento muscular y mental, aparecía siempre dócil, sumiso, obediente a la primera indicación de sus padres y bien inclinado a la religiosa piedad.

Este conjunto de bellas cualidades aumentaba más y más el cariño de sus padres; pero fué como la causa determinante de una oposición de conducta de estos con respecto a su hijo.

Durante los primeros años, los dos aplaudían y celebraban unánimes las travesuras de su hijo, las que calificaban de gracias de su precoz ingenio. Pero después, cuando aquellas traspasaban la linde de lo justo y razonable, el niño observaba que, mientras su padre se mostraba complacido y satisfecho y se las premiaba, por lo menos, con sonoras carcajadas, su madre, con seriedad y dulzura a la vez, las reprobaba por completo y le prohibía su repetición.

Este diferente modo de obrar de los padres, obedecía, sin duda, al distinto temperamento y al carácter peculiar de cada uno de ellos.

Los dos se proponían, conforme a sus convicciones

profundamente cristianas, modelar el carácter de su hijo según las normas de la recta conciencia y de la más estricta moral: pero él era alegre, jovial, campechano, optimista y enemigo de toda cohibición, especialmente a los niños, en cuyas más arriesgadas travesuras no reconocía malicia sino aventurera inconsciencia. Ella, en cambio, era grave, serena, ecuaníme, recta sin ondulaciones en las normas del bien y del mal y previsora de posibles consecuencias en los actos de menor importancia. De ahí que muchas veces aprobaba el padre lo que reprobaba la madre: y el niño, como es natural, escudado por la benevolencia de su padre, cuyas cualidades había heredado con largueza, fué ensanchando los límites de su voluntad caprichosa, sin temor a salir malparado en ningún conflicto.

Y conflictos los había entre los cónyuges, originados por la conducta del hijo: pero como en este no se veía malicia, sino una superabundancia de vida física e intelectual, la virtud de la esposa lograba que la paz, por un momento turbada, recobrase su soberanía en el hogar.

Entre tanto, el niño crecía en desarrollo corporal y en el aprendizaje de las primeras letras, hacia las cuales mostraba una tendencia codiciosa, una capacidad extraordinaria y una asombrosa retentiva.

En la escuela del pueblo ya no podía aprender más; porque, como él decía con infantil ingenuidad, sabía todo lo que les enseñaba el maestro. En Albufeira no había más medios de ampliar y mejorar la instrucción

de Vicente, que cada día manifestaba mayores deseos de estudiar y de saberlo todo. Era, pues, preciso pensar en dar una buena solución al caso.

El problema se presentó a sus padres con el carácter de muy importante y además urgente: y convencidos de la trascendencia del asunto, se dedicaron a excogitar los medios más conducentes para resolverlo conforme a sus ulteriores proyectos.





Famosa pagoda



CAPITULO XI

Sumario: *Una travesura seria.—Se traslada a Lisboa.—Sus estudios en esta ciudad.—Excelente artista.—Rondas y aventuras.—Director de la Tuna Lusitana.—Danza y esgrima.—Médico—Labor de su madre.*

CORRÍA el año 1604. Vicente Simoens había cumplido los catorce años; y ya se resistía a presentarse al maestro, de quien nada nuevo aprendía.

Su madre intentaba en vano retenerlo en casa, señalándole nuevas lecciones de lectura, escritura, catecismo y aritmética; porque en breve rato se le presentaba a examen con la seguridad de obtener la nota de sobresaliente.

Por otra parte su vigorosa robustez corporal reclamaba un continuo ejercicio físico: y el resultado inevitable era la escapatoria diaria al mar, donde él tenía sus delicias, mientras su madre gemía en constante sobresalto.

Entre todas las diversiones infantiles prefería las de la playa: el mar le atraía con fuerza irresistible: y, audaz y vigoroso, se acostumbró a luchar con las olas,

entre las cuales adquirió pleno dominio de la natación.

Pero este arriesgado jugueteo en medio del peligro no satisfacía sus aventureras ansias. Él veía que las aguas rebasaban la línea del horizonte: que los pescadores con sus lorchas y falúas desaparecían en el mar ante sus ojos asombrados, y que luego tornaban al fondeadero sanos y alegres y con abundante cantidad de pesca: y esto acuciaba su curiosidad y le excitaba a lanzarse mar adentro, para ver lo que había muy lejos de la playa.

Aprovechando la baja de la marea, se había aventurado, con más valor que inconsciencia, a llegar a nado hasta los corrales de pesca, en los cuales vió con cuánta facilidad quedaban aprisionados los peces. Pero observó que éstos no eran, en general, de gran tamaño; no eran como aquellos enormes atunes, que él veía descargar en el puerto: y perdió su entusiasmo por la visita a los corrales, aunque estaban bastante distantes de la costa.

El quería ir con los atuneros, lejos, muy lejos, hasta donde no se viera más que mar y cielo, como le habían dicho; y allí conocer y observar el mar a su placer.

No tardó mucho en realizar su hazaña. Vió que un barco estaba para salir a la pesca del atún, y mientras la tripulación andaba ajetreada en el manejo de jarcias y velas, resuelto y decidido, se escabulló rápido, trepó por la escalera de cuerda y, sin ser visto

por nadie, se escondió bajo una lona en la parte de popa.

Al poco rato salió suavemente el barco con las velas hinchidas del viento de popa, que le hacían surcar las aguas con gran velocidad y con mayor satisfacción de los tripulantes.

El intruso tuvo la suerte de que a bordo no hubiese necesidad de utilizar la lona bajo la cual se cobijaba: y allí aguantó impávido y sereno por espacio de dos horas: y cuando comprendió que la nave estaba muy lejos de Albufeira, salió de su escondite y con toda tranquilidad se presentó a los marineros.

Asombrados estos de verle allí, lo llevaron a presencia del patrón, el cual con severidad y enojo le preguntó:—¿Cómo es esto?

—Ya lo ve usted,—respondió sereno Vicente.

—¿Cómo has venido aquí?

—Entré por la escalera de cuerda, cuando ustedes trabajaban.

—¿Dónde te has ocultado?

—Debajo de aquella lona grande.

—¿A qué has venido?

—A conocer bien el mar, porque en la playa se le vé muy poco, y a ver cómo pescan ustedes esos atunes tan grandes.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas?

—Soy el hijo del médico; y me llamo Vicente Simoens y Pereyra.

—¿Tú eres el hijo de don Antonio?

—Sí, señor.

—¿Sabe él que has hecho esto?

—No, señor.

—¡Desgraciado! ¿Y te has atrevido a hacer este disparate sin su permiso? ¿No temes al castigo que te espera?

—Mi padre es muy bueno. Mi madre es la que me castigará: pero ya le diré que no lo haré más. Yo quería estar una vez siquiera mar adentro.

—¿Pero no sabías que tenemos que estar en el mar varios días sin volver al pueblo?

—Mejor: así conoceré bien el mar y la pesca del atún.

—¿Y no consideras lo mucho que han de sufrir tus padres, al no verte en casa y al pensar en tu desaparición?

—Sí, señor: lo siento mucho: pero ya no hay remedio.

—¿Conque no hay remedio? ¡Vaya si lo hay! ¿Sabes nadar?

—Como los peces.

—Pues ahora mismo te echamos al agua; y, si puedes, ganas a nado la costa de Albufeira; y si no, los peces darán cuenta de tí.

—Tiene usted cara de hombre bueno para hacer mal a nadie.

—Ahora lo verás.

Y sujetándolo, entre él y un grumete, de brazos y

piernas, lo sacaron fuera de la borda, como resueltos a arrojarlo al mar.

No ofreció la mínima resistencia el muchacho, ni salió de sus labios una palabra de súplica o perdón. Con rostro sereno creyó verse zambullido en el agua; pero persuadido de que al instante le arrojarían el cable de salvación, por el cual trepase a bordo.

La sólo posibilidad de esta aventura produjo repentinamente tan grata impresión en su alma que, soltando una risotada, les dijo:

—¡Ahora! ¡Hombre al agua!

—¡Ya se conoce que eres hijo de tu padre! — dijo el patrón, al mismo tiempo que lo izaban y dejaban a bordo, absuelto de su falta.

La nave, entretanto, seguía su rumbo con viento bonancible: y la fortuna hizo que se les presentase la pesca en las condiciones más favorables.

Tres días estuvieron dedicados a tan interesante faena; en la cual el intruso les ayudaba cuanto podía, convertido en un verdadero grumete; al mismo tiempo que rebosaba de gozo, al ver entrar en el seno del barco multitud de enormes peces todavía palpitantes, que agonizaban entre violentas contorsiones.

Entre tanto sus padres, abrumados de angustia desde que notaron su ausencia, inquirían por todas partes acerca del paradero de su hijo, del cual nadie les daba razón.

La madre, inconsolable, que conocía la excesiva afición de su hijo al mar, lo creía ya víctima de sus

impetuosas ondas. El padre, siempre optimista, no había perdido la esperanza: más bien tenía como indudable que tan larga ausencia era una nueva travesura, pero de marca patentada.

De esta aflictiva incertidumbre los sacó de pronto, trocándola en intensa alegría, la presencia del patrón de la nave, que llevaba de la mano a Vicente.

Este, apenas se vió ante sus padres, se puso de rodillas y avergonzado y lloroso les pidió perdón de su falta.

Aquél les narró brevemente todo lo acaecido y se retiró entre las manifestaciones de gratitud de los consolados consortes.

Este episodio determinó la rápida solución del problema de la educación de Vicente.

—Es preciso que nos traslademos cuanto antes a Lisboa,—dijo a su mujer don Antonio; quien, por otra parte, ya estaba cansado de tantos años en Albufeira: y, puestos de acuerdo, hicieron en breve tiempo las diligencias necesarias para su traslado definitivo, y pasaron a Lisboa el mismo año 1604.

La vista de Lisboa produjo tan grata impresión en Vicente que muy pronto se olvidó de los atractivos del mar de su pueblo.

Aquellas calles amplias, aquellos grandes y hermosos edificios, aquellos lujosos escaparates, aquellos jardines, aquellos artísticos monumentos, aquel hormiguero de gentes por todas partes, aquellos policromados uniformes del ejército, aquel lujo en el vestir,

aquellas músicas, aquellas nuevas diversiones, aquella animación y alegría constantes le parecieron cosas de un mundo nuevo que colmaban todas sus aspiraciones.

Pero no había ido a la capital de Portugal para perder el tiempo en frivolidades. Por orden de sus padres comenzó aquel mismo año el estudio de artes, que abarcaba los principales conocimientos de las letras humanas: y como estaba dotado de un ingenio clarísimo y de una gran capacidad intelectual, unido esto a su deseo inmoderado de saberlo todo, demostró en breve sus extraordinarios progresos en el aprendizaje de todas las asignaturas.

Para él no había dificultad insoluble ni escasez de tiempo para resolverla: y siempre en las aulas satisfacía las exigencias del más descontentadizo profesor.

En su afán de aprender y de saber de todo, y sintiendo una vehemente afición a la música y al dibujo, manifestó a sus padres el deseo de estudiarlos; y estos que no deseaban otra cosa sino que su hijo adquiriese una amplia ilustración y que estuviese siempre bien ocupado, le proveyeron de todos los medios necesarios para que realizase sus deseos.

Con tanto gusto como aprovechamiento simultaneaba el estudio de humanidades y de las bellas artes: y de tal manera llegaba a dominarlas, que en todas las manifestaciones escolares, en todos los torneos artísticos y literarios él era siempre proclamado campeón indiscutible.

En el período de seis años, que invirtió en sus

estudios, fueron tan resonantes sus triunfos, que todos lo señalaban como un gramático perfecto, un poeta admirable, un notable matemático, un orador elocuente, un pendolista genial y un inspiradísimo músico.

De todo ello había dado evidentes pruebas en abundancia: porque, si dominaba el portugués, como su lengua patria, con la misma facilidad, soltura y elegancia hablaba el latín y el castellano.

En los tres idiomas componía y declamaba con arte arrebatador soberbios discursos y magníficas poesías. Con la misma propiedad, entonación y exactitud recitaba de memoria cantos enteros de *Las Lusíadas* de Camoens, que las rotundas estrofas de *La Araucana* de Ercilla, las *Odas* de Horacio, *La Eneida* de Virgilio y los *Discursos* de Cicerón.

En la ciencia de los números no había problema que se le propusiese al cual no diera una solución tan rápida como exacta. A él encomendó su padre toda su contabilidad y la de la hacienda de su madre: y no eran pocos los amigos que acudían a sus conocimientos matemáticos en sus operaciones financieras.

Su pluma era un pincel en manos de un genial artista, que bordaba de primores sus escritos. Una simple carta, a vuela pluma, dejaba ver unos caracteres caligráficos que causaban admiración.

Pero lo que más le satisfacía, conforme a su temperamento elege, era la música; para la cual demostró poseer tan exquisitas facultades que, no contento con dominar su teoría en todos sus aspectos y el

ejercicio vocal, dominó también prácticamente el mecanismo de varios instrumentos; a todos los cuales prefirió, al fin, la guitarra. Esta la tañía con la destreza de un mago.

Como no todo era estudiar, porque le sobraba tiempo para todo, su carácter jovial, expansivo, audaz y aventurero le ayudó a conocer los lugares de la ciudad donde se cultivaban las bellas artes; pero sin que jamás sintiera escrúpulos para descender de un centro de alta cultura a aspirar el ambiente enrarecido de una inmunda tasca.

Con la misma serenidad y alegría tomaba parte en actos literario-musicales, y declamaba bellísimas poesías o arrancaba dulcísimos sonidos a su guitarra, que se acompañaba de esta mientras cantaba cien coplas de su invención en lugares de bullicio y de holgorio.

Mozo de ronda y jefe de cuadrilla, no eran pocas las noches en que se veía obligado a dispersarse el grupo por las callejas oscuras, perseguido por los corchetes, después de haber logrado que todos los vecinos se asomasen a las ventanas, atraídos por los encantos de su guitarra, de su voz y de sus endechas amorosas; endechas que bien se podían llamar requiebros amorosos a la luna, y no a alguna beldad femenina; ya que todas las mujeres le eran absolutamente indiferentes: y si su espíritu se refocilaba en estos episodios nocturnos, era en cuanto tenían el carácter de más o menos peligrosas aventuras.

Elemento destacado de la *Tuna Lusitana*, a la que

pertenecía, él hizo famosa a aquella estudiantina, desde el día en que por unanimidad fué nombrado director de la misma, conquistando las simpatías y los aplausos de toda la ciudad.

La presencia de la *Tuna* en las calles de Lisboa atraía en torno suyo a una multitud de personas de ambos sexos y de toda edad que, aumentando sin cesar el número, acrecentaba el entusiasmo, y la acompañaba en su paseo triunfal, con el afán de no perder ni una sola de aquellas bellezas musicales que recreabas sus oídos.

A su paso la gente se detenía o se asomaba en sus casas para ver la maestría con que dirigía a sus huestes y para saborear la gracia con que lanzaba al viento con su potente y bien timbrada voz bellísimas y variadas canciones o dulcísimos arpegios de su guitarra: y las tempestades de aplausos y las ovaciones clamorosas se sucedían sin cesar; acompañadas de abundante colecta pecuniaria, que servía para cubrir las necesidades simbolizadas en la cuchara de madera que ostentaban en sus bicornios.

Un joven tan gallardo y de familia tan distinguida no podía carecer de otras dotes, que él, imbuído por las máximas del mundo, estimaba necesarias para completar su personalidad; y sin dar conocimiento a sus padres, como hacía otras muchas cosas, se matriculó en las asignaturas de baile y de esgrima.

Con su asiduidad acostumbrada acudía a los dos centros en que se enseñaban esas materias; y, simul-

taneando el estudio de la teoría con la práctica, no tardó mucho tiempo en llegar a ser en ambas un maestro consumado. Conocedor práctico de todos los bailes de la época, aún imprimía nuevos movimientos a sus pies y nuevas contorsiones a su cuerpo, que modificaban por completo las normas usuales, y se imponían de moda. Y esgrimía el florete y la espada con la misma triunfal gallardía con que manejaba la pluma cuando escribía o dibujaba.

Pertrechado con estos adornos, comenzó a cansarse de las aventuras callejeras, que tanto le habían gustado, y se decidió a frecuentar los centros de cultura y los elegantes salones de sociedad, donde podía brillar con esplendor propio y envidiable, y rendir ostentoso culto a Terpsícore.

Bajo el influjo de este nuevo ambiente de dignidad y de elegancia, le costó muy poco refrenar sus bríos, suavizar sus modales, esquivar las discusiones, prodigar sus obsequios y transformar el carácter de su alegría bulliciosa y jaranera en simpática y atrayente jovialidad.

Como había terminado los estudios de humanidades, las fiestas literarias, la música, el baile y los espectáculos públicos nutrían todos sus ocios; a los que dedicaba largas horas del día y de la noche.

Sin embargo, aún le quedaba tiempo y sobrada afición para revisar los recetarios, apuntes y libros de medicina de su padre, los que devoraba con ansia febril y asimilaba con portentosa retentiva.

Estos conocimientos, perfeccionados por las sabias

explicaciones de su padre, le servían para darse aires de galenista en las tertulias y reuniones, con no poco beneficio de sus achacosos e improvisados clientes.

En medio de aquel ajeteo de estudios, aulas, torneos, danzas, guitarreos, coplas, estudiantinas, juergas y aventuras de todas clases, que constituían toda una vida alegre, es de notar que en el hogar paterno fué siempre el hijo carifioso, sumiso, obediente y obsequioso con sus padres, a los cuales jamás faltó al respeto ni dió el menor disgusto: porque todo lo que hacía de puertas afuera de su casa iba como autorizado por el cariño excesivamente bonachón de su padre, que ocultaba a su mujer las francachelas y devaneos de su hijo.

Pero al corazón vigilante de una madre tierna y cariñosa no pasa inadvertida la vida de su hijo. A pesar del más perfecto disimulo de este, sorprende los más leves indicios exteriores, y por ellos penetra en el fondo de su alma y lee sus impresiones más ocultas y discierne sus alternativas y formula sus diagnósticos, en los que rara vez se equivoca.

Aunque tenía pruebas palmarias de sus brillantes triunfos escolares, notaba en él un desorden en su vida normal; contaba sus horas de ausencia del hogar durante el día y aun por la noche; observaba su periódica inapetencia y su excesivo sueño; y todo esto engendró en ella la suspicacia, que aumentaba su intranquilidad, hasta obligarla a reprenderle ásperamente todos los días y a exhortarle con las razones más graves a no desviarse nunca del camino de la honradez y de la piedad.

El se justificaba con un pretexto bien urdido y mejor explicado, al que acompañaba una serie de zalamerías, con que lograba siempre desarrugar el ceño de su madre.

La verdadera defensa estaba siempre a cargo de su padre, que, alegando imaginarios compromisos sagrados y altas razones de sociedad, dejaba a su mujer aparentemente tranquila y estimulaba a su hijo a repetir sus andanzas y correrías, fiando en la impunidad.

Sin embargo, esa labor constante de la madre influyó eficazmente en el carácter, de suyo bueno y piadoso por temperamento, del hijo, para que no fuese degenerando y llegase a la depravación de costumbres; ella fué la que consiguió que sus aventuras no pasasen de alegres audacias juveniles, sin llevar nunca el estigma infamante de la perversidad: ella, en fin, fué la que, si no pudo evitar que su hijo viviese y se criase en el ocio y en las delicias, que ofrecía la vida mundana de Lisboa, logró que no abandonase sus deberes religiosos ni atrajese sobre su nombre la infamia ni el deshonor.

Desde el momento en que se instalaron en la capital, tuvo ella especial empeño en que el primer acto en que tomase parte su hijo le afectase de modo que se pudiera grabar profundamente en su alma; y este acto fué el de su primera comunión, al que ella procuró revestir de la mayor solemnidad externa, para que hiriese más vivamente su imaginación.

El resultado fué conforme a los deseos de la madre; la cual no encontraba resistencia alguna para ir acom-

pañada de su hijo a la recepción frecuente de los santos sacramentos y a las fiestas religiosas, que se celebraban en las distintas iglesias, de las cuales salía él siempre gratamente impresionado.

Después, cuando, fascinado por el brillo de los festejos profanos y seducido por alegres compañeros, se vió envuelto entre las frivolidades mundanas, se entibió bastante su fervor religioso: pero nunca se borró de su mente la impresión de aquel solemne día, tan hábilmente preparado por su madre; nunca omitió el cumplimiento estricto de sus deberes de cristiano; nunca se avergonzó de proclamar en público sus ideas religiosas.

Había heredado las cualidades de su padre; pero no olvidaba los santos consejos de su madre: y como si se propusiese armonizar en sí mismo los caracteres tan distintos de aquéllos, todas sus actividades aparecían como una mezcla de sagrado y profano, como algo paradójico, que lo mismo satisfacía sus anhelos en las atolondradas expansiones del bullicio que en el recogimiento místico de la piedad.

Con la misma naturalidad convidaba a su grupo de amigos a un lugar de francachelas y de holgorio, que, terminado aquello, los llevaba como corderos a una iglesia a oír el sermón. Y no eran pocas las veces que, al retirarse a casa a altas horas de la noche, después de alguna aventura, los citaba a un lugar determinado al punto de la mañana para realizar una gran hazaña; y esta consistía en obligarles a entrar en

una iglesia y confesarse, comulgar y oír misa; en lo que él era el primero.

En este ambiente mixto de disipación y religiosidad vivió los ocho años de sus estudios en Lisboa, desde el 1604 hasta el 1612.





Pagoda



CAPITULO XII

Sumario.—*De Lisboa a Madrid.—Muerte de su padre.—Trascendentes consecuencias.—Estudia la carrera eclesiástica.*

DESDE que el reino de Portugal perdió su soberanía y quedo anexionado al de España bajo el cetro soberano del rey Felipe II, tuvo éste sumo empeño en que sus nuevos súbditos estuviesen bien gobernados, e interpuso toda su autoridad para que se enviase de España personal escogido a todas sus poblaciones importantes y especialmente a Lisboa

Los deseos del rey se cumplieron; y no tardó en notarse en la vida pública y privada una compenetración de sentimientos y de afectos y una mutua asimilación de costumbres, que eran como los cimientos de un sólido bienestar.

La familia de Simoens, ya por el carácter expansivo y generoso de su jefe, ya por su calidad de médico, fué una de las que establecieron trato íntimo con los españoles.

El hijo, que seguía en todo las huellas de su padre,

y aún las agrandaba y profundizaba más, se sentía tan atraído por todo lo español, que se lo imponía como pauta en las más interesantes circunstancias de la vida. Y para que su adaptación fuera completa, estudió con tanto ahinco el idioma español que lo prefería al portugués en sus conversaciones y escritos, y llegó a hablarlo como el mejor de los españoles que allí pasaban por buenos hablistas.

Buena prueba de ello es que, al contestar a su mejor amigo de jaranas y alegrías, que le escribía en portugués al Japón pidiéndole noticias de su vida, lo hizo en perfecto castellano desde Nagasaki en una hermosa carta, que se conserva original; a pesar de que hacía trece años que faltaba de Portugal y de que allí no hablaba más que el idioma japonés.

El trato constante con los españoles excitó su curiosidad y avivó sus deseos de conocer España; porque aquellos ponderaban tanto las cosas de su patria, que bien merecían la molestia de un viaje.

Lisboa, según ellos, no era más que una simple aldehuela al lado de Madrid: el caudaloso Tajo no pasaba de un pobre regajo, comparado con el soberbio Manzanares.

Exageraciones de tanto calibre, aunque no vencían su credulidad, acuciaban su capricho, y le empujaron hasta la decisión de pedir a su padre que hiciesen ambos un viaje a España, para conocer las maravillas que de ella le contaban.

El padre, que, orgulloso de las altas cualidades de

su hijo, nunca contrariaba sus deseos, accedió con gusto a su petición, y fijó la fecha a corto plazo para realizar la excursión.

Un viaje de Lisboa a Madrid, en los albores del siglo diecisiete, era algo serio, un verdadero problema a cuya solución se oponían graves dificultades: pero la juventud, fortaleza y buen humor las vencen todas con facilidad.

Hechos los preparativos necesarios, llegó el día prefijado para la partida; y Vicente fué el primero que abandonó el lecho, nervioso por la impaciencia de emprender la marcha.

Su madre aprovechó los últimos momentos para hacerle las más tiernas exhortaciones y para darle los consejos más saludables, a fin de prevenirle contra todo mal.

Todo lo escuchó él con docilidad y lo recibió con agrado, prometiéndola no olvidar nada de cuanto le había dicho.

Como ya era la hora de partir, llamó a voces a su padre apremiándole para que saliese pronto de su despacho: y aunque no obtuvo contestación, nada le extrañó su silencio.

Volvió a llamarle poco después, y, como tampoco le respondiera, intrigado por aquel silencio, penetró en el despacho de su padre, y lo encontró sentado ante la mesa con la cabeza hundida entre los brazos apoyados sobre la misma.

Le llamó otra vez, se acercó a él, lo removió con

angustiosa incertidumbre; y entonces observó, horrorizado, que no daba señales de vida.

Turbado de espanto y de dolor, salió dando a gritos la noticia, y corrió veloz a traer un médico, mientras su madre y las sirvientas entraban en el despacho y contemplaban sollozantes y llorosas el trágico espectáculo.

Poco tardó en volver acompañado de un médico: pero éste no pudo hacer otra cosa que certificar la defunción. Una angina de pecho le había dejado cadáver.

La impresión que esta desgracia produjo en Vicente fué inenarrable.

Aquel carácter tan jovial y expansivo se trocó de repente en hosco, esquivo, huraño, silencioso: parecía que había perdido el habla. Desde aquel momento cortó en absoluto todas las relaciones de amistad, renunció a todas las diversiones y frivolidades mundanas, y se reconcentró en sí mismo para sacar todas las consecuencias de aquel trágico suceso, que tan profunda y cruelmente había herido su alma.

Reconcentrado a solas en el seno lóbrego de la amargura inmensa del desengaño, creía escuchar la carcajada sarcástica del mundo, de la sociedad, de sus amigos, hasta de su mismo padre, que, inconscientes o atolondrados, le habían brindado como verdadera una felicidad saturada de risas, de festines, de armonías y de rosas, que en su misma vida efímera llevan el sello de la inconstancia, del desengaño, del hastío y del remordimiento.

Entonces comprendía la impostura de la sociedad alegre y frívola, que, ante el golpe alevé de la muerte de uno de sus miembros, invitaba a otros y los atraía con sus cantos de sirena, para que continuase el festín y la música y la danza sobre la tumba de sus víctimas.

¿Qué felicidad era aquella que tan fácil e inesperadamente se disipaba, y se convertía en dolor sin límites y en pena sin consuelo?

¡Ah! Su padre había vivido engañado: él, tan bueno, tan honrado, tan recto, tan caritativo, no pudo ver a través del velo engañoso: su mismo carácter fué atraído fácilmente al feudo de la ilusión y de la mentira; y hacia él arrastró al hijo, creyendo hacerlo feliz.

Pero ya se ha descorrido el velo; ya se desvaneció la ilusión.

Así pensaba Vicente entre las inconsolables angustias de su alma.

El único alivio que recibía en su aflicción era el amor de su madre, como siempre, verdadero, como siempre, cordial y tierno, como siempre, desinteresado, como siempre, sabio.

¡Cuánto lamentaba él no haber correspondido íntegramente a ese amor, sobre todo, con la práctica de sus consejos!

Pero aún había un remedio: el de quemar las páginas del libro de su juventud, y escribir con caracteres de oro puro un nuevo libro de una nueva vida orlada de flores y de frutos de perenne perfume y lozanía.

Esta fué la primera consecuencia que sacó de las amarguras de su orfandad. Era preciso quemar lo que hasta entonces había adorado, y adorar lo que había desdeñado. ¡Fuera ídolos!

Pero ¿cómo convertir en realidad esta resolución? El horizonte de su porvenir se le presentaba brumoso y cerrado. No había pensado siquiera en él, atarantado por las muchas y variadas emociones del ajetreo mundano, y persuadido de que a su padre incumbía abrirle las puertas de su destino.

Pero ahora le tocaba a él disipar las brumas del horizonte, manejar el timón de la nave de su existencia, designar un puerto fijo y sortear los escollos y esquivar los arrecifes para una feliz arribada.

Para ayudarle en la empresa, allí estaba su madre, cuyos santos consejos, si no los había seguido, tampoco los había olvidado; y a ella acudió en demanda de luz que iluminase el camino de su vida.

—Ya has cumplido veintidos años—le decía su buena madre:—has tratado con militares, licenciados, con personas de todas las clases sociales: por tu preparación escolar estás en las mejores condiciones de seguir una carrera; la de las armas, la de letras, la de medicina, la de leyes, la que quieras. Conoces la vida de sociedad: sabes lo que el mundo dá de sí.

—Por eso,—replicó Vicente—porque conozco algo del mundo, no me gusta ninguna de esas carreras, que tendría que ejercerlas en medio de esa sociedad frívola y engañosa.

Su madre, al oír esta respuesta, sintió latir con fuerza su corazón de gozo, porque veía a su hijo resuelto a no pisar los risueños pensiles de las ilusiones mundanas: y con una timidez que expresaba la convicción de recibir una réplica negativa, se atrevió a insinuarle:—La carrera eclesiástica.....

—No he pensado en ella—le atajó el hijo.

—¿Pero has pensado en alguna?

—Es verdad; en ninguna: y necesito pensarlo.

—La ocasión se presenta propicia. Mañana empieza en la iglesia de la Compañía una tanda de ejercicios espirituales: y nada mejor que esos días de retiro para resolver un asunto de tanta trascendencia. ¿Quiéres hacerlos?

—Los haré con mucho gusto.

La madre, al oír esto, sintió en su pecho todo el consuelo de la esperanza; al mismo tiempo que el corazón le decía que no se vería frustrada.

Vicente comenzó los ejercicios con el mayor interés: y, al terminarlos, parecía ya otro hombre.

Sereno, tranquilo, ecuánime, sin dejar ninguno de amargura por la falta de su padre, y con la expresión viva de la paz y alegría de su alma, se presentó a su madre y le dijo:

—Todo está resuelto. Contando con su beneplácito, deseo estudiar la carrera eclesiástica y ser sacerdote. ¿Le parece bien?

Ya sabía él cuánto había de agradar esta solución

a su madre; y así se lo demostró ésta con frases del más tierno cariño.

Desde ese momento Vicente no pensó en otra cosa que en acaudalar méritos para subir a la cumbre de la dignidad sacerdotal.

El solo recuerdo de su juventud frívola y disipada removía su conciencia con oleadas de rubor y de amargura: pero al mismo tiempo le servía de aguijón que estimulaba sus deseos de borrar todas las huellas del escándalo con actos ejemplares de virtud.

Comenzó con el mayor ahinco los estudios de la carrera eclesiástica; en la que no encontraba dificultad alguna, ya por su despejo natural y rapidez de comprensión, ya por la sólida preparación adquirida en los cursos de humanidades.

La adquisición de la ciencia y su primacía en las aulas las tenía él por descontadas: pero lo que le preocupaba con honda inquietud era lograr el triunfo sobre sí mismo ante las probables acometidas de la ironía y de la irrisión de sus antiguos amigos.

Lisboa lo había visto despreocupado, bullicioso y jaranero: ahora era preciso que lo viese discreto, grave y virtuoso.

Las ocasiones para demostrarlo no se hicieron esperar. Los encuentros con los antiguos camaradas eran frecuentes; y él se adelantaba a explicarles brevemente y con tanta sencillez como energía su resolución inquebrantable.

Sus palabras eran acogidas primero con asombro

y estupefacción; luego con carcajadas de incredulidad, y muchas veces con aceradas e hirientes mofas. Pero todo lo tenía previsto. Los conocía muy bien, y no esperaba de ellos actitud más digna. Armado con el escudo de la paciencia, en él se embotaban todos los dardos emponzoñados de la seducción y malignidad, sin que lograsen conmover las delicadas fibras de su amor propio ni reavivar los antiguos arrestos de su osadía.

Tranquilo, ecuánime, contestaba a sus burlas con razones, para ellos nuevas y nunca oídas, pero que penetraban hasta el fondo de sus almas como punta de florete, que les obligaba a retirarse pensativos y cabizbajos.

La lucha continuó por algún tiempo sin desmayo en los combatientes: pero, al fin, él pudo cantar el himno de la victoria, que en sus notas expresaba no solamente el honor del propio vencimiento sino la gloria de la derrota de muchos de ellos, que con denuedo se lanzaron a seguir sus huellas.

La satisfacción de estos primeros éxitos avivaba sus deseos de verse pronto investido de la dignidad sacerdotal, para ejercer su apostolado a banderas desplegadas: pero entretanto despertó en él vivas ansias de practicarlo de algún modo en el reducido campo a que se hallaba constreñido por las circunstancias. Por eso no se contentaba con hablar a todos con la elocuencia de su vida ejemplar, manifestada en la asistencia asidua a los templos, recepción de sacramentos,

donativos para el culto y pródiga generosidad con los necesitados; sino que frecuentaba gozoso el hospital y la cárcel, donde derramaba a manos llenas sobre los desgraciados los consuelos de la religión y el socorro abundante de sus bienes de fortuna.

Con el pincel vivo de esta conducta saturada de luz y bondad trataba de borrar todas las manchas que afearon el cuadro de su vida inconsciente y disipada; y nada omitió para conseguirlo.





Capilla japonesa



CAPITULO XIII

Sumario.—*Recibe el presbiterado.—Una serenata.—Su primera misa.—Empieza su apostolado.—Sus frutos.*

DOÑA Catalina Pereyra, viuda de Simoens, no cabía de gozo.

Su hijo, que tantas lágrimas le había costado, constituía ahora toda su felicidad, no sólo porque adornaba con sus actos el vergel ameno de las virtudes, sino porque había llegado a la cima de la dignidad humana, al sacerdocio.

Por eso quería marcar el año 1617 con la piedra blanca de sus bendiciones y de su gratitud sin límites.

Cinco años antes, el dolor de la muerte de su esposo y la pesadumbre del porvenir incierto de su hijo habían cubierto su corazón de luto y de tristeza: ahora su resignación cristiana, que nunca se sublevó por aquella pérdida irreparable, sintió las dulzuras de la compensación, al verse como sepultada bajo un alud de satisfacción y de alegría, que saturaba todas las fibras de su ser.

Su casa, por aquellos días del mes de septiembre del citado año, parecía un bazar lleno de objetos destinados al culto católico, entre los cuales se admiraban riquísimas casullas de los colores litúrgicos, de tisú de oro y plata o primorosamente bordadas en raso, dos magníficos cálices de plata sobredorada con incrustaciones de piedras preciosas, artísticos juegos de vinajeras, albas de hilo con finísimo encaje, amitos, purificadores, crucifijos, candelabros, misal, breviarios, un traje talar completo y otras varias cosas de positiva utilidad para un sacerdote. Era como la exposición de los regalos, que las muchas amistades de la familia habían hecho a su hijo como recuerdo de su primera misa, y que acudían a contemplarla, al mismo tiempo que daban el parabién a madre e hijo.

Este, por su parte, no sabía cómo dar gracias a Dios por el beneficio de su vocación sacerdotal: y sentía que la paz inundaba su alma, porque su conciencia le decía que había puesto todos los medios y había conseguido por ellos ver realizado su santo propósito.

Lisboa no solamente había olvidado las locuras de su juventud, sino que, después de haber observado durante cinco años los ejemplares rasgos de su vida, le rendía ahora junto con el tributo de sus simpatías el homenaje de su respeto y admiración.

Ya el cuadro de su vida aparecía limpio de toda mancha y bello y fulgurante de luz y de bondad. Ya

podía subir las gradas del altar sin miedo de que la maledicencia le señalase como indigno.

El mismo señor obispo, que acababa de ordenarle de presbítero en las Témporas de San Mateo, había felicitado a su madre por la brillantísima carrera de su hijo y, sobre todo, por la solidez de sus virtudes, de que había dado inequívocas y constantes pruebas.

No es extraño, pues, que doña Catalina se considerase feliz y que hiciese los preparativos para el día de la gran fiesta con todo el cariño e ilusión de madre.

Llegó, por fin, el último domingo de septiembre del año 1617, que era el día señalado para que Vicente celebrase su primera misa.

La paz y la tranquilidad reinaban en la urbe como protectoras del sueño de los ciudadanos. Vicente, después de una larga velada de familia y del insomnio natural producido por su excitación nerviosa, logró conciliar el sueño y dormía con la placidez del justo.

De pronto, al filo de las cuatro de la madrugada, el rasgueo de los instrumentos de una rondalla le despertó sobresaltado y le hizo incorporarse en el lecho, dominado por la sorpresa.—¿Qué era aquello?— se preguntaba.—¿Qué significa una serenata a estas horas en un día tan reñido con las alegrías mundanas?

Inquieto y turbado, observó sigiloso a través de las vidrieras de su dormitorio, y vió que era un grupo de unos veinte jóvenes, a muchos de los cuales reconoció como sus antiguos amigos, que con maestría

y entusiasmo le obsequiaban con aquel concierto. ¿Ven-
drían acaso a avergonzarle con el recuerdo de sus
antiguas aventuras? Pronto le sacó de dudas una voz
fresca y sonora, que lanzó al viento con valentía esta
copla:—*No te extrañe que vengamos—a cantarte en
este día.—Si nos guiaste en las rondas,—Hoy con tu
virtud nos guías.*

No le pareció mal el concepto: pero una oleada de
rubor se acumuló en su rostro y entristeció su alma,
al agolparse en su mente, como monstruos vengadores,
los excesos de su vida juvenil.

Sus tristes pensamientos vino a cortar la misma
voz, que al poco rato cantaba:—*Ya nadie guarda
recuerdo—de nuestros torcidos pasos.—Hoy Lisboa
entera quiere—besar tus ungidas manos.*

El consuelo disipó las nubes de tristeza, y volvió
a renacer la paz en su espíritu.

Señor,—decía,—que sea verdad lo que dicen mis
amigos: que nadie se acuerde de mis malos ejemplos;
y, si los recuerda, que los vea borrados por mi
arrepentimiento.

Entretanto la rondalla seguía alegrando el silencio
de la noche con sus preciosas melodías: y otra vez
volvió a cantar la voz:—*Queda en paz: pero antes
oye—la canción de despedida:—No olvides a estos
amigos—hoy en tu primera misa.*

Calló la voz, y poco después, los instrumentos de
la rondalla; y luego el grupo de jóvenes se dispersó
en silencio por las calles de la ciudad.

Vicente volvió a acostarse; pero no pudo conciliar el sueño. ¡Eran demasiado vivas las impresiones que le había producido la serenata!

A la hora designada para el acto religioso, el templo, engalanado como en las mayores solemnidades litúrgicas, se hallaba repleto de fieles. Vicente, visiblemente emocionado, comenzó su primera misa, al mismo tiempo que el coro ejecutaba magistralmente la preciosa partitura a él encomendada. Ardientes lágrimas de divino amor surcaron sus mejillas al pronunciar la sagrada fórmula de la consagración: mas trató de reprimirlas y de serenar su espíritu. Pero pronto volvieron a brotar de sus ojos más abundantes e irreprimibles, cuando, después de sumir las sagradas especies, se volvió a distribuir la sagrada comunión. Primero la dió a su madre; y aunque esto le enterneció, no le extrañó nada: pero luego siguió distribuyéndola a los demás fieles, entre los cuales estaban veinte jóvenes, algunos de ellos con su uniforme militar; y entonces fué cuando su mano temblaba de emoción y las palabras litúrgicas le salían envueltas entre sollozos de afectos inefables.

Eran los mismos que le habían dado la serenata; en los cuales reconoció a sus mejores amigos de su alegre juventud.

No se había olvidado de rogar con el mayor fervor por ellos a Dios, cuando lo tenía en sus manos; ya que consideraba como su principal deber procurar por todos los medios atraerlos al camino de la piedad:

pero su sorpresa no tuvo límites, cuando los vió ya regenerados y siguiendo las normas de una vida honrada y laboriosa.

Tampoco ellos quisieron omitir en día tan señalado el detalle de felicitarle personalmente: y a su casa fueron, después de la solemne ceremonia, a besar sus manos consagradas y a darle el abrazo de antigua amistad, pero transformada y consolidada por vínculos más santos y más fuertes. Allí supo con íntimo alborozo que todos ellos tenían una carrera, un empleo, un oficio honrosos; que habían tomado estado, en el cual eran felices; y, sobre todo, que sus almas se nutrían de la savia de la religión, bajo cuya bandera militaban gustosos, borrando con sus actos las manchas de su vida licenciosa.

Por ello dió rendidas gracias a Dios, considerándolo como el obsequio del día más grato a su corazón.

Desde entonces, comprendiendo toda la trascendencia de su carácter sacerdotal y respondiendo a los requerimientos de su conciencia, emprendió una campaña de apostolado por todos los sectores de la sociedad. Ya no eran sólo los asilos y los penales el objeto de su instrucción religiosa y de su inagotable caridad; su acción apostólica se extendía a los pobres, a los obreros, a los niños y, sobre todo, a los jóvenes libertinos y disolutos. A estos buscaba con especial interés; y como ya conocía todos sus caminos, los encontraba sin gran dificultad. Algo más le costaba congregarlos, y mucho más convencerlos y re-

ducirlos: pero su gran caudal de cononocimientos, su facundia, su donaire en la expresión, su propia experiencia y su rápida y convincente réplica a las dificultades que se le objetaban hacían tan interesantes sus conferencias que, sin otro reclamo, lograban que aumentase la concurrencia, y se veían al fin coronadas por el éxito.

El fruto espiritual que recogía mediante su labor pedagógica era abundante: pero nunca lo atribuía a sus dotes naturales o a su propio esfuerzo. Persuadido de la veracidad de las palabras del divino Maestro Cristo Jesús: *Sin mf nada podeis hacer*, a El acudía siempre, antes de salir a la palestra, con fervorosa y prolongada oración, pidiéndole el auxilio y el triunfo de su gracia: y a fin de que no pudiese ni aun empañar ligeramente el brillo de su acción regeneradora el hálito de la vanidad o de la soberbia, la defendía con el escudo de la mortificación y penitencia, con el ayuno riguroso y con el punzante y continuo cilicio, que sofocaban todas las rebeldías de la carne y del espíritu.

Por cada alma que atraía hacia Dios se imponía una dura mortificación en acción de gracias y en petición de nuevo socorro: y así no es de extrañar que fueran muchas las ovejas descarriadas que volvían regocijadas al redil del divino Pastor.

El las veía regeneradas y limpias con honda complacencia de su alma; y a preservarlas de nueva contaminación dedicaba todos sus afanes y cuidados.

Su fervor apostólico, sin embargo, no se sentía satisfecho: pretendía alejar por completo a toda la juventud de las sendas del libertinaje y atraerla al hogar tranquilo y cariñoso de la vida cristiana: pero pronto se convenció de que eran muchos y muy fuertes los obstáculos que había que vencer; de que la seducción en sus infinitas formas, todas disfrazadas de felicidad, extendía su tupida red hasta los últimos límites, en la que quedaban prendidos los débiles y los incautos, que siempre forman legión.

Afligido, pero no desalentado, concibió la idea de formar otra red de mayor amplitud que la de la seducción, en la cual los abúlicos, los indiferentes, los despreocupados entrasen sin repugnancia y permaneciesen después con agrado: y con la ayuda de sus compañeros en el sacerdocio logró fundar la *Asociación de jóvenes libres*, cuyo lema era vivir en la libertad con que nos engendró Cristo y declarar guerra a muerte a los explotadores de la ignorancia, de la pobreza y del vicio.

La variedad de atracciones, que establecía el reglamento de la asociación, y las ventajas de orden económico, de que podían disfrutar sus miembros, contribuyeron a que ya desde el principio fuese notable el número de socios y a que más tarde superase este a los más avanzados cálculos.

Ya esto calmaba algo sus anhelos espirituales, y le obligaba a postrarse en la presencia de Dios en

rendida actitud de acción de gracias; al mismo tiempo que le pedía con todo el ardor de su alma que fecundase, conservase e hiciese fructificar en abundancia aquella semilla que él acababa de sembrar.

Con la protección de Dios ya no dudó del éxito de la obra.





Orando en un cementerio japonés



CAPITULO XIV

Sumario.—*Muere su madre.—Vuelve a Albufeira.—Su inagotable caridad.—Sale para América.—Su vida a bordo.—Providencial encuentro.—Su apostolado en Méjico.—Viste el hábito de Agustino Recoleta.*

LA madre de Vicente se consideraba feliz, al ver a su hijo infatigable en la labor de ganar almas para Jesucristo; y a ello le ayudaba con sus continuas oraciones y con la aportación pecuniaria de todo cuanto le pedía, sin regateos ni mermas.

No aminoraba su satisfacción la enfermedad que hacía tiempo venía ella padeciendo, y que había mionado su naturaleza, porque estaba acostumbrada a sobrellevar las contrariedades de la vida con resignación cristiana.

Además ahora era el hijo el que fortalecía su espíritu y lo inundaba de consuelos con sus palabras y con sus ejemplos, con sus conversaciones saturadas de savia celestial y con la práctica de rigurosas mortificaciones, con que castigaba su propio cuerpo: y

esto para una alma tan religiosa como la suya era un tónico reconstituyente, un sabroso manjar.

La única pena, que no disminuía sino que aumentaba cada día más, era la de ser causa, por sus achaques, de la aflicción de su hijo. Este indudablemente sentía la amargura de los padecimientos de su madre, y hubiera querido verla siempre en completa salud: pero también sabía ofrecer a Dios el obsequio de su insatisfecha voluntad: y por esta unión de voluntades con la divina ambos disfrutaban del placer inefable de la paz del alma.

Pero llegó un momento en que la madre sintió que sus fuerzas se agotaban, que su organismo depauperado funcionaba con gran dificultad; y su corazón le hizo presentir la proximidad del común desenlace final; y así quiso manifestárselo a su hijo.

Semejante a Santa Mónica, madre de San Agustín, le llamó, y, tomándole sus manos, le dijo con maternal ternura:

—Siento, hijo mio, que Dios me llama: y voy a presentarme en su divina presencia llena de paz y de confianza. Ya he cumplido mi misión sobre la tierra, y ahora espero descansar felizmente en el cielo. A tí, hijo mio, te he visto convertido de joven despreocupado en sacerdote ejemplar. ¿Qué más puedo pedir? Ya nada puedo hacer en el mundo y todo en él me repugna: por eso quiero ir al cielo, desde donde te ayudaré más que aquí.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—sollozó entre

lágrimas el hijo.—También a mí me hastía el mundo, pero no quisiera dejarlo, hasta que cumpla plenamente una deuda que tengo contraída con Dios.

—Si es deuda de justicia,—replicó la madre—y lo mismo, si es de caridad, ahí te quedan todos los bienes; todos son tuyos: con ellos podrás saldar tus deudas.

—Mi deuda—repuso el hijo—no se salda con dinero, sino con la sangre y la vida. Mi único deseo, madre, es dar mi sangre y mi vida por Jesucristo. Sólo ese sacrificio me dará la plenitud de la paz con la certeza de haber raído los desvaríos de mi juventud.

La madre fué a replicar, pero no pudo. La honda emoción producida por las palabras de su hijo la dejaron desvanecida.

Pocas horas después recibía con gran fervor los últimos sacramentos, y al día siguiente moría con la paz de los justos, bendiciendo a su hijo y recibiendo las bendiciones de él. Era el año 1618.

Pasados los primeros días de su orfandad, dedicados a ofrecer oraciones y sacrificios por su madre, Vicente sintió la vehemencia de realizar los santos deseos de su corazón: y como no había pensado todavía en los medios que debía emplear para su logro, encomendó a Dios la solución; pero poniendo de su parte más prolongada oración y más ásperas mortificaciones y penitencias.

Al mismo tiempo quiso remover todos los obstáculos y allanar todos los caminos que pudieran conducirle

a su fin: y después de examinar el testamento de su madre y todos los documentos con él relacionados, realizó todos los bienes que poseía en Lisboa, y se trasladó a Albufeira.

La vista de su pueblo natal, después de catorce años de ausencia, despertó en él los recuerdos de su infancia y le produjo intensas y muy variadas emociones. Allí había sido el niño travieso: ahora se presentaba con el vestido y el carácter de sacerdote del Señor. ¡Con cuánto cariño le recordaban sus coetáneos las travesuras a que los conducía y, sobre todo, su última aventura marítima! ¡Con cuánto rubor recordaba él su caudillaje sobre ellos, prevalido de la influencia de sus padres en el pueblo!

Allí comenzó enseguida a vender los inmuebles que le pertenecían por parte de su madre: y en esa operación demostró una vez más toda la extensión de su inagotable caridad. De acuerdo con la autoridad eclesiástica y civil hizo una fundación piadosa para socorrer a todos los pobres y enfermos de Albufeira, y la dió el carácter de perpetuidad, dotándola de capital abundante, que era el producto íntegro de la realización de sus bienes.

Pero su celo sacerdotal no se sentía satisfecho con esta obra de misericordia. El veía que los niños andaban, como en su tiempo, libres, sueltos, expuestos a todos los peligros y entregados a todas las travesuras; y a aquellos rapazuelos convocó los primeros,

y consiguió reunirlos durante ocho días con el aliciente de importantes premios.

Durante aquella semana, atemperando sus explicaciones a la capacidad infantil de su auditorio, logró iluminar aquellas inteligencias con los resplandores de las verdades de la fé, y mover sus tiernos corazones a la práctica del bien.

El pueblo entero ensalzaba agradecido la obra de don Vicente; y con eso se creía exento de toda otra obligación. Pero, acabada la misión a los niños, tocó el turno a los mayores; y en una serie de conferencias, durante otros ocho días, con amor de padre y con celo de apóstol fustigó los vicios de los jóvenes, inculcó a los padres de familia sus deberes para con sus hijos y comunicó a todos la fortaleza saludable que llevan consigo las verdades eternas.

El pueblo fué dócil a las inspiraciones de la gracia: y su hijo y misionero se despidió de todos, y partió de Albufeira con la satisfacción de haber restituido allí a su verdadero cauce la moral privada y pública.

Desembarazado de todos sus negocios materiales, no pensó en Lisboa en otra cosa que en hallar solución al problema de su destino.

Tenía muy presente la máxima de que nadie es profeta en su patria: y además eran demasiado frecuentes las ocasiones que tenía en Lisboa de recordar lo que tanto le desagradaba de su juventud. Por eso pensó en salir para siempre de Portugal. ¿A dónde?

No lo sabía: pero confiaba en Dios: y a El acudió de nuevo con más ardientes súplicas y más ásperas penitencias.

Sabía él que de Lisboa salían de tiempo en tiempo algunas expediciones con misioneros portugueses para las costas de Malabar y para las posesiones de Macao en China: pero como quería que su nombre quedase desconocido y olvidado de todos, desechó la idea de ir a misiones portuguesas.

Por aquellos días se encontró en una calle de Lisboa con un buen amigo suyo español, alto funcionario del Gobierno de España en la capital lusitana, el cual le dijo que aprovechaba la ocasión para despedirse de él, porque se iba a Madrid, llamado con urgencia por su Gobierno, para salir después con rumbo a Méjico, a donde había sido destinado. Y esta breve conversación fué la ráfaga de luz con que la divina providencia iluminó su mente, dispó sus dudas y le señaló la ruta que debía seguir sin vacilaciones.

Recordó entonces lo que tantas veces le habían contado sus amigos españoles: las épicas hazañas y las inmarcesibles glorias de los hijos de España en el nuevo mundo; las heroicas proezas y las brillantes conquistas espirituales de sus misioneros, y el afán de todos ellos por llevar hasta los últimos confines del continente americano los beneficios de la civilización, basada en las suaves y amorosas máximas del evangelio: y, como movido por una fuerza invisible, se dijo a si mismo:—Allí me llama Dios. El campo

de acción es inmenso e inexplorado; la labor a realizar, ardua y penosa; la mies, mucha; y los operarios, indudablemente pocos. Pediré, pues, al Señor que me admita como obrero de su viña y que me facilite el camino para entrar en ella.

Lo pidió de nuevo en la oración con mayor ahinco; y, sintiéndose confirmado en su idea, comenzó a hacer las diligencias necesarias para llevarla a cabo.

Era aquella la ocasión más propicia para ir a Madrid y conocer gran parte de España: pero el recuerdo de la muerte de su padre en el momento mismo en que iba a satisfacer este deseo le hizo renunciar a él, y ofrecer esta privación como nuevo tributo de expiación.

Al poco tiempo recibió de su amigo noticias concretas del puerto en que iba a embarcar y de la fecha de salida del barco para Méjico, y se resolvió definitivamente a ir con él a Nueva España.

En tiempo oportuno salió embarcado de Lisboa con rumbo a Cádiz, donde desembarcó, para esperar la salida del galeón que le había de llevar a América.

Durante su estancia en Cádiz pudo observar por las calles el paso de algunos grupos de religiosos de diferentes Ordenes monásticas: eran franciscanos, dominicos, agustinos recoletos y jesuitas, que¹ hacía días que estaban allí, como él, en expectativa de embarque.

Su presencia confortó su espíritu; y el claro indicio de que aquellos iban a ser combarcanos suyos durante todo el viaje le animó a trabar con ellos

franca conversación, primero, y después, sincera amistad.

Llegó, por fin, el deseado día, que fué el 26 de mayo de 1619, y la nave zarpó pausada y majestuosa del puerto de Cádiz, llevando en su seno una multitud heterogénea de eclesiásticos y seglares, que en su serena incertidumbre encomendaban a Dios y a la intercesión poderosa de la Virgen santísima el éxito de su viaje.

Una travesía de tres meses en un barco de vela por el inquieto Atlántico era de esperar que pusiese a prueba la robustez del organismo y el temple de espíritu de todos los pasajeros: y así fué en efecto.

Bonanzas, calmas chichas, vientos ardorosos, suaves brisas, tifones, tempestades, tersura en la superficie del mar, olas gigantescas, averías en la nave, fuego a bordo, mareos, contusiones, enfermedades, todo lo experimentaron sin desaliento y sin soltar el timón de la esperanza.

Entretanto, mientras los grupos de religiosos cumplían a bordo la observancia regular casi con la misma rigidez que en sus conventos, los demás pasajeros se entregaban a honestos pasatiempos y diversiones, con que aminoraban el aburrimiento y las molestias del viaje.

Había, sin embargo, uno que se destacaba por su austeridad, y que nunca tomaba parte en juegos ni recreaciones. Era el sacerdote don Vicente Simoens y Pereyra, que, excepto algunos ratos en que conversaba con su amigo, el funcionario del Estado, y su

familia, empleaba los largos ocios en sanas y provechosas lecturas y en intervenir cuanto podía en las edificantes y amenas charlas de los religiosos. Por estos sentía una predilección especial; y, previa instancia, obtuvo de cada uno de los grupos la más amplia autorización para asistir a los actos de su vida monástica como si fuese uno de sus miembros.

Por temporadas de una quincena de días seguidos hacía con cada pequeña comunidad la meditación, los rezos, la comida, las mortificaciones, todo su régimen de vida: y por su porte exterior y por los temas de sus conversaciones penetraba el espíritu que animaba a cada una de ellas.

En las cuatro Corporaciones religiosas allí representadas observó que reinaban un vivo espíritu de caridad, un ardiente celo por la salvación de las almas y todas las demás virtudes, que viven con vida exuberante en las almas que se han impuesto la obligación voluntaria de aspirar a la perfección: pero, al final de la jornada, la más atrayente y simpática para él era la de Agustinos Recoletos. Acaso esa especial simpatía nació en él al calor de las excelsas virtudes que veía practicar a uno de sus religiosos, y que este las cubría con el velo de la naturalidad, con un carácter apacible y bondadoso y con una perenne angelical sonrisa.

Desde que conoció a este Padre, sintió hacia él un singular afecto, que le impelía a buscar con frecuencia su trato y conversación. En él veía algo extraño, algo

que comunicaba alientos de vida sobrenatural a sus palabras y a sus acciones; y tras él iba a observar con disimulo todas sus actividades en las ausencias que hacía del grupo de los suyos. Así vió con admiración que se mezclaba con los tripulantes, que aprovechaba todos los ratos libres de servicio de los grumetes y de los remeros para instruirlos en las verdades de la religión católica, para infundirles fortaleza y resignación en las amarguras de su penosa vida, y para convencerlos de la suprema importancia del negocio de su salvación eterna. Así pudo comprobar que la semilla espiritual, depositada por aquel misionero infatigable en el corazón de los marineros, fructificaba espléndida y lozana en fervorosos actos de piedad. El mismo tuvo ocasiones de escuchar su palabra evangélica, cuando se dirigía a los pasajeros seculares reunidos, que brotaba de sus labios como saeta saturada de divina unción.

¡Con qué santa envidia le escuchaba! ¡Cuánto enardecía sus deseos aquel modo de misionar del religioso recoleto! ¡Qué fuerza extraña daban a sus palabras su actitud humilde, su energía santa y hasta el hábito pobre que vestía! ¡Oh, si el fuera agustino recoleto, y no un simple sacerdote secular!

Así transcurrieron tres meses entre alternativas de bonanza y de inquietud; al cabo de los cuales llegó el navío al puerto de Veracruz, en Méjico, donde fondeó el día 24 de agosto del mismo año.

El pasaje, cansado de las molestias de tan pro-

longado viaje, se dió prisa para desembarcar, y se fué cada cual a su destino.

Don Vicente Simoens, antes de dejar el barco, se despidió efusivamente de todos los religiosos, con los cuales había convivido durante noventa días en medio del mar, y se ofreció para cuanto pudiera servirles en todo tiempo y lugar. Pero cuando llegó el turno al religioso recoleto que había cautivado su afecto, lo llamó aparte y le dijo:

—Padre: yo vengo a Méjico, olvidando mi patria, con ánimo de dedicarme como misionero a la conversión de las almas: pero conozco que me falta todo, excepto la mejor voluntad, para hacer fruto en ellas. ¿Qué me aconseja vuestra paternidad?

—Que no deje la oración—respondió el religioso— y que trabaje con afán y confianza, sin olvidar aquello del apóstol: *Ni el que planta es algo ni el que riega; sino Dios que dá el incremento.*

—Para los religiosos es más fácil y fructifera la vida misionera;—replicó don Vicente;—pero yo vengo sólo.

—Todos somos instrumentos de Dios;—repuso el religioso.— ¡Quién sabe si a los dos nos tiene destinada una misma misión!

— ¡Ojalá sus palabras fueran proféticas!—exclamó el sacerdote; y se despidió del religioso. Este era el P. Francisco de Jesús.

Don Vicente salió del barco en compañía de su amigo el funcionario español y de su familia; y des-

pués de unos días de descanso en Veracruz, emprendieron el viaje a Méjico. Allí quedó muy pronto habilitado para el ejercicio de su ministerio, merced a la influencia de su amigo y a los encomiásticos informes de los religiosos sus combarcanos; y comenzó enseguida a desplegar su celo apostólico con actividad inusitada. Incansable en el ejercicio de la predicación, recorría todos los lugares donde creía hacía más falta la instrucción religiosa; y en cada uno se detenía largas temporadas, el tiempo necesario para desarrollar un completo plan catequístico, y para dejar floreciente y sólida la moralidad de los indígenas, a los cuales trataba y socorría con entrañas de amoroso padre.

En la capital de Nueva España se comenzó a ponderar la labor de don Vicente, y hasta el mismo prelado eclesiástico quiso adscribirlo a su servicio: pero él opuso humildemente el único objeto de su ida a Méjico, y obtuvo amplia autorización para continuar su campaña.

En medio de las molestias y fatigas de su vida nómada, la divina providencia se encargaba de depurarle grandes consuelos: y acaso uno de los mayores para él fué el de poder comunicarse con los Agustinos Recoletos, que habían sido sus combarcanos.

De los dieciocho que habían salido de Cádiz con destino a Filipinas, uno, que era el P. Juan de Santa Clara, quedó por enfermo en Puebla de los Angeles; y cinco más, que eran el P. Comisario Fr. Cristóbal de San Agustín, Peña, el cual había presidido la mi-

sión hasta Méjico, y los PP. Juan de la Anunciación, Castillo; José de la Madre de Dios, Alonso de San Juan Evangelista y Alonso de San Agustín, se quedaron en Méjico por orden del Rvmo. P. Vicario General, con el fin de procurar hacer fundaciones de casas de la Orden en algunos puntos de Nueva España. Tan pronto como lo supo don Vicente, indagó su paradero y se presentó al P. Comisario para ofrecerle sus servicios en favor de su deseo.

Desde entonces aprovechaba todas las ocasiones que le dejaban libre las ocupaciones de su ministerio para conversar con ellos y para ayudarles en las gestiones de su instalación definitiva: y de tal manera se iba aficionando a su régimen de vida monástica, que cada vez prolongaba más su estancia con ellos, y se cuidaba menos de intensificar la labor que había emprendido. Entretanto observaba la exactitud y la alegría con que los religiosos cumplían todo el rigor de la observancia regular; y le parecía fácil someterse a ella. Era que el germen de la vocación religiosa había brotado con gran vigor en el fondo de su alma, y le hacía apreciar la sumisión de la propia voluntad a la obediencia como la más amplia y fecunda de las libertades.

Si hubiera podido consultar al P. Francisco de Jesús, este le hubiera señalado resueltamente el camino a seguir: pero, al preguntar por él, le dijeron que había embarcado en Acapulco con los demás compañeros para las misiones del archipiélago filipino. Allí estaba,

sin embargo, el P. Cristóbal de San Agustín, que era el Superior, hombre fervoroso, prudente y docto, a quien podía exponer con confianza sus dudas y sus anhelos: y sin más vacilaciones, después de haber tratado el asunto con Dios en la oración, se presentó a él y le manifestó humildemente que deseaba ser agustino recoleto.

El P. Cristóbal escuchó sin extrañeza la petición, porque ya la esperaba, y accedió muy complacido a ella: pero quiso hacerle esperar algún tiempo, a fin de probar definitivamente su vocación.

Mientras el aspirante la acreditaba, superando con facilidad todas las pruebas a que era sometido, llegó a Méjico una nueva misión de veintitrés agustinos recoletos, destinada a Filipinas, y presidida por el Comisario P. Andrés del Espíritu Santo; y este fué el momento oportuno para que don Vicente viese realizados sus deseos.

Previo el informe favorable que todos los Padres de Méjico presentaron al P. Andrés, éste dispuso que fuese admitido en la Congregación: y el día 21 de septiembre de 1621, don Vicente Simoens y Pereyra vistió el hábito de Agustino Recoleta en la residencia de Méjico, de manos del mismo Padre Andrés del Espíritu Santo, a los treinta y un años de edad. Desde ese momento (siguiendo la costumbre de que todos los aspirantes, al tomar el hábito religioso, cambiasen los apellidos de familia por otros tomados del santoral de

la Iglesia), adoptó el nombre de Fr. Vicente de San Antonio, por devoción a su compatriota San Antonio de Padua, que fué natural de Lisboa.

Con él tomó también el santo hábito un joven mejicano, natural de Guaxaca, que desde entonces se llamó Fr. Francisco de la Madre de Dios; y los dos comenzaron aquel día su noviciado religioso.





Idolo japonés



CAPITULO XV

Sumario: *Pugilato santo.—En ruta para Filipinas.—El noviciado en el mar.—Escena triste.—Llegada a Manila.—Profesa en el convento de Manila.—Acta de su profesión.*

DESDE el año 1605, en que salió de España con destino a Filipinas la primera expedición de agustinos recoletos, nunca estos vieron en Méjico aumentado su número con alguna nueva vocación, a pesar de verse precisados a permanecer por muchos meses, distribuídos por los principales pueblos de Nueva España, y de haberse establecido más tarde en la capital. El primero que solicitó y vistió el hábito recoleto en Méjico fué Fray Vicente de San Antonio: y esta circunstancia le pareció a él que le obligaba de un modo especial a sentar las bases de la más rígida austeridad en el noviciado, para que sirviese de ejemplo a los que después solicitasen su ingreso en la Congregación. Para que no le faltase el estímulo de la santa emulación, Dios llevó a su compañía, primero, al mejicano Fr. Francisco de la Madre de Dios, a quien tuvo que esperar para

tomar el hábito en el mismo día, y después a dos españoles, el gaditano, también llamado Fr. Francisco de la Madre de Dios, que quiso ser lego, y Fr. Francisco de San Guillermo; a todos los cuales se lo dió el P. Comisario Fr. Andrés del Espíritu Santo. Pero además, entre los veintitrés religiosos, que acababan de llegar de España, había uno que no había hecho su profesión religiosa: era Fr. Juan de San José, natural de Granada, que había vestido el hábito en el convento de su ciudad natal.

Este continuó su noviciado en Méjico: y como estaba acostumbrado a la rigurosa observancia de los conventos de España, creyó, sin duda, empresa fácil vencer a los demás en el pugilato de la santidad, en la cual los consideraba bisoños: pero pronto se convenció de que había un veterano en las lides del espíritu, un atleta formidable en el asalto a las trincheras de la virtud. Este era Fr. Vicente de San Antonio, que, sin esperar las lecciones prácticas del viejo novicio recién llegado, por convicción íntima, por impulso generoso de su propia voluntad, hacía las obras ordinarias con naturalidad perfecta y fervor edificante, trataba y servía a los demás con sencillez rebosante de alegre caridad, castigaba su cuerpo con crueles mortificaciones, y, sobre todo, refrenaba las rebeldías de su amor propio con tal tesón que, a fin de dominarlo por completo, él mismo buscaba las más afrentosas humillaciones.

Los demás novicios, estimulados por estos ejemplos,

aguijaban las fuerzas de su espíritu para no quedarse atrás en su carrera: y así pudo decirse que aquel pequeño noviciado, el primero establecido en Méjico, era una verdadera escuela de perfección.

Poco más de un mes llevaba abierto este noviciado, cuando ya salió de él un novicio, conforme a las exigencias de la ley. Era el granadino Fr. Juan de San José, que, transcurrido el tiempo legal, hizo su profesión religiosa el día 27 de octubre de 1621 ante el P. Comisario Fr. Andrés del Espíritu Santo.

Continuaban los demás con interés siempre creciente el aprendizaje de la santidad, cuando se recibió la orden de prepararse para hacer el viaje al archipiélago filipino. Una oleada de alegría invadió el ánimo de aquellos abnegados religiosos, que deseaban con ansia verse pronto en el campo elegido para su labor apostólica, y que habían estado forzosamente detenidos durante seis meses en Nueva España.

Reuniéronse en el puerto de Acapulco los veintidós religiosos designados, bajo la presidencia del P. Comisario Fr. Andrés del Espíritu Santo, y el día previamente señalado se embarcaron en la nao, que zarpó del citado puerto con rumbo a Manila el 25 de marzo de 1622.

De nuevo se vieron los intrépidos misioneros en medio del mar sobre un pequeño barco de vela, a merced de las olas y de los vientos. De nuevo empezaron a experimentar las molestias de la estrechez del lugar, del excesivo número de pasajeros, de la

monotonía de la vida y de la ausencia de toda comodidad: pero todo lo recibían como una suave prueba de lo que les esperaba en los campos de batalla de los infieles: y no por eso aflojaban en el cumplimiento de rigurosa observancia de la vida conventual.

Fr. Vicente, al ver trasladado su noviciado al medio del mar, se sintió cohibido por la presencia de los pasajeros seculares para hacer muchas obras santas, que nadie le impedía dentro de los muros del retiro claustral: pero explayaba su espíritu en la contemplación de la majestad infinita de Dios y de su soberana omnipotencia, manifestada en la formidable actividad de los vientos y de las aguas, criaturas insensibles, a las cuales había dotado de una parte casi imperceptible de su poder.

Durante la larga travesía del océano Pacífico pudo varias veces observar, anonadado, que una suave brisa iba aumentando poco a poco su intensidad hasta transformarse en fuerte viento y llegar a violentísimo huracán que, azotando la superficie de las aguas, las removía con furia hasta descubrir sus entrañas y elevarlas como enormes montañas, que amenazaban sepultar en un momento bajo su ingente masa a la frágil y diminuta navecilla. El había sentido el paso del tifón que hacía estremecer a la nave en doloroso crujido, que arrancaba velas y jarcias, que tronchaba mástiles, que lanzaba a las personas contra las paredes, y que se llevaba a un grumete en una ola gigantesca y lo sepultaba para siempre en los abismos del mar.

¡Cuán grande veía a Dios en sus criaturas irracionales, siempre obedientes a las leyes que El les había fijado! ¡Y cuán pequeño y miserable, al hombre, que, envanecido con el título de rey de la creación, se cree superior a todo, y tiembla de espanto ante el rugido de los airados elementos! No: no había que escatimar el obsequio de sumisión a un Señor tan poderoso que disponía de todas sus criaturas para cortar tan fácilmente la vida del hombre. Era preciso ofrecérsela; era necesario buscar el modo de entregársela teñida en sangre de amor, para corresponder de algún modo a la entrega que El hizo a su eterno Padre de la suya, enrojecida con la sangre de su infinita caridad.

Así pensaba Fr. Vicente ante el emocionante espectáculo de la naturaleza bravía: y bien pronto se le ofreció ocasión de poner a prueba sus propósitos.

Uno de los expedicionarios recoletos era el P. Gregorio de San Guillermo, religioso muy docto, que había honrado en varias provincias el púlpito español, y había conquistado con justicia la fama de gran predicador. Hacía días que se sentía mal; pero, en su deseo de mortificarse, no quiso dar importancia a su dolencia. Esta, sin embargo, fué aumentado de tal modo que le obligó a reclamar la visita del médico. No bien lo hubo examinado, cuando con visible gesto de contrariedad declaró que aquello era viruela, y que era necesario trasladar al enfermo a la enfermería y aislarlo de toda comunicación personal, a fin de evitar el contagio. Así se hizo. Pero antes de ejecutarse esta

orden, enterado de ella el novicio Fr. Vicente de San Antonio, se ofreció espontáneamente al P. Superior para asistir al paciente hasta el fin de la enfermedad, fuese este cual fuese.

La noticia del caso llevó una angustiosa incertidumbre a la tripulación y mucho más a los pasajeros, ante el temor de que se desarrollase una epidemia variolosa, que en aquellas circunstancias de vida podía tener fatales consecuencias. Tomáronse las precauciones necesarias; y allí quedaron en un reducido camarote de popa el enfermo y el enfermero, sometidos a la precisa incomunicación, y entregados plácidamente a los designios de la divina providencia.

Todo el interés del médico en salvar aquella vida y todo el cariño y abnegación del enfermero, que le servía como una tierna madre, no fueron suficientes para vencer la enfermedad. A los pocos días el Padre Gregorio de San Guillermo recibía con gran fervor de manos de su enfermero todos los santos sacramentos, y poco después espiraba con la paz del justo.

El capitán dió las órdenes oportunas; y la noche siguiente, a las tres de la madrugada, cuando todos los pasajeros estaban entregados al reposo, se vió en el extremo de la cubierta de popa el espectáculo más triste y desconsolador. En el suelo yacía el cadáver, envuelto totalmente en una sábana de lona sujeta por una cuerda, a la cual habían atado, por la parte de los pies del difunto, unas arrobas de hierro: alrededor estaban formados el capitán, los oficiales libres de ser-

vicio, cuatro marineros, el médico y Fr. Vicente. A una orden del capitán, cesó el ruido de los remos, paró el barco unos momentos su marcha, colocaron los marineros el cadáver sobre un ancho tablón en plano inclinado encima de la borda, y en medio de aquella majestad soberana del mar y del viento en calma y del más profundo silencio, dejaron deslizarse el cuerpo inerte sobre la superficie del mar. Se oyó el chasquido de la caída sobre las aguas, se vió desaparecer el bulio en los abismos, arrastrado por el peso añadido; y a una nueva orden del capitán, se volvió a oír el golpe de los remos, y la nave siguió tranquila su marcha.

Fr. Vicente, el abnegado y solícito enfermero, dejó correr amargas lágrimas mezcladas con fervorosas preces: y allí mismo, postrado de rodillas, siguiendo con los ojos del alma el itinerario al cielo del espíritu de su difunto hermano, ofreció de nuevo a Dios el sacrificio de su vida, de una vida más, que tan poca importancia tiene a los ojos de la humanidad.

Los pasajeros seculares lamentaron la desgracia, pero sintieron la satisfacción de verse libres de una epidemia; los religiosos experimentaron el luto en el corazón; y todos continuaron tranquilos el viaje; hasta que, después de cuatro meses de travesía marítima, llegaron al puerto de Manila, donde fondearon a fines de julio de 1622.

Allí salió a recibir a los suyos la Comunidad de Agustinos Recoletos; y después de dar todos gracias

a Dios por el término de tan largo viaje, el Presidente de la misión, que iba nombrado Vicario Provincial de Filipinas, dispuso que el noviciado que llevaba de Méjico continuase bajo la dirección del Maestro de novicios P. Juan de San Antonio.

Durante los dos meses que Fr. Vicente permaneció en el noviciado de Manila, pudieron comprobar todos los religiosos la solidez de sus virtudes, con las cuales edificaba a los mismos ancianos: y esto movió a los PP. Capitulares para aprobarlo por unanimidad a ser admitido a la profesión religiosa.

Cumplidos previamente todos los requisitos legales, el día 22 de septiembre de 1622, al año y un día de haber tomado el hábito, se reunieron en el coro del convento de San Nicolás de Tolentino, de Manila, todos los religiosos de la Comunidad (entre los cuales se hallaba el P. Francisco de Jesús, que acababa de llegar de Bolinao), bajo la presidencia del P. Vice Provincial Fr. Andrés del Espíritu Santo, y con toda la solemnidad y formulario litúrgico que prescriben las Constituciones y el Ceremonial de la Orden, Fr. Vicente de San Antonio hizo su profesión religiosa, según el acta en latín escrita y orlada por el mismo Fray Vicente, que se puede ver en fotografía aparte, tomada del original, y cuya traducción al castellano es literalmente como sigue.

*«En el nombre de nuestro Señor Jesucristo
«bendito. Amén.*

«El año de la natividad del mismo mil seiscientos

«veintidos, el día veintidos del mes de septiembre,
*yo, Fr. Vicente de San Antonio, hijo legítimo de
«Antonio Simoens y de Catalina Pereyra, su legítima
«esposa, natural de la villa de Albufeira, de la pa-
«rroquia de la Concepción, hago profesión y prometo
«obediencia a Dios omnipotente, y a la bienaven-
«turada siempre Virgen María, y a nuestro bienaven-
«turado Padre Agustín, y a tí, reverendo Padre Fray
«Andrés del Espíritu Santo, Rector Vice Provincial
«de esta Provincia de San Nicolás, en nombre y vez
«de nuestro reverendísimo Padre Maestro Fray Ful-
«gencio de Monte Georgio, Prior General de la Orden
«de Ermitaños de nuestro Padre San Agustín, y de
«sus sucesores que canónicamente entraren, y vivir
«sin propio y en castidad, según esta Regla del
«mismo nuestro Padre San Agustín, hasta la muerte».

Fr. Andrés del Espíritu Santo,

Vice Provincial.

(Rubricado).

Fr. Vicente de San Antonio.

(Rubricado).

Fr. Juan de San Antonio.

Maestro de novicios.

(Rubricado).

A continuación escribió el notario el siguiente tes-
timonio:

«Digo yo, Fray Lorenzo de San Facundo, Lector
«de Teología, notario nombrado por nuestro Padre
«Rector Vice Provincial Fr. Andrés del Espíritu Santo,

«que doy fe que el padre Fr. Vicente de San Antonio, contenido en esta profesión, profesó en manos del dicho nuestro Padre, en el coro de este Convento de San Nicolás de Manila, estando presentes todos los religiosos de este Convento; y por ser verdad lo firmé hoy en 22 de septiembre, año 1622». Fr. Lorenzo de San Facundo, Notario».

Terminada la solemne ceremonia, el P. Vicente recibió los parabienes de toda la Comunidad; de los cuales acaso el más efusivo fué el del P. Francisco de Jesús, que, reconociendo en aquel al joven y ejemplar sacerdote que había sido su combarcano desde Cádiz hasta Veracruz, creyó ver en este encuentro fraternal algo que los había de unir a los dos en los designios de la divina providencia.

El P. Vicente, por su parte, sintió una gran satisfacción, al encontrarse después de tres años con aquel P. Francisco, a quien tanto quería y admiraba, y mucho más, al poder llamarle con verdad hermano en religión.

Los dos continuaron siendo modelos vivos de virtud: y compenetrados de la misma idea, que con la frecuente comunicación crecía y se exaltaba, los dos se resolvieron a no cejar hasta conseguir dar su vida por Jesucristo.





CAPITULO XVI

Sumario: *Origen de la persecución contra los misioneros. —Los PP. Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio salen para el Japón.—Viaje accidentado.—Relato del mismo por el P. Vicente.*

LA semilla que el gran apóstol de las Indias sembró en los antiguos reinos del Japón, fué fecunda en frutos de bendición.

Llegó el gran misionero a la isla japonesa llamada Congoxima (1) el 15 de agosto de 1549, acompañado de dos jesuitas y tres neófitos de Goa, todos los cuales fueron bien recibidos por el rey de Satsuma, el cual les autorizó para predicar entre sus súbditos el evangelio de Jesucristo. Con esta licencia recorrió en paz, durante veintisiete meses, o sea, hasta noviembre de 1551, varios de aquellos reinos, en los cuales logró convertir a multitud de paganos al catolicismo. Murió él en Sanción el 3 de diciembre de este último citado año; pero sus hermanos en religión, y luego

(1) Hoy se llama Kagoshima. Es la parte más meridional del Japón.

otros sacerdotes de varias Ordenes religiosas acudieron a continuar la obra de San Francisco Javier; y en menos de cincuenta años había ya en el Japón un millón y ochocientos mil cristianos, se había establecido la jerarquía eclesiástica, el culto era público y sin trabas ni hostilidades, y el entonces obispo del Japón don Luis Sequeyra, portugués, visitaba públicamente las iglesias católicas, entre el respeto de los mismos infieles. La propagación de la fé católica en el Japón iba viento en popa.

Pero un accidente fortuito fué ocasión para que comenzase la hostilidad contra aquella: fué el siguiente:

En julio de 1596, un galeón español, que iba de Manila a Méjico, batido por una furiosa tempestad, se perdió en las costas del reino de Tosa en la isla japonesa llamada Shikoku, y se refugió, maltrecho, en el puerto de Kochi. El galeón, según las leyes entonces vigentes en aquel país, debía ser confiscado por el emperador. Pero el capitán del barco se opuso resueltamente a entregarlo: y para exigir el respeto debido al rey de España, dijo a los japoneses que su rey era el más poderoso del mundo; y, sacando un mapa universal, les mostró todos los reinos y naciones sometidos al cetro de España. Entonces un oficial del emperador Taicosama, maravillado de la extensión de los dominios españoles, le preguntó:

—¿Cómo ha podido el rey de España someter a tantas naciones en Europa, Asia, Africa, América y Oceanía?

—Con las armas y con la religión—contestó el capitán: y añadió:

—Nuestros misioneros preparan el camino, convirtiendo las naciones al cristianismo: y luego nos es muy fácil someterlas a España.

Esta respuesta, tan arrogante como imprudente, logró la libertad del navío: pero, transmitida por el oficial al emperador Taicosama, desagradó a este y despertó en él, primero, desconfianza contra los misioneros españoles y los cristianos, y más tarde el odio y la más cruel persecución.

A fomentar esta contribuyó, pocos años después de este episodio, la entrada en el Japón de navíos ingleses y holandeses, cuyos tripulantes estaban todos infectados de la herejía protestante: y como iban resueltos a quitar el comercio marítimo a los portugueses y españoles, que eran católicos, dirigieron al emperador la acusación de que los españoles querían someter el Japón a España por medio de sus misioneros. Le añadían que muchos reyes de Europa, especialmente los de Alemania e Inglaterra, los habían desterrado de sus dominios; y que, si quería conservar el trono y tener paz en el imperio, era preciso que los desterrase y no admitiese en adelante a ningún español.

Los holandeses lograron su objeto. Con fecha 27 de diciembre de 1613 el emperador Daifusama expidió un decreto por el cual desterraba a todos los misioneros españoles; y daba como razón de tan extremada medida que, así como los europeos los desterraban de

Europa, él no los agraviaba al desterrarlos del Japón.

No contento con eso, y siempre hostigado por los herejes holandeses, con fecha 12 de febrero de 1614, mandó publicar un bando por todo el Japón, en el que ordenaba a todas las autoridades que destruyesen todas las iglesias, imágenes, cruces, libros y demás objetos religiosos de los cristianos, y que quemasen vivos a todos los cristianos, fuesen extranjeros o japoneses, si no renegaban de su religión.

Daifusama murió el 1616; pero su hijo y sucesor Xongusama reiteró las órdenes de su padre con mayor refinamiento de crueldad.

Este reinó hasta el año 1634; y durante esos dieciocho años fué cuando la Iglesia católica tuvo en el Japón mayor número de mártires.

Su sucesor, queriendo suprimir todos los testigos de vista de tantas injusticias y de tan fiera mortandad, publicó un edicto en virtud del cual obligaba a salir del Japón a todos los extranjeros sin excepción alguna; y disponía además que, si en adelante algún extranjero quería entrar en aquel imperio, había de ser con la condición precisa de pisotear la imagen del crucifijo cristiano en el mismo momento de desembarcar.

Condición tan satánica fué rechazada con indignación por todas las naciones europeas. Únicamente los holandeses aceptaron y practicaron esa condición sacrílega y denigrante; y siguieron comerciando con los japoneses. Las demás naciones cortaron todo trato comercial con el Japón: y desde el año 1646, en que

salieron, y en que fué abandonada aquella cristiandad por falta absoluta de misioneros, hasta el año 1857, o sea, por espacio de doscientos y once años, en el Japón no entraron más que herejes holandeses que se beneficiaban con su comercio.

El año 1857, el comandante Perry logró establecer un tratado de comercio y borrar por completo tan inícuca condición: y desde esta fecha entró el Japón en el concierto de las naciones civilizadas.

Desde que se dió el decreto de expulsión de los misioneros el año 1613, los cristianos japoneses quedaron afligidos y desamparados: y con el bando de 1614 se vieron obligados a ocultar sus creencias y sus ritos. Es verdad que algunos misioneros abnegados no salieron del país, y que otros volvieron disfrazados: pero la persecución era tan feroz que, por temor a ser descubiertos, vivían escondidos con gran perjuicio espiritual para los cristianos. Estos, resueltos a no perder su fe aun a costa de su vida, se dirigieron por escrito a sus antiguos misioneros, que se refugiaron en Filipinas, y les pidieron con vivas instancias que volviesen al Japón a correr el riesgo que merecía la doctrina que les habían predicado.

Las Ordenes religiosas españolas de Filipinas encontraron enseguida entre sus miembros fervorosos voluntarios para aquella difícil empresa, que empezaron a realizar con más voluntad que éxito.

Los Agustinos Recoletos eran todavía muy pocos en el archipiélago filipino, y estaban colocados en las

regiones más remotas y rebeldes a la civilización cristiana: y aunque muchos de ellos, enterados de la angustiosa situación del imperio japonés, se ofrecieron gustosos a ir a trabajar en aquella perseguida cristianidad, los superiores no estimaron prudente abandonar a unos infieles para ir a socorrer a otros. Pero cuando, en julio de 1622, llegó a Manila una expedición de veintiún recoletos, aunque todos hacían falta en las misiones filipinas, determinaron enviar, por lo pronto, dos al Japón, con ánimo de enviar después algunos más.

Al conocer esta decisión los religiosos, todos se ofrecieron voluntarios: pero los superiores, después de examinar las condiciones físicas y, sobre todo, las virtudes de cada uno, escogieron y designaron al Padre Francisco de Jesús y al P. Vicente de San Antonio; dando al primero, como más antiguo en religión, el nombramiento y las facultades de Vicario Provincial en la nueva misión japonesa.

Si grandes eran los méritos reconocidos en el Padre Francisco, ¿cuáles serían en el P. Vicente, que sólo contaba cuatro meses de profeso en la Recolectión Agustiniiana!

Sin embargo, veamos cómo sentía de sí mismo el P. Vicente por una carta que escribió desde la cárcel de Nagasaki a un amigo suyo de Macao con fecha 22 de julio de 1632: dice así:

«En el año del Señor de 1622 ordenaron los preladados de mi Orden de los Descalzos de nuestro Padre

San Agustín abrir el camino para la conversión de estos reinos del Japón; porque aunque los de otras religiones había años que lo tenían hecho, nosotros, por ser modernos en aquellas partes, aún no lo teníamos hecho hasta entonces.

«Ayudó mucho a este buen intento la relación, que aquel año llegó de aquellas partes, del glorioso martirio que hubo el año antes: con las cuales nuevas hervían los ánimos de los religiosos por padecer.

«¡Bien fuera estaba yo de tanto bien! Pues por una parte veía mis deméritos; y por otra, el ser moderno en la religión: y habiendo muchos más antiguos y doctos y bien probados en virtud y santidad, estaba yo en mi recogimiento, y con suspiros de lo íntimo de mi corazón pedía al Señor que (aun) cuando no fuese entonces, en algún tiempo me lo concediese.

«Oyó el Señor mis humildes ruegos: y cuando más descuidado estaba de tanto bien, me fué notificado que me embarcase; señalando conmigo otro religioso, que en compañía salimos aquel año a fundar en estas partes».

Los dos religiosos recibieron la designación con inmenso júbilo, y no cesaban de dar gracias a Dios, a quien ofrecieron su sangre y su vida por la salvación de las almas.

Después de una tierna y emocionante despedida de la Comunidad, con el fin de guardar el secreto ante los seglares y de evitar ser delatados por los espías japoneses, el día 16 de febrero de 1623 salieron de

Manila para Bolinao, Zambales, para ultimar allí los preparativos necesarios y esperar el barco que los había de transportar hasta el Japón.

Como todas las precauciones eran pocas para burlar la inicua ley, que prohibía bajo pena de muerte la entrada de misioneros extranjeros en aquel imperio, salieron ya de Manila disfrazados con trajes de mercaderes; y llegaron sin novedad a Bolinao.

Un mes llevaban allí de estancia, ocupados en disponer su equipaje, y en preparar su alma para los futuros combates con la oración, disciplinas y ayunos, cuando a fines de marzo un horroroso incendio casual arrasó el convento en que se hospedaban; del cual pudieron salvar con grandes esfuerzos todo su escaso equipaje.

Por esta contrariedad y por despistar más su salida, el 25 de abril se trasladaron a Matabang, convento de agustinos recoletos en tierra firme de Luzón, distante una legua de Santiago de Bolinao; y allí se les agregaron los demás compañeros de viaje, que eran dos franciscanos, dos agustinos calzados y cuatro dominicos.

Estando todo ya dispuesto, y puesta su confianza en Dios, el día 28 de abril de 1623, salieron de Matabang en un barco de madera, pequeño y viejo (por el cual, sin embargo, habían pagado las cuatro Corporaciones religiosas que lo utilizaban muchos miles de pesos), y antes de tiempo; es decir, con viento

contrario, porque dominaba todavía la monzón del norte, y su travesía era toda hacia el norte.

En estas condiciones era fácil presagiar un viaje accidentado y lleno de peligros, como lo confirmó la realidad.

Subieron toda la costa noroeste de la isla de Luzón, la provincia de Ilocos sur y norte, doblaron el cabo Bojeador, y se dirigieron a las islas Babuyanes, que están al norte de Luzón, enfrente de Cagayán, con objeto de hacer nuevas y necesarias provisiones: pero una via de agua que se abrió en el barco les obligó a detenerse en una de aquellas islas largo tiempo para repararla.

Pero nadie mejor que el mismo P. Vicente de San Antonio nos puede detallar las incidencias del viaje: por eso preferimos transcribir literalmente una carta suya, empezada el ocho y terminada el dieciocho de enero de 1624, dirigida al entonces Vicario Provincial de Filipinas P. Pedro de la Madre de Dios, que dice así: (1).

«A nuestro Padre Fr. Pedro de la Madre de Dios, Vicario Provincial de los Descalzos de nuestro Padre San Agustín, en Manila.—De Japón».

«Loado sea el Santísimo Sacramento».

Secunda via: ocho de enero de mil seiscientos veinte y cuatro.

(1) Arch. Prov. Relación del tránsito que hicieron a las Indias los PP. Agustinos Descalzos de España el año 1605, y progresos que han tenido en entrambas hasta el año 1630: por el P. Pedro de Santiago, fol. 20 vto. y sigs.

«Padre nuestro: de Babuyanes escribí largo a V. R.: y ahora lo hago de nuestro viaje de la misma manera: que si fuere prolijo, es porque él lo ha sido tanto, que sólo Dios, por quien hemos venido, nos puede dar paciencia para sufrirlo, allanando nuestros ánimos y alegrando nuestros corazones con las esperanzas del fruto de tantos trabajos, que era por entonces el buen suceso de nuestro viaje, tan lleno de milagros y maravillas como se espera de su mano poderosa».

«En veintiocho de abril partimos de Matabang, tan alegres y contentos como lo pedía la empresa que pretendíamos alcanzar, con intento de llegar a Babuyanes, adonde tomamos puerto al cabo de cinco días, obligados de una agua que se nos abrió en la proa de nuestra vieja barca».

«Fuimos bien recibidos, aunque con grande sobresalto de los vecinos de la isla, imaginando seríamos otros. Allí reparamos el navío, y las personas de paciencia: y fué este el primer lugar donde quiso nuestro Señor empezarnos a armar de ella por medio de algunos sucesos que allí pasaron».

«De aquí nos partimos en diez de mayo, siguiendo nuestro viaje con buen viento y mejor ánimo: pero la fortuna y el enemigo, envidiosos, trocaron el tiempo a la tercera noche con un baguío (1) no muy recio: pero como a descuidados, nos tuvo un gran rato zozobrados (inclinados de un lado). Corrimos los rumbos de

(1) Huracán.

la aguja (1); y con votos de arribarnos (2), abonanzó. Fuimos adelante, desviándonos de las islas tanto, que vino tiempo en que deseábamos ver tierra, o saber dónde estábamos, y no fué posible en todo el mes de mayo: porque ya puestos en altura de veinticinco grados (3), volvimos a arribar con un grande norte; y a medio camino volvimos a hacer viaje (y esto fué por tres veces), con tan grandes tormentas y en tanta altura que nos helábamos de frío».

«Empezamos entonces a importunar a Dios y a los santos con votos de que nos diese lo que más convenía. Salió de su alto juicio que arribásemos a China. Hicimoslo sin contradicción alguna ni de nuestras voluntades ni del tiempo; porque hasta que llegamos a estar en la costa nos fué favorable».

«En treinta y uno de mayo dimos fondo en un puerto bueno (4) de la provincia de Tangua. Aquí, pues, aguardamos buenos tiempos, y reparamos otra agua que cerca de la aguja en que encara el timón se nos abrió, tan grande que, a no haber topado con la tierra, fueran muy peligrosas nuestras vidas».

«Es esta tierra de China desgraciada, sin árboles, pero de muy buenas aguas y fuentes. Ya en este tiempo era el mantenimiento poco, y se comía con mucha regla; por lo cual salíamos muy de mañana

(1) Del viento.

(2) Dejarse llevar por la dirección del viento y volverse atrás.

(3) De latitud norte.

(4) El de Sombor.

todos a mariscar (1). La leña, ninguna; y padecíamos mucha falta de ella. Deseábamos descubrir algún monte que la tuviese, y no era posible ver un palo. Mas como en el mayor aprieto suele Dios acudir, lo hizo en esta ocasión, como en todas, milagrosamente; enviándonos con las corrientes hacia donde estábamos un medio navío quebrado, que luego deshicimos; dando gracias a quien con tanta sobra de provisión acudía a sus desconsolados soldados».

«Veíamos en tierra rastro de gente y caminos abiertos, y por la mar muchas embarcaciones que, viéndonos, atravesaban huyendo de isla a isla con suma presteza. Afligíanos esto: y al ver que se nos acababa la comida, sin remedio de poder dar noticia a aquellos bárbaros, acudimos a Dios, e hicimos una cruz muy hermosa: y a los ocho de este mes la fuimos como en procesión a poner en un alto, que bien se veía de todas las partes de mar y tierra, pidiéndole cada uno y todos juntos nos sacase del aprieto en que estábamos».

«En este mismo día, recogidos que fuimos a nuestra embarcación, estando rezando las letanías, vimos que iban entrando unas seis galeotas de sangleyes (2) que, acosadas del tiempo vuelto a su furia antigua, se recogían al abrigo. Pero al momento que nos descubrieron, se tornaron a salir no muy lejos a otro puerto; a donde deseosos de saber, fué uno de la

(1) Coger en la playa mariscos.

(2) Barcos tripulados por chinos.

compañía franciscana, perito en la lengua, y sacó de ellos, aunque con grande dificultad, dónde estábamos; porque hasta entonces no fué posible saberlo de cierto. No se fiaron los sangleyes de las galeotas, y con toda aquella tormenta se volvieron a salir a buscar otra guarida.»

«Creció el tiempo y tormenta de hambre, y nos obligó a zarpar, y entramos tierra adentro (1); donde a poco tiempo nos habíamos arrepentido; porque eran tan grandes las corrientes entre aquellas islas, que no podíamos ir sino dando vueltas en redondo ya sobre esta isla ya sobre aquella, con las ondas en la mano. Y lo que más es que, abarbados (2) con la tierra, no hallábamos fondo en cien brazas; tormenta mayor que ninguna hasta allí».

«Eran entonces las peticiones más eficaces, por ser más cierto el peligro de las vidas, viéndonos embarcados entre tanta máquina de islas de bárbaros, sin gobierno de timón, sino a donde querían las corrientes y los escarceos de ellas nos echaban. Al fin quiso Dios acudir a sus desconsolados soldados. Al cabo de gran rato de la noche echamos acaso el escandallo, (3) y hallamos buen fondo; y le dimos luego, aprovechando la ocasión, hasta el día, en que empezaron las fortunas de nuevo a seguirnos, y el enemigo a

(1) Al refugio de las islas más próximas a tierra.

(2) Estando a nivel de tierra y casi tocándola.

(3) La sonda.

armar sus redes de nuevo, con que nos hiciese perder la confianza que teníamos en Dios».

«Llegó, pues, la mañana, en que nos vimos con algunos champanes (1), que pescando estaban, bien ajenos de que por allí podía ir quien no supiese la tierra. Echamos la chalupa con un camarada que sabía la lengua y otros dos marineros españoles, y con sus arcabuces hicieron camino hacia ellos; los cuales al momento se pusieron en huida. Apretaron los nuestros, y les hicieron bajar a tierra dejando la embarcación. Los nuestros, por obligarles a que vinieran, saltaron en su champán, y largando la vela, venían hacia donde nosotros estábamos bien a la mira, aunque lejos. Valiéronse los sangleyes de sus Armadas (2), que para esto tienen; y pensando seríamos ladrones, como lo parecíamos, salieron por detrás de otra isla con seis galeotas y tres navíos grandes, que cualquiera de ellos podía meter el nuestro dentro de sí, y bien armados de gente y fuego salieron a los nuestros; y es cierto que nos vimos ya casi debajo sin remedio».

«Pero como había de ser viaje de milagros, aunque no era este el primero, escaparon los nuestros tirando mosquetazos; y nosotros, levando el ancla por favorecerlos, lo hicimos; y dentro que los tuvimos, era poco el viento, y sus embarcaciones todas de remo nos daban caza, tirando versos (disparos de

(1) Pequeños barcos chinos.

(2) Grupos de barcos armados.

pequeños cañones), bombas y otros instrumentos de fuego que traían».

«Deseábamos huir la furia de estos bárbaros, y puesta una imagen de nuestra Señora en la jarcia, le pedíamos todos nos librase de este peligro. Hízolo así la Virgen; porque luego nos dió un tiempo tan recio que nos hizo vencer las corrientes, y fuimos saliendo sin saber por donde, tirando algunos mosquetazos *ad terrorem*, que por tenerlo ellos bien poco, nos venían siguiendo como podían».

«Y cuando menos nos catamos, estábamos ya en la boca por donde habíamos entrado, donde calmó el viento, y volvimos de nuevo a temer las furias de las corrientes, que no tardó (faltó) mucho que nos pusiesen en tierra encima de una peña, ya sin esperanzas de vida; porque era ya fuera en la mar; y las peñas, cortadas; y cercados de enemigos, que aún estaban casi con la presa en las manos. Aquí no sé que nos ayudase alguno; sino que claramente se vió ser libres de este peligro como de los demás milagrosamente.»

«Salimos; y como la tormenta no cesaba, nos fuimos a recoger entre otras islas, seis u ocho leguas abajo de este puerto, hacia Chincheo; pensando estaríamos seguros de que no nos volverían a inquietar. Pero no fué así: porque en el día siguiente entraron por entre estas islas ocho galeotas bien equipadas, y, llegando a conocer nuestra flaqueza, enterados bien de que no queríamos más que paz, volvieron detrás de

una de aquellas islas, y vueltos con los mismos navíos grandes, empezaron de nuevo a perseguirnos».

«Aquí dijimos todos que esto lo permitía Dios para que, acosados de estos, viniésemos a buscar el tiempo que, fuera del abrigo de la costa, había bueno. Vinieron dándonos caza por barlovento (1); y nosotros, levando el ancla, y tirando todos como podíamos. Y en verdad que no había quien no se valiese de pólvora y de plomo y buenos ejercicios, por ver la fuerza de los enemigos. Pero quiso nuestra desgracia que, al tiempo de largar el trinquete (2), como está brasado (3) por sotavento, no acudió a ello, sino al llamamiento que hizo la ancla: y así tomando por delante (4), cayó sobre los enemigos, tan sobre ellos que fué fuerza tirarnos todos una rociada. Fuéronse retirando, y nosotros saliendo; y ellos otra vez sobre nosotros. Acaso se derramó una poca de pólvora en el combés cerca del fogón, que o de él o de alguna centella (chispa) se le pegó fuego, y de aquí a un mosquete (arma de fuego), que un marinero había dejado allí cerca por acudir a marear (manejar las velas); y disparándose (cosa lastimosa y de llorar), fué a dar, cerca del palo mayor, en Fray Diego de Ribera en la pierna izquierda; y pasándole tres balas la pantorrilla, dieron en la estragada de la driza ma-

(1) Parte de donde viene el viento. Sotavento, la contraria.

(2) Palo que gira hacia el trinquete grande para el juego de velas.

(3) Colocado.

(4) Desviándose de su dirección.

yor (1), y por poco no cayó de romanía (2), y así matara a los que estaban debajo; como, amainando, llegarían los enemigos, y sería lo mismo».

«Libronos Dios; y fuimos navegando aquel día, alegres por haber escapado de aquellos infieles, y bien tristes por el mal suceso de nuestro camarada y buen amigo; en quién cargó tanto la enfermedad, que la víspera del Corpus, catorce de junio, le hubieron de cortar la pierna por la rodilla. Sufríolo el siervo de Dios con tanto ánimo, como se echó de ver en su feliz muerte, que fué pocas horas después en el mismo día. Llevó Dios el consuelo de nuestros trabajos y el que hasta allí nos había sido fiel compañero (3).

«En el mismo día en que lo echamos a la mar nos dió un vendeval como hasta allí no habíamos tenido: con que nos consoló nuestro Señor, estando afligidísimos de la pérdida pasada. Duronos este tiempo hasta llegar a las islas Organos y Santa Clara, que fué el 18 de junio: y como ya tan llegados (próxi-

(1) Cilindro al que se arroja el cabo con que se izan o arrían las vergas.

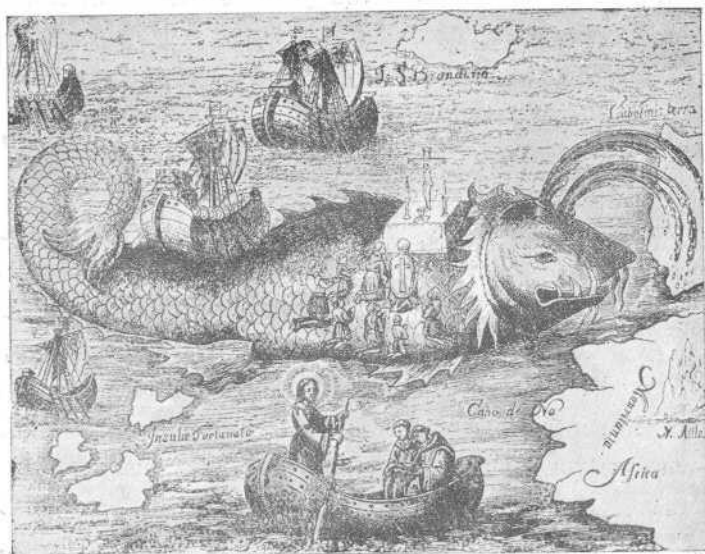
(2) Caer a plomo.

(3) Este P. Diego era dominico, amigo del P. Recoleta Rodrigo de S. Miguel: el cual en su *Conversión de Filipinas y Japón*, § XXIII, dice: «Disparó el mosquito y pasó una pierna al Padre Fr. Diego de Ribera de la Orden de Santo Domingo. Leyó muchos años de teología; y en este ejercicio le dejé, cuando el año de 22 salí de Manila».—El P. Herrera en su *Alphabetum Augustinianum*, pág. 255, da a entender que este P. Diego era Recoleta; pues a él y al P. Vicente de S. Antonio los designa como socios del P. Francisco de Jesús en su viaje al Japón, sin más aclaración; y esta es necesaria.—En la misma página afirma el P. Herrera que el P. Diego murió el año 1624; y, según el testigo ocular P. Vicente, murió el 1615. En la misma página el P. Herrera llama al P. Francisco de Jesús, *Franciscus de S. Fulgentio, aliás de Jesu*: y no hay razón alguna para llamarlo así.

mos) a tierra del Japón, volvió el tiempo al terral; conque nos detuvimos los días siguientes».

Este viaje tan accidentado y lleno de peligros no era más que el prelude de los trabajos y amarguras que les esperaban en el Japón. Pero los dos héroes invictos, PP. Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio, lejos de acobardarse y de sentir el menor desfallecimiento de ánimo, se crecieron a prueba tan dura y cobraron nuevos bríos para pelear las batallas del Señor, en quien tenían puesta toda su confianza. Dios los había ayudado a vencer contra toda esperanza humana en un viaje de dos meses, a bordo de un barquichuelo pequeño y desvencijado y viejo, sobre un mar alborotado y batido por violentos huracanes y horrosas tormentas; les había librado de las furiosas acometidas de una poderosa escuadra china, de las muchas que tenía siempre prevenidas el emperador contra los corsarios: y les había dado fuerzas para acallar los gritos y superar las exigencias del hambre, que los había escogido como víctimas: y Dios los conduciría, en los combates que se ofreciesen, al término de su empresa.





Alegoría misional



CAPITULO XVII

Los PP. Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio en el Japón.

Sumario: *Idolatría grotesca.—Dificultades.—En Kagoshima —Llegan a Nagasaki.—Estudian el idioma japonés.—Graves peligros del P. Vicente.*

A la vista de tierra japonesa, sus corazones se dilataron de gozo, y se manifestaron en rendidas gracias a Dios por haberlos llevado ilesos al deseado campo de su apostolado. Como nadie podía entrar en el puerto de Nagasaki, que era el lugar de su destino, sin obtener previamente la correspondiente licencia de la autoridad, optaron por desembarcar en el puerto de Coxi, llamado hoy Ichiki, situado enfrente de las pequeñas islas de Koshiki, muy próximas al reino de Satsuma, en su parte occidental; y desde allí hacer todas las diligencias necesarias para entrar en Nagasaki. Con este acuerdo previo desembarcaron en Koshiki: pero a pesar de toda su actividad para conseguir su objeto, no pudieron lograrlo hasta des-

pués de cuatro meses. El día 14 de octubre de 1623 entraban, por fin, en Nagasaki: habiendo salido de Matabang de Luzón el 28 de abril, y de Manila, el 16 de febrero.

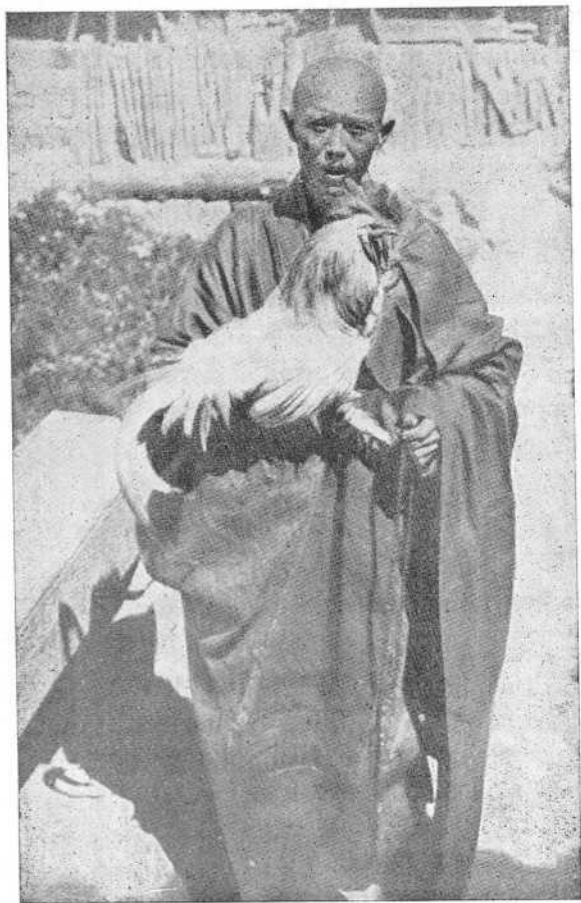
Pero continuemos la carta del P. Vicente, comenzada en el capítulo anterior, donde relata su entrada en el Japón. Dice así:

«En veinte de junio entramos en el puerto de Coxi o Focatagaura, reino de Satsuma: fuimos bien recibidos de los naturales: y con muchas visitas de uno y otro género daban a mostrar su natural; ellos, soberbios; y ellas, lascivas y deshonestas en sumo grado».

«En el día siguiente determinó el piloto partirse a la Corte (1); y eligió para llevar consigo a Fr. Domingo de Erquicia de la Orden de Santo Domingo; y efectuase su partida con consejo de todos».

«Partidos que fueron los dos, determinamos los que quedábamos ver los lugares a donde más cerca estuviesen; y así nos fuimos a Tomary, lugar cerca de nuestro buen puerto: y fué tan buena la ocasión que, no digo nosotros, sino los más antiguos (misioneros) del Japón la estimaran encontrar. Y fué que, habiéndonos recibido un sangley, que allí estaba casado, en su casa, con grande amor, estando en buena conversación, oyeron cierta señal los de esta casa y fuera

(1) Kagoshima era la corte del rey de Satsuma, en tierra firme. El reino de Satsuma está situado en el extremo sur del Japón. Rey aquí significa Gobernador del reino.



Bonzo japonés

de ella (1), y se aprestaron las damas con galas y afeites; y saliéndose, sin más, nos fuimos tras de la turba para ver el fin. Y pasado el pueblo, llegaron a una pequeña ermita, que en su lengua se dice *Thera*, y puestas todas debajo de uno como jacal (2), y estando todas sentadas (3) salió el ermitaño, que llaman Yamabuxi, viejo y cargado de canas, calzose unos calzones de lienzo crudo y grueso, y púsose una mitra de cuero negra; y arrodillado al pie de su Fotoque (4), hizo una profunda reverencia y pequeña oración. Levantose, y tocó una pequeña caldera que para esto tenía colgada (5), y luego sacó la llave y abrió la primera puerta, donde apareció una tosca cortina como de angeo (lienzo basto), la cual no fué posible hacerla descubrir; aunque cierto curioso que quedó más cerca vió un gallo pintado dentro».

«Sacó el buen viejo un rosario, que es como los nuestros, mas sin cruz; y hechas con él muchas invenciones (ceremonias), sacó un mosqueador de papel como de pastelero, puesto en un palo, y con él bajó a los que allí habían ido, y poniendo uno a uno el mosqueador sobre la cabeza, les iba santificando a su modo. Volvió al gallo, y allí dijo algunos responsos cantados».

(1) Las señas se hacían golpeando con un mazo un gran platillo metálico.

(2) Cobertizo de cañas y paja.

(3) Estar sentadas era allí signo de respeto, como de rodillas entre los cristianos.

(4) Idolo.

(5) Las primeras ceremonias se hacían en el atrio; y luego se abría a *Thera* o templo, pero nadie entraba en su interior.

«Ofreciéronle vino, dinero y arroz, que todo lo metió debajo de la cortina, y lo envió para casa; salvo que del arroz echó un poco por tres veces hacia atrás, y dió como pan bendito unos granitos a cada uno, lo cual comieron. Y vuelto a cerrar, se vino a sentar en medio de los demás enfrente de un atambor (tambor) que le quedó entre las piernas, y cogidos los palos, le empezó a tocar con tanta fuerza que, a no ser el pergamino tan grueso, se rompiera».

«A los primeros golpes salió un muchacho a danzar, con una ropa larga y un manojo de cascabeles grandes en la mano: y aunque duró rato la danza, más duró lo que se seguía: porque, puestos los palos del tambor a un lado, empuñó una taza el buen viejo, y fueron saliendo los repuestos que cada cual había llevado; y él, brindando a cada una de las damas, y ellas a él, con tanto brío que a poco espacio había bebido trece o catorce escudillas.»

«Espantados nosotros de tal juego, nos fuimos; porque no tenía traza de acabarse tan presto. Sabido de un cristiano, que con nosotros fué, era la fiesta por el mal de las viruelas, que había muchas en el pueblo, volvimos a nuestro pueblo; y ellas segunda vez al buen viejo, a que importunase a aquel gallo con nuevos dones de vino. Rogamos a Dios nuestro Señor por ellos; y V. R. haga lo mismo, para que les abra los ojos, y conozcan ritos tan fuera de propósito y tan desviados del camino de la salvación.»

«Luego el 26 de este mes (junio) recibí una carta

de un navío de Macao (China), que con otro había arribado a esta misma costa, desviándose de los demás: imaginando que el nuestro sería alguno de su compañía, me escribía. Respondíle: con que salió en busca de los suyos. Supimos después que habían entrado los seis en Nagasaki; y uno, arribado a esta ciudad; porque a ellos los habían alcanzado los mismos tiempos que a nosotros; y así padecieron aquel trabajo.»

«En este mismo día llegó el piloto con su compañero, diciendo que el Tono (1) había subido a la corte del emperador, y que por entonces habían quedado unos gobernadores que ellos llaman Bungios (2). A estos, pues, volvieron al día siguiente con un presente (regalo), donde entró el vino que traíamos para las misas y candelas y otras más cosas. Idos que fueron, saltamos a tierra, y tomamos posadas donde mejor podíamos.»

«En 3 de julio llegó Fray Domingo de Congoxima (Kagoshima), que así se llama la ciudad en que vive el Tono, y con nuevas de que se había negociado bien, y el piloto se había partido de allí a Nagasaki a sacar licencia del Konvoko (3), para dejar ir allá con el navío; por ser ley que todos se presenten ante ellos en Nagasaki. Llegó (el piloto) en 30 de julio (habiéndose despachado nuestro negocio), con dos al-

(1) Gobernador del reino.

(2) Consejeros del gobernador, sus suplentes.

(3) Director de navegación.

guaciles a que nos llevasen: lo que no tuvo efecto, por haber llegado (el permiso) a tiempo. Es ley en este reino que no salga persona alguna ni funea (1) sin licencia del Tono, que llaman *chapa* (2). Y supuesto esto, fué necesario, para sacar las haciendas (3) que aquí no se vendían, ir a Kagoshima; para lo cual se despachó uno de la compañía de los seglares».

«En tres de agosto, con la ida de este, se vino al concierto de los alquileres de las casas: y no faltó a estos bárbaros más que desollarnos; porque por cada mes pedían diez taeles (4) de plata, por la vivienda solamente de un español. Caso fuerte, que nos obligó a quejarnos a los Bungíos; para lo cual se despacharon dos de los nuestros el seis de este (mes), con certidumbre de que les haría justicia; que por esta los tienen muy sujetos a todos. Quiso nuestra ventura que los Bungíos habían bajado a visitar unos dos navíos de China, que cerca de este puerto habían surgido (5). Supímoslo, y luego despachamos al mismo piloto para que, como más conocido de ellos, se fuese a quejar; y así se partió, a ocho de este, y fué bien recibido de ellos y mejor despachado; porque donde habían pedido diez taeles, se contentaron a mal de su grado, con cinco reales.»

«Con esto volvió el piloto; y como ya no había

(1) Pequeña embarcación japonesa.

(2) La licencia de salida se llama allí *chapa*.

(3) Las mercancías.

(4) Moneda de plata, que hoy llaman *Yen*, casi equivalente al duro español.

(5) Anclade.

menester, los dos que habían ido a Kagoshima, volvieron a 14 de este mismo mes con el negocio de los alquileres concluído. Quedaba el seglar aguardando a los Bungíos para el despacho de las haciendas: subieron ellos, y volvió luego bien despachado en 16 de este.»

«Después de esto determinamos salir de este pueblo para Kagoshima tres compañeros, de los cuales fui yo uno; y partimos del puerto por tierra en 28 de agosto, y llegamos al otro día tarde. Son los caminos malos, la piedra dobladísima y áspera; hay infinitos ríos; los caballos son baratos, y a cada pueblo se mudan. Usan unas como sillas sin freno ni estribos, (aunque los graves lo tienen de madera), y falsa rienda sin bocado: hay algunos de buen paso, pero feos de crín y cabo.»

«La ciudad de Kagoshima, es grandísima; las calles, grandes y anchas; el mantenimiento mucho y barato; frutas en cantidad, castañas, bellotas, melones, peras, sandías, higos y algunas uvas. Hay en esta ciudad grandiosas casas de bonzos (1), que, como atrás dije, se llaman Theras; y vamos a verlas de cuando en cuando, porque suelen tener el mejor sitio, y así son buenas las salidas hacia donde están.»

«Luego que llegamos a esta la ciudad, de allí a tres días llegaron otros tres camaradas a decir que las funeas y la hacienda y dueños de ella se habían partido a Nagasaki, entre los cuales fué un religioso lego de la Orden del Padre San Francisco a dar nuevas

(1) Sacerdotes de los Theras o templos de los ídolos.

a los suyos; y para mejor disfraz llevaba nuestra mercadería. A este tiempo no habían venido a Nagasaki nuevas más que por un español, que los Padres dominicos habían despachado a buscar los suyos, a que se respondió negando.

«Paseábamos los seis en Kagoshima esperando la hora, porque uno de los seglares de nuestro navío se descubrió a otro amigo suyo español, y así se divulgó entre los cristianos nuestra venida; a cuya causa temíamos ser descubiertos. Saliendo una tarde acaso, vimos que corría mucha gente a pie y a caballo, por mar y por tierra, unos cargando a otros sillas de mujeres infinitas, hombres y niños, nobles y bajos, todos con sus ofertas de dinero, hacía el remate de la ciudad. Y como deseábamos ver cosas, salimos tras de ellos, que apenas podíamos romper con los que iban y venían; y llegados que fuimos a una Thera, había como jubileo plenísimo. Estaban enfrente de uno como altar dos bonzos, uno a un lado y otro a otro, con lámparas encendidas y unas cajas. En el medio tenían dos mosqueadores de papel, como el que atrás dije, e iban santificando a todos, poniéndoselos sobre las cabezas, lo cual recibían de rodillas con tanta sumisión y modestia que espantaba; y luego echaban la limosma en la caja; y hecha una breve oración. se volvieron a sus casas a poner luminarias que duraban toda la noche. Decían ser fiesta hecha a la luna».

«Otro día salimos a ver unas que llaman *Beconen*,

(Bicuni) que son como monjas; y es cierto que no se diferencian de los bonzos más que en el género (sexo); porque andan la cabeza rapada como ellos; chimón (1) blanco y otro negro encima plegado de la cintura abajo: salen y andan y viven en unas casas cerca de un Thera, y todas se sirven por una puerta. Es este sitio famoso; y nos cupo por suerte, echándola para esto entre los compañeros: y quedó tomada la posesión para cuando Dios quiera destruir los que la habitan» (2).

«De aquí bajamos a otro Thera, donde había ochenta bonzos; casa tan grande y bien asentada que entiendo no hay otra igual a ella en aquel reino. Esta se señaló a los PP. dominicos, por ser un poco hacia el monte y retirada para estudiar. Otra hay en una alameda de pinos tan juntos y espesos, que compiten con lo mejor de España en hermosura. Está cerca del mar; y esta se señaló a los PP. Franciscanos. En todas ellas tienen los *Tonos* sus entierros tan grandes y hermosos que alegran los ojos de los que los miran. Ibamos casi todos los días a estas nuestras casas, por quebrar los ojos al diablo, viendo en ellas seis sacerdotes de Cristo tan hermanados para destruirlos como ciertos de su pena».

«En 3 de septiembre nos enviaron un recado de

(1) Kimono.

(2) Echaron suertes sobre las pagodas, persuadidos de que pronto lograrían convertir a aquellos idólatras a la religión verdadera; y entonces transformarían los Theras en templos del Señor, y los bonzo-los, en conventos de religiosos misioneros de las distintas Ordenes que representaban.

palacio que fuéramos allá. Causonos el recado algún sobresalto; pero unánimes y conformes *adversari dolori, seu certae occumbere morti*, salimos, al fin; y en el camino, que fué lo peor, nos dijeron que habían venido ciertos soldados de Nagasaki. Llegamos, y hartos de aguardar cercados de infinita gente, porque en saliendo de casa casi siempre lo estábamos, salió uno de los Grandes y preguntó por una carta que se le había dado allí, que era la que había llegado a Nagasaki, y cómo, si la había presentado, no volvía a verse con el Konvoko. En este tiempo había el piloto desbaratado la fragata y andaba ocupadísimo con obras: y así se lo respondimos; pero que le escribiríamos que cumpliese su palabra. Salimos de palacio tan alegres como entramos; porque, según estamos dispuestos, no hay cosa que nos entristezca».

«Ya enfadados de aguardar nuevas de Nagasaki, nos salimos cuatro de esta ciudad para Coxi (Ichiki) nuestro puerto; dejando a dos camaradas, por si viniesen por allá algunas nuevas. En pocos días después llegó un mensajero de los PP. dominicos a Kagoshima, y luego nos dieron aviso en Coxi. Partiose Fray Domingo, porque el suyo le llamaba de Nagasaki; y como es menester licencia, se fué por Kagoshima. Los dos que allá habían quedado, viendo que sus esperanzas habían surtido efecto, se partieron para Coxi. Llegaron en 20 de septiembre; y juntos que fuimos todos, empezamos a esperar de nuevo; a que acudió nuestro Señor, como siempre».

«En 23 de septiembre llegó el hermano lego, que había ido a Nagasaki, con su comisario, que de hecho venía a buscar a los suyos. Trajo una carta del P. Fr. Bartolomé Gutiérrez, de la Orden de nuestro Padre San Agustín. Con esto partiose uno a la Corte por licencia; y trayéndola, se embarcaron todos los de aquella cuadrilla, por ir a dar principio a su buena obra muy contentos».

«Quedamos cuatro: los dos de Santo Domingo y el Padre Fray Francisco y yo aguardando al suyo, que había ido a Nagasaki. Y aunque fueron muchos los ofrecimientos de los PP. franciscanos, no los aceptó mi compañero; porque primero lo habían hecho los nuestros por cartas: y así quedamos para ir en su compañía».

«En el mismo día llegó Fr. Domingo de Nagasaki, que por Kagoshima había venido por sacar chapa (licencia): y el domingo siguiente nos llamó el dicho Fray Domingo por una carta: con que nos partimos por tierra, porque él nos aguardaba en una funea que había traído de Nagasaki, en un puerto llamado Xengue, dos días de camino. Llegamos, encontrando al piloto en el camino, de quien nos despedimos para siempre».

«Embarcamos miércoles 11 de octubre, navegando hacia Nagasaki. El segundo día de viaje, entre unas islas, se nos abrió la funea, a las ocho de la noche, lejos de tierra. Llamamos al glorioso San Nicolás, y haciendo los japoneses (marineros) lumbré con unas

pajas y gritando, nos socorrió otra funea con tanta presteza que, a no serlo, nos ahogábamos todos. Pá-samos a ella cuando ya la nuestra se iba a pique; y dándole un remo, la llevaron a tierra, y sacamos la ropa toda perdida».

«De aquí fuimos adelante en la funea que de nuevo nos había acogido: y llegamos a Nagasaki a 14 de octubre, de noche. Aguardábannos en este tiempo muchos espías de los PP. dominicos y otros del P. Bartolomé: luego nos guiaron unos por un lado y otros por otro. Vimonos con el dicho (P. Bartolomé) aquella misma noche: y al día siguiente, como en una Casa no se puede estar más de una noche (1), fué fuerza despedirnos. Y así llamó a un español práctico en esta ciudad, a quien nos entregó; y con este nos vimos y nos paseamos en Nagasaki los cuatro o cinco días siguientes, en que visité a algunos compatriotas míos (2), descubriéndome a ellos; los cuales me obligaron a quedar hasta que se partieron las geleotas en la primera monzón, que fué en 10 de noviembre (3). Mi compañero (el P. Francisco de Jesús) se recogió al monte, donde el P. Fray Bartolomé tiene una casa, y allí empezó a estudiar la lengua; y yo, en Nagasaki; y estaba oculto; porque, si no es de noche, no salía haciendo mi oficio, de que no vagaba» (4).

(1) Porque los misioneros eran vigilados y muy perseguidos.

(2) Portugueses que habían ido de Macao.

(3) Monzón del norte; viento dominante, continuo y fuerte, de esa región.

(4) No perdía ocasión de ejercer el oficio de misionero.

«Había subido el Konvoko a la corte del emperador a su llamamiento con otro gobernadorcillo de Nagasaki, llamado Figo, renegado, que es el mayor perseguidor que tenemos; y después de haber entre los dos grandes dares y tomares (1) delante del emperador sobre si hay cristianos o no, afirmando siempre el renegado que los hay, obligó a que se resolviese el emperador a echar de esta ciudad a todos los españoles, hasta los casados en la misma ciudad; para la cual se despachó un propio a promulgar este mandato».

«Hízose así: empezaron a alistar la gente, y fueron a dar conmigo, que faltó poco para no caer en la red. Zafeme: y entonces con más resguardo me empecé a encubrir; y los portugueses con mucho temor me tenían consigo: hasta que, estando el día de Todos los Santos para decir misa en un alto donde estaba un portugués, entró el casero despavorido dando voces, diciendo: *Mi padre, que esta aquí la Xoya*; que son los verdugos de esta ciudad (2). Luego se quitó todo el aparato; y yo me salí vestido a lo portugués casi por medio de ellos, y me embarqué en una funea; y pasando a la otra banda del río, estuve el día de Todos los Santos con harto desconsuelo, aunque acompañado de un español y de un portugués, que no lo estaban menos».

«De aquí volvimos, cerrada la noche, a Nagasaki; y por orden del Padre dominico que allí me había

(1) Dimes y direses, discusión.

(2) Xoya o Shoya significa recaudador de rentas y contribuciones.

visto muchas veces, salí hasta casi fuera de la ciudad, para ir al monte donde el Padre Fray Francisco estaba; porque al Padre Fray Bartolomé no se le podía dar alcance; que era menester esconderse muy bien, por el impedimento de ser él muy grueso y fácil de conocer».

«Al fin, con una guía salí a casa de una japona cristiana; y aunque pretendió encubrirme con quimón y catanas (1), que me puse dos, y un paño atado en la cabeza, no fué posible esconderme a nadie; porque la luna era grande y la ciudad andaba muy revuelta; porque cada día bajaba un correo nuevo con nuevos mandatos contra los cristianos: y yendo saliendo de la ciudad, acompañado de mi español, que no me perdía de vista, yendo hacia adelante, topé por diversas veces con japones que, pasando yo, me decían: *Este debe ser Padre*: hasta que, al entrar en el campo, me encontré con una tropa de veinte o más japones, que todos me vieron bien; y así dieron aviso a la *Ayasa* para que viniesen en mi alcance (2). Yo me subí a caballo, despidiéndome de mi español, fiel compañero y amigo de ser mártir, para lo que tiene ya a cuenta algunos palos de la revuelta pasada. Y volviéndose este a su casa, topó con la *Ayasa*, y asiendo de él, le dijeron: *Tú eres el Padre que ahora salió por aquí*: y disculpándose el pobre, se encomendó a sus pies y se les escapó; (que, a darme yo

(1) Kimono y una especie de blusa larga.

(2) *Ayasa*: la justicia o sus agentes.

un poco de espacio, no saliera de esta), al fin, Dios sabe para cuándo».

«Llegué al monte, y fui bien recibido por mi compañero (el P. Francisco), que, durmiendo en profundo sueño, estaba bien fuera de mis trabajos y aflicciones. Aquí estuve ocho días: y viniendo el Padre Comisario de los PP. Franciscanos por allí, que venía de otro monte de acomodar a los suyos, nos visitó, y forzó a mi compañero a que fuese yo en su compañía por otro monte, donde tenía a dos de los nuevos; porque allí era pequeño lugar para los tres; entendiéndose vendría el Padre Fray Bartolomé».

«Partimos los dos, el Padre Comisario y yo para su monte en 8 de noviembre, y llegamos la misma noche al monte, que está tres leguas de Nagasaki. Aquí tenemos cada día nuevas frescas. Unas veces dicen: *Ahora quemaron las cruces de los entierros (1) de los cristianos. Ahora quitaron los rosarios a los cristianos. Ahora queman a los que están presos. Ahora han de poner fuego a cuantos hay.* Damos gracias a nuestro Señor por tantas mercedes como nos ha hecho en traernos a donde oigamos tantos trabajos por su amor».

«Luego fuimos avisados del dominico Baqueano que, pues las galeotas (goletas) se iban, sería bueno embarcarnos todos: y con salir (volver) después, quedaría el piloto del todo libre de nosotros, (porque es ley

(1) Sepulcros.

que dé cuenta al partir de los que con él vinieron), y nosotros con más sana conciencia podríamos ocultarnos. Pareció bien este parecer, aunque llegó tarde: y así sólo ellos lo ejecutaron, alistándose los tres y embarcándose con tanto riesgo, que ciegos los conocieran, por lo menos a los dos. En fin, embarcáronse: y vueltos al monte (1), está uno tan cerca de donde yo estoy que nos vemos algunas veces, y son muchos los ofrecimientos de su parte. A todos les debo mucha caridad; y V. R. por amor de nuestro Señor se lo agradezca por mí a sus preladados, así de San Francisco como de Santo Domingo».

«La lengua es terrible, y cuesta muchísimo trabajo a ingenios tan toscos como el mío. Dios se acuerde de mí, para que sepa yo enseñar su santa doctrina a estos necesitados. *Mensis quidem multa, operarii autem pauci*: son tantos los cristianos que para un Padre son pocos 5.000: y así no sobra tiempo ni de día ni de noche a los que por acá vienen.»

«Anímense los que oyeren esto; que el fruto es grande: y tengan por cierto que el poco tiempo que acá vivieren verán logrado el fruto de sus obras, con tantas sobras, que hacen ventaja a los cristianos de otras cualesquier partes: y así, ¡buen ánimo!; y envíe V. R. quien nos ayude a llevar este peso, que es suave para todos. A todos los santos religiosos de esa Provincia, yo, el menor hijo de ella y de V. R., me encomiendo en sus oraciones santas.»

(1) Salieron embarcados del puerto, y a corta distancia se pasaron a una funca ya prevenida, y desembarcaron en la costa.

«El día de Santa Catalina (25 de noviembre) vinieron nuevas de la ciudad de Yedo (Tokyo), que es la corte del emperador, que había un Padre de la Compañía y setenta cristianos, y que los había entregado un Doxico (1) del Padre, que había renegado: y luego se dijo con la bajada de Figodono (2) a Nagasaki, de la corte, que era cierto haber prendido al Padre Angeles de la Compañía; y de San Francisco, al P. Fr. Francisco Gálvez con otros muchos cristianos, de quienes no se dice en cierto el nombre. Nuestro Señor les dé su gracia y esfuerzo, y a nosotros ánimo para esperar otro tanto, cuando el Señor sea servido.»

«En 18 de enero llegó la nueva cierta de estos presos, y que a los 4 del noviembre pasado quemaron vivos a los dos santos religiosos y con ellos cincuenta y cuatro cristianos, por la confesión de nuestra santa fe de Jesucristo. Y así mismo vino nueva que en el reino de Buzen había comenzádose una gran persecución.»

«Fecha en 18 de enero de 1624.—Obediente hijo de V. R., Fr. Vicente de San Antonio, Religioso Descalzo de N. P. S. Agustín.»

Hasta aquí la carta del P. Vicente, que hemos querido transcribir íntegra, porque contiene los detalles de los primeros meses de estancia en el Japón de los dos primeros heroicos misioneros agustinos recoletos.

(1) Cristiano, ayudante de los misioneros como catequista.

(2) Señor o Gobernador del reino de Higo, situado entre los de Hizen y Satsuma, al sur del Japón.



Famosa pagoda 大佛塔



CAPITULO XVIII

Sumario: *Leyes inicuas.—Labor apostólica del P. Francisco. Dos casos de ingeniosa virtud.—Dá hábitos de Terciarios Recoletos y hace cofrades de la Santa Correa.—Fuerte contradicción.*

APENAS fondeó en el puerto de Nagasaki el desven-
cijado navío que había transportado a los PP. Fran-
cisco y Vicente, corrió la voz de que había llegado
un barco de Manila lleno de religiosos. El que dió la
falsa noticia era un doshico, cristiano y catequista ayu-
dante de los misioneros que habían sido desterrados
el año 1614, que había renegado de la religión cató-
lica, y se había ofrecido al emperador *Xongusama*
para denunciar a todos los religiosos. Por su traición
recibió del emperador mil ducados: y como conocía a
todos los misioneros y cristianos y los lugares, tiem-
pos y modos de celebrar sus juntas, desde aquel mo-
mento fué un lobo carnicero, que hizo estragos en el
rebaño de Jesucristo.

Por la denuncia de Figodono (que así se llamaba
el doshico renegado, por haber ascendido a goberna-

dorcillo del reino de Higo), el emperador, persuadido de que, mientras hubiese en el Japón españoles o portugueses comerciantes, no faltarían misioneros, que se disfrazasen de seglares, promulgó un edicto por el cual desterraba a todos los españoles y portugueses, aunque estuviesen casados con japonesas; y obligaba a estas a quedarse en el Japón con sus hijas, aunque quisiesen ir con sus maridos; y a estos, a llevarse a sus hijos, aunque se empeñasen en vivir con sus madres. La orden se ejecutó con el mayor rigor: y por ella fué dos veces perseguido el P. Vicente y estuvo a punto de caer en manos de los esbirros.

Cuando el tirano creía que ya no había ni un cristiano en su imperio, le comunicaron que en el mismo Tokio, cerca de su palacio, habían sido apresados dos religiosos, uno jesuíta, el P. Angeles; y otro, franciscano, el P. Gálvez; los cuales habían logrado muchas conversiones en la misma corte imperial. Encendido en ira, porque sentía más que hubiese uno solo en la corte que un millón esparcidos por el imperio, los condenó a ser quemados vivos con todos los cristianos que se hallasen, sin exceptuar a su primo hermano Fara Mondondono, al cual tenía preso en la cárcel y le había mandado cortar todos los dedos de pies y manos, por haberse hecho cristiano. La sentencia se ejecutó con toda su crueldad: pero el tirano no se dió por satisfecho. El renegado Figo siguió denunciándole que había muchos cristianos; a los cuales, sobre todo a las mujeres, se les conocía por su modestia exterior

en el vestir, en el mirar y en todos sus actos: y el tirano entonces inventó un medio de acabar con toda la cristiandad.

Promulgó un *fato* o bando por el cual condenaba a todos los cristianos al destierro; y mandaba a sus esbirros que, al ejecutar la sentencia en cada caso, despojasen a todo desterrado, hombre o mujer, de todo cuanto tenían y los dejasen con la sólo prenda interior; y que, al salir de las puertas de sus casas, los marcasen a fuego en la frente con una cruz de hierro, cuyo modelo le había presentado el renegado Figo.

Muchos fueron los cristianos que, no pudiendo ocultarse, salieron a vivir en los montes con aquella gloriosa señal, contentos y orgullosos de ostentarla en sus frentes como blasón divino, con el cual se sentían más obligados y resueltos a no abandonar al divino Pastor de las almas.

Ante estas leyes tan inicuas no es de extrañar que los misioneros católicos anduviesen errantes por los montes, buscando guaridas donde cobijarse, y haciendo una vida de salvajes, alejados de toda humana comunicación y alimentados por tubérculos y frutos silvestres, que a nadie niega la pródiga naturaleza.

El P. Francisco de Jesús, después de pasar cinco días en Nagasaki en compañía del P. Vicente de San Antonio, se fué a Conga, lugar situado en lo más intrincado del monte, donde tenía su vivienda el Padre Bartolomé Gutiérrez, agustino calzado, que se había ofrecido a enseñar al primero el idioma japonés. Llegó

a la morada de su profesor el día 20 de octubre de 1623; y desde el primer momento dedicó todos sus afanes y toda su aptitud, que era mucha, a aprender la lengua del país. Esta se le hizo muy difícil, por no tener absolutamente ninguna relación con la española ni con ninguna de las europeas en cuanto a su parte gramatical, ni en la pronunciación ni mucho menos en la escritura, El, no obstante, se imponía a todas las dificultades y trabajaba sin descanso para conseguir su objeto. Pero la caverna que habitaban, impropia de seres humanos y apta solamente para albergar fieras, era tan reducida que apenas podían los dos acomodarse. Por otra parte, los PP. Franciscanos le habían invitado con insistencia a que fuera a vivir con ellos para aprender la lengua: y como estos la poseían mejor que el P. Bartolomé, porque eran mucho más antiguos que él en el Japón, y el discípulo no deseaba otra cosa que ponerse cuanto antes en condiciones de ejercer su ministerio, el día 8 de enero de 1624 se trasladó a Namexi para seguir estudiando con dos PP. Franciscanos. Con estos aprendió no sólo la lengua sino también el carácter y las costumbres de los nipones, y adquirió las instrucciones necesarias para dedicarse a la conversión de los infieles y a la conservación de los cristianos ocultos, sin necesidad de exponer tan pronto su vida, que era tan necesaria en aquellos momentos de cruel persecución y de tanta escasez de misioneros.

A primeros de julio del mismo año, después de

nueve meses escasos de constante estudio, creyéndose bastante impuesto en el idioma, quiso acostumbrar su oído a la pronunciación de los indígenas, y se trasladó a la isla de Firaxima (Hirashima), próxima a Nagasaki, donde, vestido de japonés, y entre una vida mísera y llena de privaciones, sentía el placer de practicar el idioma con aquellos isleños y de conocer sus usos y costumbres, que tanto le había de facilitar su labor futura.

A los dos meses y medio salió de la isla y entró en la gran ciudad de Nagasaki, que ya entonces tenía unos cincuenta mil habitantes, la mayoría cristianos, y, como dice él en una Relación escrita por él mismo y que se conserva en el archivo provincial de agustinos recoletos de Manila, a 23 de septiembre comenzó a administrar, aunque con mucho trabajo y no menos escrúpulo, por estar corto en la lengua.

Su profunda humildad le tenía convencido de que no sabía nada de nada; y hubiera deseado hablar el japonés con la mayor soitura y perfección: pero pronto se disiparon sus escrúpulos, al ver que todo lo entendía y era entendido por todos.

Desde aquel momento su vida estuvo en actividad constante. Vestido siempre de japonés, recorría las casas, acudía a los campos; y cuando, previa la contraseña secreta que tenían los cristianos para reconocerse, no había ningún espía que lo estorbase, les dirigía claras y fervorosas instrucciones sobre todas las verdades de la religión católica, los confesaba, les

decía misa, les administraba la sagrada comunión, y cuando era necesario, los sacramentos del matrimonio y de la extrema unción, consolaba y medicinaba a los enfermos, socorría en cuanto podía a los necesitados, catequizaba con dulzura paternal a los niños, y en todas partes dejaba un ambiente saturado de paz interior, que ahuyentaba los temores de la persecución del tirano.

Como, por el miedo de que se malograra su apostolado, se veía obligado a actuar casi siempre de noche, empleaba el día en largas horas de oración, en el rezo del oficio divino, en darse cruentas disciplinas, en apretar más a su cuerpo el áspero cilicio, y en hacer él mismo cilicios y disciplinas para satisfacer los deseos de aquellos fervorosos cristianos que en gran número se los pedían.

Preocupado únicamente por la salvación de las almas, apenas se acordaba de las exigencias de su cuerpo; al cual había acostumbrado a tan malos tratos que le negaba el sueño necesario, y le daba por todo alimento cada día una escudilla de habas, frijoles o arroz, por variar, sin más sustancia ni acompañamiento que el agua en que hacía la cocción, seguido el banquete de un buen vaso de agua.

Los días festivos, sin embargo, le gustaba celebrarlos, y hacía una excepción en la comida, añadiendo a la escudilla de legumbres una o hasta un par de sardinas saladas.

A pesar de este método de vida, era incansable en

atender a las necesidades espirituales de aquella oprimida grey, sin que jamás le amedrentasen las amenazas del tirano. Lo único que contristaba su espíritu era el ver que no les podía venir socorro humano de ninguna parte, por la ley que prohibía la entrada en el Japón a todo extranjero. Pero otra vez, como siempre, Dios vino a sacarles de aquella precaria situación.

El año 1625 llegó a Nagasaki un navío español, mandado por el capitán Alonso García de la Vega, que iba como embajador del gobernador general de Filipinas don Fernando de Silva, a fin de conseguir del emperador del Japón la libre entrada en sus puertos de los españoles, y de establecer entre las dos naciones un tratado de comercio.

Se dió aviso de la llegada del embajador al emperador *Xongusama*; pero este, creyendo, sin duda, que en el barco venían religiosos misioneros, dando una nueva prueba de su odio al cristianismo, contestó ordenando que nadie desembarcase del navío, y que este debía volver por donde había venido.

Inútil fué que el capitán don Alonso asegurase bajo su palabra de honor que en el barco no había venido ningún religioso ni persona alguna indeseable al emperador o a los intereses de su nación; el tirano se negó a toda conversación y trato con el navío español.

El caballero don Alonso, persona dignísima, sintió herido y humillado el honor de España en tan brutal

repulsa; pero se limitó a dar cuenta del fracaso de su embajada al gobernador don Fernando de Silva.

Traía el capitán, autorizado por el gobernador general, muchas cartas y documentos oficiales y algunas cantidades de dinero, que le habían encomendado los superiores de las distintas Ordenes religiosas de Filipinas, para que lo entregase todo a sus respectivos súbditos misioneros en el Japón, que se hallaban en la mayor necesidad, porque durante más de dos años no habían recibido nada, y lo habían perdido todo en la persecución: pero rechazado por el tirano, sentía una gran contrariedad, al verse obligado a devolverlo todo a Manila.

Ya iba a levar anclas el barco, cuando observa que venía un esclavo negro remando en una funea, en la que llevaba frutas del país, verduras y legumbres: y como a los esclavos nadie les prohibía acercarse a los barcos a vender su modesta mercancía, los tripulantes del navío español lo recibieron con regocijo, para tener el gusto de probar aquellas frutas y mucho más para divertirse un rato a costa del esclavo.

Subió este a bordo llevando en un cesto su pobre mercancía; y apenas se vió rodeado de marineros españoles, risueño y algarero, con la altanería y desenfado que usaban los japoneses con los extranjeros, comenzó a vocear sus artículos de venta en un lenguaje mezclado de japonés y español, pero que se dejaba entender por los compradores. Estos pedían precios; y el buen negro los complacía fijándolos exagerada-

mente altos: por una fruta, que a lo más valía un *sen* (cinco céntimos), les pedía cuatro *yens* (cuatro duros). Indignados los grumetes, le rociaban con una lluvia de dicterios, llamándole perro japonés, tizón del infierno, y otras semejantes; al mismo tiempo que lo maltrataban a empellones, bofetadas, pescozones y puntapiés, que lo hacían tambalearse y rodar por el suelo; momentos que ellos aprovechaban para robarle cuanto querían en medio de una algazara general. El negro se levantaba impávido, y, lejos de enojarse por aquellos ultrajes y aquel saqueo, con sonrisa plácida y serena volvía a ofrecerles sus cosillas, pero sin enmendarse en la exageración de precios. Volvían a menudear los insultos, las bofetadas y los hurtos de los marineros; y él volvía impertérrito y sonriente a tratar de negociar con ellos con lo poco que le habían dejado. La operación se repitió varias veces.

El capitán del barco, que, acodado sobre la borda de popa, presenciaba aquella escena, asombrado de la invicta paciencia del negro ante tan graves atropellos, llamó a este a su presencia; y llevándolo a solas a su camarote le dijo:—He visto los malos tratos que te han dado y tu paciencia y serenidad ¿Quién eres?

El negro, sonriente, sacó de la costura interior de su andrajoso kimono un papelito, y se lo mostró al capitán, diciéndole:—Soy el P. Fr. Francisco de Jesús, Agustino Recoleta: ahí podeis comprobarlo.

El capitán, confuso y enternecido, se arrojó a sus pies y se los besó repetidas veces entre abundantes

lágrimas, mientras le decía:—¿Por qué no dijisteis quién érais, y yo os hubiese evitado tantas injurias?

—¡Bah!—contestó el P. Francisco—No os preocupeis de eso, que no tiene importancia alguna: mucho más me merezco y deseo: que para eso he venido a estas tierras.

—¿Pero así andais siempre en tierra?—inquirió el capitán.

—No:—replicó el religioso:—pero supimos que había llegado barco de Manila y que se iba a volver allí, sin desembarcar nadie: y como suponíamos que nos traería algún socorro, que tanto necesitamos, me tizné todo de negro, me vestí de esclavo, que son los únicos que pueden vender en los barcos, alquilé una funea, compré esa miserable mercancía, y vine aquí confiado en que Dios nos había de socorrer.

—¿Pero cómo disteis lugar a que los grumetes os atropellasen?

—¿Porque el barco está rodeado de espías, y sabía yo que a mí también me espiaban: por eso mis actitudes arrogantes y mis precios excesivos; para que los espías que me veían nada sospechasen de mí.

—Dios os ha inspirado—dijo el capitán:—porque traigo documentos y dinero para todos: y mi mayor disgusto hubiera sido no poder entregarlo. Tomadlo todo, y tened la bondad de distribuirlo según las indicaciones que van escritas.

Enseguida le hizo entrega de todo; que el P. Francisco guardó bajo su averiado kimono; al mismo tiempo

que el religioso le entregaba un paquete de cartas, suplicándole que las entregase a sus superiores. Diéronse los dos un efusivo abrazo de despedida: se hincó luego el capitán de rodillas pidiéndole perdón por los insultos recibidos de su tripulación, y el P. Francisco le dió la bendición, suplicándole que no le acompañase, para despistar a los espías.

Salió el negro, cogió su cesta casi vacía, y se fué a tierra en su ligera barquichuela, dando gracias a Dios por tan señalado favor, mientras oía los gritos desaforados de los grumetes españoles, que lo despedían con denuestos, improperios y maldiciones.

Cuando el capitán llegó a Manila, le faltó tiempo para contar este episodio en todas partes: pero antes lo había explicado a su tripulación; la cual se arrepintió sinceramente de su indigna conducta.

Poco tiempo después tuvo ocasión de repetir su hazaña en análogas circunstancias, aunque por distinto motivo.

Había salido de Manila el galeón oficial del Gobierno, que hacía su travesía a Acapulco. Al llegar a las islas de Riu-Kiu, en la ruta al Japón, se sintió enfermo el capellán de a bordo; y en vista de que empeoraba, a pesar de los medicamentos, el capitán determinó hacer escala en el puerto de Nagasaki, a petición del mismo capellán, que deseaba recibir los últimos sacramentos. Ancló la nave; y como subsistía la prohibición de desembarcar los españoles, pidió por los signos de banderas la necesaria autorización. Pero

los japoneses, al reconocer por el pabellón de popa la nacionalidad española del barco, no hicieron caso alguno de la llamada. Hubo sin embargo, estivadores del puerto, cristianos ocultos, que avisaron al P. Francisco que había llegado un galeón español y que pedía comunicación con tierra. Movido el religioso por inspiración secreta, rápidamente se embadurnó de negro todo el cuerpo, se vistió de esclavo, adquirió una cestilla de castañas, alquiló una funea, y ya se iba a embarcar en ella, cuando unos guardas del puerto le echaron el alto diciéndole:—¿A dónde va el esclavo?

—A ganarme la vida—replicó el aludido.

—¿Dónde?

—En ese barco extranjero. A los esclavos nos va bien con los españoles: se tienen por listos, pero cualquiera de nosotros los engaña. Con cincuenta *sen* de castañas pienso sacarles para comer yo una semana.

—Y si se las das envenenadas, mejor:—replicaron los guardas, mientras le hacían un signo de cabeza para que se fuese.

Batió los remos el esclavo, y pronto se encontró en el barco. Apenas se vió a bordo, comenzó a ofrecer sus castañas con palabras y ademanes de arrogancia japonesa. No sentó bien esto a los grumetes: pero cuando se atrevió a pedir por una pequeña medida cinco *yen* (cinco duros), uno de aquellos le dió tan tremenda bofetada que cayó rodando con todas sus castañas. Levantóse el esclavo y con sonrisa angelical le dijo:—¡Gracias!

Sorprendido el agresor de tanta mansedumbre y humildad, y reparando que, aunque negro, la nariz, los labios, los pómulos y el cabello del esclavo no eran de negro, sospechó que pudiera ser algún misionero español de los que por allí andaban disfrazados, y con tono cariñoso le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Vamos a parte y te lo diré—contestó el esclavo.

Confirmado el grumete en su sospecha, lo condujo al interior; y entonces se le declaró el P. Francisco. Avergonzado aquel de su ultraje, fué a arrodillarse y pedirle perdón: mas el religioso lo impidió rápido, diciéndole.—No me descubra: hay espías por todas partes, y si hace eso me cuesta la vida. Quiero ver al capitán y preguntarle si puedo servirle en algo.

El grumete lo condujo y lo presentó a aquel; el cual, admirando la virtud del humilde religioso, lo acompañó al camarote del capellán gravemente enfermo. Enseguida el P. Francisco confesó a este y le prodigó los auxilios espirituales con visible alegría del doliente, y se volvió a tierra. El galeón al poco rato levó anclas y zarpó con rumbo a Acapulco.

Rasgos de celo por la asistencia espiritual a las almas, semejantes a este, y grandes apuros y sobresaltos motivados por la persecución, eran ordinarios en el P. Francisco. No pasaba día en que no corriese grave riesgo su vida. Sin embargo, en medio de tantos azares, no solamente catequizaba y convertía a los idólatras, regeneraba a los catecúmenos con el

agua del bautismo, robustecía en su fé a los neófitos e infundía a todos su tesón para defender sus creencias; sino que, anhelando hacerlos participantes de las innumerables indulgencias y gracias espirituales concedidas a la Recolectión agustiniana, a la que él pertenecía, lo llevó a efecto por medio de las formas legales autorizadas por la Iglesia.

Era vicario Provincial de todas las misiones del Japón, y como tal y Superior mayor estaba investido de todas las facultades establecidas en el derecho de regulares y las especiales otorgadas por el P. Provincial de Filipinas y por el Rvmo. P. Vicario General Fray Jerónimo de la Resurrección, exclusivamente para esas misiones. Esas facultades que le fueron comunicadas primeramente por el Vicario Provincial en Manila Fray Andrés del Espíritu Santo, le fueron confirmadas por el primer Provincial de Filipinas nombrado el 6 de febrero de 1624, que él recibió el 1625, y por todos sus sucesores; como lo confirma él mismo por carta que escribió desde la cárcel de Omura el 18 de octubre de 1631 por estas palabras:

«La patente que ahora nos envía V. R. y la que venía ahora dos años, cuando N. Padre Fr. Andrés nos envió, nos las dió muy a su tiempo a ambos sucesivamente: y el año de 25 la recibimos de Nuestro Padre Fr. Onofre de la Madre de Dios, primer Provincial de esa Provincia, en que nos comunicaba todas sus veces, así para la administración de los

santos sacramentos como para las cosas tocantes a la Religión».

En virtud de estas facultades, que, como él dice, vió corroboradas en las *Quaestiones regulares* de Manuel Rodríguez, y que derribaron todos sus escrúpulos, estableció la Cofradía de la Cinta o de la Santa Correa. En ella inscribía a los casados de irreprochable conducta moral, si estos se lo pedían, y les imponía la sagrada Cinta o Correa de San Agustín: y cuando algún soltero de probada virtud lo solicitaba, le vestía el hábito de agustino recoleto, le daba las normas para hacer el noviciado, y, terminada la prueba a su entera satisfacción, le admitía a la profesión religiosa.

Por este medio logró no solamente enfervorizar el espíritu de los cristianos, sino crear un glorioso núcleo de Terciarios Agustinos Recoletos y de Cofrades de la santa Correa, que animaban y fortalecían a los demás cristianos, y además dar a conocer el hábito de agustino recoleto, del cual andaba siempre despojado en público, como también se lo quitaban para el trato social los que de él lo recibían.

Todo su anhelo era arbitrar medios para arrebatarse esclavos a la idolatría e inscribirlos en el catálogo de hijos de la Iglesia católica, dotándolos de espirituales armas suficientes para arrostrar todos los peligros y para triunfar en todos los combates.

Dios, sin duda bendecía sus esfuerzos; porque en circunstancias tan difíciles de implacable persecución vió

que su semilla fructificaba en proporciones que él no había podido imaginar: pero quiso probar su virtud con una nueva e inesperada contradicción, para que no atribuyese los dones divinos a su propio esfuerzo.

El P. Bartolomé Gutiérrez, agustino calzado, criollo natural de Méjico, y que había cursado algunos estudios en la Universidad de Bolonia, encontró ocasión para hablar al P. Francisco, y le dijo que no podía hacer lo que estaba haciendo en relación con los Terciarios y la Cofradía de la santa Correa, porque él era el Superior de todos los religiosos agustinos del Japón, así calzados como descalzos o recoletos; y que él sólo poseía esas facultades, que no las había delegado a ningún recoleto. Con la mayor humildad le expuso el P. Francisco las razones y motivos que justificaban su actuación; y le hizo ver, sobre todo, que por ninguna razón estaba sometido a su autoridad. Pero el P. Bartolomé no quiso convencerse, y se retiró reprobando la conducta del P. recoleto, hasta que, después, éste le mostró una comunicación oficial de su Provincial, que sirvió para llevar la convicción al equivocado Padre, y para que renaciese la paz en mal hora perturbada. Así lo explica el mismo P. Francisco en carta de 18 de octubre de 1631, escrita desde la cárcel de Omura, con estas palabras: *«Solamente nuestro compañero en este lugar (la cárcel), el Observante (P. Bartolomé), decía que él era el tronco y el totum continens de la Religión de San Agustín en Japón; y que nosotros éramos allá las ramillas*

o las hojas de ella; y que sólo su Reverencia podía hacer y deshacer, dar hábitos y bendecir Cintas y poner cofradías, etc., etc.: y no es mucho lo dijera él; porque como este siervo de Dios, aunque criollo de Méjico, cursó y se graduó en la Academia Bolonense, con argumentos de su escuela pretendía alterar nuestra paz. Pues ahora mostró gran deseo de ver la de V. R.: como su prelado ni los suyos no le escribieron, dejésela de buena gana para que la leyera: donde al día siguiente vino a pedirnos perdón de las cosas que el año pasado habían pasado entre nosotros acerca de la data de los hábitos a los Hermanos Terceros.»

A los santos es acaso a quien más guerra hace el demonio para derribarlos: pero en este caso nada consiguió.





Orando en un cementerio japonés



CAPITULO XIX

Sumario.—*Cizaña peligrosa.—Dificultades y sobresaltos.—Su viaje a Figashi.—Grandes trabajos y abundantes frutos.—Más de siete mil bautizados.—Ruda oposición.—La isla Formosa.*

EL emperador del Japón había dado orden de que todos los barcos extranjeros, que viniesen a su imperio con cualquier objeto, se presentasen en el puerto de Nagasaki, a los efectos de ser autorizados o no para desembarcar su pasaje y mercancías. Esta circunstancia y la de ser cristianos la inmensa mayoría de los habitantes de esa gran ciudad contribuían a que los misioneros españoles se quedasen casi todos en ella o esparcidos por el reino de Hizen y sus limítrofes, en los cuales aún eran pocos todos ellos para el creciente número de necesidades espirituales a que era preciso atender. El progreso espiritual era incalculable: pero por lo mismo no podía faltar la tenaz y sañuda oposición del demonio, que tantas derrotas sufría. Para ello se valió no solamente de la persecución fiera y sin treguas que inspiró a los tiranos, sino de otro

ardid, que pudiera haber tenido fatales consecuencias; pero que produjo mayores bienes por intervención divina. El ardid consistió en sembrar la cizaña entre aquellos santos misioneros.

Movió a los PP. jesuitas a que se quejasen al obispo del Japón de la permanencia de los religiosos de otras Ordenes en aquella región, que ellos habían evangelizado los primeros y la habían elevado a aquel alto grado de prosperidad. Reconoció el prelado la prioridad de su derecho; y con este abono la cizaña comenzó a producir sus frutos; que Dios aprovechó para que fuesen evangelizadas otras regiones muy distantes, que estaban desamparadas. Así lo dice claramente el franciscano P. Diego de San Francisco, (1) al determinarse a ir al norte del Japón: «Por no meter la hoz en mies «ajena estándonos siempre en estos reinos alrededor «de Nagasaki, que es conversión de la Compañía, «contra su voluntad y la del obispo de Japón, dándoles «pena: porque cuando haya paz, y aun ahora, los «trabajos de nuestra Religión en sus cristianos no «parecerán trabajos nuestros sino de la Compañía: «porque sin llamarnos para tirar su red, antes recu- «sándonos, esto es, el obispo y sus curas, nos metemos «a tirar la red de quien no nos llama, dejando la «nuestra llena de pescados».

Esto mismo confirma el P. Francisco de Jesús, al contestar a su Provincial, (que le daba noticia de que habían fracasado dos intentos de enviar más religiosos

(1) Relaciones de Fr. Diego de San Francisco—Madrid—Imp. de Gabriel López del Horno. 1914. · pág. 10.

al Japón), por estas palabras: «No es mucho que los «Padres de la Compañía hiciesen contradicción a V. R ; «que sería por echar por el atajo: que si acá nos «hacen no pequeña guerra a los Frades (que así nos «llaman), viniendo tan buen número como el que venía, «era tener muchos enemigos». (1).

Dios permitía estas querellas y disgustos entre aquellos varones verdaderamente apostólicos para que, ante las acometidas de la envidia y del orgullo, reconociesen sus imperfecciones y se humillasen en la divina presencia: y de aquellas sacó incalculables bienes.

La razón principal que movió el espíritu, todo de Dios, del P. Francisco de Jesús para separarse de su compañero el P. Vicente de San Antonio, y trasladarse a la parte septentrional del Japón, fué el ver que la región meridional, Nagasaki y sus reinos e islas adyacentes, estaban relativamente bien atendidos espiritualmente por los misioneros; mientras había muchos reinos enteros privados de todo auxilio expiritual. Como el único objeto de su estancia en el Japón era la salvación de las almas, enterado de que los franciscanos intentaban ir a *Figashi*, sin haberles indicado siquiera su deseo de misionar en aquellas latitudes, dispuso, como superior, que el P. Vicente se quedase en Nagasaki; y él se resolvió a poner los medios para ir al norte.

La empresa era arriesgada por el desconocimiento

(1) Arch. Prov. Carta desde Omura de 18 de octubre de 1631.

completo del lugar y por la gran distancia de Nagasaki: pero Dios manifestó visiblemente que era de todo su agrado; como lo declara el citado P. Diego de San Francisco por estas palabras: — «Me determiné a ir a los reinos del Figashi, llevando conmigo algunos religiosos: y por ser cosa grave, y de peligro el camino de mar y tierra tan largo y entre gentiles, lo he encomendado a Dios cuatro meses todos los días y hecho encomendar a otros religiosos con largos ratos y horas de oración (1)».

Entretanto el P. Diego adquirió una pequeña embarcación, piloto, marineros y todo lo necesario para decir misa, y como compañeros consiguió dos religiosos de su Orden franciscana: luego añade: «Yo dije: ya tenemos dos para llevar. Si Dios quisiere darnos otro o más para esta su santa obra, tendrelo por voluntad de Dios si algún sacerdote, sin rogárselo yo ni hablarle palabra en ello, él me rogare a mí que le lleve. Y con esto lo encomendamos a Dios y dijimos para ello algunas misas».

«Y como ocho o diez días pasados después de esta determinación, me escribió el P. Francisco de Jesús, prelado y religioso de la Orden de San Agustín de los Descalzos, que me rogaba y suplicaba le trujese conmigo a estos reinos del Figashi, porque deseaba emplearse en la buena conversión de aquellos reinos. Yo, leída su carta y considerándola atentamente, dije: Yo, cuando hice el

(1) Relaciones de Fr. Diego de San Francisco.—Madrid.—Gabriel López del Horno,—1914—pág. 11.

asiento en mi corazón, no atendí ni hice diferencia de sacerdotes de nuestra religión ni de otra, ni advertí en eso: y así me pareció que, aunque no era de nuestra religión el sacerdote que me pedía le llevase conmigo, era con todo eso escogido por Dios: y como yo creyese que esta era obra Dios, que no hace excepción de personas, luego determiné de llevarle conmigo, como perseverase en su vocación y buenos deseos».

«Yo determiné de vencer cualquier dificultad que hubiese en llevarle: y luego el demonio la levantó tal y tan buena de los domésticos japones, piloto y marineros, diciendo que el navío que yo tenía ya preparado era pequeño para tanta gente y cuatro sacerdotes, y que, si no buscaba otro, no se embarcarían por ninguna vía».

«Yo, conociendo que esta dificultad no se podía vencer sino dando gusto a los que nos habían de llevar, porque no se me fuesen y me dejaran sólo, busqué otro navío de la manera que ellos le pedían; que no fué pequeña dificultad hallarle en tiempo que acababan de prender al P. Provincial de la Compañía de Jesús y otros tres religiosos de la misma Orden; que con esto y otras revueltas de prisiones de españoles, todo Nagasaki estaba lleno de temor, y se daba por casi muerto el que hablaba con religioso o sacerdote».

«Finalmente, vencida esta y otras dificultades, junté toda la gente, tres sacerdotes a un pueblo llamado *Nanatsu-gama*, 13 leguas de Nagasaki, y allí nos em-

barcamos, miércoles santo, 8 de abril de 1626; y nos partimos jueves santo por la mañana, dando principio a nuestro viaje, que fué de 440 leguas de Japón por mar, y 30 por tierra (1)».

Admitido el P. Francisco de Jesús por el P. franciscano para ir al norte del Japón, dió cuenta de ello a su Provincial de Manila con la siguiente carta (2):

«Jesús, María, sea siempre en nuestras almas.— Padre nuestro: en el Patache (navío) que de aquí volvió, escribí largo a V. R., cuyo pliego lleva Juan Martín; y por serlo entonces, no lo seré ahora. Sólo servirá de dar cuenta a V. R. cómo estoy de partida para el reino de Bojó (Boxú), cuyo rey es *Makamoney*, el que envió la embajada a España con el santo Sotelo (3)».

«Voy en compañía de tres religiosos franciscos, a causa de los pocos ministros que por allá hay. Escriben haber por allá gran conversión, y piden (los franciscanos) con mucha instancia compañeros. Es de los últimos reinos del Japón: está a la banda del norte; y así es tierra frigidísima. Miden desde esta ciudad como 500 leguas. Es camino de muchos peligros y trabajos, por ser grandes las corrientes que desembocan al mar de la Nueva España (el Pacífico). No obstante los muchos que nos significan, tomamos este camino de buena gana, sacrificándonos a Dios

(1) Loc. cit. pág. 19 y siguientes.

(2) Carta de Nagasaki a 25 de marzo de 1626.

(3) El P. Luis Sotelo, franciscano, después mártir.

nuestro Señor con voluntad. Voy gozosisimo, porque tengo por cierto es del servicio suyo; según que lo ha manifestado con un suceso milagroso, que me ha comunicado uno de los religiosos del glorioso Padre San Francisco».

«Es el caso que el dicho Padre había muchos días que tenía deseo de hacer esta jornada, por parecerle había de ser de importancia para la honra de Dios; pero no se atrevía a ponerla en ejecución, por no saber de cierto si acertaba a servir a su Majestad divina en ella. Estando un día en oración (habiendo hecho muchas penitencias a este intento), le dijo a Dios: «Señor; dos compañeros están determinados a hacer este viaje: (y era así que ya tenía hablado a dos de su Orden): si hubiese otro que, sin hablarle yo, se moviese a ir en mi compañía, tendré por cierto que es vuestra santa voluntad que yo vaya».

«Hecho este concierto con Dios, a pocos pasos que había dado del lugar donde había estado orando, llegó un japonés con una carta mía, en la que le declaraba los intentos que tenía de hacer aquella jornada, y le pedía muy encarecidamente me aconsejase lo mejor, sin haberle antes comunicado, ni saber yo que él tenía la misma intención. Con esto el religioso Padre conoció ser voluntad de Dios el emprender aquel camino: y con amorosas palabras, llenas del espíritu del cielo, me respondió fomentando mis buenos deseos y admitiéndome en su compañía. Todo lo referido me comu-

nicó con una santa llaneza, después que nos juntamos y vimos».

A continuación refiere que sigue muy viva la persecución a los cristianos, la prisión del Provincial y tres Padres más jesuitas, el derribo de muchas casas en Nagasaki por sospechar que en ellas eran recibidos los misioneros, y otras muchas crueldades: y continúa así:

«A mí me cogió el rayo en esta ciudad: que por no poder huir a los montes, como los demás, me favorecí de una estrecha cueva, que para estas ocasiones estaba hecha dentro de la misma casa, tan estrecha que era menor que una sepultura, donde estuve cinco días sin ver apenas luz, que para rezar me la metían por una tronera hecha con sutil artificio. Al cabo de los cuales (cinco días), una noche bien oscura, en hábito de mujer, en compañía de otros me escapé, llevándome hasta donde me pude embarcar».

«Por lo que a mí toca, bien deseaba yo que diesen conmigo; pues faltó poco: que en los días que allí estuve fué la casa escudriñada tres veces; y oía yo a los ministros (alguaciles) decir: *Parre, Parre*: y si como el escondite estaba debajo de tierra, lo estuviera en el hueco de dos paredes (como lo están todos los de esta ciudad), infaliblemente dieran conmigo; pues derribaron tres dindines (tabiques): pero tiene un hombre que llevar consigo todos los de la casa y sus vecinos; y así no es permitido hacer demostraciones; fuera de que sin necesidad no es virtud. En efecto, no quiso Dios que

por entonces me hallasen: sería porque no lo merecía, y no por que de mi espera su divina Majestad algún servicio; pues por mi pobreza y miseria no valgo para nada: por lo cual temo que no me lo ha de conceder. Hágase su divina voluntad».

Depués de haber huido de Nagasaki, disfrazado de mujer japonesa, y de sufrir continuamente otros muchos sobresaltos por los montes, pudo llegar al punto citado de *Nanatsugama*: y allí se embarcó con los tres franciscanos el día 8 de abril de 1626, y salieron en la mañana del día 9, Jueves santo, con rumbo a Figashi.

En Figashi (que en japonés significa región oriental, como Nishi significa región occidental), está situado el reino de Bojó o Boxú, que es uno de los sesenta y seis del Japón y el mayor de todos; ocupa toda la parte nordeste de la gran isla Honshiu, que ellos llaman Niphon y los demás, Nipón. Tiene una extensión de cuatrocientas millas de longitud por unas trescientas de anchura. Su clima es templado en la parte meridional; pero en la parte norte es tan frío que la nieve cubre la superficie de la tierra desde noviembre hasta abril. A ese reino se trasladó el P. Francisco con tres franciscanos, de los cuales era el superior el P. Diego de San Francisco, que describe así el viaje: (1).

«Y porque este camino fué navegado la *primera vez ahora de religiosos*, y le tenían por imposible de navegar, y nos contaban ya entre los muertos a los

(1) Op. cit. pág. 20 y siguientes.

que le navegamos, que todo creo era traza del demonio, para que se impidiese el mucho fruto que por este camino se puede hacer a Dios, viniendo los ministros (misioneros) embarcados, rodeando toda la isla del Japón o la mayor parte de ella sin mucha dificultad, escribiré aquí sus puertos y cosas notables, que pueden ser a propósito para navegarle con más facilidad, cuando fuere necesario; que lo será de aquí en adelante. Para traer no sólo los religiosos, mas el hato y ropa, se lleva desde el último puerto de Sacata, un río arriba, en barcos hasta Nakano, dos leguas de Yamagata, corte del reino de Mogami, sin tener necesidad de caballos.»

«El viaje es de esta manera. Desde Nagasaki hasta *Hirado*, 26 leguas de Japón: desde *Hirado* hasta *Nagoya* puerto navegamos 13 leguas: desde *Nagoya* hasta *Aynoxima*, 21: desde aquí a *Ginoxima*, 7: desde aquí a *Finjo*, 25: desde aquí a *Kayoi*, 15.—*Kayoi* es famoso puerto; caben y pueden estar muchos navíos de alto bordo.—De aquí a *Fanguí*, 3: de aquí a *Hamada*, 18.—Es tan buen puerto como *Kayoi* y hay una buena fortaleza.—De aquí a *Urío*, 25: de aquí a *Mionoseki*, 23: de aquí a *Zunacaque*, 35: de aquí a *Moroiso*, 13: de aquí a *Inenoura*, 13: de aquí a *Vacasano Vobama*, 18.—De aquí a *Meaco* (Kyoto) hay por tierra 13 leguas, aunque esto no hace a nuestro camino.—Desde *Vacasano Vobama* hasta *Zurunga*, 17: de aquí a *Amicuni*, 15.—El puerto es río, págase de cada marinero un real: no visitan el navío,—De aquí

a *Fucura*, 35: de aquí a *Minazuki*, 8: de aquí a *Vaxima*, 8.—Es grande lugar, mal puerto. De aquí se apartan a la isla de *Sado* como 30 leguas a la banda del norte de *Sado*, la isla grande de Japón a la banda del Sur; y aunque era camino derecho ir a esta isla, no fuimos a ella, porque es isla de minas de plata, y a todos los navíos que toman puerto en ella los visitan y miran hasta las cajas:—y así, por librar-nos de este peligro, fuimos desde *Vaxima* a *Tacoxima*, 15: desde aquí a *Funai*, 30: de aquí a *Izumozaqui*, 13:—es grande pueblo:—de aquí a *Niigata*, 13: de aquí a *Xenami* 13: de aquí a *Sakata*, 20.—Este fué el último puerto de nuestra navegación, que desde *Nagasaki* hasta *Sakata* es una costa apacible.»

«Venimos casi siempre viendo la tierra, fuera de dos veces que la perdimos de vista, por ser el tiempo bueno y galerno; que si no lo fuera, no la perdiéramos de vista, por ser los japones malos marineros y los navíos sin cubierta, que no pueden engolfarse; (esto es, los ordinarios barcos con que navegan su costa). Todas las noches tomábamos puerto; fuera de dos que, como dije arriba, por ser el tiempo bueno, dormimos en la mar.»

«La costa es de montes vistosos, muchos de ellos llenos de mil flores, lirios, mosquetas. Toda la costa y orilla del mar está poblada de muchos pueblos, y algunos, grandes.»

«Finalmente, después de setenta y tres días de navegación, llegamos a dicho puerto de *Sakata*. Y aun-

que gastamos setenta y tres días, el camino es de treinta días: mas por haber salido muy temprano, no tuvimos viento Sur, que es el que de ordinario corre a los primeros de mayo, y con este viento se navega este camino. Y yo de propósito salí temprano, temiendo no mudasen de parecer los marineros y domésticos con las malas nuevas que les daban del camino y otras persuasiones de temores y peligros: y por esta causa fué más largo el camino, deteniéndonos, aguardando viento en los puertos muchos días. Con todo eso, después de haber llegado, se nos hizo corto y fácil, viendo que no eran las dificultades tan grandes como nos habían dicho en Nagasaki. Bendito sea Dios.»

«Venimos sin peligro y sin mucha dificultad, no obstante que había peligros y dificultades. Con todo eso, la mayor que sentimos fué la estrechura del estrecho lugar donde veníamos escondidos en el navío, y los temores de los marineros y domésticos que, temiendo ser quemados, nos afligían de día y de noche, diciendo que no hablásemos alto, que no nos asomásemos por los agujeros, porque nos verían la gente de otros navíos que estaban en los puertos junto de nuestra embarcación: y aunque muchas veces no había de qué temer, por no exasperarlos ni dar muestras de poca paciencia, la teníamos estrechándonos: pero finalmente, llegando al dicho puerto deseado, quedamos todos consolados en el Señor».

Llegaron a Sakata el 21 de junio; pero permanecieron seis días dentro de la embarcación, mientras

el P. Diego envió al japonés León Shirobioye al reino de Mogami, veinte leguas tierra adentro, a pedir a alguno de los dos franciscanos que allí había que les enviase algunos guías. Cuando estos llegaron, salió primero el P. Diego con un franciscano, y después el otro franciscano con el P. Francisco de Jesús, cada pareja con su guía cristiano. En distinto tiempo y barco fueron seis leguas aguas arriba de un gran río hasta el pueblo de *Tsurugaoka*, de donde salieron a primeros de julio para el reino de Mogami, donde el P. Diego, como superior de la expedición, señaló a cada uno los lugares en que debía misionar.

El P. Francisco se quedó en Nakano (1) hasta el 8 de octubre, en que comenzó a recorrer todo el reino de Nangaxi, y a recoger abundantísimos frutos espirituales, especialmente en *Yonezawa*.

Durante su largo recorrido por tierra pudo observar que en los pueblos los idólatras perseguían a los pocos cristianos, hechos por los franciscanos, unas veces por no pagarles sus deudas; otras, por ganarles los pleitos; y siempre, porque hasta allí habían llegado las órdenes inicuas de los tiranos. También observó la gran fertilidad de la tierra, en la que cultivaban en abundancia arroz, trigo y cáñamo; y que producía exquisitos frutos en variedad de árboles, como perales, manzanos, nogales, duraznos, ciruelos, priscos, avellanos; y rosas, mosquetas y toda clase

(1) A dos leguas de Yamagata, que es la corte de Mogami.

de flores a las orillas de los ríos que descienden de altas sierras nevadas.

Notó asimismo que la gente era muy belicosa; pues hasta los labradores iban al campo con sus armas.

Sin dar descanso a su cuerpo, comenzó a desplegar su celo entre aquellos gentiles con tan lisonjero éxito que ya desde el principio recogió no escasos frutos, que le estimularon a continuar henchido de esperanzas. Los obstáculos a su campaña, si no eran tan grandes como en la parte meridional, tampoco eran despreciables; pues ya había visto desterrar a seis cristianos, para despojarlos de cuanto tenían; y observaba que la avaricia dominaba a los poderosos contra los débiles, excitando a estos a cruentas venganzas. Era allí ordinario que los llamados *señores* cobrasen el setenta por ciento de los frutos de los agricultores, y no contentos con esto, los obligaban a otros muchos servicios y trabajos, sin darles ni aún lo necesario para su sustento. Esa injusticia había ocasionado un estado de miseria entre los labradores, que eran la inmensa mayoría, que parece increíble: no comían estos casi todo el año sino verduras y algo de cebada; pero no probaban el arroz ni el trigo sino cuando lo recolectaban para entregarlo. Las tierras, las casas, todo era de los señores; y estos vendían todos los días los hijos y las mujeres de sus esclavos por cuarenta o cincuenta reales. Y cuando a los labradores no les quedaba más que

su cuerpo para pagar sus deudas, los señores los ataban a un palo, desnudos, y así los tenían muchos días expuestos a la nieve y a la lluvia (1).

En este ambiente de pobreza y de crueldad, era muy difícil hacerles aceptar la doctrina de la religión católica: pero lo que es imposible a los hombres es facilísimo a Dios: y El se complació en bendecir y fecundar el activo apostolado de su siervo con numerosas conversiones, que le compensaban con superabundancia de las amarguras de la persecución y de las continuas privaciones en la comida, en el sueño, en la tranquilidad y en el vestido, que era de indigente japonés.

Nueve meses llevaba ocupado en sus tareas apostólicas, cuando encontró disponibles unos momentos para comunicar sus impresiones al P. Provincial por medio de una carta, en la que le decía, entre otras cosas, lo siguiente.

—«Luego que llegué el año pasado de 1626, a los primeros de julio, a estos reinos que llaman del Figashi, quinientas leguas de Nagasaki (2), escribí a V. R. los muchos trabajos que en el camino tuve, y las grandes ayudas de costas con que nos socorrió en ellos su divina Majestad, que siempre acude en semejantes aprietos, dándome ánimos para sufrirlos con tanta paciencia y valor, que al paso que iban acre-

(1) Op. cit. pág. 3'.

(2) En el 2.º tomo de las Crónicas, pag. 181, dice el cronista que no son tantas: pero es porque no tenía a la vista los datos que hemos presentado.

centando se aumentaba el deseo de padecer más por su divina Majestad. El sea bendito por todo; que bien se echa de ver que todos son efectos de su divina gracia; pues de mi cosecha no tengo nada bueno, y soy el más miserable de todos. Y juntamente avisé a V. R. del motivo que tuve para venir a estas partes y apartarme tan lejos de mi amado compañero el P. Vicente (que no poco hemos sentido entrambos esta división), que fué el mucho fruto que en estos reinos se hace: pues los cuatro religiosos, después que vinimos, hemos bautizado al pie de seis mil indios (infieles); y de estos los que yo he hecho cristianos llegan a mil quinientos; que para ser yo nuevo en la tierra, no ha sido poco número. Pero no he llegado a la medida de mis deseos; que si en mi mano estuviera, no hubiera alma que no redujera al verdadero conocimiento de la fe de Cristo Señor nuestro; pagándole con esto alguna parte de lo mucho que su divina Majestad padeció por el género humano».

«Es esta tierra frigidísima; tanto que acaece muchísimas veces helarse el vino en el cáliz y vinajeras, diciendo misa. Nieva todos los años una pica en alto. Los vientos, que a tiempos hay, son terribles y frígididos en extremo; y por esta causa, grandísimos los trabajos y descomodidades que tenemos los religiosos, que, como andamos siempre escondidos y recelándonos de que no nos cojan, muchas veces sucede habitar y dormir en partes tan desabrigadas y expuestas a las

inclemencias del cielo, que milagrosamente sustentamos las vidas».

«Pero lo que nos sirve de abrigo y defensa en semejantes calamidades es considerar que es su divina Majestad por quien las padecemos; y armados con esta consideración, todo se nos hace fácil y gustoso; y estimamos más estos trabajos que cuantos regalos y pasatiempos tiene el mundo».

«Es la gente buena; y los que se bautizan buscan con grandísimas ansias la salvación. Podré decir con verdad que, de los que he hecho cristianos, los más de ellos en un mes aprendieron casi todas las oraciones: que no es de poco consuelo ver cuán a pechos lo toman, después de haberse determinado a dejar sus errores».

«Ahora nuevamente ha enviado el emperador mandatos apretadísimos a los *señores* de estos reinos, para que hagan en ellos pesquisa de los ladrones espirituales. Su divina Majestad nos ayude y socorra en semejantes aprietos y persecuciones, como ha hecho en otras: y si fuere de su servicio, dispuesto estoy con el alma y la vida a padecer cuantos incendios y tormentos pueda el tirano imaginar ni inventar. Pero soy tan miserable y malo que no mereceré que Dios me haga tanta merced y señalado favor que llegue a dar la vida por su amor.»

«Estamos todos los ministros cada cual en su reino, y algunos acuden a dos o tres: y si hubiera cincuenta ministros más, hubiera bien en qué ocuparse.

Son raras las veces que nos vemos, porque los tiempos y las ocasiones no nos dan lugar a ello».

«Cuando salí el año pasado de Nagasaki, dejé orden a mi compañero para que, de la pobreza que le quedaba, acudiera con su parte a la costa que los religiosos habían de hacer en el viaje que se trataba a esa tierra (Manila), enviando allá de estos reinos navío y marineros. Escribeme el P. Fr. Vicente que no tuvo efecto el viaje. Confío en nuestro Señor que V. R. nos socorrerá con algunos compañeros que nos ayuden a trabajar en esta viña, donde es tan conocido el fruto que se hace».

«Y no le atemoricen a nadie los trabajos y persecuciones que en ella se pasan, para no venir; pues comparados con los regalos y consuelos que su divina Majestad comunica, todos son gustosos y llevaderos. Y cuando la consideración de las descomodidades que por acá hay les resfriase el espíritu, foméntenlo considerando cuán lastimosa cosa es el que se pierdan tantos millares de almas, por no haber quien les enseñe el camino de la salvación; y de cuánto merecimiento sea la conversión de una alma sola, y las ventajas con que nuestro Señor paga cualquier trabajo, por pequeño que sea, padecido por este respeto».

«¡Ea, mis queridos Padres y hermanos! Atropellemos con los de la carne y sangre, y no se nos ponga nada por delante para no emprender tan heroica empresa. Esto quisiera persuadir a cada uno en particular con lágrimas nacidas de lo íntimo de mis entrañas;

porque sé lo mucho que conviene el que haya ministros del santo evangelio en esta tierra, respecto del mucho fruto que se hace; y de cuánta gloria es de nuestro Señor los trabajos y persecuciones que pasan los religiosos».

«De Nagasaki escribirá el P. Fr. Vicente, como quien los experimenta. Acá hubo nuevas, aunque inciertas, de que el gobernador (de Filipinas) había tomado la isla Formosa, echando de ella al holandés. Si es verdad, suplico a V. R. con el encarecimiento que puedo, envíen allá un par de religiosos que funden: que hay esperanzas que en pocos años se hará una ciudad tan buena como Manila: y habiendo allí religiosos, podremos con facilidad ser socorridos los desterrados en estos valles de lágrimas; pues está en el medio camino. Esto pido y suplico con grandísimas veras».

«Guarde nuestro Señor a V. R. y dele mil años de vida para bien y aumento de esta pequeña planta. A todos mis padres y hermanos quisiera escribir en particular; mas ya he dicho que el tiempo no me dá lugar. A todos envío mis saludos, y a todos pido con encarecimiento no se olviden de este pobre de toda virtud en sus santos sacrificios y devotas oraciones.—Hoy a 26 de marzo de 1627.—De este reino de Nagay (Nangaye o Nangaxi).—Humilde hijo de V. R., Fulgencio Ortega; alias Fray Francisco de Jesús (1)».

(1) Crón. t. 2.º, pág. 182.—Firma Fulgencio Ortega, porque así lo hacía en las cartas a los misioneros, para no ser descubierto, si las secuestraban: lo que era frecuente.

¡Cómo se ve por esta carta que la mies era mucha y pocos los obreros! ¡Con cuánto empeño suplica a su superior de Manila que envíe más religiosos! ¡Y con qué fervor anima a estos a despreciar las contrariedades por el sumo gozo de la salvación de una sólo alma! Infatigable en su labor, él, tan enemigo de la mentira como de la vanidad, les manifiesta, para animarlos, que en sólo nueve meses había hecho mil quinientos cristianos. ¡Cuántos no haría en los dieciocho siguientes que permaneció en aquella región!

El P. Provincial de Filipinas Fr. Andrés del Espíritu Santo, en una carta que escribió al Vicario General, con fecha 28 de julio de 1629, informándole sobre los sucesos del Japón, le dice: *De sólo uno, que es el Padre Fray Francisco de Jesús, hemos visto, en relaciones que han tenido los Padres de San Francisco, que él sólo ha bautizado más de siete mil japones.* ¡Oh varón verdaderamente celoso de la gloria de Dios! No declara él la cifra; la declaran sus compañeros de una Orden distinta, para que no haya lugar a duda. Más de siete mil catequizados y bautizados por él, son más de siete mil títulos conquistados para reinar con Cristo en la gloria, en frase de San Agustín, que afirma que el que salva una alma tiene ya la suya predestinada.

¡Cuántos trabajos, privaciones y sobresaltos supone esa vida constante de apostolado! Porque aunque en aquellos reinos de oriente la gente era buena, como él dice, sin embargo, llegaban hasta allí las órdenes

de persecución de los tiranos del centro y del suroeste: y si los *Tonos* o gobernadores no querían ejecutarlas, por su bondad natural, no faltaba pretexto para mortificar a los misioneros.

En diciembre de 1627, el P. Francisco había llegado en sus correrías misioneras hasta Wakamatsu, en el reino de Iwashiro; y con su actividad y celo consiguió hacer cristianos a todos los habitantes del pueblo. El bonzo o sacerdote de los ídolos observó que nadie acudía a su pagoda; y viéndose privado hasta de lo más necesario para la vida, porque sus antiguos feligreses se negaron a socorrerle con sus limosnas, se presentó al Tono a decirle que se moría de hambre y que, o castigase a los nuevos cristianos o se encargase él de sustentarle. El Tono le respondió que se hiciese labrador para ganarse el sustento; ya que había demostrado que no sabía enseñar ni convencer al pueblo de que no se hiciese cristiano. Sin embargo, temiendo el Tono ser acusado ante el emperador de que no cumplía sus mandatos, declaró la persecución intimada, pero sólo con apariencias de tal y sin ningún rigor.

Más rigurosa fué la persecución que estalló el 18 de abril de 1628 en Yonezawa, donde tanto había trabajado el P. Francisco: pues no solamente destruyeron a muchos cristianos y los despojaron de sus bienes, sino que el Tono publicó un bando, en el que prometía ciento cincuenta taeles (duros españoles) al que le entregase al misionero que los hacía cristia-

nos. En estos y otros muchos casos semejantes el P. Francisco se veía obligado a huir a toda prisa, siempre con lo puesto, pues no tenía más, y disfrazado de mujer o de mendigo, bajo la protección decidida de sus leales convertidos.

Esta serie de persecuciones, aun en las regiones más pacíficas del Japón, impedían o, a lo menos, mer-maban en grandes proporciones el fruto espiritual, que con tanta abnegación procuraban los misioneros. Pero no era esto, con ser tan desagradable, lo que más les afligía. Era otra, de muy distinta índole, la persecución que sufrían, y de la cual temían los más funestos resultados.

Como desde que murió el obispo del Japón, don Luis Sequeira, no había entrado en el imperio su sucesor, por los decretos de feroz persecución iniciada el 1613, actuaba de Vicario del obispo el superior de los jesuítas; y estos, sin que nadie pudiese explicarse la razón, estaban empeñados en que saliesen del Japón todos los misioneros de las demás Ordenes religiosas, para quedarse ellos solos, con gran detrimento del progreso espiritual y de la caridad cristiana.

«Creo,—dice el P. Diego de San Francisco en sus »*Relaciones* citadas—(1), Dios lo permite para nuestro »ejercicio; pues tantos años há que porfían para echar- »nos del Japón; como aparece por los Breves que han »procurado para ello, y por el memorial que, dice

(1) Pág. 34. Op. cit.

»nuestro hermano Fr. Pedro Bautista, que dió el Padre
»Pedro Morejón tres o cuatro años há al Rey, de que
»ahora más que nunca convenía que se pusiesen en
»ejecución los Breves de Gregorio XIII, para que no
»vengan religiosos a Japón de otras Ordenes, etcéte-
»ra. Querrá Dios que algún día caigan en la cuenta,
»y cesen de darnos pleitos con el Rey y con el Papa
»y aquí con los cristianos.»

Pero a pesar de esta oposición lamentable, como los misioneros no recibieron orden de abandonar el campo de su legítima autoridad eclesiástica, continuaron trabajando con tesón inquebrantable, puesta su confianza en Dios. Y Dios salió por ellos: pues poco tiempo después el Papa Urbano VIII mandó al Superior General de los Agustinos Recoletos que enviase más religiosos al Japón, en vista del mucho fruto espiritual obtenido por los PP. Francisco y Vicente.

Entre tanto, el P. Francisco no se limitaba a convertir idólatras, sino que les proporcionaba armas espirituales para conservar su fé y defenderla contra todos sus enemigos. Para ello establecía en todas partes la Cofradía de la Cinta, como la llamaban entonces, o de la Santa Correa: y con ese distintivo y con las prácticas espirituales, que lleva anejas, se enfervorizaban y robustecían de tal manera, que muchos de ellos, de ambos sexos, y de toda edad y condición, buscaron y encontraron alegres la palma del martirio.

No cesaba de dar gracias a Dios el P. Francisco

por los numerosos triunfos de su divina gracia; pero insaciable en sus deseos de conquista, lamentaba no poder multiplicarse para atender a mayor número de almas: y enterado de que los españoles habían tomado la isla de Formosa, que está a la mitad de camino en la ruta de Manila al Japón, lo primero que le sugirió su deseo fué pedir al P. Provincial que fundase convento en dicha isla para el mejor servicio espiritual del Japón. Era verdad lo primero; pero no se pudo lograr lo segundo por inescrutables juicios de Dios.

El Gobernador General de Filipinas, don Alonso Fajardo de Tenza, enterado de que los holandeses ejercían la piratería en los mares de China y del Japón y de que impedían toda comunicación comercial con estos imperios, se resolvió a tomar la isla Formosa y a fortificarla, porque desde ella podía un barco en pocas horas ir a fondear en un puerto chino o japonés. Ordenó que se hiciesen los preparativos del caso, pero se malogró su intento, porque murió a los pocos días.

Su sucesor en el gobierno, don Fernando de Silva, recogió y aprobó el proyecto de su antecesor; y con una fuerte Armada tomó posesión de Formosa el año 1625, fundó una ciudad y una fortaleza, y las dejó guarnecidas con trescientos españoles armados; y además señaló lugares, para que en ellos pudiesen fundar conventos todas las Ordenes religiosas que había en Manila, como se lo habían suplicado sus respectivos superiores. Del lugar señalado para convento de

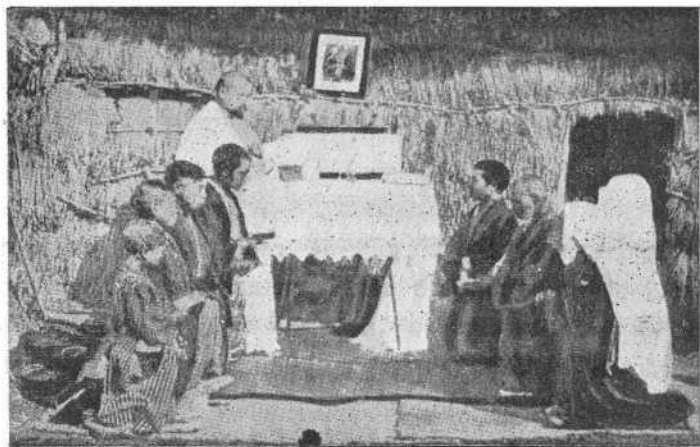
agustinos recoletos, tomó posesión, en nombre del Provincial, el capitán Carreño de la misma Armada.

Entró después don Juan Niño de Tabora en Manila, nombrado Gobernador del Archipiélago, quien quiso perfeccionar y ultimar lo hecho por su antecesor; y despachó para Formosa otra fuerte Armada al mando del Almirante don Andrés de Esguerra, en la cual iba el P. agustino recoleto Fr. Antonio de la Madre de Dios con otro religioso compañero, a fin de fundar convento en la isla. Pero cuando la Armada estaba doblando el cabo Bojeador, fué sorprendida por tan violento tifón que la inutilizó para el viaje, y con grandes dificultades pudieron salvarse las personas.

Esta desgracia quebrantó el ánimo de los españoles hasta el punto de abandonar la empresa; y despertó la codicia de los holandeses, que se apoderaron de la isla.

No pudo, pues, cumplirse el deseo del P. Francisco; aunque el P. Provincial no perdonó medio para que fuese una realidad.





Capilla japonesa



CAPITULO XX

Sumario: *Sale de Figashi para Nagasaki.—Se detiene en la isla Firaxima.—Reliquias de mártires.—Labor constante.—Es detenido.—A la cárcel.*

MIENTRAS el P. Francisco recorría la parte norte del Japón, trabajando sin descanso en la conversión de los gentiles, en el extremo suroeste, en los reinos próximos a Nagasaki la persecución a todo lo cristiano arreciaba de manera alarmante. Algunos misioneros y seglares convertidos habían sufrido los rigores del martirio; y todos los demás andaban huídos y ocultos sin poder dedicarse a sus faenas espirituales.

Ante esa disminución de operarios evangélicos el P. Vicente de San Antonio escribió al P. Francisco, dándole cuenta del estado ruinoso de aquella cristianidad y suplicándole encarecidamente que regresase del Figashi, porque hacía mucha más falta en Nagasaki.

Por esta y otras muchas razones, como dice el mismo P. Francisco, sin expresarlas en ninguna de sus cartas, determinó regresar al lugar de su partida; se despidió

del franciscano P. Diego, le dejó en agradecimiento de sus bondades casi cuatro chinantas de cera (unos veinticuatro kilos de velas), más de arroba y media de vino de Castilla para celebrar misa y una frazada o manta peluda para su servicio. Le dejó además dos recados de decir misa, que estaban integrados por casulla, alba, misal, cáliz, vinajeras, etc., para que los guardase, en previsión de que más adelante pudiesen venir agustinos recoletos; y el día 22 de septiembre de 1628 salió de Nagaye para Ximo, donde se detuvo hasta el 8 de octubre para catequizar y bautizar: luego pasó a Usaca (Wakasa), donde también estuvo ocho días entregado a sus santas ocupaciones; y saliendo de este punto el 16 de octubre, llegó a Firaxima (Hirashima), isla próxima a Nagasaki, el 4 de noviembre, después de treinta y un meses de ausencia.

Cuando llegó a la citada isla, el corazón le empujaba y los brazos se le abrían para dar a su querido hermano y abnegado compañero el P. Vicente el saludo de un abrazo fraternal; pero sintió con amargura desvanecerse sus deseos ante los formidables obstáculos que le oponía la persecución. Todo lo encontró cambiado, todo maltrecho, todo derruido. Tomó para albergue una choza de paja en los montes de Firaxima, isla del reino de Onura, distante treinta leguas de Nagasaki: y allí fué reconocido por los cristianos fugitivos por medio de la contraseña que usaban. Por ellos supo la feroz crueldad con que eran

perseguidos, y ellos le disuadieron de ir a unirse con el P. Vicente, por el peligro cierto que corría de perder su vida.

Ante esta nueva contrariedad, se resignó a no ver y abrazar por entonces a su compañero; y se limitó a escribirle anunciándole su regreso del Oriente y su escondite en aquellos montes y pidiéndole noticias de la situación. No faltó un japonés, que se ofreció a llevar la misiva al P. Vicente y a traerle su contestación, y que con todas las precauciones del caso logró llevar a efecto sin grandes contratiempos.

Por este medio supo que el gobernador Kawachidono (1) mandó que ninguno saliese de los términos de Nagasaki ni entrar en ellos sin renegar primero de su fe católica; que no se diese alojamiento a ningún español ni chino; que no entrase cristiano alguno en las casas de los españoles ni de los chinos, ni estos en las de los cristianos; que ninguno recibiese objetos de otros para su custodia sin declararlo antes al jefe de su calle; y que el que tenía algún depósito lo manifestase y entregase. Con esta disposición pretendían apoderarse de todos los objetos del culto.

Luego llamó a los regidores y jefes o cabezas de cada una de las calles de la ciudad, y les obligó a renegar de su fé, ofreciéndoles grandes bienes si lo hacían, y amenazándoles con la muerte si lo rehusaban. Ordenó además, para evitar las fugas o entradas noc-

(1) Dono significa señor. Kawachi-dono, señor de Kawachi.

turnas, que las puertas de la ciudad permaneciesen cerradas desde la puesta del sol hasta su salida.

A pesar de estas órdenes tan vejatorias, no pasaron de diez los que renegaron; y esos lo hicieron para verse libres del pago de sus deudas, como se lo habían ofrecido.

Airado Kawachi por su fracaso, mandó martirizar juntos a tres sacerdotes y un lego, jesuitas, y cinco japoneses cristianos: y el día 20 de junio de 1626 fueron todos quemados vivos. Con estos debían haber muerto Alvaro Muñoz, Baltasar de Souza y Juan de Acosta; pero los tres renegaron aquel mismo día; y las tres columnas dispuestas para ellos quedaron vacías.

Estos y Diego de Acosta, que había renegado unos días antes, fueron después los verdaderos Judas que más daño hicieron en aquella cristiandad.

Como tampoco con este escarmiento lograron aumentar el número de renegados, el gobernador encargó a los cuatro Judas, bien retribuidos, que formasen varias cuadrillas de cinco individuos, y que recorriesen todas las casas, calles y caminos exteriores, para prender y despojar a todos los cristianos.

Enterado de esta violenta persecución el P. Francisco, renunció con harto sentimiento de su corazón a trasladarse a los montes donde se ocultaba el Padre Vicente; y convinieron en comunicarse por cartas.

Entre tantas malas noticias recibió del P. Vicente una que inundó de alegría su corazón. Tres japoneses, a los cuales el P. Francisco había catequizado y bau-

tizado, y por su probada virtud les había vestido el hábito de Mantelatos o Terciarios agustinos recoletos, habían dado gloriosamente su vida por Jesucristo. Eran las primicias triunfantes de su apostolado; y se llamaban: Paulo, natural de Namexi, que fué decapitado el 4 de mayo de 1628: Simón, natural de Yenoxima, que fué quemado vivo el 15 de septiembre de 1628: y Andrés, natural también de Yenoxima, que fué quemado vivo con el anterior el 15 de septiembre de 1628.

Como eran sus primeros hijos espirituales que habían recibido la corona del martirio, ya que no los vió triunfar, como los vió el P. Vicente, quiso recoger sus sagrados restos y los de otros mártires que triunfaron con ellos, a fin de que se les diese el honor del culto público que la Iglesia rinde a los mártires de Jesucristo.

Tal empeño en aquellas circunstancias parecía una gran temeridad: pero el P. Francisco, que tenía por compañera y amiga inseparable a la adversidad, y que estaba acostumbrado a vencer obstáculos casi insuperables, juzgó sencilla aquella empresa, a la que dedicó desde el primer momento todas sus energías y todo su escasísimo caudal.

Conoció por el testigo de vista P. Vicente el lugar donde habían sido arrojados y sepultados los cuerpos de los mártires, y hacia él desplazó algunos cristianos japoneses para que unidos a los demás testigos, que ya habían recogido algunos y sabían el punto exacto y los nombres de los restantes, los fuesen colocando

en sitio seguro y en condiciones de ser transportados. Innumerables fueron las diligencias que tuvo que hacer para lograr el reconocimiento fiel y verdadero de los ocho cuerpos que consiguió reunir, como también los trabajos, fatigas, apuros y sobresaltos que hubo de experimentar en sus gestiones, junto con los recursos que se vió precisado a arbitrar para cubrir los cuantiosos gastos que reclamaba la empresa.

Pero todo lo venció su tesón indomable y su exaltado anhelo de glorificar la memoria de sus primeros hijos espirituales, que con tanta gallardía habían rubricado con su sangre la verdad de las enseñanzas que de él habían recibido.

En sus gestiones le ayudó eficazmente una vieja japonesa, llamada Catalina, Mantelata o Terciaria profesora agustina recoleta, a la cual él mismo había dado el hábito y profesión, y a la que llamaban *Bicuni*, que equivale a nuestra palabra monja, porque era la presidenta de todas las Terciarias y Cinturadas recoletas del Japón.

Acompañado de esta iba él, unas veces disfrazado de esclavo; otras, de mujer como ella; ya de simple japonés o también de mísero mendigo. Bajo estos disfraces hacía a su sabor las investigaciones que deseaba: y aunque no faltaron ocasiones en que estuvo a punto de ser detenido, porque su mismo aspecto exterior o su acento extranjero le denunciaban, por esos medios consiguió apoderarse de los cuerpos o huesos principales de ocho mártires, transportarlos ocultos

entre cargas de leña o sobre sus propios hombros, colocarlos en cajoncillos en cuyo interior dejaba testimonio escrito y firmado por él mismo del nombre y reliquias del mártir que cada uno contenía, y depositarlos en lugar seguro, únicamente conocido por la fervorosa y leal Bicuni Catalina.

Así consiguió recoger los restos de los cuerpos de los tres Terciarios recoletos Paulo, Simón y Andrés y los de cinco mártires más que murieron con ellos. Los acondicionó en doce cajoncillos; y como entonces le fué imposible enviarlos a Manila, a fin de que no desapareciesen entre las ruinas de la persecución, escribió después al Provincial con fecha 26 de octubre de 1630, y le decía: «Aquí en dos lugares dejamos depositados once cuerpos de santos mártires, que no nos costó pequeño trabajo y plata el agregarlos. Si alguno de nuestros hermanos viniere por acá algún tiempo, Catalina la Bicuni de los Descalzos Agustinos (que por este nombre la sacarán de rastro), dará cuenta de ellos.»

Aquí dice once cuerpos; pero indudablemente quiere decir once bultos con restos de cuerpos; y aun después rectifica el número once por doce: pues dos años después, cuando los envió a Manila en un barco de su amigo el capitán Jerónimo de Macedo, le escribía al Provincial con fecha 2 de abril de 1632, y le decía: «Por vía del capitán Jerónimo de Macedo van doce cajoncillos de santos cuerpos de mártires dentro de ellos; y en las cartas va la declaración de qué santos

«son, con el mejor modo que pudimos averiguar. Es-
»pero en nuestro Señor que, por intercesión de los
»santos, cuyos cuerpos van para ser venerados y hon-
»rados (esta es la gloria y honra de nuestro Señor),
»han de llegar a salvamento; para que esa Provincia
»y los de España gocen de la preciosa fruta que en
»esta tierra se recoge. Y yo, por el trabajo que así
»en juntarlos como en enviarlos me ha costado fuera
»y en estas prisiones y cárceles, confío en particular,
»lo uno ser favorecido y socorrido de los santos már-
»tires; y lo otro, de todas las oraciones devotas y
»santos Sacrificios de todos nuestros Padres y Her-
»manos de nuestra sagrada Religión.»

Llegó el junco (barco) del capitán Macedo sin novedad a Manila el año 1632, y toda la ciudad presidida por las autoridades civiles, militares y eclesiásticas salió a recibir las sagradas reliquias: el capitán Macedo hizo entrega de estas ante el escribano real con todos los requisitos del derecho, y fueron llevadas en manifestación pública y con grandes muestras de regocijo al convento de Agustinos Recoletos, donde quedaron depositadas.

El año 1633, trajo al convento de Madrid tres de los cuerpos el P. Francisco de la Purificación: y los otros cinco están en el oratorio del convento de Manila, con un traslado auténtico de la información que se hizo para reconocerlos enseguida que llegaron, ante el obispo de Cebú don Pedro de Arce, y las tres certificaciones originales y firmadas por el P. Francisco de Jesús,

que dicen así: «Este es el cuerpo del santo mártir
»Paulo, natural de Namexi. Fué degollado *in odium*
»*Christi* a cuatro de mayo del año de mil y seiscien-
»tos y veinte y ocho. Y por verdad lo firmé de mi
»nombre. Fray Francisco de Jesús». — «Este es el cuerpo
»del santo mártir Simón, natural de Yenoxima. Fué
»quemado vivo *in odium Christi* a quince de setiem-
»bre, el año de mil y seiscientos y veinte y ocho. Y
»por verdad lo firmé de mi nombre. Fray Fran-
»cisco de Jesús». — «Este es el cuerpo del santo mártir
»Andrés, natural de Yenoxima. Fué quemado vivo *in*
»*odium Christi* a quince de setiembre de mil seiscientos
»y veinte y ocho. Y por verdad lo firmé de mi
»nombre. Fray Francisco de Jesús».

Afanoso andaba todavía en la piadosa tarea de embalar las sagradas reliquias de los mártires, cuando le llegaron noticias de Figashi dándole cuenta de un nuevo brote de persecución en aquellos reinos. Sesenta y cuatro cristianos habían sufrido con valentía los más crueles martirios, en Nagaye, donde él trabajó tanto: y de ellos la mayor parte eran hijos suyos espirituales: y este nuevo triunfo no solamente le compensaba de todos sus trabajos y penalidades, sino que despertaba en él una santa envidia y le estimulaba a una mayor actividad con total desprecio de sus perseguidores. Las victorias de los suyos eran tan numerosas como rotundas: y si la tristeza obnubilaba a veces su alegría hasta hacerle derramar amargas lágrimas por cobardes apostasías de algunos, aunque no catequizados por él,

su espíritu se reanimaba y se confortaba en Dios ante casos como el de Yedo (Tokio), en que un criado del mismo emperador no pudo ser derribado con los mayores halagos y tentadoras promesas, y sufrió impávido el tormento de aserrarle de hombros abajo, durante tres días, con sierras de caña, hasta derrotar al tirano con su muerte. El adúlador Arimadono (señor de Arima) quiso halagar al emperador sometiendo al mismo suplicio a tres súbditos suyos: pero también triunfó la gracia divina sobre la malicia del tirano. Así iba creciendo el número de mártires, que aquel año llegaba a ciento cuarenta.

En la misma proporción que desaparecían de la tierra los triunfadores, aumentaban en el P. Francisco los grados de celo para producir otros nuevos. También en Firaxima y sus contornos encontró algunos huidos que empezaban a flaquear en sus creencias y no pocos que por el temor de verse despojados de todo y de experimentar tan horribles suplicios habían desertado del ejército cristiano; y a estos comenzó a buscar con especial solicitud, y los exhortaba y los robustecía y los animaba a sufrir unos fugaces tormentos a cambio de una vida eternamente feliz. Con estos empleaba todos los recursos materiales que obtenía de limosnas, todo su cariño, toda la fuerza viva de su persuasión; y consolidaba a los unos y reconquistaba a los otros y los vestía con la vestidura de salud del hábito de Terciarios recoletos o de cofrades

de la santa Correa, que no estaba tan floreciente como al principio por el rigor de la persecución.

Esta vida agitada, inquieta, febril, infundía extraordinario valor a los tímidos; pero a él lo ponía en grave riesgo de perder su libertad. Cuatro semanas estuvo una vez escondido en el hueco de una como pequeña sepultura, en la que apenas cabía sentado, mientras los esbirros olfateaban como hienas y removían la maleza alrededor en busca de su presa. Pero estos apuros y sobresaltos ya no le hacían mella alguna; los calificaba de episodios sin valor alguno para lo que él deseaba; y ya no sabía qué hacer para hacerse digno de que Dios accediese a sus deseos. Pensó entonces no volver a huir ni ocultarse: pero creyó que acaso esta resolución no agradaría a Dios por privar a las ovejas de su pastor: y cuando estaba en esta incertidumbre, tuvo indicios claros de que se aproximaba el término de su campaña.

Era una noche del mes de junio de 1629: en una casa bastante amplia de la isla de Firaxima se habían reunido muchos cristianos con las debidas precauciones para escuchar la divina palabra, recibir los sacramentos y oír la santa misa. A las dos de la madrugada había terminado el P. Francisco de confesar a todos, y empezó el santo sacrificio de la misa, ayudado por el dueño de la casa, un piadoso portugués de Macao, llamado Roberto de Payva. Si siempre la decía con suma devoción y reconcentrado fervor, aquella noche, en que le pedía a Dios el honor del mar-

tirio, parecía anegado en el divino amor. Llegó a la parte de la ablución de las manos; y al pronunciar las palabras litúrgicas: *Lavabo inter innocentes manus meas*, notó que de sus manos brotó sangre en cantidad que tiñó de ella toda la toalla o cornejal, sin tener herida alguna, y que cesó de repente. El ayudante Roberto, emocionado ante el caso, guardó el cornejal con suma devoción, como preciosa reliquia de aquel a quien todos tenían por santo. Algún tiempo después dió un pedacito del mismo, en Macao, al P. Agustín de Jesús María, que fué comisionado por nuestro P. Provincial para gestionar con el señor obispo de Macao la entrega de los procesos de beatificación de nuestros mártires del Japón, allí incoados; y tanto entonces como cincuenta años después, dice un cronista, estaba la sangre como recién vertida sobre el cornejal.

El P. Francisco, que vió en aquel suceso la concesión misericordiosa de Dios que había escuchado su ruego, rompió en íntimas acciones de gracias, acompañadas de abundantes lágrimas, que brotaban de sus ojos ardientes y amorosas: luego dió la sagrada comunión a todos los concurrentes y, terminada la misa, volvió a exhortarlos a la perseverancia y a seguirle a él en la jornada que pronto iba a terminar. Salieron aquellos fervorosos cristianos como salían los primitivos de las catacumbas, con la mente puesta en Dios y el corazón en llamas para ofrendar su vida en testimonio de su fe.

No podía ya el P. Francisco estar más tiempo sin ver a su querido compañero el P. Vicente, y le llamó por carta para comunicarle sus impresiones y para darle acaso el último abrazo de despedida.

Muy difícil y arriesgado era para el P. Vicente acudir a la cita, porque todas las entradas y salidas de Nagasaki y sus alrededores estaban tomadas por los esbirros; pero, echando el resto, como él dice, y ayudado por los cristianos, se embarcó y llegó a la isla de Firaxima (donde había amainado la persecución), el día 27 de agosto de 1629. Allí se dieron los dos héroes el abrazo fraternal, efusivo, tierno, lloroso, prolongado, después de tan larga ausencia; y juntos estuvieron todo el día siguiente celebrando espiritualmente la fiesta de N. P. San Agustín en mutua comunicación de impresiones y en pláticas saturadas de celestial perfume; aunque en lo material no les faltó la correspondiente escudilla de arroz y la sardina, que les proporcionó una buena cristiana.

Al día siguiente se despidieron; pero viendo el Padre Vicente que no podía entrar en Nagasaki, se pasó al reino de Arima, donde recibió carta del P. Francisco en que le anunciaba su llegada al pueblo de Mixe, distante cinco leguas de Nagasaki. Allí se vieron de nuevo y se consolaron: pero como los cristianos manifestaban gran temor de ser detenidos, por no comprometerlos, se separaron al día siguiente. Entonces supieron que acababan de apresar al P. Bartolomé, agustino calzado: y con este motivo se alejaron

más. El P. Francisco fué al pueblo de Yokinowra, a nueve leguas de Nagasaki, y allí se guareció en los montes.

Recorría por entonces aquellos lugares un japonés, apóstata, que había sido doshico o ayudante del jesuíta P. Benito Fernández, y que buscaba a este por el gran premio ofrecido por el tirano: sabía que el P. Benito había estado escondido en los montes de Yokinowra; y acompañado de una cuadrilla de infieles iba examinando todos los escondrijos con exagerada minuciosidad. Desconfiado ya de conseguir su objeto, iba ya a desistir de sus pesquisas, cuando de pronto y sin pretenderlo sorprendieron al P. Francisco de Jesús, postrado en tierra, que en fervorosa oración ofrecía alegre a Dios el sacrificio de su vida. Era el día 18 de noviembre de 1629.

Rugiendo de alegría, como fieras hambrientas al devorar su presa, lo ataron cruelmente, y a la mañana siguiente lo condujeron a Nagasaki entre burlas, ultrajes y empellones. El P. Francisco, acostumbrado a las mayores penalidades, recibía estas como un nuevo don de Dios; y alegre y risueño iba entre sus verdugos predicando en alta voz las verdades de la fe católica y condenando los errores de la idolatría. Era inútil que le mandasen callar: cada vez predicaba con mayor entusiasmo, y cada vez recibía mayor número de bofetadas y de palos. Sabía él que ningún fruto habían de producir sus palabras; pero iba tan gozoso

a la cárcel, que buscaba nuevos méritos para hacerse digno de la corona del martirio.

Llegaron al palacio del gobernador de Nagasaki; y, al verse en presencia del tirano, lo primero que hizo el P. Francisco fué besar el suelo, mientras decía en voz alta que lo besaba por reverencia a los muchos mártires que lo habían pisado. Luego habló al tirano en nombre de Dios, manifestándole sus errores y reprochándole sus injusticias con tanta unción y vehemencia que en todos los oyentes se hizo visible la emoción. Sólo el juez inicuo permaneció impávido, y mandó que lo metiesen en la cárcel que había en el mismo palacio. En ella encontró al P. Bartólomé Gutiérrez, agustino calzado, y al P. jesuíta japonés Antonio Pinto y además muchos cristianos seculares. Con él entró preso su fiel doshico Sampe.

Su entrada en la cárcel fué algo semejante a lo que debe de ser la entrada en la sala de espera del paraíso. Una explosión de alegría, con aplausos, enhorabuenas, abrazos y cánticos de acción de gracias, conmovió todo el recinto carcelario. Eran los soldados de Cristo que recibían a uno de sus jefes, y que ya consideraban como segura la corona de la gloria después del último combate que anhelaban con vehemencia.

Luego le pusieron grillos en los pies; y allí quedó el P. Francisco dando gracias al Señor por lo que siempre había deseado. Y puesto que ya no ha de salir de la cárcel sino para el cielo, dejémosle por ahora, para buscar al P. Vicente de San Antonio.



Idolo japonés



CAPITULO XXI

Sumario: *Labor apostólica del P. Vicente.—Médico afamado. Brotes de su ingenio.—Presencia un martirio.—Cruel persecución.—Proyectos frustrados.—Se reunen los PP. Francisco y Vicente.—Es preso el P. Vicente.*

A los ocho días de estar juntos los PP. Francisco y Vicente en el monte donde tenía su cabaña el Padre Bartolomé, llegó allí el Superior de los franciscanos; y viendo que en aquella humilde choza no podían vivir los tres por su angostura, consiguió tras prolongada porfía que el P. Francisco autorizase al P. Vicente para que se fuese a vivir con aquél en otro monte, donde tenía más amplia guarida. En virtud de ese acuerdo, el día 8 de noviembre de 1623 salieron de allí el P. Superior de los franciscanos y el P. Vicente, y aquella misma noche llegaron a una parte de un monte distante tres leguas de Nagasaki, donde había una pobre vivienda capaz para ellos dos y otros dos franciscanos que habían ido de Manila con el P. Vicente. A corta distancia en el mismo monte tenía su morada un P. dominico, que también se les había ofrecido

para todo; y no era de poco consuelo para todos el poder verse con frecuencia y asistirse en sus necesidades espirituales.

Allí, entre el bosque y la espesura de las jaras, escondido como si fuera delincuente, comenzó el Padre Vicente a aprender el idioma japonés, que le era absolutamente necesario para su ministerio. Terrible y muy difícil de aprender, dice él en su humildad que era para ingenios tan toscos como el suyo. Es natural que al principio encontrase grandes dificultades en su aprendizaje, porque aquel idioma no tiene relación alguna con ninguna de las lenguas europeas: pero su gran capacidad intelectual y su constancia en el estudio superaron todos los obstáculos y le pusieron pronto en condiciones de entenderse con todos los indígenas.

Su carácter resuelto y emprendedor y su vivo anhelo de hacer bien a las almas lo lanzaron muy pronto a la vida activa, en la cual estaba seguro de conocer más fácilmente las costumbres del país y de poder llegar a dominar el idioma: y comenzó a bajar a Nagasaki, disfrazado unas veces de japonés rico; otras, de pobre; algunas, de portugués; nunca, como es natural, con su hábito religioso; porque hubiera sido detenido.

En traje de portugués comenzó a adquirir amistad con los muchos de Macao, que allí se habían establecido como comerciantes, que habían formado su hogar y familia, y que eran todos ellos buenos cristianos. A estos se descubrió como religioso agustino

recoleta; y de todos obtuvo el sincero ofrecimiento de su ayuda material y de su segura defensa en sus casas.

Disfrazado de japonés rico, se dedico a observar a los de esta clase y a conocer sus ideas religiosas y su influencia en los diferentes sectores de la ciudad y, sobre todo, cerca de las autoridades, para preverse de todo peligro.

Como japonés pobre y como esclavo se enteró de las costumbres de los cristianos, que lo eran en su mayoría, de sus escondrijos, de sus juntas, del santo y seña para reconocerse en caso de paz y de persecución y de los medios más a propósito para atender a sus necesidades espirituales.

Fué un sondeo en toda regla, amplio, minucioso, detallado, el que hizo por todo Nagasaki y sus arrabales: y de él sacó la convicción de que para su labor espiritual lo mejor y más seguro era ir vestido de pobre o de esclavo. Y en esta forma comenzó su campaña misionera.

Sin otro domicilio que su choza del monte, a tres leguas de la ciudad, y que sólo visitaba cuando la necesidad le urgía, tan pronto dormía en el centro como en cualquiera de los extremos de la urbe; puede decirse que todas las casas eran suyas: y como su comida se reducía a un poco de arroz, o frijoles o verdura o algún pescadillo, en todas partes se la daban con generosidad, porque ya sabían que él luego la pegaba con creces. Para estos pagos y para las continuas limosnas con que socorría a los enfermos y

menesterosos acudía a sus amigos los portugueses, que con la mayor satisfacción le daban siempre más de lo que pedía.

Para poder obrar con mayor libertad y disimulo, adquirió una pequeña cesta; la ocupaba con frutas, verduras, pescado u otras cosas que le daban sus amigos, y recorría las calles anunciando su mercancía a grito pelado; con el cual pretexto penetraba en todas partes sin mayores molestias. Estas eran las ocasiones que él aprovechaba para hacer su propaganda religiosa. Entonces catequizaba a los paganos y los iba preparando para recibir el bautismo: entonces instruía a los neófitos, bautizaba a los niños de los cristianos y a los adultos convertidos, confesaba a todos los que lo deseaban, celebraba misa, administraba la sagrada comunión, y cuando había algún enfermo grave, lo confortaba con los santos sacramentos de penitencia, viático y extrema unción y no se apartaba de su lecho hasta que expiraba plácidamente entre sus fervorosas exhortaciones y plegarias. Entonces celebraba aquellos matrimonios cristianos, que después admiraban los gentiles por su indisolubilidad y por sus virtudes cívicas y religiosas, que transmitían a su prole como rica herencia. Entonces y por esos medios atraía a numerosas ovejas descarriadas al redil del buen Pastor; y nutría con abundantes y saludables pastos a las que pertenecían a su rebaño.

Una circunstancia especial contribuía poderosamente

a su conquista de tantas almas: la curación de muchos cuerpos.

No había olvidado la profilaxis, diagnóstico, y remedios de muchas enfermedades, que había aprendido de las explicaciones, libros y cartapacios de su padre: y como en todo momento se le presentaban ocasiones de practicar aquellos conocimientos, la caridad le obligó a aplicarlos a los pobres enfermos; y lo hizo con éxito tan rotundo que parecía que Dios se complacía en poner el sello de su virtud divina en todas sus intervenciones. Para aquellas pobres gentes sumidas en la ignorancia no había remedio humano en muchas enfermedades, que para la ciencia lo tenían fácil y seguro. No es, pues, de extrañar que calificasen de prodigiosas muchas curaciones del P. Vicente, que éste realizaba por los simples remedios científicos, y que fuese tenido y admirado como un ser sobrenatural el humilde misionero médico.

El entusiasmo de los cristianos crecía y se desbordaba en elogios al mago de las curaciones; y, sin darse cuenta del peligro que preparaba, llegó hasta la indiscreción de publicar su nombre, que rebasó rápidamente los linderos de la cristiandad y resonó como grito de ventura en el campo de la idolatría. De aquí comenzaron a solicitar sus servicios; y a los ídólatras fué con la esperanza puesta en Dios de curar con su divino auxilio muchos cuerpos, pero muchas más almas.

La primera llamada fué a casa de un rico japonés, muy amigo del gobernador de Nagasaki y muy ene-

migo de la religión católica, el cual, recién casado, veía con honda amargura que su joven esposa se moría, a pesar de los remedios empleados por los más acreditados galenos del país. Acudió el P. Vicente, y a los quince días de su acertada intervención, la señora hacía su vida ordinaria en perfecto estado de salud. El asombro de los esposos no tuvo límites; y su gratitud no hallaba modo adecuado de recompensar tan extraordinario beneficio.

—Sólo un hijo de Shinto o de Buda puede hacer las maravillas que tú haces—decía el esposo al médico:—¿cómo podremos pagarte dignamente este servicio?

—Aquí no hay más Shinto ni más Buda—replicó el misionero—que el único Dios verdadero, uno y trino, cuyo unigénito, Jesucristo, se hizo hombre y murió en una cruz para salvar a todo el género humano.

—No entiendo ese lenguaje;—dijo el pagano.—¿Eres cristiano?

—Sí;—contestó el misionero:—soy cristiano: y en nombre de ese Jesucristo crucificado he curado a tu esposa. El único pago que aceptaré por su curación es que me permitas venir a tu casa para explicaros despacio este lenguaje que no entiendes.

—Mi casa y mi mesa quedan abiertas para tí siempre día y noche: puedes disponer de mí en todo cuanto puedo y valgo.

Al poco tiempo eran bautizados no solamente los esposos sino todos los miembros pertenecientes a su familia, y quedaban convertidos en fervorosos cristia-

nos y en intrépidos propagandistas de la doctrina del misionero.

Los casos como este se repetían: la cristiandad aumentaba en proporciones consoladoras; y el misionero médico no cesaba de dar gracias a Dios, a quien trataba de tener propicio con su inagotable caridad. El mismo hacía las curas a los enfermos, limpiaba sus llagas, recogía sus inmundicias, les proporcionaba las medicinas y alimentos convenientes, les velaba el sueño y los cuidaba con solicitud maternal. Con estas armas no le era difícil asaltar las trincheras del espíritu y rendir las almas rebeldes al yugo suave de la ley divina.

La fama de sus curaciones corporales y espirituales llenó los ámbitos de Nagasaki y Omura, donde él principalmente misionaba, y de todo el Hizen y demás reinos circunvecinos; y, como era natural, llegó al palacio del gobernador de Nagasaki, que recibió la noticia con rugidos de fiera. Resuelto a apoderarse del misionero a toda costa, para descargar sobre él su saña diabólica, nombró un gran número de espías espléndidamente retribuidos, a los cuales dió órdenes severísimas de vigilarlo, y les fijó un corto plazo para presentárselo.

Dos amigos del gobernador, pero más amigos del P. Vicente, porque los había bautizado y eran piadosos cristianos ocultos, llamados *Mokoshito* y *Ashikaga*, le dieron aviso de lo tramado y hasta le manifestaron los nombres y señas personales de los espías, para que se precaviese de ellos. Le aconsejaron además

que, para mayor seguridad, se refugiase en los montes por una temporada, al cabo de la cual ellos se encargaban de comunicar al gobernador con toda clase de detalles que había muerto.

Agradeció el Padre el aviso, y los despidió con su bendición. Pero entonces demostró una vez más lo que era: entonces sintió de repente hervir en su interior el carácter alegre, decidido y despreocupado de su juventud. Dejó el disfraz de japonés, por el que era más conocido, y se vistió de portugués. Lejos de acobardarse, parece que se propuso burlarse del tirano y sus espías. Sereno e impávido continuó su campaña espiritual y siguió curando a los enfermos con mayor solícitud que antes, como si ningún peligro le amenazase. Con la contraseña secreta para reconocerse los cristianos iba por todas partes, entraba en todas las casas, y tenía en ellas como siempre las reuniones nocturnas para los actos religiosos.

Los espías avizoraban con tanto disimulo como impaciencia; y él, que se hacía pasar por un comerciante de Macao, observó que aquellos se habían fijado en él, y que no se apartaban de una casa en la que con frecuencia se reunía con los cristianos. Seguro de que los esbirros la iban a asaltar aquella noche, si antes le veían entrar, se fué a ella con entera despreocupación. Todavía no había tenido tiempo para empezar a prevenir a los reunidos, cuando penetraron seis hombres que lo cercaron, mientras le preguntaban: — ¿Quién eres tú?

—¡Hola, señores!—contestó impertérrito el Padre.— Me alegro de que hayáis venido: porque yo soy el mejor prestidigitador del mundo; y vais a ver cosas maravillosas.

Y sin darles tiempo para continuar su interrogatorio, colocó su sombrero sobre una mesita, sacó su pañuelo, hizo unas piruetas grotescas en torno de aquella, pidió a uno de ellos una moneda, y con mucha gracia y limpieza y charla ininterrumpida ejecutó una serie de juegos de manos que los dejó boquiabiertos. Escamoteó la moneda: pero no se contentó con ello. Pidió otra distinta a cada uno de los otros cinco, ponderándoles las grandes dificultades que había en el manejo de las cinco a la vez. Se las dieron, y con ellas los entretuvo en hábiles combinaciones y trucos, hasta que las monedas desaparecieron. Ya estaba satisfecho; porque, sin darse ellos cuenta, les había cobrado la entrada.

—No os vayais,—les dijo enseguida;—que vais a oír al mejor guitarrista que ha habido jamás entre los hijos de Shinto y Buda. Y tomando una guitarra, que había enviado días antes de casa de un amigo portugués, comenzó a tañerla con tal maestría y entusiasmo que los espías fueron los primeros que le obsequiaron con sus aplausos. A éstos correspondió él con la siguiente copla (en correcto japonés, que aquí se traduce), cantada con sonora voz y gusto artístico:

*En los mares del Japón
Hay unos peces tan raros,
Que hacen caer en la red
A los que van a pescarlos.*

A los cristianos les salieron los colores al rostro, y sintieron interiormente las inquietudes del temor: pero este se disipó, cuando vieron que los espías, sin comprender la intención de la copla, rompían en estrepitosos aplausos.

Siguió el Padre tañendo maravillosamente la guitarra con visible agrado y regocijo de los espías, que no se cansaban de escucharle; porque mientras tocaba, ilustraba sus acordes con unos guiños y unos gestos de rostro y cabeza, que eran capaces de desorientar no sólo a los espías, sino a los mismos cristianos. Asombrados estos de lo que veían y oían, no sabían qué hacer ni pensar: tan pronto temblaban de miedo a un final trágico, como pensaban si el Padre habría perdido el juicio, o si haría acaso todo aquello por despistar por completo a los espías.

Insaciables estos, le pidieron más canto: y el Padre, complaciente, les dijo:—Allá vá el último. Y cantó así:

*Nadie fie de apariencias;
Que pueden dar grandes chascos:
Que muchos que van por lana
Suelen salir trasquilados.*

Otra salva de aplausos de los esbirros, más cávida y entusiasta que las anteriores, demostró plena-

mente que ellos, aunque bien pagados, no servían para sabuesos. Tenían entre sus garras la presa, que se atrevía a hurgarlos, y no la olfateaban.

Cesó la música: los seis hombres se iban satisfechos y agradecidos; pero él los detuvo diciéndoles:— No habeis visto lo mejor. Yo soy nieto de Terpsícore.

—¿Y quién es ese?—preguntaron ellos.

—Es la diosa del baile:—replicó:—Ahora vereis bailar lo mismo que bailan los dioses en el Olimpo los días de fiesta. Y comenzó a danzar con tanta agilidad y gallardía y con tan múltiple variedad de movimientos y posturas de pies, piernas, brazos, ojos, cabeza y cuerpo entero, que no había gimnasta que le igualase.

Atónitos, estupefactos, presenciaban la escena los cristianos, y pedían a Dios que aquello terminase pronto, para salir de dudas. Los esbirros llegaron a considerarlo como un ser superior, y lo admiraban con respeto y veneración.

Por fin, terminó el espectáculo; y los espías se despidieron, diciéndole:—Sólo el nieto de una diosa puede hacer lo que tú haces.

Apenas se alejaron de la casa, el P. Vicente se postró en tierra, y dió gracias a Dios por haberlo librado del peligro. Luego les explicó que había hecho todo aquello por despistar a los espías que habían ido a prenderle, y todos recobraron la tranquilidad. Desde ahora, les dijo, podremos tener las reuniones con más sosiego; porque es seguro que en una temporada

no han de venir a buscarme a esta casa: los exhortó a permanecer firmes en la fe, y se fué a descansar a un domicilio oculto.

No fué esta la principal ni única vez que se vió sorprendido por los espías del tirano: ocasiones hubo en que sólo la rapidez y fecundidad de su ingenio le libró de las manos de sus enemigos: y su osadía llegó en un caso hasta el extremo de entrar en una casa, en que él sabía que estaban reunidos varios espías adquiriendo noticias de sus confidentes, y con su prestidigitación y su guitarra y sus juegos de esgrima y su amenísima charla consiguió ahuyentar de él en absoluto toda sospecha, y además enterarse de todas las maquinaciones secretas preparadas para su captura. Tampoco faltaron ocasiones en que el único recurso que tuvo para librarse de ser preso fué el de huir vestido de mujer.

Incansable en su labor apostólica, también correspondía a esta el fruto espiritual que recogía cada vez más abundante. Así adquirió un alto grado de prosperidad la Cofradía de la Cinta o sagrada Correa, que, como el P. Francisco, procuraba extender por todas partes.

Entre tanto, el plazo fijado a los *yokomes* o espías para capturarlo se había cumplido cien veces, sin que estos lograsen su intento. El tirano entonces, viéndose burlado, rugiendo de furor, publicó otro *fato* o bando mucho más riguroso que el anterior, por el cual se propuso acabar con todos los cristianos. Para

vencer a estos por el terror, mandó que cuatro jesuitas con sus ayudantes y con los cristianos que les habían dado albergue, que llevaban más de un año en la cárcel entre horribles tormentos, padeciesen el último suplicio.

Divulgada la noticia, se preparó el lugar de la ejecución en un ancho campo, que fué cercado por una empalizada de estacas: y el día 20 de junio de 1626 sufrieron valerosamente el martirio ante una muchedumbre de gentiles y cristianos. Entre estos se hallaba el P. Vicente, vestido de japonés; que, sabiendo que le esperaba el mismo fin, había acudido para probar su vigor espiritual. Al ver llegar a las víctimas, acompañadas de sus verdugos, sintió no el escalofrío del terror sino un vehemente impulso de declararse públicamente como lo que era, para embriagarse de gozo en las oleadas de su propia sangre, que tanto deseaba verter por Jesucristo.

Se contuvo, sin embargo, porque creyó que aún era necesario a aquella cristiandad: y con santa envidia contempló aquel horrible espectáculo, que le infundió un valor indomable para las futuras batallas.

Allí vió que, entre imprecaciones y blasfemias de los verdugos, los cuerpos de las víctimas ardían como antorchas y se consumían en holocausto al Dios verdadero. Allí vió, como dice él en carta de 5 de octubre de 1626, a una mujer, llamada Susana, que había estado en la cárcel con una argolla al cuello sujeta al techo por una cadena, que sólo le permitía

estar sentada para dar su pecho a una niña que amamantaba, fijar su dulce mirada en el cielo en el momento en que segaban su cabeza. Allí presenció con lágrimas de ternura que el niño Luis, de cinco años de edad, cogía flores del campo y las iba arrojando sobre los cuerpos de su madre y de las otras mujeres ya decapitadas, hasta que un golpe de *catana* o machete hizo rodar su cabecita por el suelo. La crueldad inspiró a los verdugos matar a las mujeres en presencia de sus maridos para que estos renegasen: pero permanecieron constantes junto a los palos, donde fueron luego quemados vivos.

Allí vió con asombro que uno de esos hombres, llamado Juan, de cincuenta años de edad, se separó de la columna y, llegando al cuerpo de su mujer decapitada, la abrazó, mojó sus dedos en la sangre que brotaba de su cuello y se santiguó con ella; operación que repitió con todas las martirizadas y con un tal Mancio, que había muerto en la cárcel, pero lo habían llevado allí para quemarlo; luego Juan los felicitó por haberle precedido en el martirio, se despidió de los espectadores proclamando la verdad de la religión cristiana, y volvió a su palo, aproximando él mismo la leña encendida, que pronto consumió su cuerpo.

Esta entereza en la fe y estos rasgos sublimes de los mártires, en vez de amansar la furia del perseguidor, la exacerbó más y le movió a dar órdenes más tiránicas. Cuatro enumera el P. Vicente en su carta.

La primera fué llamar a presencia del gobernador

de Nagasaki a todos los que habían denunciado los espías como cristianos y encubridores de los misioneros, y obligarlos a apostatar a la fuerza. Más de cuatrocientos fueron conducidos ante el tirano; pero fueron pocos los que renegaron, obligados por la pérdida de su hacienda y por los tormentos con que los amenazaban. Los demás, aun obligados a firmar con un sello, que valía por firma, protestaron de la coacción, y fueron arrojados de sus casas y compelidos a vivir en el campo sin lo más preciso para su sustento.

La segunda fué despojar de todos sus bienes a los ricos: y de estos hubo muchas más defecciones; aunque no faltaron bastantes en número, que antes poseían muchos miles de taeles, y por su constancia en la fe quedaron privados hasta del arroz cotidiano, que no faltaba a los mendigos.

La tercera fué que ningún cristiano trabajase en su oficio, y que nadie les diese medio alguno de ganarse su manutención, para que pereciesen de hambre.

La última prohibía ceder casas en alquiler a los portugueses y chinos, porque ocultaban a los cristianos.

El apóstata Diego de Acosta, portugués, que conocía a la mayor parte de los cristianos y los lugares donde se reunían y los medios de ocultarse, porque había vivido con ellos, presentó al gobernador un padrón con los nombres y señas personales de todos, para que mandase prenderlos: y el tirano se dió prisa para publicar el padrón, amenazando a todos con la pena de muerte. La inquietud de los cristianos fué intensa, y

les obligó a tomar extraordinarias medidas de precaución. Los misioneros se ocultaron: pero comprendiendo el P. Vicente que en aquellas circunstancias tan críticas era más necesaria que nunca su presencia para animar y conservar la fortaleza de los fieles perseguidos, con desprecio de todas las amenazas y con evidente riesgo de su vida halló el modo de entrevistarse con los pocos misioneros que quedaban, y les aconsejó presentarse en público. Aceptado el consejo, lo fueron comunicando a los cristianos: pero estos, agradecidos y valientes, les suplicaron que guardasen sus vidas hasta que Dios dispusiese de ellas.

Con rabia satánica las buscaba Kawachi-dono, el gobernador tirano; y como vió que en el padrón de Acosta figuraban con signos especiales los nombres del P. Francisco y del P. Vicente, repetía con exaltado furor:—A este Vicente y a este Francisco ¿dónde los cogeré? Y mandó esbirros al Figashi para prender a éste; pero no lograron su objeto; y aumentó el número de espías para capturar al P. Vicente; pero este tomaba sus precauciones. Sin embargo, entonces estuvo en inminente peligro de ser capturado. Se había refugiado en casa de Gaspar Váez, que no infundía sospechas por no ser todavía cristiano (aunque después lo fué y sufrió el martirio): allí podía estar tranquilo; pero como tenía numerosa familia, creyó prudente no exponer a tantos a un peligro cierto, y se resolvió a refugiarse en el monte. Apenas había salido por la puerta falsa, cuando entraron por la principal varios esbirros a registrar la

casa y a sus moradores. Por desgracia dieron con unos papeles que allí había ocultado un P. franciscano, en los cuales constaba el nombre y número de cristianos y sus domicilios en varias regiones, más los objetos del culto que guardaban.

Esto movió al tirano a ordenar por pregón público que todo el que tuviese cualquier cosa de los misioneros la entregase en el término de dos días, bajo pena de muerte: y ante tamaña iniquidad todo lo perdieron los sacerdotes, porque no hubo nadie que no entregase lo que ocultaba. Fué lo peor que la orden se publicó también en el próximo reino de Omura, en el cual se refugiaban los perseguidos, porque hasta entonces había permanecido tranquilo; y desde entonces desapareció toda seguridad.

El pretexto de la entrega sirvió para declarar cómplices y encubridores a todos los que la hacían y para recrudecer la persecución.

Comenzó el registro domiciliario y con él la prisión de muchos cristianos. Decapitaban a los que querían, sin fijarse en sexo ni edad, entre otros a dos niños de siete y ocho años. Arrastraron por las calles desnuda a una valiente cristiana, llamada Catalina, próxima a dar a luz, y luego la quemaron viva junto con su marido, su suegro y todos sus parientes. Las cárceles se llenaron; y los que no cabían en ellas, en número de casi quinientas personas de ambos sexos y de toda edad y condición, fueron unos arrojados al campo, donde no pocos sucumbieron por el

hambre y las inclemencias del tiempo; y otros, encarcelados en sus casas, cuyas puertas clavaron para que pudiesen.

En el reino de Omura, que había sido el más pacífico, apostataron muchos; más por temor que de corazón, pues pedían oraciones por ellos a los Padres, y después volvieron al seno de la Iglesia católica. En cambio de estas apostasías, Dios les dió el consuelo de que sufriesen gozosos el martirio un P. dominico y tres franciscanos con sus doctores o catequistas y sus caseros hasta el número de veinte.

En el reino de Arima la crueldad llegó a inconcebibles extremos. A los que confesaban valerosamente la fe de Cristo los colgaban de unas cruces y les aplicaban a los costados hachas encendidas; y, sin acabarlos de matar, los paseaban por las calles para infundir terror a los demás. A otros atravesaban sus cuerpos con palos y los asaban sobre brasas, dándoles vueltas, como si fueran aves para un banquete. A otros los ataban desnudos a un leño, especialmente a las mujeres, y con hierros candentes les quemaban las partes que recata la honestidad y con garfios les arrancaban trozos de carne. A otros cortaban las narices, orejas y manos y los arrojaban a una laguna de agua sulfúrea tan corrosiva que quedaban muy pronto descarnados y entre horribles dolores perecían. A otros ataban por el cuello a unas funeas o embarcaciones ligeras y los arrastraban por el mar a toda velocidad.

Ni Nerón ni ninguno de los perseguidores de los primeros siglos de la Iglesia pudo siquiera imaginar medios de tan excesiva y refinada crueldad.

En medio de tanta angustia el P. Vicente no desperdiciaba un momento para consolar, animar y dar fortaleza a los afligidos cristianos; aunque él no podía comer ni dormir ni estar seguro en punto alguno. Pero aún le sobraron arrestos para llevar a cabo una empresa, que era de suma importancia para ellos. Habían sucumbido a la voracidad del fuego o a los golpes de *catana* buen número de misioneros: quedaban ya muy pocos, y todos ellos con la salud quebrantada y la seguridad de su muerte más o menos próxima. Ante esta triste realidad, burló a todo el espionaje, y logró entrevistarse con los Superiores de los dominicos y de los franciscanos, a los cuales propuso la necesidad de construir un barco, para que fuese a Manila a traer misioneros; ya que las Ordenes religiosas de Filipinas habían intentado siempre enviarlos al Japón en las mejores condiciones y, por haber fracasado, habían desistido de su intento. Aceptado el proyecto, mandaron construir un navío de regulares dimensiones, que les costó más de seiscientos taeles (cantidad entonces muy importante), para cuyo pago a prorrata tuvo el P. Vicente que entregar lo poco que tenía y pedir limosna a sus amigos.

Satisfechos de su obra, contrataron marineros de su confianza muy prácticos en la navegación, y se encargó del mando de la nave un hermano lego fran-

ciscano, excelente piloto. Como éste conocía bien todos los recodos, ensenadas y escondrijos de la costa, pudo salir de noche sin licencia ni conocimiento de nadie; pero apenas había navegado unas millas, se levantó tan furiosa tempestad que amenazaba sepultar la nave en los abismos del mar alborotado. Con gran dificultad pudo su pericia llevar la nave a la costa, y anclar hasta que abonanzase el tiempo. Pasada la tormenta y sosegadas las olas, volvió a zarpar tranquilo y confiado; pero de nuevo un violento tifón los combatió con tal ímpetu que estuvieron en gran peligro de zozobrar. Regresó con grandes apuros a la costa, y ya no quiso embarcarse. Se ofreció entonces a dirigir el barco el P. Antonio de San Buenaventura, también franciscano, y salió con rumbo a Manila, puesta su esperanza en Dios: pero, por lo visto, no agradaba a Dios esta expedición; porque cuando ya habían navegado más de cien millas, la furia del temporal los obligó a retroceder y a desistir de la empresa.

Para mayor desdicha, uno de los marineros pidió por el viaje fracasado una cantidad exorbitante para sus negocios; y como los Padres no se la podían dar, porque nada tenían, denunció al gobernador todo el asunto del barco; que fué motivo de más detenciones y de mayores estragos. Los dos pilotos franciscanos y casi todos los grumetes sufrieron después el martirio.

El P. Vicente, en medio de los grandes consuelos que experimentaba, al ver que muchos hijos suyos es-

pirituales entraban en el cielo con la gloriosa corona del martirio, sentía amarga aflicción porque el Japón se quedaba sin misioneros: y fracasado su intento de ir por ellos a Manila, escribió una carta (y obligó al P. Francisco a hacer lo mismo), al P. Provincial, suplicándole con el mayor encarecimiento que enviasen religiosos al Japón, para que no se extinguiese aquella cristiandad. El P. Provincial con su Consejo comenzó con la mayor actividad sus diligencias; y empezó por enviar un informe al Sumo Pontífice por conducto de la sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, que decía así:

«Este año de 1628 ha tenido esta Provincia cartas así del Padre Vicario Provincial Fray Francisco de Jesús como también del Padre Fray Vicente de San Antonio, su compañero, religiosos que están en la conversión del Japón, las cuales no van copiadas a la letra por no causar a VV. Ilustrísimas. En suma contienen el innumerable fruto de su predicación, que es grande. Y como por haber hallado el emperador del Japón una Memoria que contenía el número de todos los religiosos que había encubiertos en su imperio, con sus propios nombres, y de los lugares y provincias donde estaban y administraban, y otras cosas tocantes a la conversión de los infieles, que la había escrito con buen celo un Padre de San Francisco, para dejar noticia de todo a otro sucesor suyo religioso, al cual prendió el tirano sin darle lugar para romperla; por esta causa se ha encrudelecido notablemente la persecución: y es

de suerte que en las cavernas más hondas no están seguros los ministros del evangelio; donde padecen cruelsima hambre y sed. Y lo que más sienten es la falta del consuelo que solían tener buscándose unos a otros para examinar y animar su espíritu y ejercitar su oficio como antes. De manera que en la ciudad de Nagasaki, que solía ser Corte cristiana, apenas en ella ni en sus alrededores se halla un ministro: que por haberlo visto el Padre Fray Vicente de San Antonio, religioso nuestro, dice que no ha de desamparar aquel puesto; a quien *nominatim* busca el emperador con extraordinarias diligencias. Pero él está tan fiado en las de Dios, de quien tiene tanta experiencia, que no sólo no teme, antes bien con nunca visto brío corre aquella tierra acudiendo a la conversión de los infieles, y acá con cartas llenas de lágrimas, pidiendo socorro de ministros que le ayuden. Y aunque es verdad que la ejecución de esto la pudiera retardar el tener el emperador todos los puertos cerrados y tomados por mar, y otros medios para que no vayan religiosos, y el ser nuestro Instituto tan pobre y el gasto de este despacho tan grande, y ser tan pocos los religiosos de esta Provincia para la administración de tan grandes conversiones como tiene a su cargo en estas islas Filipinas; con todo eso y con haber pocos días que se recibieron las cartas, está de secreto navío prevenido, y la mayor parte del gasto hecho para esta misión, donde irá el mayor número de religiosos que fuere posible, escogiendo de los muchos, que pretenden ir,

lo más fino: que, a no atender a lo mucho que acá queda de conservar, pasaran de veinte los que de presente se enviaran: para lo cual se ha determinado que se vendan los ornamentos y cálices, si fuere necesario.»

Y después de haber dado cuenta del fruto de nuestros religiosos en el Japón, concluye:

«Y así suplicamos a VV. Ilustrísimas se sirvan amparar (como acostumbran) esta pobre religión, y principalmente en estas partes, escribiendo a la majestad de nuestro Rey católico envíe crecidos números de religiosos; (que viendo el reverendísimo Obispo de Cebú esta falta, y los progresos que en las conversiones se hacen, suplica lo mismo); que con tal medio esperamos ver cumplidos nuestros deseos.—Manila treinta de Julio de 1628.»

Contestó la S. Congregación en nombre de su Santidad elogiando el celo de los misioneros y concediéndoles especiales gracias y privilegios: y el Papa escribió a su Nuncio en España para que solicitase eficazmente del Rey el envío de misioneros para el Japón.

Sin pérdida de tiempo, en el navío secretamente preparado y costado por las cuatro Corporaciones de dominicos, franciscanos, agustinos calzados y agustinos descalzos o recoletos, se embarcaron veinticuatro religiosos, de los cuales eran agustinos recoletos los seis siguientes: PP. Gaspar de Santa Mónica, Juan de San Antonio, Miguel de Santa María, Pedro de Santo Tomás, Martín de San Nicolás, que después fué mártir en el Japón, y Melchor de San Agustín,

también mártir con el anterior. Zarpó el barco con rumbo al Japón de un puerto de Pangasinán, donde se habían ido reuniendo en secreto: y después de muchas averías, cuando distaban de Manila unas cien millas, por un descuido grave del piloto encalló la nave sobre un arrecife próximo a la costa; se salvaron con gran dificultad las personas, y luego el viento arrojó la nave con gran violencia contra el acantilado, haciéndola pedazos y perdiéndose todo cuanto llevaban. Con el equipaje de los misioneros se perdieron cuatro mil pesos, que a prorrata había pagado la Provincia de Recoletos para fletar la nave.

Contrariados pero no vencidos, los Superiores de las tres Corporaciones de dominicos, franciscanos y agustinos recoletos, haciendo un supremo esfuerzo económico, fletaron un champán (barco), y dispusieron que saliese de un puerto secretamente: pero cuando ya se iban a embarcar los religiosos, llegaron tropas del gobierno con orden del gobernador general de que no se hiciese el viaje y de que el champán fuese llevado a Manila.

Los dos intentos quedaron frustrados. Sin duda, Dios en sus inescrutables juicios no quería que entonces entrasen más misioneros en el Japón.

Mientras esto sucedía en Manila, el P. Vicente no se daba tregua ni reposo en su labor apostólica. Siempre perseguido, pero siempre impávido, él hallaba medios y disfraces para burlar la tenaz vigilancia de los espías, y para seguir exhortando a los valerosos

crisianos y para administrarles los santos sacramentos. Sin embargo, su vida era demasiado ajetreada para que no se resintiese su robusta salud. El se veía obligado a huir con frecuencia al monte, a cruzar arroyos, pantanos y ríos o a recibir abundantes lluvias sin poder secarse la ropa del cuerpo; a comer poco y malo, como hierbas y raíces, y a dormir en cuevas inmundas. El tuvo que permanecer una noche entera en un cenagal, zambullido hasta el cuello, para librarse de los malsines que ya le daban alcance. El, en fin, llevaba una vida saturada de fatigas, privaciones y penalidades, que llegaron a minar la robustez de su cuerpo. Pero como, a pesar de tantas tribulaciones, su espíritu permanecía cada día más vivo y encendido en el fuego de la caridad, todavía se castigaba con cruentas disciplinas, para atraer sobre sí y sobre todo el Japón las misericordias del Señor; en cuyo ejercicio de mortificación era imitado por no pocos fervorosos japoneses, que así se preparaban para el último combate.

Eran, sin embargo, tantas y tan duras las pruebas a que sometió su cuerpo, que éste se vió acosado de dolencias, y llegó a quedar como tullido de pies y manos, con tan fuertes dolores que no le dejaban sosegar. No obstante todo esto, no abandonó un instante a sus crisianos, a los cuales procuraba mantener siempre firmes con sus exhortaciones y con los santos sacramentos, sobre todo, con la santa comunión, que les administraba durante la misa, que cele-

braba casi todas las noches con seráfico fervor en lugares que semejaban cuevas de fieras o nidos de águilas. En aquellas circunstancias los antros más ocultos eran su domicilio cotidiano: ¡y cuántas veces, rendido a la debilidad, se vió precisado a pedir alimento a sus amigos por medio de los leprosos, para no sucumbir!

Cuando empezaba a arreciar la persecución, el P. Vicente escribió al P. Francisco que saliese del oriente y viniese cuanto antes a Nagasaki, porque se iban quedando sin misioneros. El P. Francisco llegó a la isla de Firaxima, distante treinta leguas de Nagasaki, el 4 de noviembre de 1628; pero se quedó allí porque necesitaba curarse de sus muchos y graves achaques, y porque era casi imposible entrar en Nagasaki a ningún misionero. Por eso no pudieron verse y abrazarse hasta el 27 de agosto de 1629, en que el Padre Vicente, exponiendo su vida o, como él dice, echando el resto, pudo ir a la isla. Porque en ese tiempo la persecución había llegado a tal extremo de crueldad, que preferimos dejar su descripción al mismo P. Vicente, que en carta de 22 de julio de 1632, dirigida a un amigo suyo, dice, entre otras cosas lo siguiente:

«El año de 1629, en los primeros de agosto, entró en el gobierno de Nagasaki un tirano llamado Unemedono (1), persiguiendo la cristiandad con tanto rigor, que no quedó en ella ni en sus alrededores cosa que

(1) Señor de Uneme.

no padeciese su furor: porque ya con fuerzas de tormentos, ya con amenazas, ya con otras frazas del infierno, derribó a todos los hombres y mujeres, pequeños y grandes: y fué tal y tan extraordinaria la persecución que en este reino hubo en esta misma era y tiempo, que no quedó criatura sensible o insensible, muerta o viva y aun por nacer, a quien no llegase: sintiéndolo las unas y dando señal las otras de la horrible persecución que contra la fe católica y contra sus hijos se hacía».

«Porque los montes llenos de perseguidores con sus gritos y bramidos temblaron de temor: las piedras, quebradas por no dar acogimiento a algún cristiano: los bosques y llanos, por no ser amparo a los perseguidos, se quemaban: y los árboles padecían el rigor del fuego porque con sus hojas y ramas no amparasen a los acosados. A las aguas no se les permitía tener en sí las embarcaciones, porque no recogiesen en sí a los que a ellas se recogían: los ríos y arroyos, corriendo sangre, sentían el rigor de los tiranos: los animales y brutos, desamparando sus cuevas y huyendo de los bosques, daban señal de tan horrible persecución: los lugares, aldeas y villas eran desamparados de sus moradores. Los hombres, mujeres y niños, robados. Unos, despreciados y maltratados, eran presos: otros, quemados vivos: otros, aserrados con sierras de cañas: otros, alanceados: otros, degollados: y con notables géneros de tormentos, aunque perseguidos, fueron a gozar de la divina gloria».

«Mas lo que hay más de sentir y es mucho para llorar es que no sólo los vivos fueron perseguidos, sino que los muertos, que hacía muchos años que eran difuntos, fueron desenterrados y les quemaban los huesos».

«Mas ¡ay! que lo que sobre todo se debe llorar con lágrimas de sangre es que no sólo hacían rene- gar a las madres con muchos y varios géneros de tormentos, sino que aun a los hijos que tenían en sus entrañas los hacían protestar por las bocas de sus madres que vivirían en la gentilidad en naciendo».

«Fué el bramido de este león tan grande que atemorizó a los reinos vecinos, siguiéndole sus Tonos (1) con la máxima crueldad y molestia: de manera que aquel año fué la persecución universal en estas provincias de Ximo (Nishi) (2), es a saber, Nagasaki, Omura, Hirando, Goto, Arima, Amacusa, Hino, Figen, etc.»

Treinta mil cristianos que había en Nagasaki, desaparecieron bajo la ferocidad de tan cruel e inaudita persecución, muchos huidos y otros muertos.

A pesar de ella, el P. Vicente permanecía firme en su puesto por los montes de Nagasaki: y ahora se comprenderá las dificultades que tuvo que vencer para ir a Firaxima a abrazar al P. Francisco.

Allí celebraron los dos, con la abundancia de una

(1) Gobernadorcillos.

(2) Poniente, o más bien, suroeste.

completa escasez de todo, la fiesta de N. P. San Agustín: pero ya no pudo regresar a Nagasaki, donde ardía el furor de la persecución.

El día siguiente de San Agustín, 29 de agosto, el P. Vicente, después de aconsejar al P. Francisco que no saliese de la isla, por ser lugar más seguro, partió de Firaxima a la costa de tierra firme, con objeto de recoger los ornamentos y demás cosas del servicio de altar que había enterrado en el monte: pero una vez allí, creyendo que encontraría lugar donde poner los pies después de aquel diluvio de sangre, fué al contrario; porque ya no podía internarse ni salir al mar. Entonces pasó al reino de Arima: y allí entre mil trabajos esperaba que pasase la tormenta, cuando recibió carta del P. Francisco en que le anunciaba su visita, en la persuasión de que se había calmado la furia del tirano. El P. Vicente le contestó citándole al pueblo de Mixe, distante cinco leguas de Nagasaki, en su costa, y allí fué a esperar, caminando de noche, a pié, y por lo más abrupto de los montes. En Mixe se vieron y se consolaron: pero como los cristianos manifestaron su gran temor de tenerlos ocultos, al día siguiente se fueron por distintos caminos.

Pocos días después de apartarse, supieron la prisión del P. Bartolomé, calzado, y se apartaron más para no ser detenidos. El P. Francisco se quedó en el pueblo de Yokinoura, a nueve leguas de Nagasaki,

donde lo prendieron con su doshico Sampe, el 18 de noviembre de 1629.

El P. Vicente fué a la isla Firaxima, con intención de trasladarse a Xami, si en ella no encontraba seguridad; pero no pudo hacerlo. Un Judas, el doshico apóstata del P. Fernández, supo que por allí andaban dos Padres, y torturando a unos labradores, lograron averiguar que el uno estaba en Yokinoura y el otro en la isla de Firaxima.

Resuelto el Judas a prender a toda costa al Padre Vicente, rodeó toda la isla, que es muy pequeña, pues apenas tiene dos leguas de periferia, con treinta y tantas funeas (barcos ligeros) y sesenta hombres, traídos de Omura y Nagasaki, en la noche del lunes 19 de noviembre. La algarabía y la algazara de los sitiadores sonaron en los oídos del P. Vicente como clarín de guerra; pero no llevaron el espanto ni la angustia a su corazón. Sereno, impertérrito, ofreció gozoso por milésima vez a Dios el sacrificio de su vida, y se puso en sus divinas manos.

Guiado por un hombre principal de aquella isla, llamado Yosimón Pedro, llegó al lugar más abrupto del monte en dos jornadas nocturnas, pues durante el día decansaron ocultos: y cuando lo dejó en lugar seguro, por ser accesible sólo a los cóndores, se fué a refugiarse en otra guarida para evitar ser capturado por ferviente cristiano.

Escondido en la cumbre de un peñasco permaneció, sin comer ni beber, desde el lunes a mediodía, que

comió algo, hasta el sábado siguiente; excepto el viernes que, registrando la mochila en que llevaba el servicio para decir misa, encontró tres hostias y se las comió. Allí sufrió las molestias de un frío intenso; pues al huir no se llevó más ropa que el kimono que le cubría, y era la época de los grandes fríos del Japón.

Los sitiadores, entre tanto, por no tomarse la molestia de meterse por las fragosidades del monte con grave daño para sus cuerpos, y por considerarlo como medio más sencillo para acabar con todo, prendieron fuego a la isla de fuera adentro en todo su circúito, y esperaban que apareciese el Padre huyendo del incendio para cazarlo como a un conejo. Las llamas iban arrasando todo cuanto encontraban a su paso, y llegaron hasta el nido de piedra en que se ocultaba el P. Vicente: ya sentía este el calor del fuego y respiraba el humo que subía en abundancia: pero al llegar allí, cesó el incendio.

—Gracias a Dios,—decía el impávido misionero,— que me envía este calor para no quedar aterido de frío.

Segunda y tercera vez llegaron hasta allí las llamas, y otras tantas se apagaron; «sin que el fuego, como dice él mismo, pasase a él, que con grande ánimo lo esperaba».

Mientras los sicarios incendiaban la isla, el leal guía del Padre, Yosimón Pedro, andaba errante por lo más intricado del monte buscando algo que comer, y se encontró con su suegro Pedro Casuque, que hacía

lo mismo: y temiendo ser capturados, como fervientes cristianos resolvieron los dos ir al escondrijo del Padre, con objeto de, si le hallaban vivo, confesarse para morir. Vivo le hallaron todavía, aunque desfallecido y casi pasmado a causa de la falta de alimento durante cinco días y de la copiosa lluvia que había caído sobre él durante todo el día anterior, viernes, calando su kimono y empapando todo su cuerpo.

El Xoya o cobrador de contribuciones, que era el jefe del pueblo, los vió, sin duda, trepar por la peña, y aprestó su gente para asaltarla: y aquel mismo día, sábado, 24 de noviembre, a las diez de la mañana fué apresado el P. Vicente de San Antonio junto con los dos cristianos que le acompañaban.

Los rugidos de feroz alegría del doshico renegado y de los demás sicarios hicieron estremecer la isla de espanto; pero no llevaron el desaliento al esforzado espíritu del P. Vicente; el cual, entre una lluvia de golpes, de insultos y de ultrajes, con invicta manse dumbre y enardecido corazón se ocupaba sólomente en dar gracias a Dios porque le daba fuerzas para sufrir por su amor.

Cuando los esbirros se cansaron de golpear y herir su cuerpo, le ataron las manos, le echaron una soga al cuello y lo bajaron medio arrastrando a una inmundada cloaca, donde lo tuvieron hasta el martes siguiente; porque las funeas no pudieron hacerse antes a la vela por el fuerte temporal reinante en el mar. Cuando este amainó, lo transportaron a Nagasaki, lo

pasearon por las calles de la ciudad entre befas e insultos y con gritos de alegría que decían: *Este es el famoso Vicente que se burlaba de todos*; y lo presentaron al tirano Uneme-dono, gobernador de aquel reino, que lo recibió con una serie de improperios y burlas, que manifestaban el gozo satánico de su corazón de hiena.

No se amilanó el valeroso preso; antes bien, sacando fuerzas de la debilidad de su cuerpo maltrecho y agotado, con enérgica serenidad le echó en cara todos sus crímenes e injusticias, y le conminó con la terrible justicia de Dios, si no se convertía. El tirano contestó dando orden de que lo metiesen en la cárcel: y aquel mismo día, martes, 27 de Noviembre de 1629, entró el P. Vicente en el *Mandokoro* o cárcel que había en el mismo palacio del gobernador, donde encontró al P. Bartolomé Gutiérrez, calzado, al P. Antonio Pinto, jesuíta japonés, y al P. Francisco de Jesús, su superior y compañero, aherrojados con grillos en los pies, excepto el japonés que además estaba atado con una argolla al cuello.

Entre lágrimas y sollozos de pena y de alegría a la vez se dieron el abrazo fraternal, lamentando la ruina de aquella cristianidad por falta de sacerdotes, y alegrándose de ser ellos víctimas escogidas para el martirio. Luego llevaron a otro departamento al P. Vicente, le pusieron grillos en los pies, y allí quedó enjaulado, separado de los demás.



Pagoda



CAPITULO XXII

Sumario: *En la cárcel de Omura.—Su vida en la misma. —Conversión de un bonzo.—El capitán Jerónimo de Macedo.*

EL *mandokoro* o cárcel en que aherrojaron con grillos a los PP. Francisco y Vicente, era un gran corral, anejo a la casa del *bugyo* o gobernador de Nagasaki, cubierto, y cercado por una empalizada de gruesos troncos de árboles, con varias divisiones para separar a los presos; sucio, húmedo y tan inmundo que carecía por completo de lugar común. Era cárcel de paso para otras mucho peores, que abundaban en el Japón.

El gobernador tenía obligación de ir a la corte de Yedo (Tokío) a principios de cada mes, para dar cuenta al emperador del estado de su reino o provincia: pero como había comenzado a prender misioneros, retrasó su viaje hasta ver si lograba capturar algunos más, a fin de proporcionar mayor alegría al emperador y asegurarse él más en su gobierno.

Cuando los espías le dijeron que ya no daban con

rastro alguno de aquellos, resolvió subir a la corte, después de dar las órdenes oportunas para que los Padres presos fueran trasladados a la cárcel de Vomura (hoy Omura).

Así se hizo: él salió de Nagasaki el día 11 de diciembre, y los Padres entraron en la cárcel (que ellos llamaban tronco, por estar cercada de troncos de árboles), de Omura el 12 del mismo mes de 1629.

En esta cárcel estuvieron hasta el día 26 de noviembre de 1631, dos años menos unos días, esperando la sentencia de muerte que, cuanto más la deseaban, más tardaba en llegar: tiempo que ellos aprovecharon para adquirir méritos con duras y ásperas mortificaciones y hacerse dignos de conquistar la corona del martirio.

La cárcel de Omura estaba destinada únicamente para albergar a los religiosos misioneros y a sus doshicos y caseros; y esa es la razón de que estuviese en lugar seguro y llena de incomodidades. El P. Vicente la describe, diciendo: «Este lugar, en que estamos presos por amor de Dios, está debajo de un monte alto, al cual cortaron al modo de una roca viva, que tendrá de alto dos lanzas. Debajo de esta roca estamos; y de una parte y otra hay muchos manantiales de agua: y como está tan hondo, con poca lluvia revienta por debajo de donde estamos.» Estaba todo el presidio cercado de troncos; y en su interior tenía departamentos, a modo de jaulas, tan estrechos que sólo contenían dos *tatamis* o esteras hechas de

paja o aneas, de una braza de largo cada una, en cada uno de los cuales colocaron dos religiosos, que no se podían apenas mover, porque, además, como detalla el mismo Padre, tenían el lugar común dentro. Por todo alimento les daban cada día una pequeña escudilla de arroz cocido en agua, y alguna rara vez, una sardina; y para bebida, agua caliente, según la costumbre de los japoneses. Nada les preocupaba la comida a aquellos abnegados héroes, que estaban acostumbrados a carecer de todo.

Su principal alimento era hacer la voluntad de Dios y sufrir por El, para hacerse de El dignos. Entonces más que nunca tenían presentes aquellas palabras de N. P. San Agustín: (1) —«Recibid gustosos el bien, y sufrid con paciencia el mal; que importa mucho para que seais mejores. Si habeis de llegar a ser oro, considerad que este mundo es como el crisol de un platero. Tres cosas hay en él: oro, carbón y fuego. Aplíquese el fuego al carbón y al oro; este se purifica; aquel se quema y consume. Leña son las persecuciones; fuego es la rabia del tirano: dichoso el que lo padece todo; pues se aquilata como el oro en el crisol. Estad de buen ánimo en el Señor. Más poderoso es Dios que nos llama, que el enemigo que atormenta: no hay que temer sus rigores. Sufrid sus tiranías: así teneis por quién orar. Si sois plata, así llegareis a ser oro.»

(1) Tom. 10. Serm. 6 de Verb. Domini.

Entonces recordaban estas otras del mismo doctor: (1):—«Los mártires no padecen sólo para sí; padecen para todos. Padecen para sí en cuanto al mérito; padecen para todos en cuanto al ejemplo. Para sí solicitan el eterno descanso a costa de sus penas; para todos solicitan la eterna salud por medio de su enseñanza.»

Con estas y otras semejantes consideraciones alimentaban y robustecían su espíritu, hasta olvidar por completo las privaciones del cuerpo, que allí les parecían comodidades, comparadas con las que habían experimentado durante seis años de correrías apostólicas. Ahora en la cárcel estaban quietos, tranquilos, con la única preocupación de que se les intimase la sentencia de muerte, que tenían por descontada y que deseaban con el más vivo anhelo; no por acabar de padecer, sino para ofrecer a Dios la mayor prueba de su amor.

Su salud corporal, que en los dos estaba en ruinas, comenzó a mejorar con la sola medicina del reposo carcelario, y llegó casi a adquirir su primitiva robustez; aunque no pudieron verse libres por completo de serios achaques que habían minado la raíz de su organismo. Dios había permitido esta dura y larga prisión, a fin de que los dos recobrasen las fuerzas perdidas, que habían de necesitar en los momentos de más rudos combates.

Creyó el tirano Uneme-dono que, habiendo encar-

(1) Tom. 8, Serm. 3, de Scept. Fratr. Mach.

celado a los religiosos misioneros, ya había acabado de destruir la cristianidad en sus dominios; y ya no se preocupó de dar ninguna orden de excepción contra aquellos para tenerlos incomunicados. Pero se equivocó: la palabra de Dios no puede estar atada; no reconoce diques ni fronteras; vuela libremente por el espacio con la velocidad y eficacia que le comunica su divino autor.

Sometidos los dos presos a la ley común, comenzaron a recibir visitas de sus adictos y, sobre todo, de algunos portugueses ricos de Macao, que estaban afligidísimos por la desgracia del P. Vicente, a quien querían con verdadero cariño por sus excelentes dotes personales. Les facilitaba sus visitas a la cárcel la circunstancia de que enfrente de los dos presos había otros cincuenta y cinco cristianos, colocados en dos jaulas de a seis *tatamis* o esteras cada una, a los cuales habían apresado por ayudar, favorecer o haber dado hospedaje a los Padres: y como entraba mucha gente a visitar a los japoneses, mezclados con estos visitaban a los misioneros.

Convinieron estos con los portugueses en gratificar espléndidamente a los guardianes de la cárcel, para que permitiesen a los presos vivir su vida religiosa, sin intento ni peligro alguno de fuga: y como los pobres carceleros percibían del gobierno un sueldo irrisorio para sus necesidades, aceptaron muy gustosos la oferta, y se constituyeron en protectores de los presos y en vigilantes de los inspectores, que enviaban los

bugyos para que se apoderasen de todo objeto de culto que hallasen en el presidio.

Cerrado el contrato, los portugueses proveyeron a los misioneros de todo el servicio de altar y de breviarios, que habían guardado ocultos, y comenzó la vida religiosa con gran consuelo de todos. Celebraban misa todos los días con abundantes lágrimas de amorosa emoción: para lo cual extendían un lienzo y colocaban el altar portátil en la parte más visible, a fin de que todos los presos asistiesen a ella desde sus jaulas. Rezaban todo el oficio divino, el santo rosario y otras muchas devociones con ejemplar fervor; y siguiendo la piadosa costumbre que habían practicado con los cristianos, tomaban las precauciones necesarias y castigaban sus cuerpos con prolongadas y cruentas disciplinas, que hacían derramar a los enfervorizados presos lágrimas de compunción.

El pan de los ángeles que recibían en la santa misa los hacía verdaderamente dichosos, y les ponía en sus labios con mutuo consuelo aquellas palabras del gran doctor San Agustín:—«Este pan, que bajó del cielo, es el que hace valerosos y fuertes a los mártires; porque es pan que confirma el corazón del hombre».

(1). Fortalecidos ellos, procuraban fortalecer a los demás, que se hallaban más debilitados.

Entonces se demostró una vez más que la palabra de Dios no puede estar atada o inactiva. De la mente

(1) Tom. 10, Homil. 14.

y del corazón de los dos misioneros salía, como ráfaga de fuego que ilumina y abrasa, ya por medio de sus exhortaciones y consejos y de su predicación constante, ya también por medio de su pluma, que lanzaba al exterior cartas saturadas de divinos afectos y enseñanzas. Los cristianos acudían, aunque siempre con la debida cautela, cada vez en mayor número, a instruirse, a fortalecerse, a animarse, a limpiar sus conciencias y a conservar el valor necesario para triunfar en las más graves contingencias.

Eran tantas, a veces, las personas que a ellos acudían, que apenas tenían tiempo suficiente para oírlas en confesión y para remediar sus necesidades espirituales y aun corporales. Los cristianos, dispersos, empobrecidos, vejados, heridos en los sentimientos más gratos a su corazón, no queriendo permanecer bajo tamaña opresión, reaccionaron vivamente y empezaron a despreciar las amenazas del tirano: y la cárcel de Omura era el crisol donde quedaban purificados formando el glorioso grupo de los selectos.

La gloria de Dios obraba maravillas por medio de sus siervos en la cárcel de Omura: y no es la menor la que obró por medio del P. Vicente de San Antonio.

Había llegado a Nagasaki un bonzo de Cochinchina con ánimo de establecerse en el Japón. Se puso enseguida en comunicación con los bonzos japoneses, y fué admitido en su gremio: pero pronto observó que estos eran de costumbres tan corrompidas que superaban a los seglares más pervertidos en sus vicios y

torpezas: notó que hacían todo lo contrario de lo que enseñaban y predicaban a los demás; y que, siendo sacerdotes de los dioses, se burlaban de estos y sólo guardaban respeto exterior ante la gente a sus ídolos o imágenes. Esta conducta engendró en él un sentimiento de repugnancia hacia sus compañeros y al mismo tiempo una duda entre la verdad de su religión y la de los cristianos, de los cuales había oído referir heroicos actos de virtud en el mismo Nagasaki.

Dios infundió en su mente un rayo de su divina luz y le inspiró la idea de exponer sus dudas a algún sacerdote de los cristianos. Preguntó por ellos, y le dijeron que muchos habían muerto por orden del emperador; otros, desaparecido; y los últimos, que estaban presos en la cárcel de Omura, para ser pronto quemados vivos.

Sin más vacilaciones se trasladó a la cárcel de Omura y se presentó a los misioneros; les expuso sus dudas e inquietudes y el origen y fundamento de ellas, y les suplicó que le resolviesen las dificultades, si sabían hacerlo, ya que él sólo deseaba conocer la verdad para ponerse a su servicio.

Tomó la palabra el P. Vicente, y con cariño de madre, con sencillez y claridad meridiana, con aquel gracejo de expresión que le era peculiar y con aquella simpatía personal que rezumaba todo su ser, pulverizó en un momento las objeciones del bonzo, le inició en los principales misterios de la religión católica y lo

situó en el camino llano y luminoso que conduce a la posesión de la verdad.

Conforme iba hablando el misionero, sentía el bonzo iluminarse su mente con desconocidas llamaradas de luz y moverse su corazón a impulsos de eficaces latidos de la gracia: y satisfecho y agradecido, y como subyugado por la elocuencia del P. Vicente, se despidió de éste diciéndole: —Volveré mañana.

En la primera conversación había quedado prendido en la red tejida por el P. Vicente con multitud de hilos de razones y argumentos de incommovible consistencia: y dulcemente atraído por éstos, volvió al día siguiente y otros muchos días, hasta que confesó sinceramente la verdad de la religión católica, abjuró y condenó todos los errores y prácticas de la idolatría, y solicitó con vivas instancias ser bautizado y pertenecer a la Iglesia fundada por Jesucristo.

Dió gracias a Dios el catequista por aquel nuevo favor; pero sometió a prueba la conversión del catecúmeno, dilatando por algún tiempo su ingreso en la Iglesia católica. La prueba dió tan excelentes resultados que, con grande alegría de los misioneros y entre cánticos de alabanzas al Señor entonados a coro por todos los presos en masa, recibió el bautismo en la cárcel de manos del P. Vicente.

Desde aquel momento demostró tan vivos deseos de predicar a los infieles, para atraerlos al seno de la religión verdadera, que pidió autorización a los Padres misioneros para hacerlo: y éstos, que no dudaban

ya de la sinceridad de sus propósitos, se la otorgaron tan amplia como podían.

Comenzó su campaña con celo de apóstol y con no escaso fruto espiritual; ya que la circunstancia de ser bonzo convertido daba una fuerza especial a los argumentos que presentaba a los gentiles: pero los bonzos le declararon guerra a muerte, y lo denunciaron al gobernador. Este mandó prenderle; y cuando lo tuvo en su presencia, le reprochó que, siendo bonzo, hubiese renegado de la ley de Buda por seguir la de Cristo.

No se turbó el nuevo cristiano; antes bien, con varonil entereza le dijo: —«Cristiano soy; y me ufano de ello: si tú lo quisieras ser, entrarías por el camino verdadero: porque solamente hay salvación en la ley que enseñan los Padres que tienes presos.»

Indignado el tirano por la respuesta, ordenó a sus esbirros que lo metiesen en la cárcel común, y que allí tratasen de hacerle apostatar con halagos y promesas de grandes bienes. Pero todo intento fué inútil; como lo fueron los tormentos que le infligieron y la pena de muerte con que le amenazaron. Indómito pero no inactivo, quiso continuar en la cárcel su labor apostólica; y sin temor a nadie ni a nada, predicaba en voz alta a los presos, para que lo oyeran también sus guardianes, las divinas enseñanzas de Jesucristo, y enseñaba a los niños las primeras oraciones y los preceptos del decálogo, que repetían candorosas las lenguas infantiles.

Denunciado de nuevo al tirano por el desprecio de sus mandatos, fué llamado a su presencia; lo que nunca hizo con ningún otro prisionero: pero lo hizo porque sabía que la mayor parte de los japoneses no cristianos estaban a favor del nuevo convertido, y quería evitar acaso una sublevación. Le recibió con afable calma, y le dijo que, ya que era cristiano, lo fuese sólo para sí mismo, y no exhortase a serlo a los demás.

—«Soy cristiano por la gracia de Dios,—respondió él con entereza, — y no cesaré de predicar su santa ley y de inducir a todos a que la sigan hasta la muerte.»

Frenético de cólera el tirano ante esta viril respuesta, lo condenó allí mismo a ser quemado vivo. Fijó el día de la ejecución de la sentencia, y la mandó publicar para infundir terror a los cristianos: y a fin de que la ejecución fuese un verdadero espectáculo que llenase de espanto a los concurrentes, dispuso que con el nuevo converso fuesen quemados vivos otros varios cristianos, que había en la cárcel.

Más de diez mil personas acudieron a presenciar el sacrificio de las víctimas. El antiguo bonzo no cesó un momento de exhortar a todos con palabras de fuego a que se hiciesen cristianos, hasta que el humo sofocó su respiración y el fuego consumió su cuerpo. Entonces el tirano aprovechó la ocasión de haberse reunido tan numerosa concurrencia y de haber quedado tan tristemente impresionada, para publicar allí mismo un bando,

que decía—«Todo el que favorezca a los cristianos morirá enseguida como estos». Apenas llegó esta terrible amenaza a los oídos de los concurrentes, de más de diez mil gargantas salió imponente y repetido este grito: «Yo soy cristiano: yo soy cristiano». Confuso y acobardado el tirano, al ver que, por unos pocos que morían, se declaraban cristianos tantos millares, procuró escabullirse como pudo y renunció a sus crueles amenazas.

Llegó a la cárcel la noticia del glorioso triunfo del bonzo converso y de los demás sacrificados; y de los labios de todos los presos brotó un cántico de acción de gracias. El P. Vicente, sobre todo, sintió el alma inundada de consuelo, al ver confirmadas una vez más aquellas frases del gran San Agustín:—«Mueren los mártires para que se multiplique la Iglesia. Su santa sangre vertida fecundó la sementera. Llega la muerte de los mártires, y se aumentan más y más los cristianos». (1). La palabra de Dios, al parecer recluida en el antro de una hedionda cárcel, seguía produciendo ubérrimos frutos dentro y fuera de ella; y dulcificaba a sus administradores las muchas amarguras de la prisión. Una sola idea los tenía tristemente preocupados: la suerte futura de aquella cristiandad.

El P. Francisco de Jesús, en carta de 26 de mayo de 1630, dirigida desde la cárcel de Omura al Padre franciscano Diego de San Francisco, después de re-

(1) Tom. 8. sobre el Salm. 40, in praef.

ferirle la forma en que fueron presos él y el P. Vicente, le dá cuenta de que el hermano franciscano Fr. Gabriel de la Magdalena, denunciado por un *doshico* antiguo de los PP. dominicos, fué preso en los montes de Ykiriki y llevado a la cárcel el 20 de marzo, donde está con ellos, y luego continúa así: «Es cosa lastimosa ver cómo está todo destruido y asolado. El tirano, con grandes ansias por borrar del Japón este nombre de cristianos: los renegados de estos reinos casi todos son Judas declarados y otros embozados y todos sobornados: mucho el miedo y temor de los tormentos que en todos ha entrado: que, como muchachos de escuela, que de sólo ver la palmatoria se acusan unos a otros, dicen cuanto les preguntan y más de lo que saben: por lo cual el tirano ha desenterrado, sin dejar nada, cuanto había de Padres».

«Cuantos por estas partes andábamos hemos sido tan perseguidos que, como liebres huyendo de los galgos, aquí nos cogen, aquí nos escapamos, caímos en la red: y está el negocio tan sangriento que, si Dios no lo remedia, en mucho tiempo no puede nadie parecer por aquí, sin que caiga en la red luego. Sea nuestro Señor siempre alabado y glorificado, que tan misericordiosamente se ha habido conmigo; que, en lugar de castigarme por mis pecados, me ha puesto en este lugar entre sus siervos. Pero juzgo que, como a otros lo dá por premio de sus trabajos, a mí por penitencia de mis pecados. Y supuesto que el Señor me lo concedió sin yo merecerlo, sea su nombre bendito. Yo,

viendo la falta de ministros, procuraba esconderme, mas pues el Señor me manifestó, yo estoy muy contento de ello. Quiera su divina Majestad sacarnos de aquí para confesar su santo nombre, triunfando del tirano y sus secuaces.»

Hasta aquí el P. Francisco. El P. Vicente, en carta dirigida al mismo P. Diego, de fecha 25 de julio de 1630, le dice, entre otras cosas: «Padre de mi alma: ahora que el Señor me ha traído a este puesto tan sin merecerlo, escribo esta despidiéndome de V. R.; pues, según la presente justicia, serán pocos los días de mi vida».

«Lo primero, agradezco a V. R. la mucha caridad y amor con que me trató, estando por esos barrios; con cuya presencia de Padre mío no me faltó nada, en particular en los principios de mi venida a estos reinos.»

«Sangrienta vá la cosa: acuda el Señor y dé a V. R. salud y lo guarde para que junte a su rebaño, que tan esparcido lo ha puesto este lobo hambriento. ¡Oh misericordia de Dios! ¡Oh inescrutables juicios! ¿Quién hay que los pueda dar alcance? Pues a un pobre pecador como yo me ha puesto en este astillero, donde con su ayuda y favor espera hacer feliz viaje esta pobre barquilla, que por verme tan falto de matalotaje, suplico a V. R. me ayude con sus devotas oraciones. A todos los soldados (súbditos) de V. R. pido lo mismo humildemente. Júntenos el Señor en su reino para el cual nos crió.—25 de Julio de 1630.—De V. R. hijo

humilde—Fr. Vicente de San Antonio, preso por Jesucristo.» (1).

Mezclados se agitaban en el corazón de los dos misioneros afectos tan opuestos como la tristeza por la ruina espiritual de tantas almas y la alegría por sufrir las molestias de la prisión como víctimas destinadas al sacrificio: y Dios, que no abandona nunca a los suyos, y que veía en sus almas la rectitud y pureza de intención de todos sus afectos, no dejó un momento de acompañarlos en medio de sus aflicciones.

Entre otras varias personas que los socorrían y consolaban en la cárcel, había un hidalgo portugués, llamado Jerónimo de Macedo, que, apenas supo la llegada del P. Vicente al Japón, trabó con él sincera amistad por considerarlo paisano suyo y por sus bellas dotes personales.

Era el señor Macedo un hombre de negocios, que con naves fletadas por él mismo traficaba con los puertos de Macao, Manila y Nagasaki; tan caballero y tan cristiano que ayudaba y favorecía extraordinariamente a todos los misioneros en todas sus empresas y dificultades. El P. Francisco y el P. Vicente, sobre todo, no hubieran podido realizar con tanta eficacia su labor apostólica, durante los seis años que estuvieron libres, si no hubiera sido por las gruesas sumas de dinero que les daba el señor Macedo y por el auxilio eficaz

(1) Relaciones, etc., pág. 71 y siguientes.

que de él recibían en todos los apuros de su agitada vida: ya que las cantidades en metálico y los efectos en especie, como vino para misas, cera y otros necesarios, que les envió en varias ocasiones el P. Provincial de Manila, no llegaron nunca a sus manos.

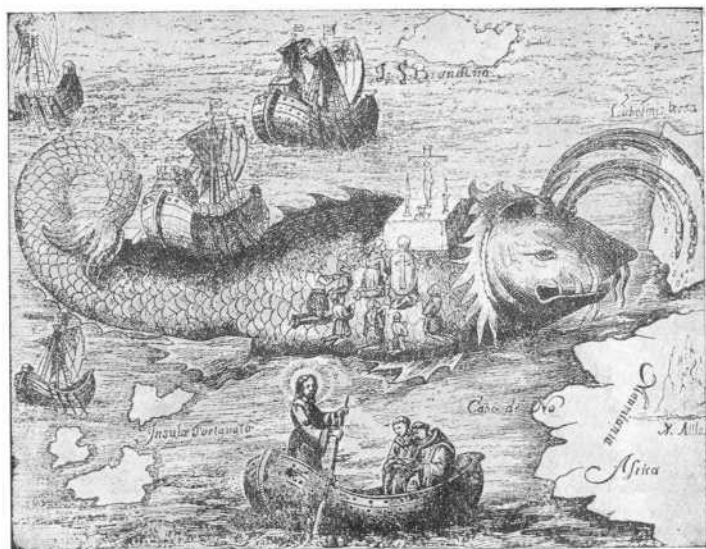
La importancia de los negocios y la honradez y seriedad en cumplir sus contratos dieron gran influencia al señor Macedo sobre los comerciantes, y engendraron amistad con las autoridades japonesas, especialmente con Uneme dono, cuando todavía no era gobernador de Nagasaki. Pero un día una mano envidiosa secuestró su correspondencia, en la cual se encontró una carta, que la malicia interpretó torcidamente, y en la que creyó hallar motivos suficientes para denunciar al portugués como protector manifiesto de los misioneros españoles. Se hizo la denuncia; y de nada sirvieron las explicaciones del acusado. Triunfó la envidia; y el buen portugués fué recluido en una cárcel por orden del mismo emperador. Cinco o seis años estuvo en ella: y acaso no hubiera salido, si su amigo Unemedono, al tomar posesión del gobierno de Nagasaki, no hubiera negociado personalmente y conseguido su libertad.

Tan constante fué su afecto a los dos misioneros, que desde la cárcel (distinta de la que estos ocupaban), los socorría por medio de sus agentes: y apenas fué puesto en libertad, era él mismo el que los visitaba y les llevaba el socorro del cuerpo y el consuelo del alma, y el que les informaba de los propósitos que

su amigo el cruel tirano Uneme-dono tenía con respecto a los cristianos.

El fué el instrumento escogido por Dios para suavizar las penas de los dos benditos prisioneros.





Alegoría misional



CAPITULO XXIII

Sumario: *Profesión de Donados y Terciarios en la cárcel.—Su martirio.—Carta del P. Vicente.—Nueva malicia del tirano.—Cartas desde la cárcel.—Más frutos sazonados.*

EN la cárcel de Omura habían ido entrando presos, traídos precisamente de los lugares catequizados por los PP. Francisco y Vicente, en tal número, que estaban hacinados y rebasaban la capacidad del lugar.

No preocupaba este hacinamiento al tirano, que más bien se complacía en ver sufrir a los desgraciados: pero un mal día, molestando por el aviso de los carceleros de que ya no cabían más cristianos, dió orden de que fuesen sacrificados todos menos los cinco misioneros.

Aquel mismo día fué a visitar a éstos el capitán Jerónimo de Macedo, y les comunicó la noticia con el detalle de que la ejecución de la sentencia estaba fijada para el día 28 de septiembre. Un rudo golpe de tristeza los dejó abrumados, al verse exceptuados del combate para ganar la corona del martirio: pero pronto

reaccionó su espíritu y se puso en las manos de Dios con acto sincero de conformidad absoluta con la voluntad divina. Por consejo de Macedo ocultaron la noticia a los interesados: pero pocas horas habían transcurrido, cuando se presentó en la cárcel un esbirro, y notificó a todos la sentencia. Un grito de júbilo, capaz de avergonzar a las fieras, aunque no a Unemedono, llenó todos los ámbitos de la inmensa jaula; al que siguieron tiernas plegarias implorando el auxilio divino y un ferviente cántico de acción de gracias por tener la dicha de cambiar sus penas por una vida eternamente feliz.

Los verdugos intensificaron sus esfuerzos para hacerles renegar de su fe y librarlos de la muerte y de la cárcel; pero ni uno solo hubo que se rindiese a sus halagos y promesas. El gobernador de Omura, llamado Fikoyemon, sometido en todo a Unemedono de Nagasaki y acaso más cruel que éste, tuvo el mayor empeño en cumplir las órdenes recibidas del de Nagasaki, que le había dicho: «Antes la apostasía que la muerte.» Por eso les intimó la sentencia como último recurso. Pero al ver defraudados sus intentos, de acuerdo con Unemedono, mandó ejecutar la sentencia.

Era el día 26 de septiembre, y faltaban dos para el martirio. Los condenados, que lo esperaban con verdadera ansia, se preparaban con oraciones, ayunos y con toda clase de mortificaciones. Aquel mismo día, de madrugada, trajeron más presos a la cárcel desde sus pueblos: eran las mujeres e hijos de los penados, que

iban a morir con ellos, porque la sed de sangre del tirano no se saciaba con la de solos los detenidos, y quería vengar su rotundo fracaso en hacerles renegar. Los misioneros andaban emocionados y solícitos preparándolos con santa envidia para el último combate, y escuchándolos a todos en confesión por última vez. Las plegarias salían de todos los labios sonoras y jubilosas sin dejo de temor o de tristeza, y los ósculos estallaban al contacto con los diminutos crucifijos, con la sagrada correa o con los escapularios de la Virgen de la Consolación, como explosiones de amor comprimido.

Entonces fué cuando el P. Francisco de Jesús, viendo que no había tiempo que perder, se resolvió a dar la profesión a tres cristianos, a quienes hacía tiempo había vestido el hábito de Hermanos Donados de la Recolección Agustiniiana; y a otros veintitres, la de Terciarios o Mantelatos de la misma Congregación, que así se lo pedían. Recordó la solemnidad que hubo en su profesión religiosa en el convento de Valladolid, y, aún más feliz y animoso que entonces, quiso solemnizar aquellos momentos.

Tenía por comunidad de religiosos otra más numerosa de heróicos cristianos; por iglesia, la cárcel santificada por los sacramentos y las plegarias; por órgano, los grillos y cadenas que, al arrastrarse por el suelo, parecían armonías celestiales al abrirse las puertas de la gloria; y por candidatos, los proscritos que iban a lavar las vestiduras de su vida en la

sangre del Cordero para ser felices ante el trono de Dios.

Tres eran los novicios Donados: Yoieimon, que cambió su nombre por Pedro del Santísimo Sacramento; de cincuenta y cinco años de edad; natural de Firaxima, coadjutor del P. Vicente y preso con él: Luis de San Miguel, llamado antes Fakiro, natural de este pueblo, y de sesenta años de edad: y Luis de San Agustín, llamado antes Kixiro, de treinta y cuatro años de edad, y natural de Ykiriki. Los tres habían entrado en la cárcel con los Padres, y llevaban diez meses de torturas y privaciones por permanecer constantes en la fe cristiana.

Entre un silencio de profundo respeto y tierna devoción se arrodillaron ante los PP. Francisco y Vicente, leyeron y firmaron uno tras otro la fórmula de la profesión, escucharon la emocionante plática que les dirigió el P. Francisco, y después de recibir el abrazo de felicitación, se retiraron a sus jaulas entre el rechinar de las cadenas arrastradas por sus pies, que entonces resonaban como himno de triunfo.

Se acercaron después los dos Padres a un grupo en donde se habían reunido veintitres personas de ambos sexos, novicios Terciarios agustinos recoletos, y el P. Francisco recibió la profesión de todos ellos con las mismas ceremonias y las mismas abundantes lágrimas de consuelo.

Todos los demás condenados a muerte, en número de cuarenta y uno, eran ya cofrades de la Cinta o

Correa: pero pidieron con tan vivas instancias al Padre Francisco renovar su inscripción, que este accedió gustoso a ello, y los empadronó de nuevo y les dió a todos la cinta o distintivo, para que lo ostentasen en sus pechos al ser conducidos al martirio.

Honda emoción produjo en los dos Padres este acto de piedad colectiva realizado en la cárcel; y de él quisieron dejar constancia por escrito en los siguientes certificados, que figuran en un proceso oficial de beatificación:

— «Fray Francisco de Jesús, indigno religioso Agustino Descalzo y Vicario Provincial en estos reinos del Japón, por nuestro Padre Fray Andrés del Espíritu Santo, Provincial de la Provincia de San Nicolás en las islas Filipinas, etc. Preso en esta cárcel de Omura por predicador del santo evangelio; Certifico que a veinte y seis días del mes de septiembre de mil y seiscientos y treinta años, recibieron en esta dicha cárcel la profesión de Hermanos Donados, el Hermano Pedro del Santísimo Sacramento, y el Hermano Luis de San Miguel y el Hermano Luis de San Agustín; siendo testigo el Padre Fray Vicente de San Antonio, mi compañero. Y por verdad lo firmo de mi nombre hoy, dicho día.—Fray Francisco de Jesús.—Fray Vicente de San Antonio».

«Item. Certifico que hoy veinte y seis del dicho mes y año, en este dicho lugar y cárcel recibieron la profesión de Hermanos Terceros de mi Orden e Instituto las personas contenidas en las espaldas de esta, siendo testigo el dicho Padre Fray Vicente, mi compañero. Y

por verdad lo firmo de mi nombre hoy, dicho día, mes y año.—Fray Francisco de Jesús.—Fray Vicente de San Antonio».

Desde aquel momento todo era júbilo en la cárcel. Después de los actos de piedad, que dedicaban a la oración mental, el rezo en voz alta del santo rosario y de otras oraciones vocales, resonaban sin cesar cánticos de penitencia mezclados con otros de alabanza y acción de gracias al Señor por el don inapreciable de haberlos escogido para morir por su santa ley; se felicitaban unos a otros por su próximo triunfo, y bendecían a los dos misioneros a quienes debían la dicha de entrar pronto en el cielo.

En este ambiente de paz y de alegría amaneció el día 28 de septiembre de 1630. En un ancho campo llamado *Foconofaru*, distante de la ciudad de Omura un cuarto de legua, habían clavado en tierra, formando fila, veinte columnas o gruesos troncos, a distancia de dos brazas unos de otros; habían cercado con estacas el campo en una grande extensión, y estaban hacinando junto a los postes enormes montones de leña.

Mientras se hacían estos preparativos en el campo, el P. Francisco celebraba con angelical fervor el santo sacrificio de la misa, que oían todos los que iban a morir, con lágrimas, suspiros y sollozos de ternura, de consuelo, de esperanza y de supremo gozo. Llegó el momento de la sagrada comunión, y el previsor celebrante pudo administrarla a todos, sin que quedase uno sin recibir el adorable Cuerpo de Cristo. ¡Con qué

emoción tan intensa latían todos los corazones! Era el momento sublime en que los cuerpos sanos y fuertes recibían el santo Viático para hacer su viaje al cielo, rompiendo antes las rechinantes cadenas que los sujetaban a la tierra.

Pocas horas después llegaban a la cárcel los esbirros y daban la orden de salir para el lugar del sacrificio. Despojaron a los presos de los grillos y cadenas y los fueron atando por grupos con gruesos cordeles.

Mientras hacían esta operación, una de las mujeres, que había ingresado en la cárcel dos días antes, se presentó en medio de todos vestida y adornada con sus mejores galas y joyas y con el distintivo japonés de las que van a contraer matrimonio; y al mismo tiempo cantaba alabanzas al Señor con indecible entusiasmo. Los malsines la tuvieron por loca: los cristianos extrañaron aquella presentación: y entonces ella dijo con firme voz: «No puede haber en la vida mejor ocasión que esta para vestirme de gala: voy a verme y desposarme con mi celestial esposo Jesús, que me ha de hacer feliz por toda la eternidad.»

Al oír esta declaración, los malsines quedaron corridos de vergüenza; los cristianos prorrumpieron en gritos de alegría; y los dos misioneros lloraban de ternura, de emoción y de consuelo, al ver a sus discípulos tan firmes en las creencias que ellos les habían inculcado.

A una voz de mando, se dispusieron a salir los

presos; pero antes se hincaron de rodillas pidiendo a los Padres su bendición. Estos se la dieron repetidas veces entre abundantes lágrimas, mientras los exhortaban a conquistar la victoria y les pedían que rogasen por ellos en el cielo.

—*Hasta luego en el cielo*— iban diciendo todos por despedida: y desde las puertas de la cárcel empezaron a entonar a Dios cánticos de alabanza, que alternaban con encendidas exhortaciones a los gentiles que presenciaban su paso, para que se hiciesen cristianos. Todos llevaban a la espalda una caña con un cartel, en el cual se leía: «Mueren por ser cristianos y desobedecer al emperador, que lo prohíbe.»

Quando llegaron al lugar del suplicio, cesaron de cantar, se despidieron unos de otros *hasta luego en el cielo*, y se entregaron a los verdugos. Estos colocaron a cuarenta de aquellos en veinte postes, dos en cada uno, de espaldas uno a otro y atados con cordeles: enseguida arrimaron la leña y le prendieron fuego. Las víctimas elevaron sus ojos y sus brazos al cielo; y en esta actitud las llamas abrasaron sus cuerpos, mientras sus almas entraban triunfantes en la gloria.

Al mismo tiempo que cuarenta eran quemados vivos, los verdugos cortaron las cabezas a los otros veintisiete restantes con enormes catanas o alfanjes: y así en breve espacio de tiempo pasaron de la tierra al cielo sesenta y siete cristianos japoneses, pertenecientes todos a la gloriosa Orden de Agustinos Recoletos, como Donados o Terciarios profesos de la misma

o como cofrades de la Cinta o Correa de San Agustín, catequizados todos por los abnegados misioneros Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio.

Ejecutada la inicua sentencia, los verdugos arrojaron las cabezas y cuerpos de los decapitados y los restos de los quemados al fondo de un enorme precipicio: pero los cristianos se dieron prisa y hallaron medios para recoger multitud de sus sagradas reliquias, que fueron distribuidas en Manila, Macao y otras ciudades, para recibir el homenaje debido a la heroica santidad.

Cuando los dos misioneros supieron el heroico valor y la augusta serenidad con que sus hijos espirituales habían sufrido la última pena, no cesaban de dar gracias a Dios y de pedirle para sí mismos la misma gracia y fortaleza. Es que entonces conocieron por varios testigos de vista algunos detalles, que manifestaban el temple de acero de las víctimas.

Simón Yofiyoye, que acababa de hacer en la cárcel su profesión de Terciario Recoleta, hacía dos años que, seducido por un gobernador llamado Tobinoga, había apostatado de la fe cristiana que había recibido. Pero poco después, arrepentido de su pecado, lo lloró amargamente, hizo rigurosa penitencia, y empleó todos sus bienes y su persona en servicio de los misioneros, en especial de su maestro el P. Vicente. Enterado el gobernador, lo llamó a su presencia y trató de reconquistarlo con halagos y amenazas: pero viendo que todo era inútil, lo mandó llevar a la cárcel, donde estuvo con los antes mencionados. Al llegar con éstos

al lugar del martirio, el gobernador, sediento de venganza, lo mandó desnudar por completo y adaptarle un vestido de paja, al que pegaron fuego. Se consumió la paja, y apareció su cuerpo asado, pero vivo. El mártir no lanzó ni un quejido; y permaneció impasible sin hacer un gesto de dolor. El gobernador entonces mandó romperle la cabeza con un palo: y como después de los golpes aún vivía, lo llevaron al poste donde estaba su mujer Gracia, y, atándolo de espaldas a ella, fueron ambos consumidos por las llamas.

Estando presos en la cárcel Pedro Yaxichiro y su mujer Magdalena, ambos Terciarios Recoletos, el gobernador mandó llevar a esta a su presencia, porque era una verdadera belleza japonesa, y la prometió grandes riquezas y los más altos honores, si renegaba de la religión cristiana. Pero como ella lo rechazó todo con indignación, mandó llevarla otra vez a la cárcel, donde continuó su asedio con el mismo resultado negativo. Llegó con los demás al lugar del martirio; y, al verse de nuevo acosada por los agentes del tirano, dijo resuelta: «Prefiero ser hecha pedazos por Cristo a todas las riquezas, honores y placeres del mundo.» Encolezado el tirano con esta respuesta, sin consideración a su avanzado estado interesante, mandó quemarla viva con su marido: los ataron de espaldas al poste, y el fuego consumió en dos personas tres víctimas.

También dieron gloria a Dios en el campo de los mártires dos niños, hijos de Gregorio Rucozeimon, Terciario, y de Margarita su mujer, Cinturada o Cofrade

de la Cinta, como sus hijos. Eran estos Miguel, de 11 años, y Domingo, de 7 años de edad. Los verdugos tuvieron empeño en colocarlos cerca de sus padres, que estaban atados a un poste; y cuando el fuego los hubo consumido, los dos niños, serenos y fuertes, se acercaron a los verdugos y les dijeron: «*Ahora nosotros.*» Corridos de vergüenza aquellos malvados, al sentirse tan briosamente vencidos por la indomable constancia infantil, cogieron a los dos valientes niños, y de dos furiosos golpes de catana hicieron rodar sus cabezas por el suelo.

Derrotado quedó igualmente el orgullo satánico de los sicarios por un joven de 16 años, llamado Cristóbal, Cinturado, natural del pueblo de Xeto, que, al recibir de rodillas una furiosa lanzada en el pecho, levantando sus brazos en cruz, con sonrisa angelical les dijo: *¡Mala puntería!* y elevando sus ojos al cielo, recibió un formidable golpe de catana que cercenó su cabeza.

La relación de estos ejemplos heroicos hacía derramar a los P P. Francisco y Vicente abundantes lágrimas de consuelo, y daba nuevos bríos a su espíritu para la gran batalla que esperaban por momentos.

A los tres días, o sea, el día primero de Octubre de 1630, entraron en la cárcel de Omura un matrimonio con tres hijos, todos cofrades de la Correa. El marido, llamado Pedro, natural de Ykiriki, daba siempre hospedaje a los misioneros y a sus doshicos o ayudantes; y la mujer y los hijos les ayudaban y favorecían en todo cuanto podían. A las pocas horas salían

de la cárcel; y, por orden del tirano, no satisfecho con la horrible hecatombe anterior, fueron los cinco decapitados en el mismo campo ensangrentado de Focnofaru.

En tres días había enviado el tirano al cielo a setenta y dos mártires, pertenecientes todos a la Orden de Agustinos Descalzos o Recoletos.

Los nombres de estos setenta y dos héroes del cristianismo, que el P. Francisco decía que los mandaba escritos en el reverso de su certificado de profesión de los Donados, los dejó consignados el P. Vicente en una carta que escribió a su Provincial de Filipinas: y la copia que aquí transcribimos íntegra está tomada directamente de su original; del cual damos aparte una reproducción fotográfica.

Al final de ella y para su mejor inteligencia hace notar que los mártires cuyos nombres llevan una estrella o asterisco eran Hermanos Donados profesos; los que llevan una cruz, eran Terciarios profesos; y los demás, Cofrades de la Cinta o Correa. Advierte que los que llevan la letra F, inicial de fuego, fueron quemados vivos; y los que llevan la C, inicial de cabeza, fueron decapitados. En esta copia se ha sustituido la ortografía antigua por la moderna; algunas palabras en abreviatura, de difícil lectura, se han escrito íntegras; y otras, resabiadas de la escritura portuguesa, han recibido la forma española: y en vez de poner, como él lo hace, por ejemplo, Coye pueblo, Miye pueblo, se pone Pueblo de Coye, etc.

La carta y la lista de los mártires, escritas en la cárcel de Omura, son del tenor siguiente:

«A nuestro Padre Fr. Andrés del Espíritu Santo, Provincial de los Recoletos de Nuestro P. S. Agustín, de la Provincia de las Islas Filipinas, Manila.

Laus Sanctissimo Sacramento. = Padre Nuestro: Porque en la que escribo por via de Macao soy largo, no lo seré en esta, tan fuera de haber tiempo para escribirla como ocasión para enviarla, siendo así que estaba por cosa asentada el no haber trato de este Reino a ese jamás: pero así ordenó nuestro Señor el despacho de este navío para consuelo de ese Reino, como el dilatar el tirano la sentencia de los que estamos presos, para provecho nuestro y mejor preparación y disposición para la empresa que por horas esperamos, y, como dicen, ya con el pie en el estribo aguardamos: porque el tirano lo está también para la Corte; donde se sigue que antes de su partida dará fin a nuestro negocio.

Fué, pues, el caso que, como apretó tanto la persecución el año pasado de 1629, apenas había lugar donde nos recogiésemos los religiosos, si no es en los montes, y esto con mucho peligro, como se vé de la prisión de los cuatro que aquí estamos de Europa; que, después de recogidos a los montes, nos sacaron de ellos; salvo el Padre Japón de la Compañía, que fué preso en la ciudad de Nagasaki.

Con todo, pasada ya la furia de la tormenta dentro y en los arrabales de Nagasaki, caidos todos, cuyo

número digo en la otra, hombres, mujeres, niños, difuntos y por nacer (porque todos padecieron su trabajo y en su modo), yo lo pasé mediocrementemente: así que, apartado del P. Fr. Francisco de Jesús, a quien dejé el día después de nuestro Padre en una isla llamada Firaxima, y me vine a la parte de la tierra, por salvar algunas cosas que con el aprieto habían enterrado: pero entendiendo estar todo ya en paz el P. Francisco, habiéndole avisado que no se volviese del puesto, por ser bueno, para Fizocu, se vino a la parte de la tierra y me llamó para que nos viésemos; a lo que yo acudí con mucho trabajo, por estar lejos y con recelo de lo que sucedió; por ser muchos los malos que con las promesas del tirano se hicieron peores, buscándonos con mucha diligencia: de que después de estarnos juntos y consolados, tuvimos noticia porque ya habían preso al P. Fr. Bartolomé Gutiérrez de la Observancia, y después a un mozo nuestro.

Conque nos apartamos, llevando yo mi derrota a la dicha isla de Firaxima, que está distante de Nagasaki 30 leguas, por ver si podía estar hasta Navidad; y el P. Francisco se quedó en la costa, aunque 9 leguas de la ciudad.

Hubo soplo; y buscando al P. Benito Fernández de la Compañía, hallaron al P. Fr. Francisco en un monte de un lugar llamado Yuquinoura; y luego se partieron a buscarme, de que tuve aviso, estando ya los bungalios en el puerto: y como encerrado en una isla, no tuve otro refugio sino el monte, adonde estuve cinco

días sin comer ni beber, rodeado de guardas de noche y de día; que, como no me hallaban, ponían fuego a los montes: de que estuve bien cerca de no llegar a este lugar.

Pero el Señor de misericordias, que todo lo dispone para provecho nuestro, me quiso dar lugar, dándole a mis enemigos para que me hallasen; que fué en sábado a las diez del día 24 de noviembre de 1629.

Preso que fuí, me embarcaron, y bien acompañado de funeas, porque fueron más de 30 con 60 hombres, me entregaron al tirano: donde hallé ya al P. Fr. Bartolomé y al P. Fr. Francisco y al P. Antonio Pinto, japonés, de la Compañía.

Estuvimos presos en el Mandocoro, casa donde asiste el tirano, con grillos en los pies; y de aquí nos pasaron a la cárcel de Vomura; donde estamos los cuatro con un Hermano de San Francisco que después prendieron.

Aguardamos por momentos la sentencia, alegres y contentos con nuestra suerte; tal que de mí digo no la merecía al Señor, pues jamás le hice servicio alguno. Permita su divina Majestad que el pequeño que le quiero hacer de dar mi vida por su ley y por su santa fe, me le reciba en descuento de mis pecados, y permita juntarnos a todos en la gloria.

Mis recomendaciones a todos mis Padres y Hermanos de esa Provincia, cuyo hijo soy indigno y de V. R., a quien rindo las gracias de la grande merced que me hizo en enviarme a este reino, sin pretenderlo

ni solicitarlo más que con Dios, cuyas misericordias no tienen número.—25 de octubre de 630 años.—Hijo indigno de V. R.,=Fr. Vicente de San Antonio.

PUEBLO DE COYE

† Antonio Magosque	F. xoya.
Catalina, su mujer	F.
Juan, su hijo	C.
Luis, su hijo	C.
Luis Goixichi	F.
† Pablo, Xinemon, mi casero	C.

PUEBLO DE TEGUMA

† Ingacio Tenqueyemon	F.
Miguel Magozeimon	F.
María, su mujer	F.
Domingo, su hijo	C.
Domingo, Jinemon	C.

PUEBLO DE MIYE

† Simón, Yofiyoye, mi casero y dueño de la fune	F.
† Gracia, su mujer	F.
Juan, su hijo de siete años	C.
† Pedro Yaxichiro, dueño de la fune	F.
† Magdalena, su mujer, preñada	F.
† Miguel Xichisque, mi casero	F.
† Marta, su mujer	F.
Luis Gozeimon, su suegro	C.
† Juan Cabiyoye, remero	C.

† Luis Gonemon, remero	C.
Pablo, su hijo, de catorce años	C.
Miguel, su hijo, de siete años	C.
Francisco, su hijo, de cinco años	C.
† Tomé Yaquichi, remero	C.
† Miguel Feisaqu, remero	C.
† Gaspar Sacuzó, remero	C.
† Pedro Fazuque, remero	C.

PUEBLO DE CAXIYAMA

† Miguel Jifiyoye, mi casero	F.
Marina, su mujer	F.
† Miguel Fuquezo	F.
Rufina, su mujer	F.
Pedro, su hijo, de cinco años	C.

PUEBLO DE NAGATA

† Domingo Cofiyoye, mi casero	F.
Marina, su mujer	F.
Su hijo	C.

PUEBLO DE CUROSAQUI

Jacobo Ficozeimon, mi casero	F.
María, su mujer	F.
Alejo, su hijo	C.

PUEBLO DE XITCU

Juan Chingiro	F.
Juana, su mujer	F.

PUEBLO DE YGEXIMA

Juan Fiyoyemon	F.
Rufina, su mujer	F.
Fioquichi, su hijo	C.

PUEBLO DE XETO

Cristóbal, de dieciseis años, alanceado .	C.
---	----

PUEBLO DE YENOXIMA

Martín Jirobiyoye, mi casero	F.
Catalina, su mujer	F.
Miguel Jiemon, su hijo	C.

PUEBLO DE FIRAXIMA

* Pedro Yoyemon, mi guía al monte . . .	F.
* Luis Fachiro, mi casero, coreano . . .	F.
† Pedro Cazuque, mi compañero en el monte.	F.
† María, su mujer	F.
Pablo Teuquegoro, su hijo	C.

PUEBLO DE CUROCUCHI

† Miguel Risque, mi casero	F.
† Clara, su mujer	F.

PUEBLO DE SASOCO

† Gregorio Rocuzeimon, mi casero	F.
Margarita, su mujer	F.
Miguel, su hijo, de once años	C.
Otro hijo de siete años	C.

PUEBLO DE YKIRIKI

Domingo Yofiyoye	F.
Magdalena, su mujer	F.
Tomé Nizo	F.
* Luis Quijiro	F.

Pedro, casero de Hermanos	C.
Con tres hijos	C.
Y su mujer	C.

Estos cinco, cortados padres e hijos, fueron después del martirio grande, tres días.

PUEBLO DE NICUMIGANACHI

Miguel Ychizeimon, mi casero	F.
Isabel, su mujer	F.
Pablo, su hijo	C.
Otro su hijo	C.

Fué este glorioso martirio en este Reino de Vomura, cerca de esta ciudad un cuarto de legua, en un campo llamado Foconofaru, a 28 de septiembre de 1630, gobernando a Nagasaki el tirano Voneme Dono, el segundo año de su gobierno.

Todos estos santos mártires murieron cofrades de la Cinta: y los que llevan esta señal * murieron Hermanos Donados de los Descalzos de N. P. San Agustín; y los que llevan † murieron Terciarios profesos de la misma Orden.

Los que llevan esta letra F fueron quemados vivos, dos a dos, atados en un palo; y los que llevan esta letra C fueron cortados degollados.

Los más de estos santos fueron nuestros compañeros en esta cárcel. Los demás, hijos y mujeres, los llamaron de sus pueblos dos días antes del martirio.

Gloria al Señor en sus santos. Permita su divina Majestad juntar en su gloria. Amén.

Fr. Vicente de San Antonio.» (1)

Después de estos horribles martirios la cárcel de Omura quedó casi vacía; y los guardianes, que seguían siendo bien retribuidos por el hidalgo capitán Jerónimo de Macedo, tuvieron el rasgo humanitario de trasladar tres meses después a los misioneros a otra jaula más amplia, donde estaban con más desahogo y comodidad. Quedaban con ellos un buen número de niños, hijos de los mártires, diez o doce muchachas jóvenes, hijas también de éstos, traídas de Firaxima, y otras cuantas traídas de Mixe o Miye, recién casadas, y ya viudas por el martirio de sus maridos. Tanto los niños como las jóvenes estaban contentos bajo la tutela paternal y las exhortaciones de sus maestros los PP. Francisco y Vicente; y únicamente sentían la ausencia de sus padres y maridos, cuya suerte envidiaban y a los cuales estaban resueltos a seguir a pesar de las mayores torturas.

Pero la malicia satánica del tirano excogitó un medio de frustrar sus santos deseos y de ponerlos en el camino de perdición. Sacó de la cárcel a los niños, y los fué entregando a distintas familias, enemi-

(1) NOTA.—Al primero de la lista le pone al margen Xoya, porque era oficial recaudador de rentas.

gas del nombre cristiano, para que los prohijasen y lograsen borrar de sus almas infantiles hasta el recuerdo de la religión de sus padres. A las jóvenes, solteras y viudas, las vendió como esclavas a hombres corrompidos, sin honor y sin decoro, a fin de que su honradez y sus sentimientos cristianos quedasen sepultados bajo el fango de la inmoralidad. ¡Oh! ¡Cómo torturó esta infamia el corazón de las víctimas y el de los benditos Padres!

«Aquí —dice el P. Francisco en carta a un amigo portugués— llegó nuestro dolor y sentimiento a lo que se puede significar, considerando cómo aquellos angelicos, que ayer cantaban, cuando íbamos a su pueblo, con nosotros salmos e himnos, con que recreaban el espíritu (y dábamos por bien empleado el trabajo que padecíamos, viéndolos cantar a coros, y sus almas sinceras cual palomas sin hiel), verlos hechos esclavos de un tirano, que sólo pretende tiranizar los cuerpos y almas.» «Y lo que de llorar es, que a las de mejor gracia (comidos del interés), las venden a gente ruín y bellaca, que sólo intentan ganar con ellas; y las compran para ponerlas en casas públicas. ¿A quién no quebrantará el corazón de dolor?»

Más que los tormentos y privaciones del cuerpo sentían los buenos Padres este asalto infernal a las almas de sus hijos espirituales: por eso su dolor no se redujo a lamentaciones y plegarias; sino que en el mismo momento desplegó briosamente las alas del celo de su inagotable caridad, y se lanzó al rescate de

los afligidos cautivos. Enviaron enseguida cartas y avisos al capitán Macedo y a otros amigos afortunados y generosos, lograron reunir dinero suficiente, y la mayor parte de aquellas inocentes víctimas fueron redimidas y quedaron entregadas a familias sólidamente cristianas, que habitaban en otros reinos, libres de toda persecución.

Sólos quedaron en la cárcel los misioneros: y entonces fué cuando, esperando con fundamento ser llevados al martirio en cualquier momento, multiplicaron sus oraciones y penitencias. Como si estuvieran tranquilos en un convento, fijaron la distribución de horas del día, y las empleaban en celebrar con fervor extraordinario la santa misa, y en hacer en comunidad la oración mental, el oficio divino, el santo rosario y otras muchas devociones, a las que añadían cuentas y prolongadas disciplinas. El tiempo libre lo dedicaban a escribir a sus amigos y, sobre todo, a informar a sus Superiores de su vida y sucesos del Japón, como lo tenían mandado.

El espíritu de que estaban animados en medio de tantas penalidades se manifiesta en sus propias cartas mejor que en cualquier otro documento extraño: sirvan algunas de muestra.

En la que escribió el P. Francisco con fecha 26 de octubre de 1630, dirigida a todos los religiosos de la Provincia de San Nicolás de Filipinas, dice así:

«Laus sanctissimo Sacramento.—Y la gracia del muy Alto sea en nuestras almas, mis amadísimos Pa-

dres y Hermanos.—El amor fraternal, que siempre les tuve a VV. RR. y tengo, me dieron atrevimiento para darles a entender las misericordias de nuestro buen Dios y Señor en habernos traído a este santo lugar (la cárcel), yo, menos digno de él como más (digno) de mil infiernos, en castigo justo de mi grande negligencia en el servicio de un tan buen Señor: y cuando permita su divina Majestad sacarnos de él, sea por quien El es para confesar su santísimo nombre, dando por su amor nuestra sangre y vida: y entonces será nuestra suerte dichosa del todo.»

«Ruego a V V. R R. y Caridades celen mucho la honra de nuestro buen Dios y Señor, buen crédito y nombre de la religión, a donde por su divina Providencia han sido traídos y entresacados de los trabajos e innumerables peligros del mundo, y puestos en puerto seguro, para que de él miren y estén en perpetua centinela, así del bien común como del particular: y de no hacerlo así, podrán temer el *¡Vae qui comedunt peccata populorum!*: y considerando lo que, para consuelo de los religiosos, con espíritu profético nos dejó escrito el gran profeta rey: *Elegí estar despreciado en la casa de mi Dios, y no vivir en los palacios de los pecadores.*»

«Y créanme V V. R R. y Caridades que se hallarán muy adelante, cuando ponderando el gran beneficio recibido de nuestro Señor, repitieren muchas veces lo que decía San Bernardo: *¿A qué viniste a la Religión?* Mas ¡ay de mí! ¡Cuánto mejor me estuviera

tomar para mí con silencio lo que bien me está, que no predicar a quien tanto sabe! Perdónenme VV. RR. y Caridades por reverencia de Dios; que como estoy en la cárcel más preso de carne y sangre que cercado de palos, y vestido con el ropaje largo de mi padre Adán, tentado del vicio de la soberbia, presumí de mí que podía dar consejo a quien y de quien podía ser mínimo discípulo. Pero si pareciere atrevimiento, púdome cegar el bien sumo que a todos V V. R R. y Caridades deseo, en cuyo retorno pretendo oraciones.»

«Y si por la misericordia de nuestro buen Dios, cuando esta llegue a sus manos, no tendré de ellas necesidad, por haber ya pasado de la mortalidad de esta miserable carne a la inmortal y eterna vida, servirán a esta afligida Iglesia. No digo más: pues con lo dicho podrá decir alguno que fuera mejor gastar este tiempo en disponerse quien tan cerca está del fuego que ya se quema. Quiera nuestro Señor nos juntemos en su ciudad de gloria. Amén. De esta cárcel de Omura, hoy 26 de Octubre 1630.—Su mínimo hijo y hermano, Fr. Francisco de Jesús.»

Con la misma fecha escribe al P. Provincial de Manila, y le dice lo siguiente:

«Laus sanctissimo Sacramento.—Padre nuestro: la gracia del muy Alto sea en nuestras almas: y permita nuestro Señor halle esta a V. R. con todos nuestros Padres con tanta salud cuanta le desea este su mínimo hijo.»

«Hemos sido en este lugar (la cárcel) muy conso-

lados por un hidalgo portugués, Jerónimo de Macedo, que en esta ciudad (Omura), aunque en diferente cárcel, ha estado preso seis años, por cierta carta mal interpretada por favor de los Padres; aunque hoy está libre en Nagasaki.»

«De un mes a esta parte hemos recibido mil nuevas: ya que nos envían desterrados a Macao; ya que se dilata nuestra muerte hasta el año que viene; ya que nos matarán luego; ya que el tirano pretende derribarnos y acomodarnos como a sus bonzos en su ceguera. Y cuando andaban fluctuando nuestras esperanzas en las dudas del temor de perder lo que tanto deseábamos, nos avisó este hidalgo, que digo, cómo nuestra fiesta y tálamo era cierto este año; y que así lo había oído de la boca del tirano, con quien profesa mucha familiaridad, que fué quien le negoció su libertad.»

«Fué esta nueva para nosotros de sumo consuelo y alegría, cual no sabré significar con palabras. De manera que, a buena cuenta, a los primeros de Noviembre, *Deo auspice*, según fuimos avisados, ¡veremos el fin cumplido de nuestros deseos! ¡Oh! ¡Bendito seais, mi Dios y buen Señor, pues tal pago teneis determinado darme a quien nada os tiene obligado, mas antes infinitas veces ofendido!»

«Ese mismo día entiendo morirán con nosotros otros quince, que están presos en Nagasaki; entre los cuales están nuestros doshicos: tres a quienes tengo dado el hábito de Hermanos legos, y ya tienen hecha profesión;

la cual revalidarán en el lugar del martirio, si es junta nuestra suerte. Llámanse Fr. Agustín de Jesús María, Fray Pedro de la Madre de Dios y Fr. Lorenzo de San Nicolás. También están presos allí otros tres Hermanos Donados, digo, Terciarios, ya profesos, Sebastián, Paulo y Juan Vonuju».

«En esta ciudad, cerca de nosotros, desde el principio de nuestra prisión estuvieron presos cincuenta y cinco cristianos, entre hombres y mujeres; entre los cuales dí el hábito de Terciarios a veinte y tres, y a tres el hábito de Donados; todos los cuales profesaron. De estos presos estaban algunas mujeres e hijos depositados en casas particulares, por no haber cabido en el tronco (cárcel) que digo. A veinte y ocho de septiembre, víspera del glorioso San Miguel, martirizaron de estos sesenta y siete, entre hombres, mujeres y niños; cuarenta, quemados vivos; y los restantes, degollados. Nuestros hermanos Donados, el Hermano Pedro del Santísimo Sacramento, el Hermano Luis de San Miguel y el Hermano Luis de San Agustín, quemados vivos: y de los Terciarios, veinte y tres. Y porque va ahí la lista de ellos escrita por el P. Fray Vicente, mi compañero, no los nombro».

«Los demás todos eran cofrades de la Cinta; a quienes, no obstante que ya lo eran de antes, los empadroné de nuevo y dí cintas a todos a costa de la Orden. De manera que después acá que llegamos a esta tierra mi compañero y yo, bien han sido al pie de trescientos mártires que ha habido de la Cinta de

nuestras Cofradías: fuera de otros muchos que tendrán nuestros Padres Observantes (los agustinos calzados)» (1).

«Esto de las cofradías hemos puesto los dos diligencia en ponerlas y levantarlas en muchas partes, por ver cuán caído estaba y que apenas conocían la Cofradía de la Cinta en Japón. Y asimismo, deseoso del buen nombre de nuestra Religión y en particular del Instituto que profeso, he dado en este lugar el hábito de Hermanos a los que digo arriba y a los Terciarios; no obstante que el P. Fr. Bartolomé lo extrañó mucho y aun quiso contradecir, hasta que le satisfacimos».

«De donde aquí y en otras partes lo he dado a treinta y seis personas; de las cuales, como digo, a veinte y tres dichosos e insígenes mártires; y otros *in via* (de serlo), y otros están libres. Estos que digo martirizaron fueron los aprehendidos por caseros o fautores de los Padres; por lo cual mataron a fuego a los más con las mujeres y sus hijos mayores. A los de menos culpa y los restantes hijos y criados los van hoy juntando y entrando en estas cárceles para hacerlos esclavos; cosa nunca vista hasta hoy en Japón».

(1) Nos parece innegable lo que aquí afirma y firma de su puño y letra el P. Francisco de Jesús. Sin duda no conocen estos hechos el P. Herrera en la Vida del Beato Bartolomé Gutiérrez y otros escritores agustinos calzados, que se apropian y atribuyen a su Orden todos los Donados, Terciarios y Cinturados del Japón; fundándose, tal vez, en que el Beato Gutiérrez se opuso a que nuestros Beatos los hiciesen; aunque sin razón alguna. El hecho es claro. Todos los citados por el P. Francisco pertenecen a la Orden de Agustinos Descalzos o Recoletos. Ellos, los calzados, tienen otros. Lo declara el P. Francisco con la frase exceptiva: *fuera de otros muchos que tendrán nuestros Padres Observantes*.—Véase *Alphabetum Augustinianum* del P. Herrera, pág. 111.

«Por la vía de Macao va nuestro pliego más extenso que este; y juntamente irá este recado con que hoy en este lugar celebramos (que es acomodado al lugar y tiempo), con unas crismeras de plata y lo que se pudo escapar de otro recado; que, porque no se pierda con lo demás que la fortuna se llevó, lo enviamos».

—Como nuestros Padres creían que iban a morir a primeros de noviembre, aprovecharon la ida a Manila de un criado del capitán Macedo para enviar allí el recado o servicio de altar que tenía algún valor; y fué lo siguiente: Un cáliz con su patena, un atril para misal, un hostiario, un par de vinajeras con su platillo, un par de candeleros con sus despabiladeras, unas crismeras; todos estos objetos de plata; y además, una ara consagrada y un misal. Todo llegó al convento de Recoletos sin novedad; y el que esto escribe ha tenido la dicha de celebrar misa en Manila sirviéndose de esas santas reliquias.—La carta continúa así:

«El portador de esta es un criado del señor Jerónimo de Macedo, que dije arriba; a quien V. R. hará por caridad el agasajo posible, por lo bien que su amo lo ha hecho con nosotros, después que a estas tierras llegamos, dándonos gruesas limosnas; y en este lugar (la cárcel) nos ha sido más que padre; sin tener respeto a que, si el tirano olierá algo, tenía su hacienda, que es mucha, perdida junto con la vida, con el castigo que a nosotros se nos dá».

«Ha permitido nuestro Señor que nuestro negocio se dilate, para disponernos mejor para el batallón que esperamos. Así como el tirano, aunque solapadamente, ha dado permiso al capitán Jerónimo de Macedo para que envíe ahí ese Junco (nave); que será sin duda para esa tierra de sumo contento.»

«Confieso, Padre nuestro, que hasta estar en este lugar, viéndome muy apurado y alcanzado de cuentas, me torcí muchas veces la oreja por haber venido a esta tierra; por andar de ordinario luchando con el temor de perderme con las ocasiones que el demonio y mis miserias me ofrecían. Mas para quitarme nuestro Señor de tantas congojas y trabajos, más espirituales que corporales, permitió por su gran clemencia y bondad infinita que el tirano diese conmigo y me arrinconase en este estrecho y santo lugar, tan indigno de él como digno de mil infiernos. Pero después que me ví aquí, y más con las primicias que nuestro Señor ha tenido por bien dar a nuestra Religión con los tres hermanos Donados, santos e insignes mártires, y veinte y tres Terceros (como digo), todos profesos dos días antes de su glorioso martirio; los cuales (aunque inútil instrumento), por mi diligencia yendo por delante, honran nuestra Religión, que ha sido para mí de no pequeño consuelo, doy ya por bien empleada mi venida.»

«De todo lo cual, como origen y principio de este bien singular rindo a V. R. las gracias; con compromiso de que, si nuestro Señor me concede lo que

mucho deseo y pretendo, sacándome de este lugar para confesar su santísimo nombre, se lo he de pagar delante de nuestro Señor siéndole fiel abogado, para que todos nos veamos en su ciudad de gloria y gozarnos en su divina Majestad, que a V. R. guarde y dé mil bienes del cielo con mil años de vida para bien y aumento de esta nueva planta. De esta cárcel de Vomura (Omura), hoy 26 de octubre de 1630.— De V. R. mínimo hijo e inútil siervo—Fr. Francisco de Jesús.»

«La cera y vino que V. R. decía en la suya, quedó en Macao. Llegaron acá los 200 pesos, que aun hoy están por cobrar. Dejamos orden al P. Vicario Provincial de los dominicos para que, cobrándolos, con ellos redima a algunas personas, que en esta ocasión las han hecho esclavas por nuestra causa.»

«En la que vá por la vía de Macao escribí a V. R. que no era de parecer que en dos o tres años tratase de enviar religiosos a esta tierra: dijelo por parecerme ser imposible poder entrar en paz en ella, por ser grande el rigor del tirano en Nagasaki; el cual parecía llevar adelante por algunos años su rigor. Ahora digo que me parece que ha amansado; pues este año no ha bullido con nada, y parece disimular con algo en adelante. Mas sea lo que fuere, por la experiencia que tenemos de muchos cristianos, es mejor que vengan luego y fomenten esto: porque en muchos reinos ha sucedido, por dilatarlo para mejor tiempo, que cuando quisieron volver a ellos los mi-

nistros, hallaron la puerta cerrada Y así se ha perdido *omnino* en ellos la cristiandad, después que ellos los dejaron resfriar. Sólo es bien que, para entrar con seguridad, vengan y entren del modo que allí digo. Y en tanto, Adios, adios.—Francisco, pecador».

Al leer estas cartas, nadie dirá que están escritas por un recluso en una dura cárcel, abrumado de penalidades, que ni siquiera menciona, y seguro de sufrir el más cruel martirio, que es lo único que desea. Sobre todos los conceptos vertidos flota la serenidad de espíritu, la humildad más profunda, el celo por la salvación de las almas y el consuelo de haber sido el instrumento escogido por Dios para llevar a muchas de éstas al cielo. Lo refiere complacido a su Superior, porque han sido gloriosos mártires, y como tales irradian esplendores de luz y de gloria sobre la Recolectión Agustiniiana, a la cual pertenecían. Con la misma complacencia le da cuenta de que tiene otros hijos espirituales, que están libres en lugar seguro, lejos de la jurisdicción del tirano; y de que otros están *in via*, en camino de ser mártires; porque sabe que están presos en la cárcel de Nagasaki, esperando la ejecución de la sentencia de muerte. Lo que no le anuncia, porque lo ignoraba, es que esta ejecución tendría lugar a los dos días de firmar él su carta.

El día 28 de octubre de 1630, la labor apostólica de los PP. Francisco y Vicente recogió de nuevo en Nagasaki frutos sazonados.

Hacia once meses que en la cárcel de Nagasaki,

llamada *Cruzmachí*, estaban presos, por ser cristianos y catequistas ayudantes de los Padres, tres hermanos legos Donados y otros tres Terciarios, agustinos recoletos, a quienes antes habían dado el santo hábito nuestros dos misioneros.

En la redada que mandó tirar el tirano para capturar a éstos, cayeron también aquéllos; y a pesar de los tormentos que les infligieron para que descubriesen el lugar donde los Padres se escondían, sólo escucharon los esbirros manifestaciones viriles de profesión católica; y con la esperanza de hacerlos apostatar por medio de promesas o torturas, los llevaron a cárcel distinta de sus maestros, en la cual entraron tranquilos el día 20 de noviembre de 1629.

Los hermanos legos Donados eran: Fr. Pedro de la Madre de Dios, de treinta y un años de edad, natural de Maiezowa, en el reino de Oxú. Su padre era idólatra y su madre cristiana. Por indicación de esta y a petición propia fué catequizado por el Padre Francisco; y más tarde, probada su solidez en las virtudes cristianas, recibió de este el hábito de Donado y fué siempre su ayudante y compañero, sobre todo cuando el P. Francisco andaba errante predicando por los montes de Yuquinoura.

El segundo se llamaba Fr. Lorenzo de San Nicolás, de veinticinco años de edad, natural de Sasoco en el reino de Omura. Sus padres eran fervorosos cristianos; y él recibió el hábito de manos del Padre

Vicente, a quien ayudó con grande abnegación en sus correrías apostólicas.

El tercero fué Fr. Agustín de Jesús María, llamado antes Mancio. Sus padres eran nobles del reino de Chikugo, de donde se trasladaron a Nagasaki. Aquí murió su padre; y entonces él y su madre fueron desterrados por cristianos. Tenía veinticuatro años de edad; y escogió vivir en el monte, entregado a la oración y a la penitencia, en una pobre choza que él mismo construyó. Pero atraído por las virtudes del P. Vicente, pidió acompañarle en su predicación, y recibió de él el santo hábito, que lo honró con su vida ejemplarmente fervorosa.

Los tres Mantelatos o Terciarios eran: Paulo Nangati, natural de Cuchinotzu en el reino de Tacú. Sus padres eran cristianos; y se habían trasladado a Nagasaki, para que su hijo se dedicase a la navegación como marinero. Denunciado como cristiano al gobernador, éste le mandó escoger entre la apostasía o la renuncia de su oficio. Dejó la navegación, y se dedicó a ayudar a los misioneros. Entonces trataban estos de enviar un junco a Manila, para que viniesen más religiosos, y lo nombraron a él piloto de la nave. El viaje fracasó por tres veces; pero el intento llegó a los oídos del gobernador, que, airado, le condenó a muerte. Huyó él entonces a los montes, donde se encontró con el P. Vicente, a quien se ofreció como compañero, y del cual recibió el hábito de Terciario recoleto. Al poco tiempo fué hecho preso y torturado

para que descubriese a los Padres; a lo cual se negó con entereza. Luego trataron de vencerlo con halagos y promesas tentadoras: pero viendo su invencible constancia, volvieron a atormentarle con mayor crueldad y lo encerraron en la cárcel de Cruzmachi.

Llamábase el segundo Juan; natural de Miye, hijo de Mancio y Catalina, cristianos; y era tan adicto a los misioneros, que a él le encomendaban con toda confianza las catequesis que ellos no podían atender. Por su probada religiosidad mereció vestir el hábito de Terciario de manos del P. Vicente, y luego ser encerrado en la prisión.

Era el tercero Sebastián, hijo de Cosme y Lucía, natural de Mogui, cerca de Nagasaki. Era, como los otros, ferviente cristiano; por lo cual el P. Vicente le hizo Terciario; y lo tuvo de ayudante en su predicación. Preso por favorecer a los misioneros, le obligaron con crueles tormentos a que descubriese sus guaridas; pero como no lo consiguieron, fué recluso en la cárcel.

Animados del mismo espíritu de sus maestros, se ocuparon durante todo el tiempo de su prisión en la oración mental y vocal, a las que dedicaban largas horas, en cantar las divinas alabanzas, en el ayuno riguroso, en mortificar más sus cuerpos con cruentas penitencias y, sobre todo, en predicar a todos, presos y visitantes, la verdad de la religión católica. En vano trataron los carceleros de reducirlos y dominarlos; su

fe se exaltaba cada vez más y se manifestaba en sus deseos de dar cuanto antes por ella su vida.

Irritado contra ellos el tirano Uneme-dono, fulminó sentencia de muerte, que les fué comunicada sin pérdida de tiempo. Al escucharla, se pusieron de rodillas, y a grandes voces daban gracias a Dios por tan singular favor. Los sacaron de la cárcel con otro cristiano, cuyo nombre no consta, pero que era hijo espiritual de los P. P. Recoletos, y los llevaron al campo del martirio. Por el camino no cesaban de cantar divinas alabanzas y de predicar a los gentiles con tanto entusiasmo que los verdugos los mandaron callar; pero no siendo obedecidos, les pusieron en la boca mordazas de esparto; y aun con ellas seguían exhortando como podían: y el hermano Juan repetía: *Agustino, Agustino*; publicando satisfecho la Orden a que pertenecía.

Llegaron al lugar del suplicio, y arrodillados hicieron fervorosa oración; luego elevaron sus brazos y ojos al cielo, y en esa actitud fueron recibiendo los golpes de catana que segaron sus cabezas, el día 28 de Octubre de 1650.

Al hermano Fray Lorenzo de San Nicolás le dió el verdugo tan formidable tajo, que le cortó de un golpe la cabeza, un trozo del pecho y el brazo derecho. Luego los desnudaron por completo, y entonces se vieron en sus cuerpos las muchas heridas y profundas llagas que los mártires se habían producido en la cárcel con la aplicación voluntaria de disciplinas y

cilicios. No satisfechos los verdugos con haber cortado tan fácilmente las cabezas, apostaron entre sí a ver cuál de sus catanas cortaba más, y con cruel inhumanidad hicieron menudos pedazos todos los cuerpos; enseguida los amontonaron, les prendieron fuego, y arrojaron sus cenizas al mar, para que los cristianos no recogiesen sus reliquias.

Pronto llegó a oídos de los P P. Francisco y Vicente la noticia detallada en este martirio, por el cual dieron gracias a Dios y le pidieron una vez más que a ellos les diese pronto la misma suerte. No dudaban estos de que sus tres Donados y sus tres Terciarios, todos profesos agustinos recoletos, habían de triunfar en la prueba decisiva, aunque estaban lejos de la influencia de sus maestros; porque conocían su acrisolada virtud; pero lamentaron no haberlos acompañado en el martirio, como ellos lo deseaban, y como lo había pronosticado el P. Francisco en la carta que queda transcrita. Los seis murieron con el hábito propio de su profesión.

Llenos de gozo por el honor santo que los mártires daban a la Recolección agustiniana, comunicaron este nuevo triunfo a sus amigos y Superiores, y les pedían para sí mismos sus sacrificios y oraciones.

A un hidalgo portugués, residente en Macao, llamado Duarte Correa, que los había socorrido con larga generosidad, escribe el P. Francisco agradecido y le dice, entre otras cosas, después de referirle este martirio: *«Para que vuestra merced alabe al Señor, digo»*

que, después que los Descalzos vinimos a esta tierra, son más de trescientos mártires los que ha habido en todos estos reinos, Cofrades de la Cinta nuestros; fuera de otros muchos que los Padres Observantes tendrán». Lo mismo le repite al P. Provincial de Filipinas. En ese número superior a trescientos incluye todos sus hijos espirituales que fueron martirizados en el Figashi, donde había bautizado más de siete mil japoneses, muchos de ellos adultos.

El año siguiente de 1631 se instruyó proceso canónico sobre el martirio de los setenta y ocho mártires de Omura y Nagasaki, en orden a su beatificación, en la ciudad de Manila, ante el señor Obispo de Cebú don Pedro de Arce, que era gobernador eclesiástico del Arzobispado de Manila.

Eran frutos sazonados de la labor apostólica de los heroicos misioneros Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio.





Capilla japonesa



CAPITULO XXIV

Sumario: *El canto de los pájaros.—Patriotismo.—Prudentes consejos.—Señales de guerra.—Informes.—Provincia de la Santísima Trinidad del Japón.*

AUN reconociendo las virtudes heroicas que florecían perennes en el alma de los PP. Francisco y Vicente, causa verdadera admiración el observar que, después de un año de cautiverio, ni una sola vez se quejen de las molestias, penalidades y privaciones que sufrían en la prisión. El P. Vicente, después de describirla, como vimos, en carta a un compatriota suyo, solamente le añade: «Digo esto, porque vea vuestra merced que con esta humedad, abiertas todas cuatro bandas, que están cercadas de palos espesos, que apenas cabe una mano entre uno y otro, hombres delicados, pasando las nieves y fríos del Japón, ¿cómo podremos tener salud ni vivir? Sino que nuestro Señor por su infinita misericordia nos dá fuerzas para llevar estos trabajos, con cuya ayuda nos son suaves.» El P. Francisco la califica siempre de «lugar estrecho y santo.» Sin embargo, no es inoportuno recordar

que era una gran jaula formada por una empalizada de troncos, situada en el hueco abierto en la base de un monte lamido por las olas del mar, y dividida interiormente en una serie de jaulas más pequeñas, en las que los presos vivían hacinados, sin más muebles que una estera y el vaso común, expuestos a todos los vientos, lluvias, humedades, hediondeces, fríos y calores, y sometidos a una alimentación escásima y monótona. En esa jaula tan triste vivían siempre alegres, como si fuesen pájaros felices mimados por el dueño, los dos PP. recoletos: y aunque en septiembre de 1630 quedó vacía la jaula grande por el martirio de sus moradores, hasta enero del año siguiente no tuvieron el alivio de pasar a ella y de vivir con más holgura.

Sin embargo, como alegres pájaros, cantaban siempre; y sus cánticos resonaban en el exterior, y se dejaban oír dulces y armoniosos, por medio de sus cartas, lejos, muy lejos, en Macao, en Filipinas, en Méjico y en muchas regiones de la madre España.

Ahora seguían solos en la jaula; pero después de los gloriosos triunfos de sus hermanos en Omura y Nagasaki y el Figashi, sus cánticos brotan más variados y jubilosos; y unas veces son dulces gorgoros de paz, de ternura y de amor seráfico; otras veces suenan como sonoros trinos vibrantes de patriotismo y de lealtad amorosa a su querida patria; y siempre van saturados del celo por la gloria de Dios y salvación de las almas.

Oigamos primero al P. Vicente que, en carta de primero de noviembre de 1630 a unos amigos portugueses, les dice así:

«Loado sea el santísimo Sacramento.—Hoy, día de Todos Santos, por la mañana, se ha hecho derrama en esta ciudad y su término, de ochenta cargas de leña; aunque está secreto hasta ahora. El tirano procura darnos a beber este cáliz poco a poco y en muchas veces: y ahora, como están vacías las cárceles (porque los que en ellas había, así en las de esta ciudad de Omura como en la de Nagasaki, unos a fuego, otros por sangre, fueron a gozar de la gloria, premio de sus trabajos), no queda lugar de dudar de que se prepara para nosotros el cadalso, digo, el teatro, a donde yo y mis cuatro compañeros haremos el último sacrificio, dando nuestras vidas por el Redentor.»

«Deseaba yo, hermano mío, que fuese este acto en esa ciudad (Nagasaki), por ver aunque de lejos a vuestra merced y a mis hermanos patricios (1) y conocidos: mas pues nuestro Señor así lo ordena, de aquí me despido por esta de todos, a quienes pido tengan esta por suya cada uno en particular.»

«Por lo cual, hablando con todos, digo en primer lugar me ayuden a alabar al Señor Dios de misericordias, que tantas usa conmigo, inútil siervo suyo, trayéndome a este lugar; de donde, confiado en su

(1) Compatriotas.

sagrada pasión, espero salir a dar la vida por el que primero la dió por mí, pendiente en una cruz. *Videbunt multi, et timebunt, et sperabunt in Domino*, dice el profeta rey. Como si dijera: *Verán muchos y temerán y esperarán en nuestro Señor.*»

«¿A qué propósito, hermanos míos y patricios, me vinieron estas palabras, para el estado en que estoy? Y pues la ocasión me convida, aunque el tiempo me falta, diré en esta alguna cosa acerca de ellas; si bien deseaba decirlas cuando nos viésemos en esa ciudad en el santo lugar del martirio, a donde salieron mis hermanos (1) dos veces a ver el glorioso triunfo de los mártires pasados. Bien puede ser que, viéndolo todos, les causaría horror y espanto ver los ministros de maldad encarnizados, como lobos hambrientos, en las carnes de los corderos de Dios, haciéndolos pedazos, probando sus fuerzas en aquellos que, ligados del amor de Dios, sufrieron sin rumor alguno el golpe del tirano, dando su cuello y vida alegremente».

«Otrosí: causaría pavor ver en la segunda escuadra a los tres valerosos soldados de Cristo metidos en medio de las llamas del fuego material, abrasados en lo interior de él del Espíritu Santo; y como si no sintieran nada, despreciaban con él al tirano y sus ministros; venciendo con su mansedumbre la furia del fuego y la rabia infernal de los bárbaros».

«Claro está, hermanos míos, que pues lo vieron

(1) Quilere decir compatriotas; pues se refiere a los portugueses.

con sus ojos, no hay para qué encarecerlo. Visteis, hermanos míos, el temeroso y horrendo espectáculo; y cada uno dirá en su corazón: ¡Oh cosa rigurosa para temer! No me negará ninguno que a donde llega la sombra de la muerte, aunque sea en cama de flores, causa temor y espanto. Dichosos serían si, viendo, temieron; y temiendo, esperaron en el mismo Bien. Que no basta ver solamente; ni yo aconsejo que a semejantes actos vayan sólo a ver. Y si no, pongan los ojos en el pueblo judáico, que, viendo en Cristo tantos milagros, no solamente no temieron, pero ni puesto en la cruz esperaron en El».

«Por lo cual consideren al Redentor en un madero, rematando cuentas ya en el fin, y dando su alma al eterno Padre. Entonces, pues, cuando todas las criaturas asombradas salieron de sus quicios a ver a su Criador, temieron; y a vuelta de ellas llegó un ladrón a confesarle, acompañado de buenas esperanzas, que no le salieron vanas: y no solamente fue oída su confesión, sino también en lugar de la penitencia que hacía, le prometió el reino del cielo».

«¡Oh dichosa esperanza! ¡Oh misericordia de Dios! ¡Oh paciencia infinita! ¡Oh bondad inmensa! ¿Quién hay que no espere en tí? ¿Quién hay que no tema tus juicios? Y finalmente, ¿quién hay que no te ame hasta dar la vida por tí?

«¡Oh, hermanos, qué barato se dá el cielo! Pues un pecador como yo, y aunque, por tal, indigno de él, espero en las llagas de Jesucristo que, pagando la

moneda debida solamente con un poco de fuego, he de ir a gozar de su gloria. Permita su Majestad que en ella nos veamos todos.—De esta cárcel de Omura, primero de noviembre de 1630.—Fr. Vicente de San Antonio».

No eran sólo estos cánticos los que salían por entre las rejas de la jaula de Omura: cuando cesaba la pluma, comenzaba la boca: y los alegres ruiñeñores recoletos cantaban con fervoroso entusiasmo salmos e himnos con que alimentaban su espíritu. Llegó a desagradar a los carceleros la frecuencia y el brío de esos cánticos, y dieron órdenes severas de que no se repitiesen: pero como a los cantores agradaban mucho más las alabanzas a Dios que lo que les podían afligir los tormentos del tirano, hicieron caso omiso de las amenazas, y siguieron cantando con más fervor y fortaleza. Así lo declara el mismo P. Francisco por estas palabras: *Hannos requerido los Tonos y Bugyos que no cantemos: pues vemos—dicen ellos—que por vuestra causa está revuelto todo el Reino. Pero como nosotros miramos diferente respecto que ellos, nos enmendamos con cantar cada día más alto.*

Oigamos ahora al P. Francisco en una carta al P. Provincial: dice así:

«Laus sanctissimo Sacramento.—Padre nuestro: la gracia del muy Alto sea en nuestras almas.—Por haberse ofrecido cosas de importancia después que escribí la última a V. R., hago esta, dando a V. R. y a todos mis padres el parabién de las primicias que

nuestro Señor ha tenido por bien dar a nuestra religión en esta tierra.»

«Ya escribí a V. R. en las primeras cómo, a veintiocho de septiembre de este de seiscientos y treinta, habían padecido martirio en esta ciudad de Vomura sesenta personas, entre hombres, mujeres y niños, parte de ellos quemados vivos, y parte degollados, enviando ahí por sus nombres el padrón de ellos; entre los cuales fueron tres hermanos donados nuestros, profesos en esta cárcel (id est), el hermano Pedro del Sacramento, Luis de San Miguel y Luis de San Agustín, y veintitres hermanos Terciarios nuestros, también profesos; quedando entonces en la de Nagasaki presos nuestros dóshicos, ya hechos religiosos y profesos legos (id est), el hermano Fr. Pedro de la Madre de Dios, Fr. Agustín de Jesús María y Fr. Lorenzo de San Nicolás; y tres hermanos Terciarios (id est), Sebastián, Paulo y Juan, también profesos: todos los cuales con otros cuatro (y por todos diez), fueron degollados *in odium Christi*, a veintiocho de octubre de este dicho año, en la ciudad de Nagasaki, extramuros, en el lugar acostumbrado. Entre ellos era uno el dóshico del P. Fr. Bartolomé Gutiérrez, con el hábito de novicio suyo.»

«Luego los dos días siguientes hubo otros ocho mártires, que eran los caseros, hijos y agentes de los padres de la Compañía: fueron tres quemados vivos, y cinco degollados.»

«De manera que ya en nuestra prisión llevamos seis

hermanos por delante y veintiseis Terciarios. Quiera nuestro Señor les imitemos en la muerte y fruto de ella, que hoy gozan.»

«La pena que hoy tenemos es que nuestro negocio está muy indeciso; porque el gobernador de Nagasaki ya se volvió a la corte después de despachados todos los cristianos que en estas cárceles estaban presos, sin tratar cosa alguna de nosotros: aunque su secretario, con quien trata mucha amistad el capitán Jerónimo de Macedo, le dijo que nosotros moriríamos, pero que sería tarde. Ahora lo que se ruge comunmente es que vamos desterrados en uno de los juncos que van ahí. Dios sabe la verdad.»

«Lo que sabemos de cierto es que, si quedamos aquí, no será nuestra muerte hasta la vuelta del tirano; que será a los primeros de septiembre del año que viene, a bien negociar: y quizá será nuestra prisión de algunos años; como otros muchos religiosos la tuvieron antes de nosotros. Por lo que sucediere, a V. R. suplico con toda humildad nos mande enviar, a la vuelta de ese junco del capitán Macedo, cuyo capitán Ycano (que es un criado de Macedo), es el portador de esta, dos o tres chinantas de cera y media arroba de vino de misas; pues cada día celebramos todos en este santo y estrecho lugar; que al presente andamos a caza de gangas de ello; y todo el vestuario para los dos, desde túnicas hasta mantos; siquiera por parecer lo que somos, ya que hasta ahora no se ha

conocido nuestro hábito, por andar siempre como japoneses.»

«En este lugar hemos sido avisados del engaño y falacia con que pretenden el emperador de esta tierra y sus consejeros traer aquí algunos navíos y españoles, para tomar en ellos la venganza que su rabiosa sed tiene, por el navío que los nuestros tomaron de japoneses, (hace) ahora tres o cuatro años en Siam. Y no obstante que habrá otros que lo escriban por allá, para que V. R. certifique la verdad como pasa al señor gobernador de esa tierra, deseando yo el bien de la comunidad de ella, me pareció conveniente darlo a entender conforme mi corto caudal alcanza.» (1)

«Y así digo que muchos años há que este emperador desea tomar esa tierra: para lo cual ha comunicado sobre ello con algunos japoneses que han pasado allá. Unos se lo facilitan que con quinientos hombres y tres o cuatro juncos es posible: y el que con más veras dá este arbitrio dicen es un renegado, un rapaz, entenado de Antonio de Silva (casado en esta tierra), llamado Diego de Acosta, bien conocido en esa ciudad. Esta *boa peza* (buena pieza) y otros semejantes facilitan mucho este negocio; aunque no faltan japoneses de mejor juicio que disuaden al emperador, diciendo ser imposible, por estar esa tierra bien guarnecida y los españoles tener otro ardid de guerra que los japoneses.»

(1) El año 1626 los españoles tomaron un barco a los japoneses en Siam.

«Ahora, pues, después que, como digo, los nuestros tomaron en Siam aquel navío, le ha crecido el deseo: pero como teme quedar *maqueta*, que es no salir con lo que pretende, que es perder *in totum* su honra y fama, habiendo entrado en cónclave con los suyos, como por lo menos se satisfará del desacato que le hicieron con la toma del dicho navío, y como los japoneses son gente de gran pundonor, en diciendo que les han quitado la honra, ellos la han de cobrar por fas o por nefas, aunque sea con traiciones: y cuando no pueden por otra vía, la ley que ellos profesan les enseña que, cortándose las barrigas, quedan muy honrados y vengados; de manera que su honra, *ad ultimum quod sif*, se ha de cobrar matándose así mismos.»

«Mire V. R. cuánto harán por excusarlo. De manera que en esta ocasión, solapadamente y con capa de que los tratos y comercio de esa tierra a esta se abra y corra como antes, el tono de Arima, por ganar la voluntad al emperador, se habrá ofrecido a tomar el negocio a su cuenta: para lo cual maliciosamente y con dolo y engaño envía ahí ese navío con un presente al señor gobernador, prometiendo el comercio de esta a esa tierra; y que todos los años venga aquí un navío o dos de españoles; no siendo otro su intento que cogerlos aquí y quemarlos con sus haciendas y personas: y luego, con alegar servicios con su astucia y ardid, se satisfizo a la honra del emperador.»

«Por lo cual, V. R. advierta al señor gobernador que, si puede ser, no les deje entrar de Mariveles

adentro, o al menos, no desembarcar la gente; teniéndolos por exploradores de la tierra con muy buena vista: aunque les podrá permitir que vendan y compren dentro del navío, sin hacerles agravio ninguno, antes mostrándoles buena cara en ganarles con buenas esperanzas; pero siempre con la rienda en la mano de no asentar con ellos que aquí vengan españoles y sus navíos y haciendas; cuando mucho, asentar con ellos (por lo bien) que de esta a esa tierra se abran los tratos y corran entre los japoneses; y fingiendo que, para venir españoles y sus navíos, es necesario dar parte de ello al rey de España, u otra epiqueya que allá sabrán dar.»

«Y cuán poco poder tenga el tono de Arima para abrir el comercio, ni esté a su cargo eso, bien claro consta: pues dos españoles, que ha seis años que están aquí presos, no obstante que el gobernador don Alonso Fajardo los enviaba directamente con su presente al dicho *tono*, no los pudo sacar de la cárcel ni aun cuidó de eso: hasta que este gobernador de Nagasaki, llamado Uneme-dono, negoció su libertad y la de los demás portugueses que estaban presos.»

«De manera que, en materia del comercio y los tratos de esta a esa tierra, con el gobernador de Nagasaki (a quien está cometido eso), se ha de negociar: y a este puerto vienen los extranjeros, y no a Arima ni a otro puerto alguno: y para dársele a entender, les podrán decir que sospechan haber engaño: pues habiendo venido aquí dos navíos de españoles

con un honrado presente al emperador, no los quiso recibir; y sin dejarles vender ni comprar, al menos al segundo, les mandaron volver: y ahora, sin haberse alterado las cosas del Japón, pedir que vengan al trato los españoles, bien claro se muestra que haremos con vosotros (podrá decir el señor gobernador), lo que vuestro emperador hizo con los nuestros; y no se descuidar con ellos.»

«Y advierto a V. R. que este es consejo del gobernador de Nagasaki, que dió al capitán mayor Jerónimo de Macedo, con quien trata amistad y fué quien le negoció su libertad. De esto somos avisados del dicho Jerónimo de Macedo, el cual nos avisa muy a menudamente todo lo que pasa, para que lo escribamos allá: y con ese fin, más por socorrer a esa tierra y avisar de lo que pasa, que por el interés que se le sigue (pues en otra parte lo pudiera tener), ha negociado con él Uneme-dono el despacho de ese navío. Y pues esto es así, se lo podrá pagar el señor gobernador en despachar muy bien su navío y agasajarlo en lo que fuere posible.»

«Yo de mi parte se lo suplico a V. R. lo pida así al señor gobernador, por la obligación que tenemos al capitán Macedo, habiéndonos sido en esta tierra más que padre carnal, acudiendo con mucha vigilancia al remedio de nuestras necesidades, y en particular en este lugar y prisión, con mil cartas consolatorias, regalos y lo necesario para celebrar; no obstante que, a haberlo sabido el tirano, le costara con su hacienda,

(que tiene mucha), la vida en fuego vivo. Por lo cual y por el buen intento con que ahí envía ese navío, merece ser favorecido de todos en cuanto a su buen despacho.»

«Este gobernador de Nagasaki, sabido el intento del *tono* de Arima, porque no le arguyesen de pecado de que, siendo su oficio, no tomaba a su cargo lo que el de Arima, envía ahí en ese navío del capitán Macedo cinco *Sabarayes*, *id est*, hidalgos honrados, *tonillos*, criados suyos; aunque porque allí no entiendan que va con engaños, los envía disfrazados, con voz de que van a tratar con el señor gobernador del comercio; no siendo su intento engañar, sino cumplir con el emperador; y así los envía disfrazados sin presente ni carta suya. Con todo eso, no obstante que van disfrazados, les harán allá muy buena acogida, agasajándolos: porque su amo el gobernador de Nagasaki, fuera de ser *tono* y *daimio*, es muy favorecido y privado del emperador, con quien podrá negociar cualquiera cosa que esté bien a esa tierra». (1).

«Con todo eso, si trataren de abrir el comercio, sea con cautela, sin asentar con ellos que aquí vengan españoles ni sus navíos; fingiendo (como digo del navío del de Arima), que para eso hay necesidad de dar cuenta a nuestro rey: y que, en tanto, corra el trato entre sólo japoneses y sus navíos; sin venir jamás (digo, por algunos años), a esta tierra ni espa-

(1) Tono: Señor que posee tierras, rentas y criados.—Daimio: Príncipe.

ñoles ni sus navíos ni haciendas, a lo menos, si no fuere en cabeza ajena: y no les ciegue a español alguno la ganancia y provecho de este viaje; pues afirmo que lo ha de perder todo: y al tiempo doy por testigo del engaño con que van esos señores, en particular el de Arima: y con unos y con otros el resguardo y vigilancia posible: que estos japoneses son de corazón muy doblado y guardan un agravio eternamente. Y para que patentemente lo ponderen, repare el señor gobernador y Audiencia que, por aquel navío de Siam han detenido aquí cinco galeotas tres años, sin darles licencia hasta este para vender ni se volver. Y con todo eso, hay fija aquí una con un capitán mayor y tantos portugueses, sin militar otra razón alguna que reputarlos portugueses: y aunque alegaron de su parte que, aunque era todo una corona, pero que militaban muy diferentes razones entre castellanos y portugueses, y aunque se allanaban a pagar dos veces el junco, no se ha dado por satisfecho el emperador».

«Pues si esto no satisface quien no pecó, ¿con qué satisfará quien hizo el pecado, y con qué intención se puede presumir les convidan al comercio y a que vengan acá españoles? No les crean, no les crean: créanme a mí que, aunque no há ocho años enteros que resido con ellos, les he calado su pecho; y en materia de que han perdido el *membocu*, *id est*, su honra y fama, aunque sea un calé (1) lo han de

(1) Moneda de muy poco valor.

costrar, hasta cortarse las barrigas. Y si no, miren: con engaños fueron a la isla Hermosa (Formosa), de donde trajeron un capitán holandés y veinte y tantos hombres, a quienes tienen hoy presos en cárcel rigurosa aquí en Omura: y en Arima están sufriendo presos ciento y tantos, y tres navíos varados; con que pagarán su pecado los cuitados con cárcel perpetua: y esto porque les achacaron que tomaron un navío de japoneses. Y no obstante que lo pagaron, padecen y padecerán por el crimen *lesae Maiestatis* y desacato que hicieron al emperador en tomarle, con pena de cárcel perpetua, a bien negociar».

«Otros ejemplos de su pecho doblado pudiera traer: pero baste lo dicho para ser creído, y ellos tenidos por quienes son».

«Y si digo, Padre, que no vengan aquí españoles, con más veras digo que en semejantes navíos no trate ni por pensamiento de enviar religiosos; que por disfrazados que vengan, no ha de ser en provecho más que para, en llegando, ocupar la cárcel. Y si Vuestra reverencia, con celo de caridad por socorrer a esta afligida Iglesia, quiere enviar algunos Religiosos, el mejor medio que yo hallo es, aunándose dos o tres Religiones, v. g., la franciscana y dominica, hacer un navío propio al talle y vela del Japón, y marineros japoneses (aunque encomiendo la paciencia a los que en ellos se embarcaren); y no dar fondo hasta Osaka; donde sin ser conocidos ni registrados podrán tomar

puerto; que con el orden que diré en las paradas, no hallo dificultad».

«No se ofrece otra cosa, sólo que V. R. nos mande encomendar a nuestro Señor que tenga por bien darnos el fin deseado o aquello que sea más para su santo servicio, en cuya voluntad y querer estamos muy resignados. Y con tanto, nuestro Señor guarde a V. R. para bien y aumento de nuestra sagrada religión en esa Provincia, y a todos mis Padres, a cuyas oraciones nos encomendamos.»

«De esta cárcel de Omura, noviembre 23 de mil y seiscientos y treinta.—Inútil siervo de V. R.—Fr. Francisco de Jesús.»

Ante estas manifestaciones, en que el espíritu de los dos héroes vibra ágil y gozoso, nadie podría sospechar que sus cuerpos, sometidos al yugo del más penoso cautiverio, estuviesen ruinosos y extenuados. Pero la divina providencia, que nunca desampara a los suyos, no cesaba de aliviar sus trabajos en momento oportuno.

A últimos de enero de 1631 se supo en Nagasaki la cariñosa acogida que el gobernador general de Filipinas había hecho al navío y tripulación que allí envió el de Nagasaki y a la embajada del Tono de Arima, que habían fondeado sin novedad en Manila el día 7 del mismo mes: y aquellos rumbosos agasajos tributados por los españoles a los japoneses, lograron aplacar, al menos, por algún tiempo, la furia persecutoria de los tiranos nipones.

Por lo pronto cesaron la búsqueda y las detenciones de los cristianos; y a los misioneros detenidos en Omura los pasaron a la jaula grande, que desalojaron los mártires. En ella vivían su vida alegres e impávidos entre cánticos, oraciones y penitencias; y desde ella sigue informando el P. Francisco a su Provincial de Filipinas de los principales acontecimientos del año 1631, en carta de 18 de octubre del mismo año, que dice así:

«Laus sanctissimo Sacramento.—Padre nuestro: la gracia del muy Alto sea en nuestras almas; y permita el cielo halle esta a V. R. y a todos mis Padres y hermanos con tanta salud *in utroque* (1) cuanta les desea este su mínimo hijo y siervo.»

«Fuenos su muy regalada carta de mucho consuelo, y en particular a mí, por saber el aumento y buen nombre y crédito de esa Provincia. Mil gracias sean a nuestro Señor, que oyó las oraciones de muchos seculares piadosos que, viendo tanta caída, hacían por nosotros particular oración. No menos doy a Dios nuestro Señor y a V. R. mil gracias por el denuedo con que procuran fomentar y socorrer a esta afligida Iglesia, procurando envíar a ella obreros que la cultiven; que aunque por sus divinos juicios no han tenido fruto sus ansiosos afectos, pues ambas veces (como V. R. nos escribe), se deshizo el viaje con pérdida de tanta plata, nuestro Señor (que sabe mejor lo que conviene), pagará con mucho aumen'o tan santo celo.

(1) Quiere decir: salud corporal y espiritual.

«Y ya lo vemos: pues si VV. RR. enviaban seis obreros, por ellos nos dió su divina Majestad seis santos mártires hermanos profesos, y veinte y seis Terceros, y Corrigeatos otros muchos más: que de estos hallo por mi cuenta que, después que llegamos los dos a estos Reinos hasta hoy, *pasan de trescientos*; fuera de otros muchos que los Padres Observantes tendrán.»

«Volviendo al gran champán (barco), que V. R. dice se hizo de nuevo, en que venían de las tres Religiones 24 sacerdotes, digo que, siendo el champán de fuerza, habían de ser los marineros Sangleyes (chinos), y venir a surgir al puerto de Nagasaki; donde por fato (bando, orden), del emperador está determinado vengan los extranjeros, y no a otro; (salvo los holandeses, que van a Firando), donde había de ser visitado rigurosamente. Por lo cual permitió nuestro Señor no tuviese efecto ni uno ni otro viaje por muchas razones.»

«Diré las que yo hallo con mi corto talento y sin nuestro juicio; que sin duda sería mejor el de V. R. con acuerdo de tan prudentes y doctos religiosos; pues todos convinieron en que se hiciese: pero no me podrá negar V. R. que sólo en esto podrá ser mi razón oída; pues no tenían experiencia de lo que pasaba, ni cómo estaba esta tierra para saltar en ella con seguridad; siendo así que el año de 629 y 630 estuvo esta tierra más perseguida del tirano que jamás lo ha estado; siendo muchos los Judas que estaban sobornados con mucha plata para entregarnos en manos del

tirano: tanto que, con ser bien pocos los que estábamos en estos reinos comarcanos a Nagasaki, no hallábamos seguridad en los montes más umbrosos ni en cavernas de la tierra; por lo cual caímos los cinco que hoy estamos presos; y algunos otros a uña de caballo se escaparon con buena diligencia. Pues enviarlos al madero sin fruto de lo que se pretende, ni lo tengo por acertado, ni esta cristiandad lo había de pasar bien.»

«El tirano se irrita más, lloviendo más ira en los pobres cristianos, que mil veces les obligará a renegar: y como el hito del tirano es agotar los manantiales de esta fuente, que son los sacerdotes, no se contenta con hacer renegar a los cristianos que nos dan acogida en su casa o nos ocultan en los montes o nos transponen con funeas o algo que huelga a cosa semejante, sino que con exquisitos tormentos les obligan a renegar, y luego con el alma les mata el cuerpo; y luego por sus casas, familias, hijos y parientes (hace) una destrucción que causa mil lástimas.»

«Por lo cual ha entrado tanto temor en estos afligidos hermanos que, aun cuando llegaran a salvamento libres los que de ahí venían, no hallarían donde tomar tierra, ni menos quién una noche los albergara, no digo a todos, ni a tres solos. Cuanto más que venir con sangleyes lo tengo por inconveniente no menor; porque ellos son como mujeres o niños, que por cosas muy mínimas se encuentran y se acusan unos a otros, y aun se podía temer que en el mar habían de echar a pique a los religiosos o, en llegando, denunciarlos

ante el tirano, con epiqueya de que fueron forzados o engañados, por librarse del fuego del tirano. Así que Dios nuestro Señor sabe lo mejor: y vemos probablemente que no quiere su divina Majestad al presente acabar esto con nuestras fuerzas: pues de nuestra parte acá también hemos hecho nuestras diligencias, y no tuvieron efecto.»

«No es mi intención con este punto que digo arriba macular el santo martirio de los que tenemos por mártires en Japón y de nuestros santos compañeros que el año pasado padecieron: pues aunque es verdad que algunos de ellos cayeron con exquisitos tormentos, que les dieron cuando los prendieron, luego que entraron aquí, se levantaron y confesaron e hicieron gran reparación con ayunos extraordinarios y crueles disciplinas; hasta que así padecieron valerosamente, así los degollados como los quemados. Y es cierto que nos afirman los guardas que nos hacen vigía que, amarrados de dos en dos a las columnas, estuvieron con las manos y rostros levantados al cielo, sin hacer movimiento ni sentimiento al fuego más que si fueran piedras, hasta que dieron sus dichas almas a su Criador.»

«Ni tampoco pretendo con esto aguar a VV. RR. los pensamientos ni disuadirles de que envíen y hagan diligencias para enviar, a su tiempo y sazón, algunos obreros a esta heredad del Señor: antes digo lo contrario; aunque no soy de parecer que vengan de un golpe muchos; como las dos veces pasadas intentaron:

basta de cada Religión dos o tres, y no más: con que se excusan muchos inconvenientes.»

«Y para acertarlo, a mi mal juicio, han de hacer en las partes más remotas de esa ciudad una embarcación al talle del Japón y no muy grande; basta de diez a once paños; y los marineros sean japoneses; con su cubierta postiza, la cual, llegando a esta tierra, han de echar a pique; e irán a desembarcar a Vosaca (Osaka), donde entre infinitas funeas que allí hay, podrán estar un mes o cuanto fuere menester, hasta desembarcarse seguramente. Y para rastrear algún coronado (sacerdote), el mejor medio es por el de los pobres lázaros (leprosos); que bien saben de los ladrones espirituales: aunque para esto sería menester un japonés de gran talento, y con buen modo darles a entender la verdad: porque los pobres, por la experiencia que tienen, piensan que algún bellaco les va a engañar, para entregar al Padre al tirano; y así no dan crédito así como quiera.»

«Holgárame en saber quiénes eran los seis que venían (1) y luego los tres, que tan poca suerte tuvieron todos.»

Recuerda a continuación a los seis mártires Donados, y fija la edad de cada uno, por si quisieran pintar cuadros de ellos, y exclama:

«¡Ay, mis tantos hermanos! ¡Cómo os tengo mil envidias! ¡Ah, cuán bien os saben hoy los trabajos y

(1) Ya hicimos constar sus nombres en su propio lugar.

muerte padecidos por un tan buen Dios y Señor, que tan colmadamente os ha pagado con el céntuplo el denario que *nec oculus vidit, nec intellectus perspexit!* ¡Y ay de mí, que fuí ministro de que gozaseis de más gloria, por el santo hábito y profesión que os dí, si yo no os imito en la muerte y fruto de ella, por un *nescio vos* que justísimamente merezco con las vírgenes locas!... Decía San Pablo: *Filii mei, gaudium meum, et corona mea, quos genui in vinculis meis*: tal digo yo, aunque con diferente espíritu. Hijos míos y santos hermanos y Padres míos: confieso que, cuando me miro al espejo de quién fuí y he sido, tengo gran materia de temer perder lo que tanto deseo; aunque confío mucho mediante la misericordia y bondad de nuestro buen Dios y Señor, por vuestros ruegos e intercesión, que, como nos gozamos juntos en la conversación y prisión, os he de imitar en la muerte y fruto de ella. *Desideria dilatata crescunt*: y más los míos, por vez indeciso el término de nuestra prisión: y más si es verdad lo que se dice; que, en retorno del gran agasajo que ahí hicieron a los criados del gobernador de Nagasaki, nos enviarán desterrados. Entonces será el sentimiento de veras.»

«Mas considerando que nuestro Señor sabe lo mejor y que, como piadoso padre, nos dará lo que más nos convenga, mediarnos hemos con su divina voluntad. Y aunque es verdad que por mis grandes e innumerables pecados permitirá su divina Majestad perdamos de entre las manos esta ocasión, no me puedo persuadir

de que el tirano ha de dejar de pasarnos por el raso de nuestros antepasados, que de este santo lugar salieron para el fuego. Finalmente el tiempo dirá lo que ha de ser: y si es que escapamos con vida este año, y es verdad lo que se dice, será posible salir libres.»

«Dicen, pues, que se han visto muchas señales de guerra en esta tierra con portentos y señales del cielo: diré algunos:»

«En Yedo (Tokio), corte del emperador, haciendo centinela tres hombres, como es costumbre, sobre la torre de cierta tierra no se sabe qué vieron, que los dos bajaron atónitos y espantados y como mudos; no les pueden sacar respuesta de lo que vieron; y el tercero no pareció más.»

«Vieronse en un campo pelear en el aire como doscientos mil cuervos en dos escuadrones, quedando uno vencido y todos los cuervos de él, muertos. Este es grande agüero de guerra para los japoneses.»

«Hanse visto algunas veces el sol y la luna sangrientos. Una noche, a siete de luna, duró la luna toda la noche; y al día siguiente salió a media noche.»

«Por el mes de Junio, donde son grandes los calores en esta tierra, un monte, que es donde está enterrado el cuerpo del emperador, padre de este, amaneció cubierto de mucha nieve.»

«Apedreó el cielo una vez muy gruesas piedras, que mataron muchos animales silvestres (hallaron una

piedra que pesó sesenta cruzados) y otras, a algunos hombres y animales domésticos».

«El *tono* de Conga, que es el más poderoso del Japón, tenía una muy hermosa huerta con muchos árboles y bien cercada; y amaneció un día sin árbol alguno, sin poder entrar en ella hombre alguno, ni hallarse rastro de este. De lo cual y de las demás señales este *tono* y otros principales de estos reinos están locos».

«Estas y otras señales de guerra se han visto: de que, si se siguen guerras, siendo costumbre en Japón dar libertad a los presos en el principio de ellas, saldremos libres. Pero Dios sobre todo, que permita que antes de eso sea nuestra fiesta, si nos conviene».

«A los últimos de enero de este año nos pasaron a los dos rejados que ocuparon el año pasado los santos mártires, nuestros compañeros; donde estamos de dos en dos más desahogados, por ser mayores que los que dejamos: aunque como son jaulas de gruesos palos abiertas por todos partes, así el calor en verano como el frío en invierno se sienten mucho: pero todo es nada respecto de lo mucho que padecieron los santos mártires nuestros predecesores».

«Estamos todos tan contentos, y lo pasamos con tanto gusto, que a buen seguro ni por las mejores mitras del mundo ni aun por la tiara del Papa lo trocaríamos. Es Dios nuestro Señor piadoso padre, que acude a las mayores necesidades con mil consuelos espirituales y regalos para el alma; y no se olvida de

los del cuerpo, moviendo los corazones a personas piadosas para que nos envíen algunos regalos».

«Lo que fué el año pasado, que enviamos por la vía de Macao, no fué recado entero: sólo fué cáliz y patena de plata, esta dorada y la copa del cáliz, vinajeruelas y platillo de lo mismo, y unas crismeras y atril de plata, estas dos piezas muy curiosas, hostiario y despabiladeras también de plata. Todo lo habíamos echado fuera de la cárcel, entendiendo, como se decía, que nos habían de matar luego: pero nuestra muerte se dilató por la vuelta a la Corte del gobernador de Nagasaki Uneme-dono. Tornamos a pedir parte de ello, diciendo que sólo fuesen a Macao las piezas que he dicho».

«Juntamente con ellas iba un breviario pequeño, dedicado a nuestro protector, por haber sido de los santos mártires y de otro *in via*; unas disciplinas de 33 ramales, que en este lugar hizo el P. Fr. Vicente a nuestro P. Vicario General; yo enviaba otras a nuestro P. Fr. Andrés del Espíritu Santo; un rosario pequeño al P. Fr. Nicolás de Tolentino; y a Fr. Miguel de Santa María una cuenta de Santa Juana, en señal del amor filial que a los Padres contenidos tengo. Quiera nuestro Señor llegue todo con las cartas a manos de VV. RR., a quienes pague nuestro Señor el cuidado que tienen de enviarnos lo necesario a este santo lugar».

«La arroba o tabor de vino y cera, que V. R. dice

en la suya nos envía, está en poder del que la trajo, de quien con facilidad se cobrará; que por ser su merced tan corto, no trajo más: que aunque trajera sayal, no digo para los dos sino para doscientos y un escritorio de cartas con otras mil cosas, no corriera peligro ninguno, ni menos, daño; porque el navío no fué visitado; y la amistad que trata el hidalgo su dueño con el gobernador de Nagasaki no es cualquiera: así fuera de arte, que trajera cuanto le dieron».

«Los gentiles y renegados que en esos dos navíos fueron el año pasado, no sé qué vieron u oyeron que por acá *viribus et posse* procuran desapoyar las cosas de nuestra santa fe católica: dicen cosas mal sonantes, con que pretenden dar a entender que cuanto les predicamos es engaño, y con capa de ministros de salvación venimos a quitarles sus reinos. Y no es mucho que digan esto; porque como instrumentos y ministros de satanás vuelven la ponzoña de sus rabiosas bocas a sus criados y sus miembros, y como escorpiones ponzoñosos pretenden dar letargo mortal a quien a ellos se junta. *Coeci sunt, et duces coecorum*. Todo es falso, todo es mentira y engaño. Finalmente los toma el demonio por instrumentos para hacernos cruel guerra. Dios nuestro Señor se compadezca de nosotros, y nos saque en paz de esta confusa Egipto, y a ellos les dé a entender la verdad. A V. R. suplico por las entrañas de nuestro Señor intime grandemente a nuestros religiosos den a todos buen ejemplo *in Christo*; no tomen estos miserables ocasión en nosotros de las

blasfemias de Dios y su santo evangelio. ¡*Vae mundo a scandalis, et vae illi per quem scandalum venit!* ¡Y ay de mí, que esto escribo; cuánto mejor me fuera callar, pues tengo bien por qué!»

«La cera y el vino que nos vino, si este año es nuestra fiesta (que *utinam faventibus superis nobis eveniat*), intacto lo dejaremos al P. Vicario Provincial de Santo Domingo de esta tierra; conqué, si gustare su Religión lo vuelva a V. R.; o si quisiere se guarde aquí, por si vinieren algunos de nuestros hermanos a la vuelta de esos navíos, V. R. se servirá escribirlo al otro Padre».

«Hemos sido los más desgraciados los dos, después que llegamos a esta tierra, en materia de los socorros que desde ahí se nos han enviado: que si no es dos tibores de vino, que nos trajo el capitán Alonso de la Vega, y un cajoncillo de candelas, no hemos recibido otra cosa alguna. Un tal Delgado, de buena memoria (que hasta hoy ha estado preso en esta tierra), nos traía 50 pesos y un tabor de vino: este dijo que en el mar lo había bebido; y que la plata no la podía dar por su prisión; y con esto se descargó. Ahora cuatro años nos venían en una galeota un tabor de vino y cinco cartas y no sé qué más. Perdióse esta galeota en los Lequios (islas de Riu-Kiu), y así no pareció nada. El año de 28 nos venían cien cates de cera labrada, dos tibores de vino y doscientos pesos: la cera no parece; los dos tibores vinieron este año; la plata aún está por cobrar aunque vino ese año. Hemos dado

poder al P. Vicario Provincial de Santo Domingo para que los cobre, y con ellos libertar a algunas personas que por nuestra causa y prisión hicieron el año pasado esclavas. V. R. lo tenga por bien.»

«Una hermana de ese japonés que digo va con los cuerpos (de los mártires), que es nuestra Bicuni, i. e., Tercera profesa (Catalina), que ha sido nuestros pies y nuestras manos en esta tierra, quedó con algunas alhajas de recados nuestros. Si acaso en adelante viese alguno, ella dará noticia de ello.»

«Digo, Padre nuestro, que importa muchísimo que no se quede esto sin algún religioso nuestro: y así, cuando por otra vía no tenga remedio, soy de parecer que por la vía de Cambodje (y no de Siam, porque están en guerra), venga uno siquiera, no dando a entender ni por pensamiento quién es. Y el que es más a propósito es el P. Fr. Justo de San Nicolás, portugués y piloto, que con achaque de su oficio, fingiendo que ahí tuvo una pendencia y que le andaban para matar, por huir de este golpe, se embarcó en la primera ocasión que halló; y que quiere irse con los suyos por la vía del Japón, trayendo consigo algunos instrumentos de piloto y hombre de mar, y de religioso ni cosa que huelga a ello; que acá hallará todo lo necesario, salvo plata, con que allí podrá emplear en cueros o chancaca. (1). Traiga la patente bien escondida en el forro del vestido: y acá cuando más le

(1). Pan hecho con las zurrapas del azúcar.

aprietan, todo será padecer dos o tres meses trabajos, hasta que salgan las galeotas para Macao; y entonces fingiendo que se vuelve en ellos, se embarcará; y a dos o tres leguas en la mar, cogiéndole en otra embarcación, se podrá librar; teniendo para eso hecho concierto con el dominico, que por nosotros hará lo que por un hermano suyo. Esto digo porque importa no dejar desamparado esto de nuestra parte.»

«Hemos puesto a esta *Provincia*, incoepta, de la *Santísima Trinidad*. Esta salió por suertes entre las que echamos en este lugar. Lo mismo que nosotros tienen nuestros Observantes, y llaman a esta su Provincia del Espíritu Santo. Y así sólo resta que vuestra reverencia la confirme.»

«Dado caso que nuestra prisión sea larga por dos o más años, no tenemos necesidad de cera ni vino de Castilla.»

«Dicen que los holandeses negocian bien y que corren con Japón como antes; no por el amor que les tienen, pues saben son ladrones y han hecho buenos tiros a los japoneses en alta mar; sino porque les temen en adelante, les dan libertad con seguridad.»

«La persecución está en su punto, haciendo grandísima diligencia por coger los pocos religiosos que han quedado; teniendo para ello, según dicen, más de ciento y cincuenta Judas sobornados con mucha plata, y más en compromiso a quien entregare a algún Padre. Dios nuestro Señor mire por los pocos que han quedado; que yo los veo expuestos a gran peligro.»

«De las cosas que yo he tenido noticia escribo a V. R.: otras algunas habrá que por otra vía se tendrá noticia de ellas. Sólo al presente pido a V. R. con la humildad posible nos mande encomendar a nuestro Señor, para que por sus santas oraciones y sacrificios tenga por bien nuestro buen Dios y Señor darnos el fin deseado o aquel que sea más para su santo servicio.»

«Y con tanto, adiós, adiós, Padre nuestro, a quien nuestro Señor conceda mil años de vida para bien, aumento y santidad de toda esa Provincia y consuelo de sus religiosos. Y permita su divina Majestad nos veamos y gocemos todos juntos en su ciudad de gloria. Amén.—De esta cárcel de Vomura (Omura), octubre 18 de 1651 años,—Mínimo hijo y siervo de V. R.—Fr. Francisco de Jesús.»

«Si a la vuelta de esos navíos aún no hubiéramos salido de este lugar, se servirá V. R. mandarnos escribir largo de las cosas de esa Provincia y de las de España para nuestro consuelo.»

«Hemos sabido que a un religioso nuestro hicieron obispo de Camarines y vino hasta Méjico, donde renunció el obispado. Holgara saber quién era.» (1)

Hasta aquí la carta; que como cántico ameno y variado de ruiseñor cautivo, semeja unas veces clarín

(1) Se refiere, sin duda, al P. Gregorio Alarcón de Santa Catalina, que el año 1624 fué presentado por el rey Felipe IV para Obispo de Nueva Cáceres, en Filipinas; y antes de sacar las bulas para este, lo presentó para el obispado de Santiago de Cuba. Se consagró en Madrid; se embarcó para su diócesis; pero al llegar a las costas de Cuba, murió a bordo, sin poder desembarcar.

de guerra contra los enemigos de Dios y su santa religión; otras, melodías celestiales que saturan de paz y fortaleza los espíritus más pusilánimes y torturados; y siempre expresión armoniosa de anhelos divinos del triunfo de la verdad y del bien sobre el error y la inmoralidad. Y después de estampar gallardamente estos conceptos, añade una postdata, en la que en breves palabras vuelca todas las aspiraciones de su alma. Los momentos que le queden de vida, que ya no puede emplear en favor de sus prójimos, porque está cautivo y sabe que pronto va a morir, quiere ocuparlos en conocer la vida de su Provincia de Agustinos Recoletos y la de su querida patria España. ¡Siempre los misioneros españoles heraldos de la religión y de la patria! ¡Siempre llevando a los últimos confines del mundo y realizando a costa de infinitas penalidades el lema: *Por Dios y por la Patria!*

Hacía dos años que los dos benditos Padres estaban en la cárcel; esperaban de un momento a otro la sentencia de muerte, que había de superar en crueldad a la sufrida por sus compañeros mártires; y sin embargo, el P. Francisco, sin importarle nada la próxima pérdida de su vida, se acuerda de la vida de su Provincia religiosa; y, como Superior, propone a su único súbdito, el P. Vicente, la fundación de una nueva Provincia o Vicaría Provincial en el Japón; que, si ellos mueren, para eso ha pedido más religiosos a Manila; y escribe en papeletas algunos títulos que podían aplicarse a la nueva Provincia; y después de mez-

clar y agitar aquellas, extrae una que dice: *Provincia de la Santísima Trinidad, del Japón*. Ya está satisfecho: no tiene facultades para erigirla; pero escribe a su P. Provincial y le suplica que la erija y la confirme.

No temple de acero, temple de héroes es lo que tenían los dos Padres para preocuparse en tan críticos momentos, no de sí mismos, sino del porvenir y del progreso de la gloriosa Orden a que pertenecían.

Por inescrutables juicios de Dios, los deseos de los dos héroes quedaron frustrados, a pesar de los grandes esfuerzos que hizo la provincia de Filipinas para que fuesen realizados; pero es indudable que ellos desde el cielo, ahora que las circunstancias son favorables, han de interceder eficazmente para que la gloriosa Provincia de San Nicolás de Tolentino vuelva a establecer sus misiones en el Japón, ya que las tiene establecidas y florecientes en China.





Orando en un cementerio japonés



CAPITULO XXV

Sumario: *Los PP. Francisco y Vicente pasan a la cárcel de Nagasaki.—El infierno de Arima.—Horroroso tormento.—Se repite varias veces.—Heroísmo y triunfo.—El tormento de la tentación.*

Dos años llevaba el soberbio y poderoso Unemedono, reyezuelo de Nagasaki y favorito del emperador del Japón, luchando con dos inermes soldados de Cristo y no había podido derrotarlos.

La lucha era muy desigual: para él eran todas las ventajas; para éstos todos los inconvenientes y obstáculos. El tenía a su disposición un ejército de esbirros, a los cuales había dado omnímodas facultades para atormentar los cuerpos de los dos invictos soldados, hasta lograr su rendición: éstos yacían aherrojados, indefensos, extenuados, pero animados de un espíritu a prueba de las más bárbaras coacciones, que se manifestaba invencible en la cárcel y que salía, libre como el viento, por las rendijas de la jaula, a armar con las verdades cristianas a otros débiles soldados perseguidos y dispersos.

Era demasiada humillación para un tirano tan prolongada derrota: y como este quería en su odio satánico a la religión santa del Crucificado, no precisamente la muerte de sus dos cautivos, porque esto lo podía hacer en todo momento, sino su apostasía y retractación de cuanto habían hecho y predicado, a fin de que con su excepcional ejemplo renegasen de la fe cristiana todos los católicos, se resolvió a hacer el último esfuerzo, y los condenó al horrible tormento de las aguas del *infierno de Arima*, que nunca se había aplicado a religioso alguno, y cuyo sólo nombre había hecho flaquear en la fe y caer en la apostasía a muchos cristianos.

El día 25 de noviembre de 1631 se presentó en la cárcel de Omura un agente del tirano, y les intimó la orden de salir para Nagasaki, de donde serían llevados a sufrir el tormento de Arima.

La sentencia fué escuchada con profundo silencio; pero el final fué acogido con un sonoro cántico de acción de gracias a Dios, que terminó con estas palabras del P. Francisco:—«Dad las gracias de nuestra parte a Unemedono: porque ha ya dos años que estamos aquí, y nuestros ojos se cansaban de ver lo mismo y nuestro cuerpo de la misma postura.»

El día siguiente, 26, fueron trasladados al tronco o cárcel de Nagasaki, llamada Cruzmachi, donde entraron tranquilos y serenos.

En ella encontraron a dos mujeres portuguesas, fervorosas cristianas, llamadas Beatriz de Acosta y

María de Silva, ésta de edad de diez y ocho años, que eran esposa e hija respectivamente de un hidalgo portugués, llamado Antonio de Silva, a quien el tirano odiaba y perseguía; y, no pudiendo prenderle, descargó su venganza castigando a su mujer e hija.

Ocho días estuvieron en esta cárcel; sin duda, para que la consideración del horrible tormento afligiese más su espíritu, y el temor lograrse rendir su consrancia. Pero fué ilusión vana: los carceleros no dejaron de observar un momento la alegría de sus rostros y la inquebrantable fortaleza de su espíritu. En vista de lo cual, como dice el P. Vicente de San Antonio en carta de 22 de Julio de 1632, «nos volvieron a sacar a cinco de diciembre, llevándonos a los cinco religiosos con dos mujeres, madre e hija, al tormento del infierno de Arima: que esto es lo que pretendía el tirano, y por eso nos dilató la vida: siendo cosa tan extraordinaria, pues hasta ahora no se usó con religioso ninguno en Japón.»

Salieron, pues, de Cruzmachi, el día cinco de diciembre de 1631, los PP. Francisco de Jesús, Vicente de San Antonio, Bartolomé Gutiérrez, agustino calzado, Antonio Pinto, japonés, jesuíta, Hermano Gabriel de la Magdalena, lego franciscano y Beafriz de Acosta y su hija María.

A las puertas de la cárcel y por las calles del tránsito se había reunido una gran multitud, compuesta de varios millares de japoneses y portugueses, que querían acompañar hasta el lugar del tormento, para

presenciarlo, a los invictos soldados de Cristo, y que, a su paso, los saludaban con frases de ternura y compasión.

En este momento llegó un recado del gobernador para los condenados, en el cual les decía que todavía estaban a tiempo para renegar de su religión, y que, si lo hacían, serían admitidos entre los principales bonzos, y muy honrados y enriquecidos por el mismo emperador: o, de lo contrario, sufrirían los horribles tormentos de Arima, que nadie había podido resistir.

—¡Vengan todos los tormentos del mundo,—gritaron los siete a la vez—antes que renegar de Cristo!

La multitud quedó asombrada y fortalecida; y el tirano, nuevamente derrotado.

Partieron, por fin, el día cinco por la mañana; y, seguidos de muchos amigos y curiosos, llegaron al puerto de Fogi, donde los embarcaron en una funea cada uno, para que estuviesen separados, y los sacaron fuera del puerto. Entre tanto prepararon una embarcación mayor, capaz para llevar juntos a condenados y verdugos; y cuando estuvo dispuesta, los trajeron al puerto, los embarcaron en ella, y zarparon todos con rumbo al puerto de Vokama, que está al pie del infierno de Arima, a tres leguas de él y a diez del puerto de Fogi.

No se olvidaron los verdugos de sujetar con grillos a los presos durante las diez horas de travesía marítima: pero tampoco cesaron estos de cantar himnos de alabanza y gratitud al Señor.

Mientras eran conducidos al suplicio, el gobernador y sus principales agentes y amigos estaban tan seguros de que los misioneros habían de apostatar, al ver el lago infernal, que hicieron serias apuestas; una fué esta.—Estaba el embajador portugués Simón Baz de Payva viendo pasar a los Padres con dirección al tormento de Arima, acompañado de un oficial del gobernador, cuando este le dijo: *Embajador: esta vez estos Padres tornarán atrás y negarán la fe de Cristo; porque los martirios que les van a dar son los mayores que hasta ahora se han visto.* A lo cual el embajador, que conocía el temple heroico de los religiosos, contestó: *Cuando los Padres retrocedan, es que ha faltado la fe de Cristo: pero que me corten la cabeza, si renegan.* Aceptó el tiranuelo la apuesta; y prometió cortarle la cabeza, si renegaban: y añadió: *Aguarda, que allá voy:* y se fué con los presos para llevar el tormento hasta el último extremo.

El mismo Unemedono mandó llamar a un sacerdote japonés apóstata, y en presencia de algunos otros renegados que con él estaban, preguntó: *¿Qué os parece? ¿renegarán estos Padres?* Y todos unánimes respondieron: *No se canse V. S., que no han de renegar.* —*¿Cómo no?*—replicó el tirano:—*Vereis cómo los hago renegar en estos tormentos de estas aguas. Y si al Dios que adoran lo tuviera aquí, le obligaría a renegar de sí mismo.* ¡Oh blasfemia desconocida hasta en el infierno! Tanta rabia le había producido a aquel corpóreo satanás la contestación de todos los rene-

gados, que los arrojó de su casa entre imprecaciones e insultos.

La embarcación llegó al puerto de Vokama al atardecer del mismo día cinco; y los representantes del gobernador resolvieron hacer noche y descansar, antes de subir al lago: y al mismo tiempo mandaron atar a los presos, brazos atrás, con nuevos cordeles y apretarlos con tanta fuerza, que en toda la noche no pudieron hallar un momento de reposo por la incomodidad de la postura y la vehemencia del dolor.

A la mañana siguiente, verdugos y víctimas, provistos de caballos, emprendieron la subida hacia el lago; pero el terreno era tan abrupto y escarpado que tuvieron que desmontarse de las caballerías y subir más bien trepando que andando.

A cierta distancia les seguían muchos portugueses y no pocos indígenas, que deseaban ver el tormento y fortalecerse con el ejemplo de los mártires; y al divisarlos el P. Vicente en el paso de una quebrada, sacó del pecho un crucifijo y, elevándolo cuanto podía, exclamó a grandes voces, dirigiéndose a aquellos: *Esta es la bandera verdadera de Cristo: seguidla todos.* Esto fué motivo suficiente para que los bugyos, que dirigían la expedición, diesen orden terminante de que todos los curiosos bajasen al puerto; temiendo acaso, y no sin fundamento, que el espectáculo del martirio trajese para ellos fatales consecuencias.

Cuando llegaron a la cumbre del cerro, apareció a la vista de todos una gran explanada, de la cual

surgían multitud de columnas de vapor muy denso, que semejaban otras tantas chimeneas que arrojaban por sus bocas la lava ardiente del fuego del infierno. Su sólo aspecto infundía terror a los ánimos más viriles y esforzados: pero en nada turbó la paz de los que iban a experimentar sus rigores.

Al rededor de este valle o explanada brotan muchos manantiales, unos de agua templada; otros, de agua fría; y otros la arrojan tan fría que, si alguno metiese en ella la mano por espacio de un segundo, quedaría de ella tullido, por la acción congeladora. Hay también muchas fuentes de agua caliente, que en unas es dulce y en otras salobre. Se ven igualmente algunos pozos, a manera de surtidores, que arrojan lava incandescente, lodo y azufre. Los picos que, a manera de centinelas o vigías, rodean y guarnecen este cerro, que es uno de los más altos del Japón, están siempre cubiertos de nieve: y por esa circunstancia y por ser entonces el mes de diciembre, el frío era intensísimo en aquellas alturas.

En el centro de esos picos, manantiales, fuentes y pozos, que parecen eructos del infierno, está situado el lago o estanque, conocido en todo el Japón y fuera de él con el nombre de *El infierno de Arima*. Tiene unos cuarenta metros de diámetro, adopta la forma de un círculo, y en él hierve el agua saturada de azufre y otras sustancias con tal ímpetu que se eleva a más de una vara de altura; y el estruendo que produce es tan imponente que semeja el de una catarata que se

precipita de gran altura, al chocar con el fondo rocoso del abismo. La acción destructora del agua de este estanque es tan rápida e intensa que, si se arroja en él un cuerpo humano (como lo habían comprobado con algunos criminales japoneses), en pocos momentos aparecen los huesos limpios y descarnados; y cuando la fuerza de la ebullición los torna a agitar y revolver, quedan totalmente consumidos y desaparecen por completo en muy corto espacio de tiempo. En los sondeos que han practicado, el escandallo no ha acusado nunca fondo. Y por mucho que hierve y arroja, como el mar, sus olas a la orilla, nunca aumenta su caudal; antes al contrario, en la época de invierno, en que el frío aumenta con las nieves y las lluvias, hierve con más intensidad y entonces mengua en gran parte.

El día 6 de diciembre, que fué viernes, a las tres de la tarde, se reunieron, a distancia de tres tiros de arcabuz hacia el estanque, los cinco *bugyos*, encargados de ejecutar la sentencia, y todos los demás esbirros y gente armada, más dos médicos que habían sido llevados para impedir que las víctimas muriesen en el suplicio.

La orden del tirano era de que no matasen, sino de que obligasen a apostatar a los presos. Estos lo ignoraban: pero era lo mismo: porque todos ellos despreciaban con idéntica gallardía los tormentos y la muerte.

Después de dar las órdenes oportunas, los cinco *bugyos*

acompañados de ocho verdugos y los dos médicos fueron hasta la orilla del estanque, mientras los presos quedaban custodiados por todos los demás esbirros a la distancia indicada. Luego el jefe de ellos mandó llamar al P. Francisco de Jesús, que al momento se presentó ante ellos con las manos atadas a la espalda. Enseguida le quitaron los cordeles, le despojaron de todos sus vestidos, dejándolo tan desnudo que solo un pequeño lienzo cubría lo que recata la honestidad, le ataron cinco cuerdas, una al cuello, dos a las manos y otras dos a los pies, de las que tiraban a su gusto cinco sicarios, y colocado en esta actitud de crucificado ante aquellos inicuos jueces, comenzaron estos a decirle: *Reniega, reniega de la fe de Cristo: si no, morirás en ese azufre derretido de fuego.*

El lago hervía entonces a borbotones con tal furia, que era para hacer desmayar al ánimo más valiente y esforzado; pues las enormes burbujas se elevaban a más de una vara de altura.

Pero el heroico P. Francisco, que nada confiaba en sus fuerzas, pero contaba humilde y seguro con las de Dios, contestó con voz fuerte, no por medio del intérprete, que era un renegado a sueldo, sino en vibrante japonés: *¡Jamás, jamás! Venga este infierno mil veces, por el gusto de morir por Cristo.*

Vencidos los *bugyos* con esta respuesta, apelaron a otro medio por el cual creyeron vencer. Advirtieron al P. Francisco que, si se movía del lugar en que estaba al

recibir el tormento, era señal de que renegaba de su fe. De la constancia quería triunfar la astucia maliciosa; ya que era muy sencillo para los cinco hombres, que tenían los cabos de las cinco cuerdas, tirar de golpe en cualquiera dirección y obligar a la víctima a cambiar de sitio. Pero también les falló la estratagema. El P. Francisco replicó con viva entereza: *Mi cuerpo débil y enfermo podrá flaquear: pero sabed desde ahora para entonces que mi alma permanece inquebrantable, y que ella os dice por su mensajera la lengua que, si mil vidas tuviera, las daría gustoso por la religión de Cristo.*

Furioso el tirano por no poder rendir aquella fortaleza, mandó que el Padre fuese sometido al tormento de las aguas.

Tomó uno de los esbirros una vara de unas dos brazas de larga, sujetó a un extremo de ella una vasija de unos diez litros de capacidad, la ató por abajo una cuerda para facilitar el vuelco, y obligando los de las cuerdas al Padre a estar profundamente inclinado hacia el suelo, llenó aquel la vasija de azufre hirviendo y la fué vertiendo poco a poco sobre las espaldas de la víctima.

Caía el agua, y la piel se enrojecía, luego se agrietaba, después se abrían las carnes, se consumían, y así dejaban ver con espanto los huesos de las costillas. Los dolores debían de ser horribles; pero no se manifestaron en forma alguna: ni un gesto, ni una contracción, ni un quejido, ni siquiera un movimiento de

la víctima denunciaron la intensidad de la tortura. Dijérase que alguna fuerza misteriosa la había privado de sensibilidad y movimiento.

Entre tanto los bugyos le cantaban la eterna canción: *Reniega, reniega*. La víctima callaba.

Con intervalos de algunos minutos se repitió el vertido del agua infernal segunda y tercera vez, con absoluta impasibilidad de la víctima. Las espaldas y parte de las piernas por donde se había escurrido el agua ofrecían un aspecto tan lastimoso, que hubieran movido a compasión a las fieras. A aquellos émulos de lucifer no les movía más que a repetir la odiosa cantilena: *Reniega, reniega*, a la que, al fin, contestó la víctima. Temerosos los médicos de que esta llegase a perder la vida, mandaron suspender el tormento: y entonces el P. Francisco, dirigiéndose a los tiranos, dijo, incorporándose y levantando el brazo derecho cuanto se lo permitía la cuerda que le tiraba: *Aquí no ha llegado el agua: este pobre sobaco se ha quedado sin bañar*.

Enrojecieron de ira los bugyos y prometieron ensañarse en la víctima con sucesivos tormentos: pero entonces, por orden de los galenos, le mandaron vestirse el hábito, y lo condujeron a una de las siete cabañas, que habían construido con ramas de árboles para los siete presos, y allí lo dejaron con esposas en las manos y grillos en los pies, tendido sobre un *tatame* o esterilla que cubría un *fataque* o cañizo con un poco de paja. Aquí cambiaron la alimentación: en

la cárcel les daban, una vez cada día, una escudilla de arroz o frijoles y de vez en cuando, una sardina: en la choza del infierno les daban una sardina y, a veces, un poco de hierba cocida.

Con este alimento, atado de pies y manos, y con toda la espalda ulcerada hasta verse los huesos, la vida del P. Francisco era tan penosa y aflictiva que no encontraba postura para un momento de sosiego ni para hallar el calmante del sueño. Sin embargo, las mismas penalidades le servían de alas para elevarse hasta Dios, en cuyo manantial inagotable bebía hasta saciarse de consuelo y fortaleza. De su boca no salió un quejido ni un lamento; pero, en cambio, apenas se vió sólo en su chozuela, comenzó a decir a gritos, para que lo oyesen sus compañeros desde sus chozas: *Hermanos, no tengais miedo: Dios está con nosotros: las aguas de este infierno nos ponen en las puertas del cielo: ¡Animo hasta el fin!*

Estas palabras fueron para sus compañeros como un grito de victoria, que los animó a sufrir el tormento con tesón inquebrantable, y les arrancó esta briosa respuesta: *Todos estamos dispuestos a morir, antes que renegar.*

Apenas dejaron al P. Francisco en su cabaña, los tiranos, siguiendo el orden del odio que tenían a sus víctimas, llamaron al P. Vicente de San Antonio, y con él hicieron lo mismo exactamente que habían hecho con aquel; así como también fué idéntico el resultado victorioso de la víctima. Después atormentaron al

Padre japonés Antonio Pinto; luego, al hermano franciscano Gabriel de la Magdalena; y a continuación, a las dos mujeres Beatriz de Acosta y su hija María de Silva. Todos sufrieron el tormento con valerosa gallardía, sin que de sus labios se escapase un ¡ay! de dolor: todos triunfaron gloriosamente del tirano.

El único que no fué atormentado este día fué el P. Bartolomé Gutiérrez, agustino calzado; porque estaba tan achacoso y extenuado, que hubiera muerto, sin duda, al recibir la primera agua infernal.

Sin embargo, pasados algunos días, cuando otros sufrían el martirio por cuarta y quinta vez, a fin de cumplir los *bugyos* la orden de que nadie fuese exceptuado, le echaron por dos veces un poco de agua en tan insignificante cantidad que no le hizo mella alguna.

Después de haber sido atormentados los seis primeros, los colocaron en sus chozas, lo mismo que al P. Francisco; y desde ellas se animaban en alta voz unos a otros a luchar hasta morir. Allí estaban tres días, para que el tormento se prolongase, el ánimo desfalleciese y, al fin, se entregasen: pero todo era inútil.

Cada tres días los sacaban de sus chozas, los llevaban al lago infernal y los sometían al mismo tormento que el primer día. Pero no todos pudieron resistir la violencia material del tormento; aunque su espíritu estaba dispuesto a sufrirlo hasta la muerte.

María de Silva, por ser tan joven y estar muy

delicada, el primer día del tormento resistió bien el primer golpe del agua de los tres que les echaban; pero al segundo, cayó al suelo desvanecida; pero nunca renegó: sin embargo, los inicuos jueces, interpretando torcidamente la advertencia que habían hecho de que ninguno se moviera, la declararon renegada; cuando el culpable era uno de los verdugos, que tiró con tal violencia de la cuerda de un pie, que la hizo caer sin sentido. Sin embargo, ordenaron retirarla y llevarla a Nagasaki. Cuando la joven comprendió la malicia de los jueces, protestó que no había renegado y que quería morir cristiana: pero no le hicieron caso, y la llevaron a su casa. Allí volvió a repetir lo mismo, y a pedir con vivas instancias que la llevasen a donde estaban su madre y los religiosos: pero también fué en vano. Luego la llamaron ante el gobernador de Nagasaki, el cual la quería obligar a firmar un documento en que declaraba su apostasía: pero se negó valerosamente a firmarlo. A pesar de lo cual, la dejaron en libertad: lo cual indicaba que todo había sido una estratagema del tirano.

Al hermano Gabriel, que había sufrido todo el tormento la primera vez, le apretaron tanto en la segunda, que por su gran debilidad física cayó desmayado; y ya no volvieron a atormentarle más.

Al P. Vicente de San Antonio, por parecer más mozo que los demás, aunque tenía menos fuerzas y estaba más delicado, le atormentaron cinco veces seguidas, con los intervalos establecidos. Pero la quinta

vez, después de sufrir todo el tormento, al ponerse el hábito para regresar a su choza, cayó desmayado al suelo; y enseguida se le entumecieron los brazos y las piernas de tal manera, que todos creyeron que allí moría. Los médicos le aplicaron un antiespasmódico y otros medicamentos, y lograron que reaccionase: pero enseguida los verdugos, dando rienda suelta a sus feroces instintos, abusando de aquel estado de agotamiento, le apretaron cruelmente con grillos, y volvieron a instarle: *Reniega, reniega*. El P. Vicente, sacando fuerzas de flaqueza, respondió con brío: *¡Jamás, jamás! ¡Antes morir!* y quedó sin sentido. Entonces lo llevaron en brazos a su choza, donde quedó siempre enfermo y desahuciado por los médicos, que procuraron conservar le la vida.

A Beatriz de Acosta la sometieron al tormento cinco veces; y las cinco salió triunfante de la prueba.

Pero a quien no se saciaban de atormentar era al P. Francisco de Jesús. Seis veces le hicieron padecer aquel martirio en el espacio de veinte días, vertiendo sobre su llagado cuerpo toda la cantidad de azufre hirviendo que la vasija podía contener. Aquello, más que cuerpo humano, parecía un monstruo ulcerado de pies a cabeza, y que enseñaba por varias partes sus huesos. Sin embargo, no solamente no flaqueó, sino que conservó siempre su admirable tesón heroico.

También el japonés P. Pinto padeció seis veces aquel tormento; pues por ser de su misma raza, tenían empeño los verdugos en que apostatase: pero de

todos ellos triunfó, con grande alegría de sus compañeros.

Derrotados los *bugyos* en el tormento del lago, no sabían cómo saciar su venganza en el heroico P. Francisco, que era el que más hería su orgullo satánico; y, por fin, encontraron un nuevo modo de atormentarlo, uniendo en uno solo el martirio físico y el moral.

Una de aquellas noches últimas del mes de diciembre, en que el suelo estaba cubierto de nieve y el frío era intensísimo, sacaron de sus chozas al P. Francisco y a Beatriz de Acosta, y después de desnudarlos por completo, los colocaron de pie sobre una gran piedra de forma redonda, pero erizada de hirientes asperezas, los ataron a dos palos próximos con un hilo sutil, que podían romperlo fácilmente, les introdujeron a cada uno en la boca una piedra como un huevo, que se la sujetaron con tiras de lienzo, y les dijeron que, si se movían o rompían el hilo, era señal de que renegaban.

¡Caso admirable! El P. Francisco permaneció inmóvil toda la noche, hasta que le mandaron bajar de la piedra e ir a su choza, También la heroica Beatriz soportó el suplicio sin moverse: pero a la madrugada la intensidad del frío la hizo caer desvanecida y la puso en peligro de muerte: y como el tirano no quería que muriesen sino que apostatasen, fué asistida por los médicos, y trasladada abajo, al puerto de Vo-

kama, donde estuvo hasta que bajaron todos los del lago para regresar a Nagasaki.

Era Beatriz una verdadera heroína de la cristiandad, que había deseado ser Mantelata o Terciaria agustina recoleta, pero no lo había conseguido por el rigor de la persecución. Por eso, cuando el P. Vicente supo que había padecido, como él, cinco veces el tormento del lago, le envió un hábito suyo a su choza y la admitió y declaró Terciaria recoleta, con grande alegría de ella.

Antes de retirarse todos del infierno de Arima, que también llamaban de Ungen, quisieron los *bugyos* hacer la última prueba con sus cautivos. Llevaron por última vez a la orilla del lago a los PP. Francisco, Bartolomé, Pinto y hermano Gabriel; una vez allí, pusieron en el suelo un crucifijo, y les mandaron que uno por uno fueran pisoteándolo; añadiendo la amenaza de que, si no lo hacían, morirían al momento cocidos en el lago.

Aquellos héroes, que con tanta serenidad y fortaleza habían padecido los más horribles tormentos, rechazaron indignados la propuesta; y en nombre de los demás dijo el P. Francisco: *Arrojadnos ahora mismo al lago: que nuestra mayor gloria será morir por ese Santo Cristo, a quien adoramos.* Y postrándose rápido de rodillas, besó repetidas veces con gozosa efusión el crucifijo que ellos querían profanar. La rabia que este acto excitó en los jueces los impulsaba a arrojar al lago a los cautivos: pero tenían orden de

no matarlos: y se contentaron con llevarlos a golpes a sus chozas.

Allí entraron en la del P. Vicente, que no podía andar, y le hicieron el mismo requerimiento: pero el valiente soldado de Cristo, haciendo un gran esfuerzo, sacó sus pies llagados y oprimidos por fuertes grillos, y contestó: *Cortádmelos antes que tal hagan.*

—*Lo pisarás*— replicaron aquellos monstruos, —*porque te levantaremos del lecho y te lo pondremos debajo de tus pies.*

—*En ese caso*—replicó el P. Vicente,— *lo pisarán los demonios, que sois vosotros: pero mis pies entonces serán mis labios, que lo besarán con todo el amor de mi corazón.*

Persuadidos los *bugyos* y sus esbirros de que todos sus esfuerzos para quebrantar la resistencia física y moral de sus cautivos resultaban inútiles, resolvieron dejarlos en paz y les dieron unos días de descanso, a fin de que recuperasen algo las fuerzas perdidas y pudiesen regresar a la cárcel. Ese descanso se reducía a no sufrir otro tormento que el de sus chozas: pero este era muy suficiente para no tener momento de reposo: porque cada uno estaba tendido sobre su esterilla, con esposas en las manos y grillos en los pies, con la mayor parte de su cuerpo ulcerado, purulento y dolorido y sujeto a la sensación de una temperatura glacial.

«Era tanto el frío en aquel lugar—decía después en la citada carta el P. Vicente—que se gastaron, en

treinta y un días que allí estuvimos, tres mil y setecientas y sesenta y tres cargas de leña: y cuando en Nagasaki estaba templado el aire y sin nieve, allí empezó a nevar día de San Juan evangelista (27 de diciembre) con tanta furia, que en aquella noche hubo dos palmos de altura; y nunca más cesó hasta que tornamos a la ciudad (Nagasaki), donde apenas había nevado; estando solamente de distancia catorce leguas.»

No es necesario aclarar que los cautivos no participaron nada del beneficio de la quema de tanta leña, aunque estaban ateridos de frío.

Los primeros días de enero el tirano Unemedono mandó que todos volviesen a Nagasaki; y él se fué a Tokio a ver al emperador. (1)

En virtud de esta orden, el día 5 de enero de 1652 bajaron todos del cerro del *infierno de Arima* al puerto de Vokama, montados a caballo, porque los cautivos no hubieran podido bajar a pie: pero el Padre Vicente estaba tan tullido de las piernas, que tuvieron necesidad de transportarlo en unas angarillas de caña, con todas las molestias producidas por lo accidentado

(1) No es exacto el P. T. Herrera al afirmar en su *Alphabetum*, pág. 110, que los cautivos citados padecieron mucho el día 4 de diciembre: pues, como hemos visto por la carta del P. Vicente, el día 5 por la noche llegaron a Vokama, y el 6 subieron al lago, donde sufrieron el primer tormento, que se repitió sucesivamente en el espacio de veinte días. Tampoco es exacto al decir en la misma página y la siguiente que todos los Donados, Terciarios y Cerrigeatos o Cinturados, que dice sufrieron el martirio, eran agustinos, sin más aclaración: pues eso es apropiarse todos los *agustinos descalzos o recoletos* que murieron mártires, a los cuales él alude, y cuyos nombres citamos en su lugar correspondiente.

del terreno y por la mala voluntad de los portadores sus verdugos.

Estos y sus señores, no resignándose a presentarse en Nagasaki totalmente derrotados por sus cautivos, resolvieron dar a estos en el camino el último y más peligroso asalto: *el tormento de la tentación*.

Entraron en un establecimiento público, rodeado de bellos jardines y provisto de salas de baile y de baño, verdadero lupanar, en uno de cuyos departamentos colocaron a todos los cautivos, y mandaron que empezase el asalto. Treinta desgraciadas mujerzuelas apreciaron ante ellos ricamente engalanadas; y rezumando lascivia por todos los poros de sus cuerpos, danzaban provocativas, se despojaban de sus adornos y, al fin, totalmente desnudas, penetraron en un baño templado.

Hasta ese extremo llegó la perfidia satánica de los tiranos. Pero su infinita malicia no era más que una suprema estulticia: porque sólo a ellos les podía ocurrir que unos hombres que, por no renegar de la ley santa de Cristo, se habían dejado desgarrar las carnes, abrir las venas, abrasar sus cuerpos, tullir sus piernas y descarnar sus huesos entre los más horribles dolores, llegasen ahora a empañar el brillo angelical de su pureza ni con el más remoto pensamiento ante unos abortos de satanás disfrazados de elegantes muñecas. No: no hubo siquiera combate interior. El tormento de la tentación se convirtió en ejercicio de oración. Apenas los siervos de Dios sospecharon el lazo que se les tendía, cerraron los ojos, elevaron sus

corazones a Dios, y de todos sus labios salió esta misma plegaria: *Señor: aceptad el sacrificio de mi vida por la salvación de estas almas desdichadas.*

Derrotados por enésima vez satanás y sus secuaces, mandaron continuar el viaje; montaron en sus caballos, colocaron al P. Vicente en las parihuelas, y así entraron en Nagasaki la víspera de los santos Reyes, 5 de enero de 1632, entre el asombro y la admiración de los muchos curiosos y el regocijo de los cristianos indígenas y portugueses que, perdiendo el miedo al tirano y a los tormentos, celebraban la insigne victoria de sus maestros en la fe con aclamaciones y vítores de entusiasmo. Enseguida los encerraron en la cárcel de Cruzmachi; adonde acudió una multitud de amigos que, al mismo tiempo que los felicitaban por sus triunfos, derramaban lágrimas de compasión, al ver sus cuerpos tan maltrechos y disfigurados y cubiertos de llagas vivas y sucias, en muchas de las cuales se veía la supuración y hasta el movimiento repugnante de los gusanos.

Sólo Dios, que los había conservado en los tormentos infernales de las aguas de Ungen, podía impedir ahora la ruina total de aquellos destrozados cuerpos. Sin embargo, no perdieron ellos ni un momento su alegría interior; y la manifestaban con tal viveza que los carceleros les impusieron silencio entre injurias, aprobios y amenazas, que los presos despreciaron por completo.

La victoria de estos héroes invictos tuvo resonancia

extraordinaria, no sólo en Nagasaki sino en todos los reinos del Japón; con el halagüeño resultado de que los cristianos se confirmaron en sus creencias y perdieron el miedo a la muerte, y los renegados volvieron al seno de la Iglesia, que habían abandonado.

El *bugyo* tirano, que había ido con los cautivos, resuelto a obligarlos a apostatar por todos los medios, y que había apostado con el embajador portugués Simón Baz de Payva que lo conseguiría, se presentó a este, y le dijo: *Embajador: yo vengo espantado de ver la entereza de los Padres. Ni una palabra, ni movimiento alguno he notado en ellos de dejar su fe. He puesto todos los medios y nada he conseguido. Algo grande tiene esa fe, que hasta los japoneses que la siguen, pierden sus vidas por ella.*

A los quince días, con fecha 20 de enero de 1632, escribía desde la cárcel de Cruzmachi el P. Francisco lo siguiente:

«Fué Dios servido de sacarnos con victoria de los tormentos del tirano, que le parecía que sólo con ver el lugar del tormento, que llaman del infierno, habíamos de retroceder».

«De los siete que fuimos al lugar del tormento, yo fuí el que más tormentos y más intensos recibí, que fueron siete (seis del agua y uno de la piedra): y fué porque me sintieron brioso, y porque sin rebozo les decía las verdades, que los japoneses tanto sienten. Caldeáronme muy bien: o por mejor decir, como la

dolencia de mis enfermedades era mayor, era necesaria mayor purga».

«Gracias infinitas sean dadas a nuestro buen Dios y Señor, que piadosamente me ha castigado, y no como yo merecía por mis graves culpas».

Por su parte el P. Vicente termina así su citada carta de julio:

«De esta manera entramos en Nagasaki, víspera de los Reyes; y nos metieron en el tronco o cárcel de Cruzmachi, donde nos tienen presos: y aquí estamos esperando lo que el Señor fuere servido».

«Hasta aquí es sucintamente la relación que vuestra merced me pide. *Peccatori autem dixit Deus: ¿Quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?*, dice el profeta rey: y por eso recelaba yo y temía ponerme a escribir semejantes cosas, viéndome un vil y mísero pecador: aunque por otra parte no me pesa haberlo hecho; pues en esto no es mi intención más que contar maravillas del Señor y misericordias suyas, que conmigo usó, dándome fuerzas para padecer por su amor. Porque trabajos padecidos por Dios bien es que se cuenten y se escriban; para que sea el Señor glorificado y ensalzado y a El solamente se dé la honra y gloria; que *infirmus elegit, ut fortia quaeque confundat*; escogiéndome a mí, vil gusanillo y humilde bicho, para confundir la soberbia y poder de un tirano como el emperador del Japón.»

«¿Quién dijera, señor patricio, (1) que aquel que vivió y se crió en Lisboa en las delicias y ociosidad de ella, por tan varios caminos e inopinados rodeos había de llegar a este estado?»

«*Omnes viae Domini misericordiae.* Pero como los caminos por donde Dios guía una alma son todos de misericordia, no es mucho que diese conmigo en este paraíso donde me veo.»

«Sea loado y bendito un tan buen Dios como el que adoramos. ¿Quién hay que por El no muera y padezca? Ojalá venga el fuego que quemó a los demás mis antecesores, y me abrase, y queme mis culpas; para que, purificada el alma, vaya a gozar de la gloria, donde todos nos veamos.»

«En esta cárcel de Nagasaki, a 22 de julio de 1632 años.—Siervo de vuestra merced—Fr. Vicente de San Antonio.»

Beatriz de Acosta siguió en la cárcel hasta el año 1634, en que fué desterrada a Macao, China, con su hija María; y allí vistieron las dos el hábito franciscano en el convento de Santa Clara.

Al hacerse monja franciscana, Beatriz envió el hábito de Terciaria agustina recoleta, que el P. Vicente le había dado después de sufrir el tormento de las aguas de Ungen, al P. Provincial de los agustinos recoletos de Filipinas Fr. José de la Anunciación, para que lo conservase y venerase como reliquia del santo

(1) Quere decir compatriota; pues escribe a un amigo suyo portugués.

mártir Vicente de San Antonio, que ya en esa fecha había muerto gloriosamente por Jesucristo. (1)

(1) El P. Tomás Herrera en su *Alphabetum*, pág. 226, afirma que los Padres Francisco y Vicente padecieron el referido tormento de las aguas sulfúreas en Omura, el año 1630, atados a una columna, con los pies pendientes sobre el lago de dichas aguas y que el P. Francisco padeció ese tormento *siete* veces.

Todo ello es inexacto: pues de la cárcel de Omura, donde llevaban presos más de dos años, fueron trasladados a la de Nagasaki. De esta salieron para la rada de Fogi, y desde aquí fueron embarcados a Yokama, desde donde subieron al cerro de las aguas, distante catorce leguas de Nagasaki. De aquí salieron el día 5 de diciembre de 1631, y el mismo día llegaron a Yokama, por la noche. El día 6 subieron al cerro y sufrieron el tormento por primera vez; no atados a una columna y con los pies pendientes sobre el lago, sino sueltos por cinco cuerdas al cuello y extremidades, de las que tiraban cinco hombres, colocados todos en la misma orilla del lago, con los médicos. El P. Francisco padeció el tormento del agua *seis* veces; y después una vez el de la piedra, sobre la cual estuvo de pie, inmóvil, una noche entera, con temperatura glacial.

Así consta por carta del P. Vicente de San Antonio, fechada en la cárcel de Nagasaki el día 22 de julio de 1632.



Famosa pagoda



CAPITULO XXVI

Sumario: *Son sentenciados a muerte.—Sufren impávidos el martirio.—A la gloria.—Júbilo en Manila.—Procesos canónicos. Gloriosos en los altares.—Espiritual corona de gloria.*

CUANDO el gobernador de Nagasaki, Unemedono, regresó de Tokio, a donde había ido para dar cuenta del estado de su reino al emperador, a quien había asegurado que renegarían los cautivos condenados al infierno de Arima, y se enteró de que, lejos de apostatar, habían triunfado gloriosamente de todos los tormentos y continuaban en la cárcel tan impávidos y contentos como siempre, bramaba de coraje. Dió órdenes severísimas de que no se tuviese compasión alguna con ellos, y prohibió que nadie se acercase a curar sus llagas o a facilitarles medicinas.

No esperaban otra cosa los siervos de Dios; y de ello se alegraron, porque de ese modo aumentaban un nuevo mérito a los ya contraídos. Sus cuerpos, en realidad, deformados, maltrechos, entumecidos, purulentos, nidos de gusanos, pedían un alivio, un remedio,

alguna medicación o cura que les quitase aquel aspecto tan lastimoso: pero si sus cuerpos reclamaban lo suyo, sus almas, acostumbradas a dominarlos bajo el yugo de una constante mortificación y penitencia, no se preocupaban del desmoronamiento corporal, y sólo atendían a la purificación de sus afectos.

La mano de Dios, sin embargo, que cuidaba de ellos con amorosa providencia, hizo que poco a poco, en el espacio de ocho meses, las llagas cicatrizasen y los cuerpos recuperasen su forma y sus fuerzas primitivas; mientras ellos empleaban el tiempo, como siempre, en orar, en cantar las divinas alabanzas, en exhortar a los muchos que iban a visitarlos, en iluminar a los ciegos idólatras, en regenerar a los renegados, en consolar a las víctimas de la persecución, y en fortalecer a los pusilánimes; prometiendo a todos por unos breves tormentos una eterna corona de gloria.

Ocupados en esta labor santa y fructífera, llegó el día primero de septiembre de 1632, miércoles, que fué de sorpresa para los cautivos. Se presentó ante ellos un mensajero del tirano y les dijo que en el lugar acostumbrado, que todos llamaban *el monte de los santos*, se habían levantado ya seis columnas o troncos, donde, si no renegaban, serían pronto quemados vivos. Despreciaron la amenaza los cautivos: y entonces el mensajero se llevó atados al hermano Gabriel, lego franciscano, al jesuíta japonés P. Antonio Pinto y al Padre Jerónimo de la Cruz, sacerdote, también japonés y

Terciario franciscano, que hacía poco tiempo que lo habían prendido y llevado a la cárcel.

Los PP. Francisco, Vicente y Bartolomé, creyendo que los llevaban para que muriesen en el tormento del fuego, comenzaron a gritar que ellos también querían morir con sus hermanos: pero no fueron atendidos, y permanecieron tranquilos esperando su momento.

Unemedono estaba persuadido de que todo lo que hiciese para conseguir la apostasía de estos, sería perder el tiempo, y ni siquiera lo intentó: pero confiaba rendir al lego y a los dos japoneses; y por esa razón mandó entregarlos a tres renegados, para que estos lo intentasen por todos los medios.

El P. Antonio Pinto fué llevado a casa de un tal Saqueiyemón, que ocupaba el palacio episcopal, donde vivió el obispo del Japón don Luis Sequeira. Al hermano Gabriel llevaron a casa de otro apóstata llamado Sazeimón: y el P. Jerónimo fué conducido a la de Ningui, también renegado furioso. Esos tres señores, honrados y favorecidos por el tirano, merced a su apostasía, apelaron a los halagos y a la seducción, primero; y después, a las más terribles amenazas para rendir a sus víctimas; pero todo fué inútil ante la inquebrantable constancia de los soldados de Cristo.

Ante este nuevo fracaso del tirano fueron de nuevo conducidos a la cárcel, donde se oyeron a su entrada explosiones de alegría por su señalado triunfo, y por considerar que los seis iban a luchar juntos en el último combate.

No se hizo esperar la venganza del tirano. Al siguiente día, 2 del mismo mes, se presentó en la cárcel un agente del gobernador y les intimó la sentencia de muerte, que decía así: *Manda el emperador que en el lugar ya preparado sean los seis quemados vivos, si no dejan antes la ley que han predicado: pero si reniegan de ella, quedarán al momento libres y favorecidos y honrados por el emperador.*

Escucharon la sentencia llenos de júbilo, y contestaron unánimes: *Queremos dar con gusto la vida por Jesucristo y su santa ley.*

El emisario salió de la cárcel y fué a comunicar la respuesta a Unemedono. Enseguida el P. Vicente escribió en nombre de todos la siguiente acta, dirigida a sus amigos portugueses, para que estos la comunicasen a todos los cristianos:

«Laus sanctissimo Sacramento.—Para honra y gloria de Dios digo que hoy, jueves, dos de septiembre, llegó a esta cárcel un recaudo del tirano, en que decía estar preparado el lugar del martirio, en que mañana o al otro día se ejecutará la sentencia de quemarnos vivos, como el emperador lo ordenaba. Con todo eso, nos advertía que, si renegásemos, seríamos libres y premiados».

«Respondimos todos a una voz, que la vida que tenemos daríamos a Dios, cuando El nos la quisiese quitar; y que estábamos aparejados y alegres para darla por su amor, por su ley y evangelio. Sea el Señor loado en las maravillas que usa con nosotros;

tan indigno yo de ellas, cuanto El largo y misericordioso en me las hacer».

«Pedimos todos encarecidamente a vuestras mercedes nos encomienden a Dios.—Fray Francisco de Jesús.—Fray Vicente de San Antonio.—Fray Bartolomé Gutiérrez.—Fray Gabriel de la Magdalena.—P. Antonio Pinto.—Jerónimo de la Cruz».

Los portugueses, afligidos, lanzaron la noticia por todas partes; y muy pronto fué conocida en todo Nagasaki y en los reinos circunvecinos: y como cinco de las víctimas se habían hecho famosos por el valor demostrado en el infierno de Arima, todos los que estaban enterados de tan gloriosa hazaña querían ver cómo padecían el último suplicio del fuego. Por eso acudieron a presenciarlo más de veinte mil personas.

Como lo esperaban y lo deseaban, el día siguiente, viernes, 3 de septiembre de 1632, a las diez de la mañana, fueron sacados de la cárcel de Nagasaki (después de haber estado presos en esta y en la de Omura casi tres años), los seis invictos atletas de la milicia de Cristo. Los llevaron en unas literas cerradas, llamadas *norimonos*, para que no pudiesen ver ni ser vistos de la multitud, y bien esposados para que no intentasen huir. Al respaldo de cada litera iba sujeta una caña alta con un cartel, en el cual se leía: *Mueren por ser sacerdotes de los cristianos, y por predicar la ley de Cristo en el Japón.*

El intrépido P. Vicente logró ver por un resquicio algunos portugueses, y, sin duda, por dar gusto al

tirano que los condenaba a muerte por predicar, comenzó a decir a grandes gritos: ¡Viva, viva la fe de Cristo! Y como nadie respondiese por miedo al castigo, volvió a clamar: ¿No hay quién me responda? Entonces se oyó un fuerte ¡viva!; y el Padre siguió repitiendo con más brío: ¡Viva, viva Cristo y su santa ley!

Luego los seis comenzaron a cantar el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*; y cantándolo llegaron al lugar del martirio.

Ofrecía este un aspecto aterrador. En el centro de un espacio cerrado por un estacada de gruesos troncos se levantaban seis columnas o troncos de árbol, colocados en hilera y distantes uno de otro como unos diez palmos. Cada tronco tenía en su parte superior una abundante enramada en forma de arco, tejida con ramas verdes, paja empapada en agua de mar y algo de tierra, a fin de que, ardiendo con dificultad, produjese mucho humo, y el martirio fuese más penoso y prolongado. A dos brazas de las columnas había sendos montones de leña muy mojada, para que el humo espeso y el fuego distante hiciesen la agonía más lenta y angustiosa. Nunca se había usado en el Japón con los condenados a esta pena este refinamiento de crueldad. Tal honor se inventó sólo para estos heroicos misioneros.

Apenas llegaron a este *monte de los Santos*, les soltaron todas las ligaduras, y se hincaron de rodillas con los ojos y los brazos levantados al cielo; en cuya

actitud permanecieron algunos momentos, ofreciendo a Dios el holocausto de su vida y pidiéndole su gracia para triunfar de todos sus enemigos.

Luego se levantaron y, al contemplar aquella multitud de más de veinte mil personas, comenzaron a predicarles con absoluta libertad, exhortando a los gentiles a abandonar la idolatría; a los cristianos, a cumplir la ley santa de Cristo; y a todos, a despreciar las amenazas del tirano y a conquistar con penas transitorias la corona de vida inmortal en la gloria.

Terminada su arenga, les dieron repetidas veces su bendición, que la muchedumbre instintivamente recibió de rodillas; y enseguida se despidieron los seis unos de otros con efusivos abrazos y repitiendo esta sola frase: *Hasta luego, en el cielo.*

Entonces se les acercaron los verdugos y los llevaron a las columnas, a las cuales los ataron uno a cada una con un cordel muy sutil por el dedo pulgar de la mano; para que, si quisiesen renegar, se soltasen fácilmente, y quedasen libres.

¡Oh estúpida malicia, que todavía era capaz de soñar en la apostasía de aquellos héroes!

El primero que ataron fué el P. Vicente de San Antonio, por haber predicado desde la litera; el segundo, el P. Francisco de Jesús; el tercero el Padre Antonio Pinto; el cuarto, el P. Jerónimo de la Cruz; el quinto, el hermano Gabriel de la Magdalena; y el último, el P. Bartolomé Gutiérrez.

¡Quién había de decir al P. Bartolomé, cuando pasó



Acto de sufrir el martirio los PP. Francisco y Vicente

de los agustinos calzados a los descalzos o recoletos, y de estos fué novicio en Manila por espacio de once meses, y volvió de nuevo a los calzados por cumplir su deseo de ir a las misiones del Japón, que había de padecer el martirio con dos agustinos recoletos en esa región de infieles!

Colocados de pié cada uno en su columna, los verdugos prendieron fuego simultáneamente a las enramadas y a los montones de leña, y los heroicos mártires se despidieron y animaron gozosos con la faz risueña y el corazón rebosante de alegría, que ponía en todos sus labios la frase: *Hasta luego, en el cielo.*

El humo densísimo comenzó a sofocarlos: y entonces el siempre heroico P. Vicente sacó de su pecho un crucifijo de bronce, y levantándolo cuanto podía con la mano libre, lo mostraba a sus compañeros, diciendo: *¡Viva la fe de Jesucristo! ¡Animo, soldados valerosos! ¡Animo, caballeros de Cristo! ¡Viva su fe santa!*

El P. Francisco sacó también del pecho otro crucifijo; pero no habló a los demás; sino que fijó en él los ojos y le aplicó sus labios, quedando como extasiado entre ósculos de infinita ternura.

Los cuatro restantes elevaron sus ojos al cielo, como adelantándose a llamar a sus puertas, anunciando la próxima llegada de sus almas.

De pronto una fuerte ráfaga de viento avivó el fuego y levantó vivísimas llamas, que en breves momentos redujeron a cenizas los montones de leña, las enra-

madras, las columnas de madera y los cuerpos de los santos mártires.

Aquel viento providencial privó a los tiranos del gusto de que se prolongase la agonía de sus víctimas: pero aun de eso tomaron venganza; pues arrojaron al mar todas las cenizas, para que ningún cristiano pudiese recoger reliquias de los gloriosísimos mártires.

Por esta escala, formada de tantos peldaños cuantos fueron sus tormentos, entraron en el reino de la eterna felicidad los dos gloriosos héroes de la Recolección Agustiniiana PP. Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio.

Es fama que, durante el martirio, la muchedumbre vió un extraordinario resplandor que, atravesando las densas nubes que cubrían el sol, inundaba de luz a los mártires; y que sobre ellos estuvo revoloteando en caprichosos giros una desconocida ave blanca.

Tan renombrado fué este martirio, y tanta impresión causó a los espectadores idólatras, que todos se retiraron diciendo: *¡Grande es el Señor de los cristianos, que así ayuda a los que por El padecen!*

El P. Domingo Erquicia, dominico, que después fué también mártir, y que presenció este martirio, escribió al P. Provincial de Recoletos de Filipinas explicándole todos los detalles del mismo, como quedan referidos, y manifestándole su asombro y admiración por el valor, serenidad y alegría con que los PP. Francisco y Vicente padecieron tan espantoso suplicio. Le dice que quiso recoger reliquias de ellos, para remitírselas;

pero que no pudo, porque las arrojaron al mar; y le añade que conserva con suma veneración como preciosa reliquia un pañuelo, que el P. Francisco de Jesús tuvo aplicado a las llagas que le produjeron las aguas del infierno de Arima, en el cual se veían las costras de la sangre purulenta.

El capitán Jerónimo de Macedo, tan amigo y bienhechor de los Padres, guardaba en gran estima una imagen, que el P. Vicente le había dado como recuerdo: pero después que presencié el martirio de aquellos, la conservaba y veneraba como preciosa reliquia de santo; y así lo se lo manifestó a su amigo el tirano Unemedono, añadiéndole que, cuando muriese, se la llevaría al sepulcro. Murió al poco tiempo; y queriendo Unemedono honrar a su amigo y, al mismo tiempo, el valor heroico del P. Vicente, autorizó a los cristianos (él tan enemigo de ellos), para que enterrasen al capitán Macedo en lugar sagrado, en un solar de una iglesia derribada, y llevasen junto a él en la punta de una caña la imagen sagrada que le había dado el P. Vicente.

Más de diez mil almas veneraron la reliquia, llevándola procesionalmente con el cadáver hasta el lugar de la sepultura, donde cumplieron la voluntad del finado.

¡Hasta el mismo tirano Unemedono rindió de este modo homenaje de admiración al heroísmo de nuestros mártires!

Dieciocho años de religioso agustino recoleto con-

taba el P. Francisco, y diez el P. Vicente; y los dos, cuarenta y dos años de edad, cuando recibieron la corona del martirio.

Apenas llegó a Manila la noticia del martirio, se conmovió de júbilo toda la ciudad por el glorioso triunfo de los héroes del cristianismo.

En el convento de San Nicolás de Tolentino de Agustinos Recoletos se cantó un solemne *Te Deum*, al que acudieron el señor Obispo, el gobernador general, el Cabildo, la Real Audiencia, representantes de todas las Ordenes religiosas y numerosísimo pueblo.

Hubo además volteo general de campanas, iluminación general en la ciudad, músicas, fuegos artificiales y otras manifestaciones de alegría.

Todos pedían a los religiosos recoletos alguna reliquia de los gloriosos triunfadores, a los cuales aclamaban como santos; y los que consiguieron algún objeto que perteneció a los mismos, se consideraron dichosos; por la confianza que tenían de que, por su intercesión, serían socorridos en sus necesidades.

El mismo año de 1632 se instruyó el primer proceso canónico para la beatificación y canonización de dichos mártires, en Macao, ante el Obispo del Japón don Diego Valente. El año 1633 se hizo en Manila; y después se hicieron otros durante los años 1635-37 y 38; en los cuales declararon muchos testigos, casi todos portugueses comerciantes entre Macao y Nagasaki, que habían visto todos los detalles del martirio. Todos fueron admitidos y aprobados por la Santa

Sede: pero, sin duda, Dios había dispuesto que los mártires no recibiesen tan pronto el honor de los altares.

La Provincia de San Nicolás, desde el primer momento, no perdonó medio alguno para conseguir la inmediata beatificación de sus gloriosos hijos. La Santa Sede se mostró propicia y dispuesta a examinar los procesos y a declarar a los mártires dignos de recibir culto público. Pero otras muchas razones de diversa índole, como las grandes distancias y dificultades de los viajes entre Japón, Filipinas, España y Roma y la escasez de medios económicos para los gastos necesarios, fueron aplazando la realización del anhelo de todos.

Por otra parte, la administración espiritual de la Provincia de San Nicolás de Filipinas, era tan extensa, apartada y dispersa y tan insalubre y difícil, que la mayor parte de sus religiosos o sucumbían bajo el furor de los moros o quedaban inutilizados por graves dolencias, a las que era preciso atender con los escasos recursos de que disponía. Sin embargo, nunca se interrumpió en ella el deseo tradicional de que fuesen beatificados sus hijos mártires. Baste como prueba, entre otras muchas, la siguiente.

Con fecha 24 de abril de 1722, el P. ex-Provincial Fr. Antonio de Santa Mónica dirigió a los PP. reunidos en Capítulo un informe, en el que daba cuenta de la donación de cierta cantidad, por cláusula testamentaria de una persona devota, a favor del convento de Recoletos, y suplicaba a los PP. que destinasen una

buena parte para la beatificación de los mártires, con estas palabras:

«Poner en consideración de VV. RR. las vivas ansias y encendidos deseos que a todos los religiosos de toda nuestra Congregación les asiste y tienen de ver canonizados a dichos venerables mártires, lo tengo por excusado, siendo a todos tan notorio: pues el más tibio de los hijos de esta santa Provincia daría gustoso la sangre de sus venas, si fuera menester, por conseguir y dar a toda la Religión esta gloria, y a todos sus hijos este gran consuelo.»

Estimulada la provincia por este noble deseo, logró reunir la cantidad de catorce mil pesos, y la remitió a España por medio del P. Comisario; el cual la entregó al Definitorio General: pero este, en vez de dedicarla a promover la anhelada beatificación, dispuso que se distribuyese entre todos los conventos de la Provincia de Aragón, que se hallaban muy necesitados: y así quedó frustrado el esfuerzo de la colecta.

Pasaron los años, se repitieron los esfuerzos para las colectas pecuniarias, se multiplicaron las peticiones en solicitudes tan razonadas como encendidas en amoroso ardor; y, al fin, después de doscientos y treinta y cinco años, plugo a Dios satisfacer los anhelos de todos.

El día 7 de julio de 1867, el inmortal Pontífice Pío IX, rodeado de una brillantísima corte de cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos, clero secular y regular y una muchedumbre de personas de todas las clases

sociales, declaró bienaventurados a los gloriosísimos mártires Agustinos Recoletos P. Fray Francisco de Jesús y P. Fray Vicente de San Antonio, aprobó el Oficio y Misa en su honor, señalando el día 3 de septiembre de cada año para ser rezados por todos los religiosos agustinos, y autorizó a todos los fieles cristianos del orbe para que les rindan culto público y los invoquen como a santos en todos sus peligros y necesidades.

Aunque es indudable que desde el 3 de septiembre de 1632, en que dieron sus vidas por Jesucristo, gozan de la bienaventuranza eterna, pero sólo la declaración pontificia les da derecho a ocupar los tronos de los altares y a figurar en el martirologio romano entre los más gloriosos héroes de la santidad.

Con los dos héroes Recoletos fueron beatificados el mismo día otros doscientos tres mártires del Japón; en los cuales están incluidos muchos de sus hijos espirituales, que adornan y abrillantan su corona de gloria como piedras preciosísimas: y nada nos parece más oportuno que citar aquí sus nombres, para que sean el mejor epílogo de la vida que acabamos de trazar, tejida toda ella de virtudes, bordada primorosamente de actos heroicos, y saturada de méritos, con los que conquistaron el trono de la santidad en la tierra y el de la gloria en el cielo.

He aquí la gloriosa lista de los dichos bienaventurados.

MARTIRES DEL JAPON

pertenecientes a nuestra Orden de Agustinos Recoletos, como profesos donados, terciarios o cofrades de la santa Correa, preparados todos ellos por los Beatos PP. Fr. Francisco de Jesús y Fr. Vicente de San Antonio. (1)

MARTIRIZADOS EN NAGASAKI EL AÑO 1628

- 1 *Pablo*, natural de Namexi, Terciario de nuestra Orden, decapitado el día 4 de mayo.
- 2 *Simón*, natural de Yenoxima, quemado vivo el día 15 de septiembre.
- 3 *Andrés*, natural de Yenoxima, Terciario, quemado vivo el día 15 de septiembre.
- 4-5-6-7-8-9-10-11.—*Ocho* mártires, cuyos nombres se ignoran: sus reliquias fueron llevadas a Manila con las de los tres anteriores: pero las de estos tres se enviaron a Madrid el año 1633.

MARTIRIZADOS EN FOCONOFARU

que es un lugar que dista de Vomura un cuarto de legua, el día 28 de septiembre de 1630. De ellos, unos fueron quemados vivos, atados, dos a dos, a un palo; y otros fueros decapitados o degollados.

(1) Arch. Prov.-Carp. 14. n. 2.

NATURALES DEL PUEBLO DE SASOCO

- 12 *Gregorio*, alias, Rocuzeimon, casero del Beato Vicente, Terciario: quemado.
- 13 *Margarita*, su mujer, Cofrade de la Correa o Cinturada: quemada.
- 14 *Miguel*, su hijo, de 11 años, Cinturado: decapitado.
- 15 Otro hijo, de 7 años, Cinturado: decapitado.

DEL PUEBLO DE YKIRIKI

- 16 *Domingo* Yoflyoye, Cinturado: quemado.
- 17 *Magdalena*, su mujer, Cinturada: quemada.
- 18 *Thomé*, Nizo, Cinturado: quemado.
- 19 *Luis de San Agustín*, alias, Quiujiro, Hermano Donado profeso: el cual hizo su profesión en manos del Beato Francisco de Jesús, Vicario Provincial, en la cárcel de Vomura, el día 26 de septiembre de 1630; esto es, dos días antes de sufrir el martirio. Contaba 34 años de edad cuando fué quemado vivo.

DEL PUEBLO DE NICUMIGANACHI

- 20 *Miguel* Ychizeimon, casero del Beato Vicente, Cinturado: quemado.
- 21 *Isabel*, su mujer, Cinturada: quemada.
- 22 *Pablo*, su hijo, Cinturado; decapitado.
- 23 Otro hijo suyo, Cinturado: decapitado.

DEL PUEBLO DE YENOXIMA

- 24 *Martín* Jirobiyoye, casero del Beato Vicente, Cinturado: quemado.
- 25 *Catalina*, su mujer, Cinturada: quemada.
- 26 *Miguel* Jemon, su hijo, 12 años, Cinturado: decapitado.

DEL PUEBLO DE FIRAXIMA

- 27 *Pedro del Santísimo Sacramento*, alias, Yoyemon, Hermano profeso, guía del Beato Vicente en el monte, y Dóxico o coadjutor suyo en la predicación del evangelio. Hizo su profesión en manos del Beato Francisco de Jesús en la cárcel de Vomura, el día 26 de septiembre de 1630, dos días antes de ser quemado vivo; y tenía entonces 55 años de edad.
- 28 *Pedro* Cazuque, compañero del Beato Vicente en el monte, Terciario: quemado.
- 29 *María*, su mujer, Terciaria; quemada.
- 30 *Pablo* Teuquegoro, su hijo, Cinturado: decapitado.
- 31 *Luis de San Miguel*, alias, Fakiro, Hermano Donado profeso: hizo su profesión en manos del Beato Francisco de Jesús en la cárcel de Vomura, el día 26 de septiembre de 1630, dos días antes de ser quemado vivo: fué casero del Beato Vicente, y tenía 60 años de edad.

DEL PUEBLO DE MIYE

- 32 *Simón* Yofiyoye; Terciario, casero del Beato Vicen-

te, y dueño de una funea o embarcación en que había viajado este santo mártir. Dos años antes de sufrir Simón el martirio del fuego, había renegado de la fe, inducido por un gobernador llamado Tobinoga: pero se arrepintió de su apostasía y confesó de nuevo a Jesucristo, por cuyo amor dió alegre su vida, siendo quemado vivo.

- 33 *Gracia*, mujer del anterior, Terciaria: quemada.
- 34 *Juan*, su hijo, de 7 años, Cinturado: decapitado.
- 35 *Pedro Yaxichiro*, Terciario, dueño de una embarcación: quemado.
- 36 *Magdalena*, su mujer, Terciaria. Estaba en cinta al ser quemada; y así ofreció a Dios un doble holocausto.
- 37 *Miguel*, Xichisque, Terciario, casero del Beato Vicente: quemado.
- 38 *Marta*, su mujer, Terciaria: quemada.
- 39 *Luis Gozeimon*, padre de Miguel Xichisque, Cinturado: decapitado.
- 40 *Juan Cabiyoye*, remero, Terciario: decapitado.
- 41 *Luis Gonemon*, remero, Terciario: decapitado.
- 42 *Pablo*, su hijo, de 14 años, Cinturado: decapitado.
- 43 *Miguel*, otro hijo suyo, de 7 años, Cinturado: decapitado.
- 44 *Francisco*, tercer hijo, de 5 años, Cinturado: decapitado.
- 45 *Thomé Yaquichi*, remero, Terciario: decapitado.
- 46 *Miguel Feisacu*, remero, Terciario: decapitado.
- 47 *Gaspar*, Sacuzo, remero, Terciario: decapitado.

48 *Pedro*, Fazuque, remero, Terciario: decapitado.

DEL PUEBLO DE CAXIYAMA

49 *Miguel*, Jifiyoye, Terciario, casero del Beato Vicente: quemado.

50 *Marina*, su mujer, Cinturada: quemada.

51 *Miguel*, Fuquezo, Terciario: quemado.

52 *Rufina*, su mujer, Cinturada: quemada.

53 *Pedro*, su hijo, de 5 años, Cinturado: decapitado.

DEL PUEBLO DE NAGATA

54 *Domingo*, Cofiyoye, Terciario, casero del Beato Vicente: quemado.

55 *Marina*, su mujer, Cinturada: quemada.

56 Un hijo de los dos anteriores, Cinturado: decapitado.

DEL PUEBLO DE CUROSAKI

57 *Jacobo Ficozeimon*, casero del Beato Vicente, Cinturado: quemado.

58 *María*, su mujer, Cinturada: quemada.

59 *Alejo*, su hijo, Cinturado: decapitado.

DEL PUEBLO DE XITCU

60 *Juan Chingiro*, Cinturado: quemado.

61 *Juana*, su mujer, Cinturada: quemada.

DEL PUEBLO DE YGEXIMA

62 *Juan Fiyoyemon*, Cinturado: quemado.

63 *Rufina*, su mujer, Cinturada: quemada.

64 *Fioquichi*, su hijo, Cinturado: decapitado.

DEL PUEBLO DE XETO

- 65 *Cristóbal*, de 16 años, Cinturado: alanceado y después decapitado.

DEL PUEBLO DE TEGUMA

- 66 *Ignacio* Teuqueyemon, Terciario: quemado.
67 *Domingo* Jinemon, Cinturado: decapitado.
68 *Miguel* Magozeimon, Cinturado: quemado.
69 *Maria*, su mujer, Cinturada: quemada.
70 *Domingo*, su hijo, Cinturado: decapitado.

DEL PUEBLO DE COYE

- 71 *Antonio*, Magosque, Terciario: quemado.
72 *Catalina*, su mujer, Cinturada: quemada.
73 *Juan*, su hijo, Cinturado: decapitado.
74 *Luis*, otro hijo, Cinturado: decapitado.
75 *Pablo* Xinemon, Terciario, casero del Beato Vicente: quemado.
76 *Luis* Goixichi, Cinturado: decapitado.

DEL PUEBLO DE CUROCUCHI

- 77 *Miguel* Risque, Terciario, casero del Beato Vicente: quemado.
78 *Clara*, su mujer, Terciaria: quemada.

MARTIRIZADOS EN EL MISMO LUGAR DE FOCONOFARU

EL DÍA 1 DE OCTUBRE DE 1630

- 79 *Pedro*, casero de hermanos dóxicos o catequistas, Cinturado; decapitado. Era natural del pueblo de Ykiriki.

- 80 La mujer del anterior, Cinturada: decapitada.
81-82-83 Tres hijos de los dos anteriores, Cinturados:
decapitados.

MARTIRIZADOS EN NAGASAKI EL 28 DE OCTUBRE DE 1650

- 84 *Fr. Pedro de la Madre de Dios*, hermano lego, natural de Mayezova en el reino de Oxú: su padre era gentil y su madre cristiana: recibió el hábito de manos del Beato Francisco de Jesús en Yoquinoura, y fué su compañero en las fatigas del apostolado. Tenía 31 años cuando dió su vida por Jesucristo: fué decapitado. Le dió la profesión el B. Francisco de Jesús.
- 85 *Fr. Lorenzo de San Nicolás*, natural de Sasoco, reino de Vomura, hijo de padres cristianos y piadosos. De un golpe de catana (alfanje) le cortaron la cabeza y un brazo, a la edad de 25 años.
- 86 *Fr. Agustín de Jesús María*, alias, Mancio, oriundo del reino de Chikugo. Fué martirizado a la edad de 24 años: decapitado.
- 87 *Pablo* Nangati, natural de Cuchinotzu, reino de Tacú, hijo de padres cristianos, Terciario: decapitado.
- 88 *Juan*, natural de Miye, hijo de Mancio y Catalina, cristianos muy caritativos, que prestaron excelentes servicios a nuestros misioneros: era Terciario: decapitado.

- 89 *Sebastián*, hijo de Cosme y Lucía, natural de Mogui, cerca de Nagasaki, Terciario: decapitado.
- 90 *María Magdalena*, Terciaria, que consumó su glorioso martirio en el tormento de la fosa, llamado de las cuevas, en la ciudad de Nagasaki, a mediados de octubre de 1634.
- 91 *Lorenzo Zizo*, Terciario: quemado. (1)
- 92 *Pedro Cuyoe*, Terciario: quemado.
- 93 *Tomás Cafloye*, Terciario: quemado.

Que todos estos, unidos a nuestros gloriosísimos hermanos PP. Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio, intercedan por nosotros, a fin de que nos unamos a ellos un día en la celestial Jerusalén, para ser felices por toda la eternidad.

FIN

(1) Este y los dos siguientes constan en el sumario de canonización, número 77, pág. 282; y los tres fueron beatificados por Pfo IX el 7 de julio de 1867.—P. Sádaba - Catál. pág. 76.



APENDICE

Acta de la profesión del P. Francisco de Jesús.

«In nomine Domini Nostri Jesuchristi Benedicti. Amen.»

«Anno nativitatis Domini Nostri, millesimo sexcentessimo decimo quinto, die undecima menssis Novembris: Ego Frater Franciscus de Sant Martín Jesus, Filius legitimus Francisci Petri Terrero de Ortega, et Mariae Perez, eius legitimae uxoris Opidi, de Villamediana, Parrochiae Sancte Columbe, Diocesis Palentiae, facio solemnem, liberam, et spontaneam professionem, et promitto obedientiam omni potenti Deo, et Beatae Mariae Semper Virgini, et Beato Patri nostro Augustino, et tibi Reverendo Patri Fratri Balerio de la Concepcion, Priori huius Conventus Sancti Nicolai de Tolentino, Ordinis discalciatorum Sancti P. N. Augustini, Nomine, et vice Reverendissimi P. N. Nicolai de S. Angel Prioris generalis totius Ordinis S. P N Augustini, et sucessorum eius canonice infrantium, et vivere sine proprio, et in castitate, usque, ad mortem, Secundum Regullam

S P N Augustini. In quorum omnium fidem, nomem meum subcripssi.»—

«Fr. Valerio de la Concepcion, —Fr. Fran^{us} de Jesus.—
Prior.

Fr. Luis de S Agustín

Predicador mayor y m^o de novicios. (1).

En el reverso de esta acta se lee: *Yo Fr. Fran^{co} de S. Nicolas Predicador doy fe como Notario señalado que el hermano contenido en estotra plana professó, en manos del P. Prior Fr. Balero de la Concepcion. SS^o ut supra*

Fray Fran^{co} de San Nicolas.

Y a continuación se lee el siguiente decreto del Superior General:—

«Fr. Gabriel de Santiago Vicario General de la «Congregacion de Descalzos de nro. P. S. Agustín «de España e Indias por las presentes mandamos a «todos los religiosos de nuestro Convento de Valla- «dolid asi huespedes como conventuales, en virtud de «santa obediencia y so pena de excomunion mayor «latae sententiae trina canonica monitione praemissa, «que ninguno quite ni corte esta hoja del presente «libro de profesiones ni borre de ninguna manera pa- «labra alguna de la profesion en ella contenida, que «es del P. Fr. Francisco de Jesus, ni firma alguna «de la dicha profesion ni de la fee a ella concerniente. «Dada en el dicho nuestro Convento de Valladolid en

(1) Es copia literal y exacta del original, con todas las faltas de ortografía del amanuense, que no son pocas.

«cuatro de Noviembre de mil y seis^c y quar^{ta} y tres años.

«Debajo de la misma censura y obediencia mando «a todos los religiosos de dicho Convento así huespedes como conventuales, no solo no la quiten, ni «borren, pero que ni permitan que persona alguna así «eclesiastica como seglar, no corte dicha hoja, ni «parte ninguna della. = ita est. Fr. Gabriel de Santiago Vic. g^l.»

El acta anterior con el testimonio del notario y el decreto del Rvmo. P. Vicario General están tomados al pie de la letra de su original, que se conserva en nuestro Archivo Generalicio de Roma, en un cuaderno de medio folio, forrado de pergamino, que contiene las actas de las profesiones hechas en nuestro Convento de Valladolid desde el año 1603 hasta el 1615. Esta ocupa el folio 61 del mismo. Está escrita por un amanuense (excepto las firmas), como era costumbre entonces; el cual tuvo dos equivocaciones, que fueron enseguida corregidas con tachaduras y enmiendas: una, *Sant Martín*, que fué tachada, y se escribió sobre ella *Jesus*: la otra, *Francisci*, que también se tachó, y se puso sobre ella *Petri Terrero*.

Después de la muerte del glorioso mártir P. Francisco de Jesús hubo, sin duda, conato de cortar el folio en que consta el acta de su profesión, para guardarlo como reliquia de santo; y acaso surgieron algunas dudas sobre las citadas tachaduras y enmiendas. Entonces se presentó en el Convento de Valla-

dolid el Rvmo. P. Vicario General, habló con los PP. y Hermanos que habían presenciado la profesión del santo mártir y que habían conocido a sus padres, examinó todos los documentos que precedieron a la toma de hábito del mismo, y con todos esos datos ciertos consignó el decreto que queda copiado, expedido once años después del glorioso martirio.

Por ese decreto consta sin género alguno de duda que este santo mártir se llamó en la religión *Fray Francisco de Jesús*, y no de San Martín; y que su padre se llamaba *Pedro Terrero de Ortega*, y no Francisco.

Está, pues, en un error el P. Tomás Herrera, al afirmar en su *Alphabetum Augustinianum*, pág. 255, que el P. Francisco de Jesús se llamaba Francisco de San Fulgencio, alias, de Jesús. No hay razón ni fundamento alguno para llamarlo así. Como tampoco lo hay para que el P. Rodrigo de San Miguel le llame varias veces Francisco de Jesús María.



Acta de la profesión del P. Vicente de San Antonio

In nomine Domini nostri Jesu Christi benedicti.
Amen.

Anno nativitatis eiusdem millesimo sexcentesimo vigesimo secundo, die vigesima secunda mensis septembris, ego Fr. Vincentius de Sancto Antonio, filius legitimus Antonii Simoens et Catharinae Pereyra, eius legitimae uxoris, oppidi de Albofeira, parochiae Conceptionis, facio professionem, et promito obedientiam Deo omnipotenti, et Beatae Mariae semper Virgini, et Beato Patri nostro Augustino, et tibi reverendo Patri Fratri Andreae del Espiritu Santo, rectori Vice Provinciali huius Provinciae Sancti Nicolai, nomine ac vice Reverendissimi Patris nostri Magistri Fratris Fulgentii de Monte Georgio Prioris Generalis Ordinis Eremitarum Sancti Patris Nostri Augustini, et sucesorum eius canonicè intransium, et vivere sine proprio, et in castitate, secundum hanc regulam eiusdem Sancti Patris nostri Augustini, usque ad mortem.

Fr. Andrés del Espiritu Santo,

Vice Provincial.

Fr. Vincentius de Sancto Antonio.

Fr. Joannes de Sancto Antonio,

Maestro de novicios. (1)

(1) Esta Acta fué escrita íntegra y orlada por el mismo P. Vicente de San Antonio.

Digo yo Fr. Lorenzo de San Facundo, Lector de Teología, Notario nombrado por nuestro Padre Rector Vice Provincial Fr. Andrés del Espíritu Santo, que doy fe que el Padre Fr. Vicente de San Antonio, contenido en esta profesión, profesó en manos del dicho nuestro Padre, en el Coro de este Convento de San Nicolás de Manila, estando presentes todos los religiosos de este Convento: y por ser verdad lo firmé hoy en 22 de septiembre año 1622.—Fr. Lorenzo de San Facundo. Notario.

Por esta acta consta que el P. Vicente de San Antonio nació en Albufeira, provincia de los Algarbes en Portugal, y que era hijo legítimo de Antonio Simoens y Catalina Pereyra.

No es, pues, cierto que naciese en Alfama, barrio de Lisboa, como afirman nuestras Crónicas en el tomo segundo, página 192, y lo hemos visto repetido en varias biografías. Este error proviene, sin duda, de que el P. Vicente, en carta que escribió a un amigo suyo desde la cárcel de Nagasaki, con fecha 22 de julio de 1652, le recuerda *que vivió y se crió en Lisboa en las delicias y ociosidad de ella*: pero no dice que *nació*; como tradujo erróneamente la palabra *crió* un autor italiano Agustino Descalzo. Tampoco es cierto que fué natural de Méjico, como afirma el Padre Rodrigo de San Miguel.

En cuanto a la fecha de su nacimiento en 5 de abril de 1590, no consta claramente de su certeza: pero la hemos adoptado, entre varias muy poco dife-

rentes que hemos visto, porque, atendidas todas las circunstancias, parece la más verosímil y conforme a la verdad histórica.

En busca de su partida de bautismo nos dirigimos por escrito al señor párroco de Albufeira, P. Carlos Genuêz Pereira; el cual nos contestó que aquel archivo parroquial fué quemado por los *guerrilhas* el año 1833, y que no existe libro ni documento alguno anterior a esa fecha.

Como, por otra parte, el P. Vicente sólo vivió entre nuestros religiosos desde el 21 de septiembre de 1621 hasta el 16 de febrero de 1623, o sea, por espacio de diecisiete meses, y estos distribuídos entre Méjico, el mar Pacífico y Manila; y como los documentos de nuestro archivo del Hospicio de Méjico se perdieron, no ha sido fácil investigar la fecha cierta de su nacimiento.





INDICE



INDICE

AL LECTOR

CAPITULO I

El P. Francisco de Jesús.

Sumario: Sus padres.—Su patria.—Incertidumbre.—Su nacimiento.—Regocijo popular.—Su partida de bautismo . . . 9

CAPITULO II

Sumario: Orfandad.—Nuevas nupcias.—Cualidades de Francisco.—Muerte de su padre 18

CAPITULO III

Sumario: Educación de Francisco.—Diálogo con su maestro.—Sus juegos infantiles.—Su primera comunión . . . 28

CAPITULO IV

Sumario: Leonor Avendaño.—Nobles proyectos.—Solución provisional. — Contrariedades. — Administrador modelo. Nuevo sondeo.—Resolución definitiva 37

CAPITULO V

Sumario: A Palencia.—En las aulas.—Lucha constante.—A Valladolid.—Estudios superiores.—Triunfos escolares. Su popularidad.—La Tuna Vallisoletana.—Su vida espiritual	55
---	----

CAPITULO VI

Sumario: El convento de Agustinos Recoletos de Valladolid.—Despedida.—En el noviciado.—Prueba durísima. Triunfo heroico.	67
---	----

CAPITULO VII

Sumario: Última prueba.—Su profesión religiosa.—Acta de la misma.—Júbilo espiritual	81
--	----

CAPITULO VIII

Sumario: Satisfacción interior.—Tierno monólogo.—Estudia en Pedrosa.—Pasa a Nava del Rey.—Se ordena de sacerdote —Graves escrúpulos.—Celebra su primera misa.	91
--	----

CAPITULO IX

Sumario: Anhelos de misionero.—Pasa a Salamanca.—Se alista para Filipinas.—Su viaje a Cádiz.—Su vida en el mar.—En Méjico.—Su llegada a Manila.—Misionero en Zambales.—Subprior y Maestro de novicios en Manila. Es designado para ir al Japón.	104
--	-----

CAPITULO X

El P. Vicente de San Antonio.

Sumario: Su patria. — Sus padres. — Su nacimiento. — Era español.—Su carácter —Conflictos domésticos 127

CAPITULO XI

Sumario: Una travesura seria.—Se traslada a Lisboa.—Sus estudios en esta ciudad.—Excelente artista.—Rondas y aventuras. — Director de la *Tuna Lusitana*. — Danza y esgrima.—Médico.—Labor de su madre. 136

CAPITULO XII

Sumario: De Lisboa a Madrid.—Muerte de su Padre.—Trascendentales consecuencias.—Estudia la carrera eclesiástica. 152

CAPITULO XIII

Sumario: Recibe el presbiterado.—Una serenata. — Su primera misa.—Empieza su apostolado.—Sus frutos . . . 163

CAPITULO XIV

Sumario: Muere su madre.—Vuelve a Albufeira.—Su inagotable caridad.—Sale para América.—Su vida a bordo.—Providencial encuentro.—Su apostolado en Méjico.—Viste el hábito de Agustino Recoleta. 173

CAPITULO XV

Sumario: Pugilato santo.—En ruta para Filipinas.—El noviciado en el mar.—Escena triste.—Llegada a Manila.—Profesa en el convento de Manila.—Acta de su profesión 189

CAPITULO XVI

Sumario: Origen de la persecución contra los misioneros.—Los PP. Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio salen para el Japón.—Viaje accidentado.—Relación del mismo por el P. Vicente 200

CAPITULO XVII

Los PP. Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio en el Japón.

Sumario: Idolatría grotesca.—Dificultades.—En Kagoshima.—Llegan a Nagasaki.—Estudian el idioma japonés.— Graves peligros del P. Vicente. 219

CAPITULO XVIII

Sumario: Leyes inicuas.—Labor apostólica del P. Francisco.—Dos casos de ingeniosa virtud.—Dá hábitos de Terciarios Recoletos y hace cofrades de la santa Correa.—Fuerte contradicción. 238

CAPITULO XIX

Sumario: Cizaña peligrosa —Dificultades y sobresaltos.—Su viaje a Figashi.—Grandes trabajos y abundantes frutos.—Más de siete mil bautizados.—La isla Formosa . . . 256

CAPITULO XX

Sumario: Sale de Figashi para Nagasaki.—Se detiene en la isla Firaxima.—Reliquias de mártires.—Labor constante.—Es detenido.—A la cárcel 282

CAPITULO XXI

Sumario: Labor apostólica del P. Vicente.—Médico afeitado.—Brotos de su ingenio.—Presencia un martirio.—Cruel persecución.—Proyectos frustrados.—Se reunen los PP. Francisco y Vicente.—Es preso el P. Vicente. 298

CAPITULO XXII

Sumario: En la cárcel de Omura.—Su vida en la misma.—Conversión de un bonzo.—El capitán Jerónimo de Macedo. 352

CAPITULO XXIII

Sumario: Profesión de Donados y Terciarios en la cárcel.—Su martirio.—Carta del P. Vicente.—Nueva malicia del tirano.—Cartas desde la cárcel.—Más frutos sazonados. 350

CAPITULO XXIV

Sumario: El canto de los pájaros.—Patriotismo.—Prudentes consejos.—Señales de guerra.—Informes.—Provincia de la Santísima Trinidad del Japón 391

CAPITULO XXV

Sumario: Los PP. Francisco y Vicente pasan a la cárcel de Nagasaki.—*El infierno de Arima*.—Horroroso tormento.—Se repite varias veces.—Heroismo y triunfo.—El tormento de la tentación. 424

CAPITULO XXVI

Sumario: Son sentenciados a muerte.—Sufren impávidos el martirio.—A la gloria.—Júbilo en Manila.—Procesos canónicos.—Gloriosos en los altares.—Espiritual corona de gloria 450

Apéndice. 475





